



# ISMAÍL KADARÉ

Las mañanas  
del café Rostand

alianza **Literaria**

Ismaíl Kadaré

# Las mañanas del café Rostand

Motivos de París

Traducido del albanés por María Rocés González

**Alianza** editorial

# Índice

Las mañanas del café Rostand

*Coffeehouse days*

Un abril para Fred

El barón Groult

Las damas menores de la literatura albanesa

Pesadilla

Macbeth

Mosaico

Los días tal como vienen

Día perdido

Día de Buró Político

El llanto de medianoche

Un asunto que termina con perro

*Exegi monumentum*

La disolución de Albania

A comienzos de octubre

Dos correos electrónicos

Dos nuevos conocidos

Algo que tiene relación con España

Variante femenina de *La canción del puente de la Kaaba*

Créditos

# LAS MAÑANAS DEL CAFÉ ROSTAND

**M** E DABA LA IMPRESIÓN de que todos compartían la creencia de que escribir algo sobre París resultaba sencillo. Sin embargo, lo que hacía que las opiniones divergieran era la cuestión de si hacerlo les resultaría más sencillo a quienes habían pisado al menos una vez la ciudad de París o, por el contrario, a quienes no la habían pisado nunca.

El anhelo de París era de aquellos que, sin el menor fundamento, pueden ser tomados por elitismo de tres al cuarto, sobre todo cuando van acompañados de un «¡ah!». ¡Ah, irme un día a París, pase lo que pase! Y acompañado de la palabra «sueño», induce a mucha gente a pensar que París no solo no se beneficia de esa añoranza universal, sino que, muy al contrario, sufre una especie de disolución y pérdida interior derivada de su uso excesivo.

Al fin en París... De las decenas de millones de cartas, tarjetas postales, correos electrónicos, era poco probable que alguno de ellos, cumplida la alusión al aeropuerto, al taxi, la miríada de luces, la añoranza, la llegada al hotel, etc., etc., hiciera referencia, incluso en dos palabras, al instante, en apariencia desmitificador, de cerrar la puerta de la habitación para meterse a continuación en la ducha.

Y bastante menos se le ocurriría a nadie relatarle, digamos, a la prometida el gorgoteo del agua, que vincula bruscamente al recién llegado con el invisible reino parisino: el de las aguas negras.

Más convincente que el pasaporte y el visado obtenidos con tanto esfuerzo, aquel gorgoteo era la prueba de que la persona en cuestión había llegado realmente a la ciudad soñada. Era ahora parte suya, de aquel oscuro océano, del que ya nadie podría arrancarle, perdido, igual, inmerso en el caos donde todo se mezclaba: hombres, recién nacidos, bellas mujeres, expresidentes, asesinos, editores y devotos de Sartre.

EL ASUNTO DE SI EXISTÍA O NO una relación con París, por simple que pareciera a primera vista, tanto más complejo se volvía después. No era cuestión de tiempo: la relación podía haber sido de unas horas, de unas semanas, de medio siglo, y sin embargo su esencia perduraba. La relación tampoco dependía de otras circunstancias: los motivos que la hicieron posible, la forma de llegar, el recibimiento con flores o la devolución esposado, como les sucedía en ocasiones a los demandantes de asilo. La relación iba más allá.

París, como tantas otras cosas de la vida, pertenecía a la categoría de aquellas que, antes de manifestarse, se hallan dentro de ti.

En mi primer libro le dediqué un poema. Como he contado otras veces, no dejo de recordar la asombrada mirada del editor y su pregunta de por qué había escrito sobre París. Tenía dieciséis años, estaba en el instituto y apenas sabía nada de lo que pasaba en el mundo. Por eso me encogí de hombros y le respondí: No lo sé.

Entonces me hizo la segunda pregunta: que si podía escribir otro poema dedicado a Moscú, y cuando meneé la cabeza para responder de nuevo «no lo sé», me dio a entender que esa sería la condición para que se publicara *París*. Y así fue, ciertamente.

En ocasiones me parece que un sorprendente hilo uniría más adelante ambas ciudades a mi destino. Pero ya entonces era sabedor de que tanto yo como el resto de jóvenes escritores albaneses formábamos parte de las criaturas a las que, desde hacía años, les habían quitado París. Nos habíamos quedado sin él, lo mismo que sin Londres, sin Roma, sin Nueva York.

Cierto que, aparte de Moscú, contábamos con Praga, Budapest e incluso con Shanghái. Pero tampoco aquello duraría demasiado. Bien pronto perderíamos, una tras otra, todas esas ciudades, salvo la última. Aunque también a ella la perderíamos un día, para quedarnos completamente solos.

A medida que pasaba el tiempo la soledad se agrandaba. Tras la primera de las soledades venía la segunda, y después de ella otra vez soledad. Y todo rodeado de lo mismo. Lo único.

Diez años después, cuando sumido en la desesperanza, en el momento en que menos lo esperaba, me devolvieron París, todo me pareció increíble. Aunque toda aquella historia tenía un regusto... digamos, de somnolencia, por eludir el empleo de la palabra «sueño».

¿Te han publicado un libro en París? Tal vez... Creímos que era un chismorreo. Todos sabían que me habían publicado un libro en el extranjero. Pero eso había ocurrido tiempo atrás. Y además en Moscú, no en París.

La asombrada mirada de mi primer editor, el mismo que, como si predijera mi futuro, había colocado París y Moscú en dependencia recíproca, parecía no abandonarme. No era posible París sin Moscú. Más tarde, esta segunda ciudad sería la primera en dejarse cautivar, hasta que llegó el momento en que ella misma, Moscú, me dejó para no volver jamás.

MI RELACIÓN CON PARÍS iba a ser prolongada, cuarentona. Aunque en realidad había dos Parises, el de los tiempos del comunismo y el otro, intemporal, veinteañero cada uno de ellos.

No me resultaba sencillo decidir cuál era el mío y cuál no. Generalmente me parecía que ambos. Otras veces creía que ninguno.

Por lo común era la llegada la que lo determinaba todo. La llegada siempre en avión, es decir, por el cielo, nunca por tierra. A primera vista podría parecer que, merced al cielo, y puesto que resultaba arriesgado determinar si era comunista o no, el tránsito de un mundo a otro a través de él resultaría armonioso. En realidad sucedía lo contrario. Los aeropuertos, no obstante su bulliciosa atmósfera, todo lo hacían sobrecogedor: los controles, la mirada de los policías, la sospecha.

Había una tercera forma de llegar, de la que nadie hablaba: a través del subsuelo.

Había tratado de describirla en un manuscrito que le había confiado a mi amigo C. Durand. En realidad, más que de un viaje a París, se trataba de emerger del subsuelo, por un plazo estipulado, que figuraba en el pasaporte, y de retornar después, concluido el plazo, al subsuelo albanés.

La llegada, en cualquiera de sus formas, resultaba perturbadora. Ni a una fiera salvaje, ni a un loco o un muerto exasperarían tanto las luces del aeropuerto de Orly como a un escritor del realismo socialista que pisa por primera vez un universo que desconoce si es o no es el suyo.

Todo tenía un regusto de pesadilla a comienzos de los años setenta. Lo imposible se mezclaba con la sensación de un error que, al parecer... se debía de haber cometido en alguna parte... He hablado en diversas ocasiones de esta

pesadilla. Y tras cada una de ellas esperaba que no se volviera a repetir, mientras presentía que la repetición era ineludible por formar parte esencial de la misma.

Se trataba de una invitación. Más exactamente, de la invitación que yo debía haber recibido para viajar a París. Albania entera llevaba casi un año hablando de aquella invitación. Nadie la había visto con sus propios ojos, ni siquiera yo mismo, el interesado, y sin embargo todos estaban convencidos de que había llegado. Incluso, cuanto más tiempo se la mantenía oculta, tanto más veraz se iba volviendo. Es posible que la mitad de la maquinaria del Estado estuviera convencida de que era la otra mitad la que estaba al tanto.

Camino de París, el embajador albanés, que había ido a recibirme, se interesó también por ella.

¿Qué?, le dije.

La invitación, respondió... Me gustaría verla siquiera una vez... Saber qué dice.

Necesité unos instantes para decirle que no la tenía. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando le expliqué que yo tampoco la había leído porque nunca la había visto.

Me miró por el rabillo del ojo, como se mira a un chiflado.

Esperaba que me dijera: ¿De qué te burlas? Has venido a París, adonde es imposible viajar aunque te envíen cien invitaciones con doscientos sellos, ¿y te jactas de no haber visto con tus propios ojos la invitación?

Esperaba una severa amonestación, pero extrañamente el embajador callaba. Solo en una ocasión murmuró: «Lo suponía...». Después, escuetamente me contó que algo raro se había imaginado también él cuando aquella mañana había hablado con el editor francés. ¿Una invitación para el señor K.? ¿Está seguro, señor embajador?

Le escuchaba aturdido. ¿Tocaba ya preguntarle si me habían publicado o no en París?

Acabé, medio riendo, por hacerle la pregunta y él, en el mismo tono jocosos, me dijo que, tal como estaban las cosas, no era de extrañar que lo tuviera en mente.

La conversación, por fuerza, volvía al asunto de la invitación y él me preguntó cómo era posible que hubiera llegado a París sin haberla visto con

mis propios ojos y cómo era posible que yo no sintiera curiosidad por saber lo que estaba pasando...

Habría querido decirle que no me podía permitir ser entrometido. Era un milagro que me hubieran permitido viajar, y eso me bastaba. Demasiada curiosidad podía echar a perder el milagro... Mas él quería saber cómo se había decidido este viaje... O al menos si sabía yo qué había pasado...

¿Cómo se había decidido? Lo ignoraba igualmente. Solo sabía que me habían llamado del Ministerio de Asuntos Exteriores para decirme que el enemigo especulaba con la invitación, y que ellos, para cerrarle la boca, habían decidido que yo partiera.

Esperaba que me preguntara quién era ese enemigo y por qué se le prestaba atención, toda vez que sabíamos que cuando la caravana ladra es señal de que los perros pasan... Justo al revés, cuando ladran los perros es señal de que la caravana pasa.

Tras los cristales del automóvil, las luces de París centelleaban cuando cerca, cuando lejos.

Escucha, rompió el silencio el embajador. Hayas llegado como hayas llegado, mejor no le cuentes a nadie los detalles.

Su voz tenía un deje cansado, inseguro. Completé mentalmente sus frases dejadas a medias. Esta clase de asuntos delicados no se sabía nunca cómo podían acabar. Suponiendo que yo no hubiera recibido la invitación, era más que probable que un día se indagara quiénes eran los causantes del embrollo. Cada uno tratará de echarle la culpa a otro, y ni él mismo como embajador se libraría de tener que dar explicaciones. Vale que los demás se dejen embrujar por la fantasía, el arte, las musas y los sueños fugaces, pero tú, embajador, ¿cómo has podido caer en ese juego?

Mientras hablaba, tuve la impresión de que algo se traslucía del trasfondo de esta historia. Aquel regusto de sueño no tenía nada de fortuito. El viaje entero apuntaba en esa dirección. Contradictorio, al margen de la lógica de las cosas, plenamente surrealista. Podía seguir buscando otros calificativos, pero ello no me impedía creer que no podía suceder más que de esa forma. Cierto era que centenares de invitaciones no habrían bastado para hacerme venir, porque ninguna invitación de este mundo podía llegar al lugar donde residía desde hacía años, bajo tierra. Y menos aún llegar a desenterrarte y

traerte *a este lado*. Y era normal que todo ello resultara increíble, puesto que nunca había sucedido que un muerto *apareciera* allá donde se le esperaba, en el número 79 del bulevar Saint-Germain.

Ni aun cien invitaciones, ni siquiera con doscientos sellos... Fue exactamente así. Ni las cien juntas serían capaces nunca de lograr lo que una sola. Diferente de las demás, angustiosa, inexistente. En una palabra, una como la que a mí me habían remitido, una *noinvitación*.

Las luces de París titilaban alborotadas. Ahora casi tenía la certeza de que no había existido ninguna invitación de nadie. Como se evidenciaría después, lo que se tomó por tal no había sido más que un espejismo, de esos que genera a menudo la sed prolongada.

Albania se caracteriza por una de esas sedes, pero rara vez había acontecido que un espejismo hubiera confundido a un Estado entero.

El automóvil se detuvo ante la entrada de un hotel.

Aquí te alojarás, dijo el embajador. El hotel tenía el mismo nombre que la calle: Dupleix.

Cuando nos separamos, me miró de improviso de forma tal, que parecía estar viéndome por primera vez. Además, el asombro que mostraban sus ojos me pareció mezclado con una dosis de pavor. Era raro, como los pavores que se reparten entre dos personas. Un tercer ojo podría llegar a preguntarse: ¿Quién será ese viajero? E instantáneamente repetirse la misma pregunta sobre el embajador.

EN TODAS LAS OCASIONES POSTERIORES porfiaría en repetirse parte del sentimiento de esa noche. Los hoteles serían otros, los embajadores también, las invitaciones, a su vez, eran ahora precisas, provistas de fecha, plazo y horario, ¡pero qué quieres!, a la mayoría les faltaba lo que debía ser su razón de ser: la capacidad para conducir al invitado allá donde se le esperaba.

Partiendo de este hecho, no resultaba exagerada la añoranza sentida por la primera invitación, la falsa, la inexistente, la casi, casi desleal, por no llamarla depravada, pero que no obstante había logrado lo que ninguna de las subsiguientes consiguió.

De declinar las invitaciones se encargaba el propio Ministerio de Asuntos Exteriores. Los motivos aducidos eran generalmente de salud, con alguna

excepción como la de la distinción de Oficial de la Legión de Honor francesa, que fue rehusada bajo el pretexto de que I. K. ya era oficial reservista del ejército albanés y la ley albanesa prohibía la graduación en ejércitos extranjeros.

Mientras trataba de no reírme, le dije al jefe de servicio que debían referirse a la «Legión de Honor», que era una condecoración, y no a la «Legión Extranjera», que era parte del ejército francés. Me respondió que era poco más o menos, aunque sin embargo aceptó revisar la parte de la respuesta que aludía a la guerra de Vietnam, en relación con la cual Albania no compartía la posición de Francia, y redactarla de manera más diplomática.

Cuando la invitación incluía a la esposa, el motivo aducido era más sencillo: su embarazo. Perdona que te lo diga pero, según mis cálculos, tu Helena debe de haber tenido unos treinta hijos, me dijo un día, risueño, mi editor.

Nos estuvimos riendo un buen rato ambos y después nos pusimos a dilucidar si sería posible tener tantos vástagos, incluso suponiendo que Helena, al igual que los krishna hindúes, no solo tuviera cinco o seis brazos, sino otro tanto de todo lo demás...

Cuando le dije que, a pesar de todo, yo era el escritor de mi país que más viajaba fuera, el otro se llevó las manos a la cabeza. No dejaba de repetirse: Resulta grotesco, es el colmo, te lo juro, no sé cómo llamarlo. Al menos en francés.

Mientras ambos tratábamos de imaginar las distintas clases de invitaciones imposibles que cabía hacerles a los escritores albaneses, recobró el aliento. Nos fuimos acercando a lo que se podría llamar invitación al revés, dicho de otra forma, la antiinvitación, lo que me hizo recordar la anécdota del cliente del Gran Café de Shkodër, quien urgió al camarero a que le trajera el té largamente esperado con estas palabras: ¡Mozo, ni se te ocurra traerme ese té!

No nos hagáis llegar esas invitaciones... La imaginación, desbocada, ideaba el correspondiente antitexto. Señor, querido amigo, tengo el enorme placer de no invitarle a la recepción de Fayard con ocasión de la publicación de su último libro. Agradeciéndole una vez más su incomprensión, acepte, querido señor, la manifestación de mi alta estima junto al sincero deseo de que no nos veamos ni en esta ni en otras ocasiones. Suyo, Claude Durand.

Intentamos reírnos, pero sin conseguirlo. A pesar de todo, algunos días aún teníamos la esperanza de que toda aquella insensatez desaparecería por fin y que la inmensa cantidad de «nones» y «noes» acabaría por retroceder y dar paso a un atisbo de algo afirmativo.

Estaba a punto de creer que era suficiente con que la paloma mensajera en forma de invitación normal llegara un día para que el orden de las cosas regresara con ella.

Jamás habría pensado que el mayor de los imprevistos acabaría por ser el menos esperado de su clase. No era del género: No viajarás al extranjero hasta no habernos aclarado qué es lo que has hecho allí en el viaje anterior. O, la traducción de tus obras, de ahora en adelante, queda prohibida. O etcéteras similares. Era otra cosa. Otra por completo. Era una invitación normal. Con un texto claro. Con las palabras «querido amigo». Con el nombre del editor en la parte de abajo.

Y sin embargo, apenas la leí, se me quedó entre los dedos como si cupiera esperar algo más de ella. Ni yo mismo sabía qué buscaba. ¿Acaso la anotación «que vaya», manuscrita al margen, como creí al principio? La giré de nuevo y seguía allí, y en ningún caso «que no vaya», o novaya, quéva, nadadeir, deirnonos, niatirosvaya o jamásvaya.

Me dije varias veces «¡qué demonios te pasa!», sin conseguir tranquilizarme. Lo más desconcertante fue que cuando les conté la noticia a dos conocidos que me encontré casualmente a la entrada del Club de Escritores, en sus caras, en vez de un rastro de alegre extrañeza, como era normal en tales casos, me pareció descubrir una especie de agotamiento.

Había creído que era el reflejo de mi vacío interior, que repercutía en los demás, pero cuando descubrí lo mismo en la mirada de Helena, pensé que quizá se tratara de algo más profundo.

Sostuvo la invitación un rato bajo los ojos y antes de que yo llegara a decirme a mí mismo: ¡No! (no me digas que el «que vaya» te parece un «que no vaya»), ella dijo exactamente eso.

Aparentamos reírnos los dos.

Advertía cada vez con mayor claridad que la insensatez había hecho su efecto. La noticia del viaje «allá» había perdido su propio sentido, al punto de que no me extrañaría que la gente, en vez de felicitar me, me dijera: ¡Pero qué

demonios te han mandado!

Al recordarlo años después, tras la caída del comunismo, la mayor parte de las veces me parecía todo aquello una exageración, hasta que un amigo, interesado en las peculiaridades de las condenas, me contó que había encontrado al menos dos casos en los que al futuro condenado, justamente en vísperas de la condena, o le habían invitado a cenar los hijos de algún gerifalte o lo habían enviado a un corto viaje al extranjero.

En mis cartas desde París puede encontrarse la misma falta de lógica y el mismo nerviosismo inexplicables. Eran necesarios siempre algunos días para que el equilibrio espiritual retornara. Y esto, al reproducirse en los distintos viajes, unido a las luminarias del aeropuerto de Orly, formaba una amalgama con los gritos, alaridos y antiguas recriminaciones.

De todas las noches, la primera era especialmente desasosegante. Una y otra vez te apetecía levantarte y acercarte a la ventana para comprobar si alguien o algo, la torre Eiffel, por ejemplo, abandonaba secretamente París mientras el presidente, los ministros y hasta los guardias dormían...

TRAS EL DUPLEIX, EL SEGUNDO de los hoteles sería el Derby, no lejos del primero, pero algo más alegre.

Eran poco más o menos las mismas noches, los porteros de noche se parecían y también los cafés. El más agradable, La Terrasse, me había gustado ya desde la primera mañana, pero solo al cuarto día, después de tomar café, mientras mis manos buscaban en los bolsillos un trozo de papel y un bolígrafo, sentí que era el local adecuado.

Tenía la impresión de que la mayor parte de los acontecimientos que viviría en París, incluso aquellos que tenía la certeza de estar viviendo por primera vez, eran en realidad una repetición.

Era, posiblemente, un mecanismo semejante al de los sueños, que no funciona sin que medie confusión. Era esta última la que imperaba. Se mezclaban los recuerdos de los dos Parises, del comunista y del otro, su contrario, sin que llegara a comprender nunca cuál de ellos dejaba más huella.

En La Terrasse, en un mediodía de octubre, se produjo la separación entre los dos Parises. Había decidido no regresar a Albania hasta que cayera el régimen político. Mientras miraba alejarse al periodista Daniel

Schneidermann de *Le Monde* con el texto de mi entrevista de adiós, poco podía pensar que la separación, desde cualquier punto de vista, sería temporal.

DOS PARISES... EL COMUNISTA y el poscomunista. Fácil de decir. Pero en realidad, mucho más espinoso. No eran únicamente las vistas las que se transformaban: la plaza del Trocadero, por ejemplo, la primera que atravesé el primer día del primer viaje. Y a continuación todas las demás, unas más risueñas que otras. Los Campos Elíseos, por ejemplo, como una reina ofendida, los grandes bulevares, siempre alegres, los puentes del Sena, algo desplazados. Y lo mismo pasaba con las gentes: algunas sorprendentes, otras en absoluto. Incluso, en relación con los dos Parises, había momentos en los que me parecía que las transformaciones tras la caída del comunismo se sentían *aquí* tanto como *allá*.

Además, existía un tercer París, el más ininteligible de todos, el de mis cartas. Cada vez que salían a colación, me daba la impresión de que Helena, aunque no lo expresara abiertamente, sentía cierta desazón. A sus ojos, el París de mis cartas no solo no se parecía a los otros dos, sino que, en cierto modo, estaba equivocado. Mis explicaciones de que no debía inquietarse por mi absoluta falta de cuidado a la hora de describir a las personas no la habían convencido. Y máxime, según parece, cuando se sentía de algún modo culpable de aquellas cartas, por la sencilla razón de que a ella iban dirigidas. Se le hacía imposible admitir que la palabra «demonio», por ejemplo, pudiera utilizarse positivamente, o la descripción de la huida en medio de la niebla, gritando, de mi íntimo amigo C. D. y uno de sus ayudantes.

Si mis cartas parecían equivocadas, ¿qué pensar de las notas que había tomado sobre diferentes acontecimientos y que Helena revisaba para las memorias que estaba escribiendo! Sin embargo, era lo propio de cualquier literatura.

Las notas de cuando nos mudamos al número 63 del bulevar Saint-Michel eran el claro ejemplo de *un cuarto París*.

Fue mi viejo amigo Jean-Marie B. quien, mientras tomábamos café frente a los jardines de Luxemburgo, me dijo de sopetón: ¿Por qué no te vienes a vivir a este barrio?

Mientras hablábamos de esa posibilidad, recordó que el Instituto de Francia disponía de un edificio de viviendas algunos metros más allá, y que, dado que yo era miembro extranjero, podía probar suerte.

Al rato, comentando el modo en que se solicitaba piso en el mundo comunista, le dije que en 1972 fue precisamente París, es decir, la publicación en París, y el interés de los periodistas franceses por entrevistarme, lo que desempeñó un papel primordial en la mudanza desde un angosto piso de dos habitaciones a otro el doble de grande.

Mientras bromeábamos sobre lo que podría ayudarme ahora que estaba en París, Jean-Marie B. me dijo que un libro con dedicatoria siempre había sido moneda corriente entre los escritores.

Al advertirle que lo ignoraba todo sobre el modo local de presentar una solicitud, le pregunté si era admisible algo más, y él me dijo que un regalo no se tomaba a mal, siempre que fuera de carácter simbólico.

Tiempo después una nota describe lo sucedido.

Hela aquí:

Sabía que resultaría difícil, sin embargo había decidido no echarme atrás. Tomé el revólver, lo introduje en la cartera y salí. Me repetía: Solo un revólver puede resolver este asunto. En la entrada, por suerte, no había ningún control. La cara del hombre que me esperaba, en cuanto supo el motivo de mi visita, palideció. La conversación apenas fluía. Mis ojos se volvían una y otra vez hacia la cartera donde guardaba el arma. Solo cuando la saqué, todo cambió al instante. Su conmoción fue indescriptible. ¡Oh, no, señor K., se lo ruego, no!

La nota concluye así. Cualquiera que la lea la tomará por la nota de un gánster, que se enorgullece de haber conseguido con su arma, en plena Academia Francesa, lo que no le fue posible conseguir usando el raciocinio.

En cierto modo, si no había ocurrido estrictamente así, guardaba cierto parecido.

Había decidido no echarme atrás. El día de la cita, tras elegir el libro que iba a regalar con su dedicatoria, lentamente, un tanto entumecido, tomé el revólver de un estante de la librería. Mientras lo introducía en la cartera, me imaginaba lo que podría estar pensando un observador que estuviera acechando mis movimientos. (Se ha vuelto loco de cabo a rabo, o la culpa la tiene la Academia, que admite a estos salvajes balcánicos en sus filas.)

Me bajé del metro en Odéon e hice el resto del camino hasta la Academia

a pie. Caminaba despacio, pensativo, tratando de figurarme lo que podía pasar.

Afortunadamente, en el vestíbulo de la Academia nadie controlaba las carteras.

El hombre que me esperaba entrecerró feliz los ojos mientras hojeaba el libro. Entretanto, tuve la sensación de que había adivinado para qué le había pedido la cita. Me escuchó no obstante con atención, aunque sin ocultar que iba a desilusionarme. Tras la fórmula, compréndame bien, señor K., que repitió un par de veces, se necesitaba ser un palurdo balcánico para no adivinar que mi solicitud no sería tomada en consideración. Añadió que si estuviera en su mano desde aquel mismo instante aprobaría la solicitud, puesto que en la Academia se me apreciaba enormemente, y él en particular, sobre todo tras la conmovedora dedicatoria... pero que el asunto resultaba bastante complejo, dado que los pisos de aquel edificio eran muy demandados...

Ha llegado el momento, me dije. Trataba de no pensar en nada, solo en hacer lo que había que hacer en calidad de balcánico, verdadero o falso tanto daba.

Introduje la mano en la cartera y toqué el frío cañón del arma.

Mientras la extraía, me venían a la mente con meridiana claridad las palabras del vendedor del Mercado de Antigüedades de Tirana mientras trataba de persuadirme de que la comprara. No existía lugar en el mundo donde no se apreciara un regalo como aquel. Allá en París, por bien que me fueran las cosas, llegaría el día en que tendría que echar mano de algo así. Además, debía saber que ningún otro regalo del mundo se ajusta a la dignidad del hombre como un arma. Nunca producía vergüenza ni incomodidad, como podía ocurrir, por ejemplo, con los perfumes y las corbatas. Por el contrario, aparte de noble, representaba la hombría sin mácula y era un regalo señorial en toda regla.

Del otro lado de la mesa, el hombre no parecía creer lo que veían sus ojos.

Oh, no, gritó... No se exceda, señor K. Se lo ruego, se lo juro.

Continuó diciendo que era algo nunca visto, inimaginable, algo jamás ocurrido en aquella Academia.

A decir verdad, su estremecimiento a la vista del arma era más tremendo

de lo que había pensado.

Continuó en el mismo tono, que a mis oídos sonaba de dos diferentes maneras. Oh, no, no, señor K. Se ha pasado de la raya. En esta Academia no se consienten tales amenazas. Aparte, se lo ruego, esa arma.

El segundo significado de sus palabras formaba tal amalgama con el primero que resultaba difícil despegarlos. Oh, no, señor K. Estaba enormemente emocionado. Son legendarias la generosidad... la honorabilidad albanesas... sin embargo, se lo ruego, no me ponga ante esta difícil tesitura. Guarde el arma en su cartera... Nunca me había pasado... no he visto nunca... algo semejante.

Continuaba hablando como en un delirio, y se podría decir que, si por una parte sentía terror, por otra, al brillarle de aquel modo los ojos, parecía estar impaciente por que lo mataran con semejante arma.

Lo cierto es que, depositada sobre la mesa, entre él y yo, el arma me parecía aún más hermosa. Insertas en engastes de plata, una parte de las piedras preciosas centelleaban, mientras que las otras parecían sumidas en el sueño. El anticuario de Tirana me había explicado que bastaba con girarla un poco para que las piedras que parecían esmeraldas dormidas se despertaran, y las despiertas se apagarán, y que en ello residía en parte la fascinación que producía. Siempre según el anticuario, un turista irlandés le había dicho que si a alguien se le hubiera ocurrido quitarse de en medio, sería ciertamente un pecado desperdiciar la ocasión...

Nos miramos fijamente a los ojos, como si pretendiéramos descubrir el uno en el otro la flaqueza que tratábamos de enmascarar.

Es decir, que esto es para mí, dijo finalmente con voz apagada.

No llegué a explicarle que esperaba que no se lo tomara a mal, y, puesto que continuaba conmovido, tampoco nos dio tiempo a comentar qué estipulaba la ley francesa sobre las armas antiguas, en el caso de ser utilizadas...

La entrevista duró casi una hora, pero a pesar de la fascinación mostrada, rechazó el regalo. Lo observó nostálgico mientras yo lo devolvía a la cartera, incluso me dijo que no me ofendiera, pero que tal vez en otro momento... cuando se resolviera el asunto... quizá llegara la ocasión...

Estaba seguro de que la ocasión llegaría, a menos que algún otro, en vez

de revólver, utilizara un antitanque...

HABÍA PENSADO QUE HELENA ACABARÍA por acostumbrarse al «París de las notas», pero no era así. Era yo, al parecer, quien se iba acostumbrando a sus preguntas. ¿Fue en la facultad de Tirana o más tarde cuanto utilizaste la palabra «demonio» con matiz cariñoso? Si me llevaras a Moscú, como me has prometido, ¿encontraría la menor huella de lo que has descrito? ¿Tomaste café en el Rostand, sin saber que se llamaba El Rostand? ¿Cuándo conociste a Colette D.?

A Colette D. la había conocido en uno de mis primeros viajes a París, concretamente en casa de Pierre Sipriot, director de Hachette-Littérature. Más tarde pude advertir que en las cenas que este daba en su casa, no era raro que alguien se presentara con retraso, alguien que solía ser, además, la mujer más atractiva.

Estaba en posesión de algo indefinible, que tanto parecía ser la causa como el efecto de su belleza. Mitad jovencita y mitad mujer sofisticada, la oscilación de su claro cabello parecía enmendar a cada paso el predominio de una mitad sobre la otra. Más adelante, en una de las sobremesas del número 48 de Monsieur-le-Prince, me habló de un prometido secreto, dejándome con la boca abierta. Creía que en Francia, como en todas partes, la noción misma de compromiso estaba en extinción, y no digamos el compromiso secreto. Mis ojos se volvieron, sin vacilar, hacia el señor Sipriot, pero ella, sin darme tiempo a preguntárselo, rio feliz y, sacudiendo el cabello, dijo: «No, no, no es él».

Era su mitad juvenil la que continuó riendo de aquel modo, y a mí, para adaptarme a su estilo, solo se me ocurrió decirle que suponía que el señor Sipriot, en nuestro primer encuentro, me habría tomado seguramente por un chiflado.

Ella siguió diciendo «no», esta vez con la cabeza, más exactamente con el pelo, pero sin sonreír.

Habría querido añadir que no me importaba, que al fin y al cabo los que veníamos del Este arrastrábamos de una manera u otra su locura, como aquel asunto de mi invitación falsa, pero nada de esto era fácil de explicar, y menos en mi francés de principiante.

No es así, dijo despacio. Nosotros les comprendemos... incluso mejor de lo que se comprenden ustedes...

Me pareció que sus ojos cambiaban instantáneamente de color.

Nosotros les protegemos, continuó con una singular caída de párpados... ¿Comprende lo que quiero decir? Cuidamos de ustedes... Pero sin hacernos notar.

Al principio pensé que no la entendía. Ella también. Sin dejar de mirarme, me lo repitió todo otra vez con palabras más sencillas y con la misma caída de párpados, esta vez como cogida en falta.

Era ahora su mitad de dama la que predominaba, y me pareció obligado asegurar que la entendía y que le estaba agradecido por todo, pero en lugar de darle las gracias, le pregunté:

¿Forma usted parte de eso?...

Sin esperar su respuesta, comprendí que había metido la pata y que el error era de los que no se enderezan fácilmente. Durante unos instantes me miró pensativa.

Si fuera así, no se lo diría.

Le ruego me perdone, *madame*. Comprendía ahora que la excelsa luminosidad de su mirada, antes de deberse al misterio femenino, la seducción y las consabidas fantasías, tenía que ver con otra cosa.

Era, posiblemente, la zona reservada en sus ojos a la fidelidad, sublime y en parte solitaria, e inaccesible a la vulgaridad del planeta.

*Ma Dame*. Mi Señora. Residente en la calle Monsieur-le-Prince, número 48, como indican sus tarjetas de visita. Habría querido caer de rodillas, si me sintiera con la agilidad suficiente para hacerlo... (Estaría dispuesto, incluso, a seguir un curso sobre cómo caer de rodillas ante una dama, evitando tirar los vasos de las mesas y desgarrar su leve vestido si presa de vértigo te agarras a él... etc., etc.)

Caer, pues, de rodillas, para pedirle disculpas por las vulgares groserías que, si bien arrinconadas desde mis años de estudiante en Tirana y Moscú, hallaban el modo de reaparecer de improviso en un batiburrillo lingüístico albano-ruso.

CADA VEZ QUE ME ACERCABA a las ventanas para comprobar qué tiempo estaba

haciendo fuera, mis ojos se detenían en el paso de cebra del bulevar Saint-Michel. Dado que, al menos tres o cuatro veces al día, me tocaba cruzar el bulevar por ese paso, tenía la sensación de que el quinto distrito parisino al completo cruzaba precisamente por allí.

No era el único caso en que dos distritos de París compartían línea divisoria en el mismo bulevar, pero para cualquiera que viniera a vivir a Saint-Michel la extrañeza de que una de las aceras perteneciera al quinto distrito, y la otra al sexto, se mantenía cierto tiempo.

La confrontación, tan manifiesta, por no decir excitante, de dos de los barrios más conocidos de París te inducía sin querer a imaginar una rivalidad entre ellos. A primera vista el sexto distrito poseía cierta superioridad. Le bastaría con los jardines de Luxemburgo, los más famosos de la capital, para garantizarla. El Senado de Francia, en los mismos jardines, y a unos pasos el teatro del Odéon, sin mencionar el bulevar Saint-Germain con sus cafés Flora y Les Deux-Magots, la mayoría de las editoriales y hasta la Academia, inclinaban la balanza a su favor.

Mas el quinto distrito, aunque más sobrio, no le iba a la zaga. En él se hallaba Notre-Dame, todo el barrio Latino con su raro embrujo, la Sorbona estudiantil, el Panteón de Francia, sin contar la estrecha calle Mouffetard, la ponderación de cuyo hechizo, aparte de signo de cultura, era algo casi obligado.

Llegaría el día en que mi doble condición de residente en el quinto distrito parisino, pero con los cafés (es decir, la escritura, la porción superior del ser, como si dijéramos) en el sexto, si bien accidental, revelaría su profundo significado.

Parecidos sentimientos me asaltaban sobre todo cuando cruzaba a la acera de enfrente. Contra toda lógica, tenía la certeza de que siempre era el quinto distrito el que pretendía abalanzarse sobre el sexto, y nunca a la inversa.

Mientras esperaba la señal del semáforo, me gustaba imaginarme a Julien Gracq, profesor del liceo Enrique IV, bajando la calle Soufflot hacia la editorial José Corti y atravesando el bulevar precisamente en este paso. Más allá, antes de llegar a su editorial, seguramente giraría para tomar el café del mediodía en el Rostand.

Me complacía pensar que el escritor vivo más grande de París, y tal vez de

toda Europa, frecuentaba el mismo café que yo; un hecho que me parecía no solo natural sino indiscutible. Que pudiera tomarse por huero orgullo o esnobismo por mi parte, etcétera, tanto me daba. Ambos éramos autores del mismo editor, y nadie podría decir que careciera de lógica, salvo..., salvo que...

*Salvo que Julien Gracq no tomara café en el Rostand.*

La suposición se me presentó un día bajo la forma de llamada de advertencia. Los interrogantes por qué, por qué razón, será posible, no lo es, no lo será, se sucedían uno tras otro.

En el caso de que Julien Gracq no... ¿el café Rostand perdería acaso, si no toda, al menos buena parte de su magia?

La respuesta llegaría más tarde.

SUCEDIÓ UN DÍA NORMAL a mitad de semana. Caminaba por la calle de Médicis, a unos pasos del Rostand, cuando en el escaparate de José Corti mis ojos tropezaron con una cara conocida. A punto estuve de preguntarme: ¿Qué hace Éric aquí?

De inmediato comprendí que Éric Faye, joven escritor francés y viejo amigo mío, estaba donde debía estar: en el escaparate de su editor. Sin embargo, el sorprendido era yo. Incluso... incluso.

No me quedaba más remedio que reprenderme a mí mismo como pocas veces. Incluso... incluso... habíamos hecho un libro de entrevistas que había publicado justamente José Corti.

Nadie se podría creer que semanas después de haber comenzado a tomar mi café de la mañana en el Rostand descubriría de repente que uno de mis editores franceses estaba casi pegado al café. Resultaba bastante increíble.

Me consolé un tanto al recordar que la publicación tenía unos cuantos años y que era de mi primera época parisina, aparte de que fue Éric Faye quien se ocupó, sobre todo, de la edición, en la que yo apenas participé.

En el escaparate había también algunos volúmenes del autor icónico de José Corti, Julien Gracq. Desde el interior, unos ojos, tal vez los del propio editor, me observaban con cierta curiosidad.

Nos saludamos desde lejos con un movimiento de cabeza y seguí mi camino.

Nos tratamos mucho tiempo después. Nos hablamos tras decenas de saludos de lejos, entre desconocidos.

Ignoro qué me empujó un buen día, cuando lo vi en su puesto habitual, a franquear la puerta y entrar. Le dije quién era yo y me contestó: Lo sé. No era de extrañar, puesto que, al fin y al cabo, yo era uno de sus autores.

Tras invitarme a tomar asiento, me dijo su nombre, Bertrand Fillaudeau, editor de José Corti. Me pareció amigable; por eso, en señal de avenencia, le dije que conocía a Julien Gracq y que incluso habíamos intercambiado correspondencia. Antes de terminar la frase, me dijo de nuevo «lo sé». Intenté justificar en mi fuero interno su falta de sorpresa, pero cuando añadí que, aparte de correspondencia, había estado en casa de Julien Gracq, en Saint-Florent-le-Vieil, y Fillaudeau me dijo por tercera vez «lo sé», perdí toda esperanza de poder decir algo que el otro no supiera.

Me contuve para no caer en anécdotas de tres al cuarto, como que Henry Miller y Anaïs Nin habían rondado por los alrededores, hasta que se me ocurrió decirle que, si no me equivocaba, Emil Cioran había vivido cerca.

Sí, me contestó, muy cerca, en la calle del Odéon, 21.

Hablamos un rato, queriendo o sin querer, de las personas ilustres relacionadas con este rincón de París y, en consecuencia, con el café Rostand, e incluso del que más relación había tenido con el café, de André Gide, cuyos padres habían vivido justo encima.

Qué pena no haberlo sabido para poder decirle yo también «lo sé», al menos una vez, pero no fue posible. Entre tanto, la zozobra de si Julien Gracq no...

¿Y Julien Gracq?, pregunté en un tono que me pareció apagado.

¿Julien Gracq?, replicó. Ignoro por qué esperaba que me dijera que Julien Gracq, para enorme sorpresa, al contrario de lo que cabría pensar, no pisaba nunca el Rostand.

Pero ¿por qué?, le pregunté antes de que acabara la frase.

¿Por qué? ¿Cómo que por qué?

Quiero decir, cómo es posible...

¿Qué?

Necesitamos un instante para deshacer el enredo en que nos habíamos metido. Es decir, que yo había entendido que él me había dicho lo contrario

de lo que había imaginado, en otras palabras, que me aseguraba que Julien Gracq tomaba su café del mediodía precisamente en el Rostand y en ningún otro café.

Aliviado, desvié la conversación hacia los personajes ilustres, de los que, probablemente, sabía más que nadie. Balzac, por ejemplo, no tenía especial ligazón con el barrio, salvo la del café molido, que compraba a un vendedor hebreo en la vecina calle de Monsieur-le-Prince, número 50. Parecía una nimiedad, pero si se piensa a fondo, sin aquellos paquetes de café, no solo le habría resultado difícil escribir entera *La comedia humana*, sino incluso la mitad de ella. Sin mencionar el edificio contiguo, donde, según pude apreciar por su placa conmemorativa, entre 1654 y 1662 vivió Blaise Pascal, y un poco más allá...

De repente, sentí el deseo de hacerle una pregunta que estaba seguro de que no podría responder con un «lo sé» de los suyos.

He escuchado atentamente, señor, cuanto me ha dicho de los edificios de los números 50 y 52 de la calle Monsieur-le-Prince, pero siento curiosidad: ¿Qué sabría decirme del número 48, donde vive Colette D., la mujer con los ojos más sorprendentes de París?

LA IDEA DE ESCRIBIR ALGO sobre el Rostand había surgido en mí de forma tan natural que no recordaba ni cuándo ni en qué circunstancias. Era una sensación que iba del arrepentimiento al agradecimiento; parecida a la que sientes por la compañera de toda la vida, la que, pese a estar en todo momento junto a ti, no ha merecido, o crees que no ha merecido, la debida atención.

En este café había escrito centenares de páginas y otras tantas de notas sobre motivos y sinopsis, sin reparar nunca en él, en el propio café.

#### *Rostandum Bellum.*

Eran cinco o seis páginas sobre un suceso imaginario, que en un principio había titulado «La cuestión Rostand», después «La verdad sobre la cuestión Rostand», más tarde «El enigma Rostand», para acabar en el épico título «La guerra del R.».

Después de leerlo, cuando llegó el momento de incluirlo en sus memorias, Helena estaba persuadida que aquel texto resultaría completamente extraño al

resto.

Si bien me gustaba creer que el suceso tenía cierta relación con la verdad, yo también pensaba lo mismo que ella.

Cada vez que pasábamos por la tarde ante el R., esperaba que Helena, medio en broma, me preguntara qué había sido de todas aquellas sillas rotas, de aquellos ataques y contraataques y, finalmente, de las hileras de refugiados que, derrotados y cargados de tristeza, habían inundado el barrio.

En realidad se había producido el cierre temporal del café para efectuar ciertas obras de reparación, pero resultaba exorbitado que el ruido y el polvo de las obras justificaran su calificación como «guerra», y máxime en latín.

Helena, por su parte, no solo no me preguntó, sino que un día, de forma inesperada, me dijo que había cambiado de idea y que deseaba incluir el texto en su propio libro.

¿Eso significa que empiezas a creer, siquiera una pizca, en *Rostandum Bellum*? (¿Crees realmente que no recibí invitación para viajar a París?)

La respuesta asombrosa me la daría, después, Bertrand Fillaudeau. Fue él quien me explicó que por dispersa (en realidad dijo «por fecunda») que resultara mi fantasía, no era tanta la exageración del relato. En otras palabras, que era cierto lo esencial del episodio. Es decir, que en el café Rostand se había producido realmente un enfrentamiento, el cual, si bien resultaba arriesgado calificar de *bellum (Illyricum o Rostandum no importaba)*, despedía cierto terror primitivo.

El texto comenzaba así:

«Lo que más tarde se llamaría *La guerra del café Rostand* sobrevino en la frontera entre dos siglos, el veinte y el veintiuno».

Más adelante aparecían los contendientes: los nuevos propietarios del café, sus *jefes* pues, por un lado, y los *intelotas*, abreviatura a la francesa de «intelectual», por otro, que sonaba parecido a los «hoplitas» de la Antigüedad.

Como tantas otras cosas, la verdadera razón del enfrentamiento, cuidadosamente silenciada, se descubriría años más tarde. Los *intelotas* (es decir, los periodistas, escritores, estudiantes a quienes gustaba trabajar en el café), cierto que le habían dado renombre como recinto elitista, pero ahora,

con sus interminables permanencias en las mesas, le causaban un perjuicio económico. Ahora bien, ello no se podía reconocer abiertamente. El objetivo de la guerra era desalojar a los *intelotas* del café, pero sin expulsarlos. En otras palabras, que se marcharan ellos solos y sin alboroto. Pero justamente ahí residía la dificultad: la humanidad sabía de toda clase de guerras, salvo de las carentes de algarabía.

Ante la imposibilidad de encontrar una, se pensó en renunciar a la guerra. Mas, al ver que su sustitución parecía tan imposible como temible, se acabó por renunciar a la renuncia a la guerra.

Por lo tanto, guerra a toda costa, pues, incluso soterrada. Con ataques, contraataques, victorias y derrotas.

«Crónica del frente: Los *intelotas* atacaron la zona del café próxima a la cristalera que da a los jardines de Luxemburgo, sin percatarse de que caían en una trampa.»

En parte alguna se explicaba en qué consistía aquella trampa.  
Más adelante seguía el texto:

«La guerra continuó todo el invierno...

»Tras un ataque desesperado al objeto de abrir una brecha de penetración hacia el centro, los *intelotas* ocuparon la zona norte, la más desprotegida.»

¿Qué significaba, en este caso, la palabra «ataque», y sobre todo las expresiones «brecha de penetración hacia el centro», y más aún «zona desprotegida»?

Había tratado de adivinar qué enmascaraban, pero resultó imposible. Era probable que hicieran referencia a los clientes con perro (precisamente en esa época habían permitido que los perros entrasen en los cafés), a fin de turbar la paz de los *intelotas*. O a la admisión temporal en el café de los locos de un manicomio vecino.

Esta parte del texto concluía en tono triste.

«A mitad de la primavera los *intelotas* claudicaron. Y al igual que en cualquier otra guerra perdida, no tardaron en aparecer los refugiados.

»Los expulsados se dispersaron en diferentes direcciones en busca de otros cafés. La mayor parte se desplazaron hacia el oeste, hacia los locales del bulevar Saint-Michel, calles Soufflot y Gay-Lussac. El resto se marcharon a la ventura.»

Recuerdo un viejo cliente que había acabado en el McDonald's. En el Rostand me había regalado un día una serie de dibujos agrupados bajo el epígrafe «Los cinco estados de Edipo rey». Le reconocí desde la calle mientras estaba inclinado, como de costumbre, sobre unas hojas de papel. Me acerqué picado de curiosidad y, en vez de dibujos de Edipo y Filoctetes, lo que vi fueron los precios de las hamburguesas escritos con colores llamativos.

Me dieron ganas de llorar, pero por suerte, no me había reconocido.

Era probable que la calle donde los refugiados de esta guerra sufrieran el mayor de los desengaños fuera la calle Monsieur-le-Prince. Los nombres japoneses de los locales se sucedían como en un extenuante rito: Kiotori grill. Yamamoto-Sukusuma sushi. Samasuku-Kurosawa grill. Se podría llegar a creer en un desconcertante pacto París-Tokio, secuela de un nuevo perfume o de algún terremoto, por no mencionar una *Franco-Japonum Bellum*.

Tras los refugiados venía la descripción de los turistas, más exactamente, de «la nueva ola de posguerra», como cabría calificarla.

Entre ellos los había que se interesaban por las huellas de los hombres ilustres asiduos del café en el pasado. ¿Se refiere a Hemingway, señor? Él frecuentaba otro local, La Closerie des Lilas, a diez minutos de aquí caminando. «Ah, *sorry*, no soy muy entendido en este campo.»

En el epílogo se asistía al retorno de los expulsados. La guerra ha terminado. Los propietarios, causantes de las hostilidades, han sido reemplazados. Con los nuevos jefes ha llegado la paz.

«Uno tras otro, bajo la desconcertada mirada de los camareros, los *intelotas* regresan al café, que tantas veces se les ha aparecido en sueños, conteniendo a duras penas su añoranza, buscan sus lugares de antaño, la frontera fatal que separa la zona central de la zona oeste, la séptima mesa, donde habían claudicado *definitivamente*, los lugares donde habían tomado su último café.»

LAS NOTAS TERMINABAN OTRA VEZ con los turistas. Una conversación imaginaria con uno de ellos, una conversación bastante extraña, cerraba la saga de *Rostandum Bellum*.

«¿Usted es austriaco, vienés? Yes. Entonces debe de tener conocimiento de Alma Mahler, hermosa y famosa vienesa, mujer de Gustav Mahler... ¿Gustav Mahler? Ajá, seguro. Mahler, yes..”»

Su chapucero inglés aumenta la ingenuidad de su mirada. Aunque mi inglés no era mucho mejor, la conversación se nos adhirió.

«¿Quizastén señora Mahler es en este café?, preguntó.

Ha habido posibilidad, respondí.

Ajá, hace bastanten tiempo.

Seguristen. La anteguerra.

Ajá, yes. La anteguerra qué.

Puede que anteguerra *first*.

Ajá. Mahler muerto (escribió la cifra 1911). Ella viuda hermosa *turiste* solitaria.

Yes, sir.”

Siento que me resulta demasiado enojoso proseguir con la conversación, y aún más explicarle por qué he preguntado por Alma Mahler. Se ve claramente que él también desea hacer esa pregunta, pero puesto que tiene la misma dificultad que yo, no insiste. Nos sonreímos como dos idiotas el uno al otro, felices de habernos entendido... Los ruiseñores saben callarse.

Lo que no me impide imaginar a la treintañera y hermosa viuda Mahler en la cubierta de un crucero, poco tiempo después de la muerte de Mahler, en el canal de Corfú, acompañada de uno de sus admiradores. A un costado la isla de Corfú, al otro, Albania. Y he aquí que en la escala de turno, según sus propias memorias, ¡se sube al barco un ministro albanés! (¡Un ministro albanés en 1912! Hace tres o cuatro semanas que por vez primera en su historia moderna, Albania, desde el 28 de noviembre de 1912, tiene Gobierno y un puñado de hombres llamados ministros.) Y entonces uno de ellos aparece en un barco de lujo y, con las tres o cuatro palabras que pronuncia, llama la atención de la célebre viuda. Según él, se trata de un proverbio de su país. Tan inaudito como lóbrego: «No es el que mata el culpable, sino el muerto». El proverbio se clava en el cerebro de la bella, quien lo convierte, según admite ella misma, en la divisa de su propia vida. (La han calificado, y sobre todo la calificarían más tarde, de destructora de hombres, y he aquí como el ministro del Gobierno más joven del mundo le proporciona la fórmula defensiva.)

Aun más que la bella vienesa, me entusiasma el ministro. ¿De dónde saliste, ay hombre, quién te condujo a aquella embarcación, eras de verdad ministro o fantasma, dónde oíste semejante proverbio?... Albania hace solo dos o tres semanas, tal vez dos o tres días que es Estado. ¿De dónde has sacado el tiempo para echarte a la mar a cortejar a las bellas mujeres, y soltando proverbios mi... mis... misteriosos, bárbaros?»

NO SOLÍA CRUZAR SINO RARAS VECES el paso de cebra de la calle Soufflot, cuando lo hacía era normalmente para ir hasta la tienda de telefonía móvil de Orange, y a veces, pocas, para visitar al médico del barrio.

Un día, mientras clavaba los ojos en el semáforo, a la espera de que se pusiera verde, sentí la presencia de una mujer a mi derecha.

Habíamos dado dos pasos hacia la acera de enfrente cuando ella, disculpándose, me preguntó si yo era el señor K.

Pronunciado mi «sí», me dijo que era Odile Jacob, editora.

Ah, ¿Odile Jacob, la editora?

Seguramente era consciente del asombro que causaba en cuantos la

trataban por primera vez, un asombro reflejado en la mirada que, sin pretenderlo, descendía desde su cabello hasta los zapatos de tacón alto, pues todos convendrían en que aquella joven tan elegante podía ser cualquier cosa salvo la famosa editora parisina.

Había pronunciado «¿la editora?», que en realidad quería decir «¿la editora en persona?», o más exactamente «¿la propietaria en persona?», puesto que casi todo el mundo sabía que la titular de Odile Jacob era la propia Odile Jacob.

Las presentaciones, junto con las sonrisas, habían sido las suficientes como para que el semáforo cambiara de color y acabáramos los últimos en la corriente de transeúntes. Quedó de manifiesto por la brusquedad con la que un taxi pasó junto a nosotros, y más exactamente por el insulto del taxista: ¡Quítate de en medio, put...!

Cualquier mujer habría exclamado «¡huy!», máxime una famosa editora, pero Odile Jacob, aparte del «¡huy!», con una especie de entonación abstraída, dijo que era la segunda vez en aquella semana que precisamente en ese mismo lugar un taxista se dirigía a ella con aquel «insulto».

Nos reímos, pero, antes de haber alcanzado la acera de enfrente, ella, con una desenvoltura y atrevimiento que, al parecer, las mujeres elegantes adquieren repentinamente «tras un insulto con put...», me preguntó si cabía esperar que publicara alguna de mis obras en su editorial...

Como para concluir su frase de forma más demostrativa, señaló con la mano el edificio de la casa editora Odile Jacob, treinta o cuarenta pasos más allá.

No había llegado aún a alzarme de hombros para expresarle mis dudas cuando ella, tras una franca sonrisa, me dijo que sabía que estaba con Fayard, e incluso que era bien conocida mi proverbial lealtad, pero que en todo caso... si no un libro mío, algo que tuviera relación... que no estaría mal... Sobre todo estando tan cerca... y señaló de nuevo hacia su edificio, mientras que yo añadía que desde el balcón de mi casa podía ver sus ventanas.

Apenas pasaron unas semanas cuando, con el manuscrito de *El expediente K.*<sup>1</sup> en la cartera, crucé la calzada por el mismo lugar donde el taxista desconocido, con su famoso insulto, posiblemente hubiera añadido un nuevo editor a mi vida.

Era, qué duda cabe, el libro adecuado. *El expediente K*. Los documentos secretos del archivo del Estado, que publicaba por vez primera su director de tantos años.

EN REALIDAD, ODILE JACOB no era mi segunda, sino mi tercera casa editora casualmente del barrio. Inmediatamente tras José Corti, en unas circunstancias bastante inesperadas, y contando siempre con el consentimiento de Fayard, otra de mis publicaciones, totalmente imprevista, se había editado «en el barrio».

Ediciones Flammarion, si no contigua, se encontraba muy próxima al Rostand, proximidad que, empezaba a pensar, se había vuelto para mí obligación casi fatídica. Incluso cuando Flammarion me presentó su solicitud de colaboración, estaba convencido de que entre las dos o tres primeras frases se incluiría la evidencia «además de ser vecinos...».

Así pues, además de ser vecinos, el personaje sobre el cual me solicitaban un texto era de procedencia albanesa.

Se trataba de la nueva estrella en ascenso de la coreografía francesa y europea Angjelin Preljocaj. El editor pensaba que su entrevista con Roman Polanski, que ya tenía, podía ganar con un ensayo mío para incluirlo en el mismo volumen. Como la entrevista versaba sobre la armonía entre las artes, el editor subrayaba que resultaría emocionante que un famoso director estadounidense conversara con un igualmente famoso coreógrafo francés, y que ambos estuvieran acompañados del texto de un escritor... albanés. En una palabra, se daba una combinación de tres artes: cine-danza-literatura, y de tres nacionalidades: estadounidense, francesa y albanesa, por no decir cinco si nos ceñimos a la nacionalidad polaca de Polanski, engullida por la estadounidense, y a la procedencia albanesa de Preljocaj, origen que, pese a que fuera Francia y no Albania la que lo hiciera famoso, incluía obstinadamente en todos sus carteles.

En cualquier caso, lo mejor sería que hablara con él antes de decidir, me dijo el editor, a quien seguramente le pareció que no me resultaría sencillo tomar la decisión de escribir sobre algo tan alejado como el ballet.

Angjelin Preljocaj resultó mucho más agradable de lo que suponía. Aunque no hablaba albanés, era como si nos conociéramos desde hacía

tiempo. En realidad Vermosh, el rincón más septentrional de Albania, de donde procedía su familia, aparecía como un lugar tan lejano e inalcanzable que resultaría más sencillo viajar a Suecia que hasta allí. Además, Angjelin había vivido en Albania tan poco tiempo que, al hacer referencia a su edad de entonces, no cabía utilizar «de pequeño». Era preciso usar el diminutivo «de pequeñito», que a su vez necesitaba la mengua de otro diminutivo, algo así como «de pequeñito pequeñísimo», por la sencilla razón de que Angjelin había abandonado Albania cuando aún no había cumplido ni siquiera los nueve meses, con cuatro meses y medio, es decir, en el vientre de su madre, por lo que tampoco quedaba claro si aquella cavidad podía denominarse «Albania» o simplemente «vientre de madre albanesa...». Y por si ello no bastara, aquella mujer, con *preAngjelin* en el vientre, y su marido habían cruzado la peligrosa frontera del Estado plagada de alambre de espino y perros amenazadores una terrible noche de invierno.

Angjelin Preljocaj me contó el episodio en un francés extremadamente elegante, el cual, poco o nada, le cuadraba a aquel terror.

Al poco tiempo, nos sentíamos tan próximos, que podría sonar como una ofensa indirecta a la lengua albanesa, cuya ausencia, en el caso que nos ocupa, no se dejaba sentir.

Como si buscara algo convincente para explicar aquella proximidad, Angjelin dijo que, si bien la maestría del escritor y del coreógrafo parecían tan alejadas, en el fondo...

En el fondo... me repetí a mí mismo... ¿En el fondo se asemejan o no se asemejan?

En aquel momento pensé en las dos posibilidades, sin saber cuál de ellas me convencía más. Que se asemejaran parecía escandaloso, pero que no se asemejaran era aún peor.

Creo que esta misma duda la compartía también él. Incluso, yendo más allá, sin decidir en absoluto cuál de las dos era más chic, la semejanza o la desemejanza.

Al fin y al cabo, ¿acaso no suponía el escándalo de los escándalos la creencia de que nuestros pensamientos pueden transmitirse mediante unos signos ridículos llamados letras? Nos habíamos acostumbrado a ellas, ya ni se nos pasaba por la cabeza lanzar alaridos como: ¡Mirad esos libros y esas

letras, ved a qué ha quedado reducido el pobre pensamiento humano...! ¡No, en absoluto! Entonces por qué no aceptar que también la danza, es decir el ballet, pueda coagularse... en alguna parte. Veamos, ¿si la música se traslada al pentagrama, por qué la danza no? No contaba ni con alfabeto, ni con pentagrama, y sin embargo el ballet también debía tener algo de bosquejo en la mente del coreógrafo. Al fin y al cabo, el ballet era tan accesible a la vida cotidiana que su esencia bien podía explicarla un nombre común: el movimiento. Es decir, no era sino movimiento. Ni más ni menos. Solo que un movimiento distinto... Como si dijéramos, los propios andares del ser humano, pero distintos. Un poco como en un sueño, un poco como en... una locura.

Hablábamos ambos de manera tan embrollada que, si nos hubiera oído alguien, creería que habíamos vuelto a la lengua albanesa.

En una palabra, un movimiento distinto, pensaba. Como los andares de tu madre cuando cruzaba la frontera albanesa en la oscuridad, contigo en su vientre con cuatro meses y medio.

Alambre de espino por doquier y perros. Y su deseo de cruzarla, de volar sobre ella. El deseo de caminar *distinto*, pero tan potente que, con su angustia, era capaz de transmitirlo al retoño que llevaba dentro.

Creía haber encontrado el eje de mi libro sobre él.

Nuestra conversación, ahora liberada, discurría felizmente.

Tú tienes letras y alfabeto, yo mis bailarines, chicos y chicas. El alfabeto albanés tiene treinta y seis letras, ¿no es eso?

La comparación viene al caso. Sin embargo...

¿Sin embargo? ¿Por qué me sacaba de quicio este hombre con sus *sinembargos*?

¿Sin embargo, qué?, le dije.

Vamos a ver, respondió. Surge un problema de improviso. De repente una o dos bailarinas faltan. Digamos que se quedan embarazadas. Algo que a ti no te pasa jamás con las letras.

¡Solo eso me faltaba!, estuve a punto de gritar. ¡Que se me largaran dos o tres letras!

Me eché a reír, pero aun así, después de la risa, sentí cierta prevención. En lugar de seguir la conversación, mi mente se centraba en las letras que podían

largarse de repente. Era una locura, lo que no me impedía preguntarme cuáles serían precisamente las que podían... ¡quedarse embarazadas!

Al principio me pareció que la *a* y la *f* eran las más predispuestas. La segunda por ser la inicial de la palabra *fémينا*, la otra porque la mayoría de los nombres femeninos terminaban en *a*.

Intenté dejar de pensar en ello, lo que creí haber logrado tras separarme de Preljocaj. No podía imaginar la sorpresa que me esperaba al día siguiente en el Rostand.

Estaba desplegando las hojas de papel, de acuerdo a un inmutable ritual, cuando una desconocida inquietud, la más grotesca que haya experimentado en mi vida, me asaltó de repente. Hojeé las notas, como si buscara algún detalle perdido, hasta que comprendí que lo que buscaba no era una frase, ni un detalle desaparecido, sino dos o tres letras que tal vez faltaran... Que no estuvieran porque... Porque se habían quedado... embarazadas...

Me dije ¡basta!, e inmediatamente pronuncié el nombre de Angjelin. Más en concreto: Eh, Angjelin mío, con ese nombre angelical, ¿por qué me has contagiado la manía, hace tiempo olvidada, de desmenuzar las metáforas?

Alado, *Distintoandante*, como un verdadero primo de los ángeles.

Días después, cuando presencié su coreografía del ballet *Romeo y Julieta*, y aparecieron en escena el alambre de espino de la frontera albanesa, los guardas con cascos germano-rusos y sus perros, recordé de nuevo a su madre, y el pensamiento de que ya tenía en mente el eje del libro sobre él me tranquilizó.

EN LOS ALREDEDORES DEL TEATRO del Odéon cuatro o cinco callejas que llevan el nombre de olvidados dramaturgos del siglo XVII parecen estar siempre a la espera. Hacia las ocho de la tarde, en el frontispicio del teatro se forman las colas de espectadores, pero en ninguno de los carteles aparecen ni sus nombres ni sus dramas. Acto seguido, las puertas se cierran y tras cerrarlas llega el silencio, y más tarde, tres horas después, se vuelve a sentir el bullicio, esta vez de la salida, entre el cual se oye pronunciar aquí y allá el nombre del autor, que nunca es el de ninguna de las callejas.

Pasada la medianoche, cuando el silencio se hace alrededor, a los raros transeúntes que pasen por allí es posible que les parezca oír el ahogado

sollozo de los dramaturgos olvidados.

El teatro del Odéon parece mirarlos por encima del hombro, mudo, inmisericorde.

Mientras tanto, la gran ciudad, más compasiva que el teatro, su antigua casa, esa que los ha puesto de patitas en la calle hace ya tanto tiempo, no ha retirado las placas metálicas con sus nombres, de donde arrancan esas callejas llenas de pena. En ellas están escritas las fechas de nacimiento de cada uno de ellos y, sin duda, las de su fallecimiento. Todos del año 1600. Aproximadamente del tiempo de Shakespeare.

Un atardecer, mientras Helena y yo paseábamos por el barrio, nos detuvimos, como de costumbre, ante las carteleras. Figura tu nombre, dijo Helena, señalando con el dedo hacia uno de los carteles.

Lo comprobé perplejo porque, salvo en raras excepciones, no había tenido apenas relación con el teatro. Más asombroso aún que el hecho de que figurara mi nombre era que apareciera junto al de otros dos dramaturgos, como ocurre habitualmente con la autoría colectiva de un drama. En el cartel aparecía el título de la obra: *Macbeth*. Y debajo de él, el trío de autores: Shakespeare, Müller, Kadaré.

No me podía creer lo que veían mis ojos. Helena tampoco. Leí con detenimiento el texto del cartel, como si quisiera convencerme de que no se trataba de una alucinación: «*Macbeth* (inquietudes), de William Shakesperare, Heiner Müller e Ismaíl Kadaré».

Más abajo aparecían los nombres de los directores: Caroline Guiela y Alexander Plank. Al lado: los días de representación y el horario. Se trataba de un festival de teatro que se prolongó desde el día 5 hasta el día 16, la víspera.

¿Cómo era posible?, nos preguntamos varias veces ambos. ¿Cómo era posible que a dos pasos del teatro no nos enteráramos de algo así? En París podían darse tales sorpresas, pero yo era uno de los autores y debía saberlo. Por no mencionar la autorización...

Helena me dijo que era imposible que a la joven de la sección de autores extranjeros de Fayard se le hubiera escapado algo así, que lo más probable era que se debiera a mi despiste.

Por lo que parece, tenía razón. Algo recordaba sobre una autorización, una

de esas a las que resulta factible responder que «sí» porque ninguna mala consecuencia puede acarrear. En cuanto al engarce de motivos de diversos autores, se da cada vez con mayor frecuencia en el teatro moderno.

Había tenido la ocasión de conocer a casi todos los destacados escritores alemanes, pero no a Heiner Müller. Si bien el cartel mencionaba *La hija de Agamenón*, mi obra, y, naturalmente, el *Macbeth* clásico, no hacía referencia sin embargo a la obra de Müller en la que se habían basado los directores para su propio *Macbeth*.

No obstante, al margen de la cuestión de cómo pudo producirse algo así, al alejarme de los carteles tenía la sensación de que quizá era más hermoso de este modo. Como señaló Helena en sus memorias, si años atrás alguien me hubiera dicho que una noche, en la cartelera de un teatro, vería mi nombre junto al *Macbeth* de Shakespeare, me habría parecido bastante más que un milagro.

De camino a casa, las preguntas de cómo pudo ocurrir, por qué, etcétera, me resultaban cada vez más sin sentido, mientras se iban extinguiendo por sí mismas. Quizá sea esta la verdadera razón por la cual nunca llegué a enterarme con exactitud de lo que había pasado en el teatro del Odéon. No sin cierta afectación, prefería considerar el asunto cada vez más como algo propio del barrio...

CON COSTA-GAVRAS, que me hacía señas desde el otro lado de la cristalera del café, vino a mi mente la antigua palabra que denominaba el muro del patio y el propio patio que encierra el muro, *avlli*. Olvidada tiempo atrás y más infrecuente que frecuente en los diccionarios actuales, de origen turco, al parecer, o griego más exactamente, era de esas palabras que, tras haber circulado por toda la península de los Balcanes, había perdido su sentido de pertenencia.

Gavras, que acaba de sentarse a mi mesa, piensa lo mismo.

Vive al lado, en la calle Saint-Jacques, por lo que podría ser considerado del mismo patio, del *avlli*, pero no es esta la razón por la que nos entendemos siempre a la perfección. Nos conocimos antes de la caída del comunismo, cuando Grecia era miembro de la OTAN y Albania el enemigo número uno de la Alianza Atlántica. Hecho que no influyó en absoluto en nuestra amistad.

Más adelante, cuando Albania se incorporó a la OTAN, con mayor celo incluso que Grecia, como les ocurre a menudo a los novatos, nosotros seguimos siendo los de siempre.

En una ocasión me dijo que le gustaría llevar al cine mi novela sobre Doruntina, una joven casada en el extranjero cuyo hermano se presenta de improviso a buscarla.

Durante cierto tiempo pudo parecer que nuestro mutuo entendimiento progresaba merced al proyecto común de la película, pero tiempo después, cuando le entraron dudas de que la historia cuadrara con su estilo, tampoco su decisión mermó en absoluto la armonía existente entre ambos, por lo que cabe afirmar de todo corazón que, con o sin película, nuestra amistad seguía siendo la misma.

¿De qué podían hablar dos balcánicos en un café de París?

La curiosidad, más que en las palabras, se expresaba en las miradas. Junto a un montón de preguntas, la mayor parte imaginadas más que articuladas. Y sus respuestas, claro está. Albania-Grecia, se decía que la siguiente palabra era ineluctablemente «guerra», ¿o no? Esa habría sido, poco más o menos, mi respuesta. Y lo mismo habría dicho, sin duda alguna, Costa-Gavras.

Así pues, Albania-Grecia-Guerra... No creo que algo así estuviera escrito en ningún panel informativo. Como aquellos, digamos, de la frontera.

Oh, no, no. En ninguna parte. Tampoco era necesario escribirlo. Todo el mundo estaba al tanto.

Sois vecinos desde hace siglos, ¿o no? ¿Desde cuándo? ¿Ochocientos años? ¿Mil años, quizá?

Por ahí.

Un milenio de vecindad... ¡Quién sabe la de guerras que habréis sufrido entre tanto! ¿Doscientas, cien?

Oh, no, no. Nos habríamos exterminado hace mucho.

¿Entonces, diez, veinte? No me digáis que menos, por favor.

Hum.

¿Queréis decir tres o cuatro? ¿Todavía menos? No me digáis que solo una...

Precisamente... Incluso... para ser más exactos... ni eso... en una palabra, ni siquiera fue una guerra del todo...

Ajá, así que en estos mil años, mientras el mundo, y en primer lugar Europa, se despedazaba en las distintas guerras, vosotros, balcánicos, los sensatos de la tierra, solo hicisteis una medio guerra; se diría que no sois la tristemente célebre península pendenciera balcánica, sino la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

La aclaración, por engorrosa que fuera, resultaba indispensable en este caso.

La que más adelante sería calificada a modo de pulla «una medio guerra», no lo había sido en absoluto. Había comenzado con proclama solemne, como todas las demás guerras, con decretos rubricados por los dos reyes beligerantes, para seguir con bombardeos, violaciones de fronteras, alaridos en tres lenguas y muerte, para acabar, finalmente, en tratado de paz.

En realidad había sido esta última, la paz, la que a medias, mutilada, es decir, sin semejanza con ninguna otra paz, le había contagiado su mutilación a la propia guerra.

En este punto, la aclaración, por extensa que parezca, ha de empezar por el principio. En primer lugar por las partes beligerantes. Aparte del panel informativo Albania-Grecia-Guerra, es preciso señalar que un tercer país se entrometió: Italia. Por ello, el panel preciso debía indicar: Italia y Albania atacan conjuntamente Grecia.

La razón de esta mudanza era sencilla. Hacía un año, desde abril de 1939, que Albania e Italia se habían unido en un solo Estado. Tenían ahora un rey, Víctor Manuel, dos capitales, Roma y Tirana, un mar conjunto, el Adriático, dos lenguas oficiales, el italiano y el albanés, un primer poeta oficial, Dante Alighieri, y así sucesivamente. Lo que le faltaba al ritual era una guerra. Aplazada, como se ha dicho, durante mil años, ardientemente esperada, obligada, fundamental, la guerra fue declarada al fin. Como el recién nacido de una mujer que tarda en tener descendencia, debió de ser muy deseada, ¡pero qué quieres!, se equivocó de época. Europa estaba tan ahíta de humo de batallas, que en batallitas no reparaba. Y menos reparó en su final, la paz.

Si aquella guerra había resultado sorprendente, lo ultrasorprendente había sido en realidad la paz. Una paz jamás vista en la faz de la tierra: no afectaba a la guerra al completo, sino a su mitad. En otras palabras, una paz no entre Grecia por un lado y Albania e Italia por otro, como reclamaba la lógica, sino

con esta última. Una paz, pues, con Italia, pero de ninguna manera con Albania.

Cuantos lo oían no se lo podían creer. Lo tomaban por un malentendido o por la consabida chifladura balcánica, mientras que otros desentrañaban su significado secreto: de una guerra esperada un milenio no resulta fácil desembarazarse, no.

Y fue así como se produjo lo inimaginable: la segunda trifulca mundial hacía tiempo que había terminado, el siglo había sobrepasado su mitad, el propio milenio se acercaba a su ocaso, mientras que la guerra albanogriega parecía no tener fin. Únicamente su denominación había sufrido cierto cambio. En lugar de los antiguos paneles, los de ahora rezaban: Albania-Grecia-Estado de guerra... Totalmente increíble, ¿o no? Único en el mundo desde Homero, desde los hititas o los hurritas... Sin duda que como artistas de esos dos países que os encontráis aquí, en pleno París, os devanáis los sesos con este *non-sens*, por no decir con toda esta demencia o sinsentido albanogriego.

¿Qué responder? ¿Decirle que ni nosotros ni nadie se calentaba la cabeza con aquello? Porque, en el fondo, llevábamos siglos acostumbrados a cosas semejantes. Y además, hoy por hoy, teníamos la mente en otro asunto... Exactamente en el viaje del hermano que va a buscar a su hermana casada lejos...

La balada la cantaban tanto los griegos como los albaneses, cada uno en su lengua. Solo el nombre de la desposada cambiaba. Entre los albaneses se llamaba Doruntina, entre los griegos Areti.

Costa-Gavras recordaba que su madre se la cantaba como canción de cuna. Esta había sido, me parece, la principal motivación para hacer la película. Yo tenía más o menos el mismo recuerdo.

La balada resultaba estremecedora, si bien el escalofrío que producía no era equiparable a otros estremecimientos de este mundo. Ello derivaba de que su núcleo mismo destilaba un algo imposible. Tratábamos de descubrirlo, pero sin lograrlo. Se decía que Goethe no había podido pegar ojo la noche que se la había oído contar a Karaxhiq.

Hablaba la balada de alguien o algo que se ha ido o que está lejos. Una mujer casada, por ejemplo, que también puede transmutarse en una ciudad

inalcanzable. Moscú. París. En medio hay una promesa que se ha de cumplir. Y hay también obstáculos, imposibilidades, caminos que se interrumpen de pronto, el caballo o el avión que se detienen, el viajero mismo, que ha dado su palabra, pero que no se sabe qué le pasa. La balada insiste en que el obstáculo es precisamente él: el viajero, es decir, el caballero. Está muerto.

Costa-Gavras escuchaba pensativo. Si Goethe no había pegado ojo una noche con la leyenda de Doruntina, él necesitaría quizá otras cien para hacer la película.

Estaba seguro de que un día le contaría mi primer viaje a París, el de la invitación inexistente.

De comparar aquella invitación con algo, mi mente se desplazaba automáticamente hacia el caballo, que era el que me conducía a París. Y si, siempre según la balada, al menos uno de los dos, el caballo o el caballero, es decir, la invitación o yo, debía ser del otro mundo, dado que yo había llegado vivo al número 79 de Saint-Germain, solo se podía concluir que la muerta era ella, la invitación...

CONTRARIAMENTE A LO QUE HABÍA PENSADO, ahora que vivíamos tan cerca, Colette D. se pasaba muy raras veces por el Rostand. Decía que no quería importunarme, lo que debía de ser verdad, si bien yo era consciente de que una mujer atractiva podía tener múltiples razones para no frecuentar un café pegado a su casa.

¿Te molesto?, era su frase habitual antes de sentarse.

En sus ojos había, como siempre, lo que para alguien que no supiera interpretarlo podría calificarse de «belleza de la fidelidad», pero tangible y concentrada.

Le dije dos o tres veces que no me molestaba en absoluto, lo que era verdad puesto que ya era cerca de mediodía, hora en la que normalmente interrumpía el trabajo, pero ella insistió en disculparse, hasta que se lo repetí por cuarta vez, en esta ocasión haciendo gala de cierta impaciencia.

Aquello, posiblemente, le vino bien (el insulto del taxista en la calle Soufflot, etc.), porque, tras un silencio, y contra su costumbre, me preguntó con desenvoltura: ¿Cuándo será esa ceremonia tuya?

Se refería a la ceremonia de ingreso en la Academia, sobre la cual ya me

había preguntado en otra ocasión por teléfono.

Me alcé de hombros para significarle que no lo sabía, y después añadí: ¿Cómo que «mi ceremonia»? Antes que mía es de Francia, es decir, tuya.

Pero en realidad, ninguno de los diálogos precedentes se desarrolló de esa manera, sino de forma completamente diferente. He aquí cómo:

Tras mi cuarto «no» (insulto del taxista allá en la calle Soufflot, etc.), con la exagerada delicadeza de una enfermera que está aplicando un vendaje, me preguntó por la ceremonia de ingreso en la Coupole.

Me alcé de hombros para significarle que no lo sabía, lo que era cierto, antes de cambiar de conversación.

Comentamos algo de lo que se olvida al instante, hasta que ella volvió con rodeos a la ceremonia y yo le dije de nuevo que no sabía nada, con la única diferencia de que en esta ocasión tuve la sensación de que era ella justamente la que quizá supiera algo.

La pregunta, que entre tanto esperaba, me resultó tremendamente desconcertante: ¿Cómo te van las cosas con tu país?

Nuestras miradas se cruzaron un instante.

No lo sé, dije. Sinceramente no lo sé. Y añadí: Ni quiero saberlo.

¿Es decir, mal?, dijo ella. (La enfermera, las últimas vendas, las que más daño hacen, etc.) ¿Es decir, cómo antes?

Quizá, eso parece.

Como antes... Colette D. sabía muchas cosas del comunismo albanés antes de que cayera, no en vano durante horas y horas le había hablado de ello.

No le dije que por qué me lo preguntaba, seguro como estaba de que ella misma me lo diría. Y me lo dijo: La ceremonia se aplazaba porque Albania la obstaculizaba... por no decir que no la quería...

Se produjo otro silencio, tras el cual ella dijo: ¿Por qué no me preguntas cómo lo sé?

Tenía razón, debía preguntarle cómo lo sabía, de lo contrario estaría en su derecho de pensar que como paranoico de los antiguos países del Este mi mente le daría vueltas a misterios de espías, etc.

Estuvo hablando un rato de manera confusa de cosas de las que ya habíamos conversado, como que ahora nada era igual que antes y que Albania era calificada de país democrático, por lo que resultaba inconcebible

todo aquello... La Academia solo contaba con doce miembros extranjeros de todo el mundo, uno de los cuales era el rey de España, yo sustituía a Karl Popper, que acababa de fallecer, lo que significaba que Albania sustituía a Alemania, un gran honor a todas luces... Entonces ¿a qué se debía que el presidente albanés no contestara a la invitación? El protocolo secular regulaba que el monarca o el presidente del Estado que lograba escaño en la Academia participara en la ceremonia de admisión... ¿Acaso cree vuestro presidente que su no comparecencia anularía la ceremonia, es decir, tu admisión? ¿O que puede intervenir ante el Estado francés para que lo haga? ¿Es que no sabe vuestro presidente que, en tales casos, la Academia es más poderosa que la propia Francia?

Añadió finalmente, esta vez en un tono cercano al reproche, que por qué no le preguntaba cómo sabía todo aquello...

Esperaba su interpelación e incluso sin pretenderlo elaboraba una especie de réplica sesgada, artificiosa, como que las mujeres siempre sabían más que los hombres, sobre todo aquí en Francia, y que eso era cosa suya y yo no quería inmiscuirme en la intimidad de una mujer...

Me respondió en el mismo tono, sin ocultar su extrañeza por el hecho de que me hubiera vuelto tan discreto, para añadir que, curiosamente, esta vez había dado en el clavo: precisamente porque era mujer estaba al tanto de lo que no sabía nadie aún.

Lo que supe a continuación me dejó boquiabierto: su prometido secreto, al que se refería a menudo (Henri me ha enviado flores por mi cumpleaños, fui con Henri a Bretaña, etc.), ¡resultó ser uno de los jefes de la Academia!

Me vino a la memoria que se llamaba igual que su vicepresidente, a quien yo conocía, pero era una de esas insignificantes coincidencias de las que, en cuanto salen de tu boca, te arrepientes al instante.

La conversación volvió de nuevo al hecho de la incompreensión de Albania, para acabar en el interrogante: ¿Por qué no te quieren?, y en mi respuesta: No lo sé. Mientras que cuando quiso saber quién me mostraba mayor frialdad, si la izquierda o la derecha, feliz de no tener que responder: No lo sé (me daba la impresión de que nunca había repetido tanto esas palabras), le dije: Ambas.

Extraño, dijo ella. Después añadió que la ceremonia, fuera como fuese,

tendría lugar, y que quizás resultara hasta más sugestiva.

¿Qué quería decir con eso?

Sería... como si dijéramos, más sugestiva para ti, para tu imagen. Un escritor al que no quiere su propio país, o que tiene problemas con su propio país, resulta siempre más fascinante... Al menos así ha sido hasta hace poco, ¿o no?

No sé qué decirte. Le repetí que no sabía qué decirle, y después le pregunté ¿qué quiere decir eso, esconde alguna connotación contra Albania?

Guardó silencio de nuevo y sentí que la singular belleza de la fidelidad que mostraban sus ojos resultaba imprescindible en tales casos.

Naturalmente que no se puede evitar esa connotación. Aparece espontáneamente... Y veo que no te gusta.

No me resultó sencillo explicarle que Albania era aún demasiado quebradiza, de frágiles espaldas, incapaces de soportar pesos que otros países sostenían con facilidad. Y que aún menos quería ser yo quien le causara nuevas complicaciones.

Te comprendo, dijo ella. Te comprendo muy bien, añadió. Puedes hablarlo con Henri. De él depende todo.

¿Henri, es decir, el vicepresidente? Pero...

El mismo, dijo ella con sonrisa culpable. Perdona que no te lo haya dicho al principio. Él es, sí. Mi Henri.

Apenas salía de mi asombro. Sin embargo, no me atreví a ir más allá.

¿No te parece lo suficientemente joven para ejercer de «prometido»? Mientras ahogaba un último «no lo sé» en mi interior, ella me explicó que solo tenía diecisiete años cuando conoció al periodista, y que desde entonces, desde entonces... Parecía una historia de jóvenes rusas a lo Eugenio Oneguín...

Dos días después hablé con Henri (más exactamente con los dos Henris, el de la Academia y el suyo), y estuvimos de acuerdo en que existía un camino intermedio: Francia haría como si no tuviera en cuenta el antojo, por no decir la locura de Albania, y todo transcurriría como si no hubiera pasado nada.

Como si no hubiera pasado nada, había repetido Henri. Solo que el himno de Albania no se interpretaría. ¡Una lástima!, había añadido. ¡Me pareció tan hermoso cuando lo oí!

CATH J. APARECÍA A VECES tras la cristalera, con sus elegantes andares y una sonrisa en el rostro acompañada del mismo gesto de la mano, que quería decir: Lo sé, sé que estás trabajando, vendré más tarde.

Cath era la primera joven parisina con la que casualmente entablé amistad. Fue durante el febril periodo de gestación de la película sobre *El general del ejército muerto*. Marco Bellocchio me la presentó en un café, el Mac-Mahon, frente a la casa de Michel Piccoli, mientras esperábamos que este último llegara. Cath tenía veintitrés años y esperaba conseguir un papel que no fuera secundario en la película. Había interpretado dos o tres filmes televisivos, pero, como me dijo ella misma, aquello no había ido demasiado bien. Me contó que le gustaba la literatura rusa y que sabía que yo había estudiado en Moscú. Mientras hablaba, sentí que no habría un papel, ni siquiera secundario, para ella. Era demasiado risueña para una película tan tenebrosa.

Si bien fue esto lo que sucedió, ello no supuso ningún obstáculo para que nos encontráramos en mi siguiente viaje a París. El rodaje estaba a punto de iniciarse, pero en la expresión del rostro de Cath nada había cambiado. Me invitó con la mayor de las alegrías a su casa de la calle Cardinal-Lemoine, en la que se reunía habitualmente los sábados con algunos amigos y amigas. Por mi experiencia moscovita sabía que de las dos posibilidades que se daban en tales casos, la incomodidad de sentirse extraño y solo, o la dulzura del anfitrión que trata de llenar el vacío a tu alrededor, era esta segunda la que acabaría prevaleciendo.

Cath parecía creada para situaciones así. Después de conocernos, había aprendido algunas cosas del ignorado mundo del que yo procedía, pero su cercanía de hermana pequeña se manifestó ya en aquella velada.

Y se repitió cada vez que yo volvía a Francia, solo o con Helena, a quien le presenté. Continuó igualmente tras nuestro establecimiento en París, después de la caída del comunismo. Acudía cada domingo al número 63 del bulevar Saint-Michel, a la comida ritual con nuestras hijas.

En su vida siempre había novedades: dos o tres nuevos filmes y otros tantos papeles teatrales. Había observado que lo alterable en ella engarzaba con lo inalterable: su parte de hermana. Era siempre ella, sin ser nunca la misma. Cuál no sería mi asombro cuando me dijo un día que había comenzado a pintar, pero lo que me dejó boquiabierto fue que extrajera de su

típico bolso de parisina (perfume, pintalabios y adminículos diversos) algo que me pareció impío: su primera novela...

Ya sé que no me tomas en serio, dijo al mostrarme su tercera novela; pero entre tanto se había hecho novelista, a tal punto que en las reseñas la profesión de «novelista» figuraba antes que la de «actriz».

No se lo tomaba a mal, pues comprendía que a mis ojos se había hecho novelista casi, casi jugando, como la vecinita del barrio que de repente descolla en un concurso, pero que para ti sigue siendo la de siempre.

Aparentemente, contradiciendo toda lógica, en mi mente, de todos sus logros, interpretación, escritura, pintura, había uno carente de forma para manifestarse: la hermandad.

En una carta que reproduce Helena en sus memorias, aparece en cierto modo ese rasgo.

La carta es de 1989 y, como señalo al lado derecho del encabezamiento, es «la última carta desde París».

He aquí el texto:

«Hace buen tiempo en París. Los amigos están todos ahí, fieles, cariñosos y chiflados, como siempre. Bosquet, después del escándalo que armó, se fue a Praga. Michel también está allí. Se repiten por doquier tonterías y estupideces. Ha estallado una enorme bronca. ¡Imagínate que Dominique de Fayard, que no mide dos palmos, ha tenido una agarrada por teléfono con el primer ministro de Luxemburgo a cuenta de mi visado!

»En la televisión continúa un debate de locos sobre si las niñas musulmanas deben ir o no con *ferexhe*<sup>2</sup> a la escuela. Cath J. me dice que teme que su novio la mate. (He observado en esta ocasión que en París proliferan las muertes: tres o cuatro conocidos me han dicho que temían que los matara tal o cual amigo o amiga por una u otra razón.)

»¿Qué más te puedo escribir? Dentro de una hora salimos para Luxemburgo, donde me esperan con gran pompa. (Me parece que el dueño de la librería donde tendrá lugar la firma de libros es simultáneamente viceministro de ese país, pero que el gran duque no le tiene mucha simpatía, etc., etc. y que por eso aprovecha la visita del escritor para demostrarle al otro cómo lo quieren los intelectuales, etc. etc.)»

Cuando Helena revisaba esas cartas y notas para la redacción de sus memorias, yo les echaba de vez en cuando un ojo para tratar de recordar qué podía esconderse tras su lado extravagante y grotesco. Extrañamente, aunque las cartas las había escrito yo mismo, no me acordaba en absoluto de ninguna de las razones o posibles motivos. Al parecer, sin saber cómo, desde el instante en que me ponía a escribir, afloraba de inmediato aquel estado

anímico singular que podría ser tomado por posición irónica, irreverente o simplemente irresponsable frente a todo y todos. Era como una suerte de secreto nerviosismo, un salirse por la tangente incomprensible, o tal vez una coraza defensiva en forma de desdoblamiento.

Era esto último, quizá, lo que podía explicarlo en cierto modo. Eran no uno, sino dos intrincamientos vitales (dos realidades, según se dice), que no se avenían en mi interior, al menos durante este antinatural periodo.

Cath había aparecido casualmente en medio de este embrollo. Quizás contemplada desde el exterior, la explicación resultara más fácil. Siendo que, según ella, yo era un hombre «surgido del terror» (lo decía tan alegremente que parecía estar hablando de Disneylandia), la bruma en mí era tan comprensible como incomprensible.

Era posible que la falta de compenetración fuera recíproca. Aquel sueño de la disolución de una parte de París no era baladí. Era posible que los dos mundos fueran incompatibles entre sí, hasta el punto de que su colisión los llegara a hacer por entero pedazos. Resumiendo, dejarían de existir dentro de mí. Cath no formaba parte de la excepción, y de ahí mi extrañeza cuando ella aparecía de súbito tras la cristalera del café, la misma que podía causar la presencia de un fantasma.

SIEMPRE ME HABÍA PARECIDO que Patrick Modiano, uno de los jardineros de Luxemburgo (la palabra «jardines» había sido creada, sin duda, adrede para él), jamás atravesaba la puerta de los jardines para salir a la acera de enfrente.

Vivía al otro lado de los jardines, tal vez en la calle Fleurus, en cuyo número 27 Gertrude Stein reunía antaño a los jóvenes escritores estadounidenses con el fin de soltarles un buen día la famosa frase «sois una generación perdida».

Modiano paseaba casi a diario poco después de mediodía, cuando también lo hacía yo. Se le distinguía fácilmente desde lejos, del mismo modo que era notorio lo que se sabía de él: tras la salida de escena de Julien Gracq y Claude Simon, otros dos escritores más jóvenes, Modiano y Le Clézio, como parte de un conocido ritual, habían formado en la actualidad su propio dúo. Eran algo así como los dúos precedentes de André Maurois-François Mauriac, Yevtushenko-Voznesenski del universo soviético, o, en el caso de capitales,

Budapest y Bucarest, que, para las gentes del otro lado del Atlántico, se convertían a menudo en la misma ciudad.

Si bien la tendencia a formar dúos resultaba fácil de advertir, no lo era tanto encontrarle la causa. Había escritores que parecían haber nacido para formar dúos, como los había nacidos para lo opuesto. Camus-Sartre, por ejemplo, eran un dúo antagónico, como también lo era, curiosa y extrañamente, lo que en la vida aparece con mayor frecuencia, la pareja hombre-mujer (Sartre-Simone de Beauvoir). Estas últimas, las mujeres, con la excepción tal vez de Anna Ajmátova y Marina Tsvetáyeva, en general resultaban imposibles de emparejar.

El dúo Modiano-Le Clézio parecía armonioso hasta el día en que el Premio Nobel del segundo desequilibró la balanza. No recuerdo si Modiano después de esto había hecho más frecuentes sus paseos por los jardines o los había hecho menos.

Nos cruzábamos a menudo y no ocultábamos que nos reconocíamos el uno al otro, pero dado que él se caracterizaba por cierta dificultad para las relaciones personales, algo en lo que yo tampoco le iba a la zaga, no nos habíamos permitido saludarnos. (En Tirana, entre tanto, junto a las nuevas costumbres poscomunistas, se había instalado la afrenta a consecuencia de una mirada que, con la interpelación «¿por qué me miras?», aparecía a menudo en la crónica de sucesos como origen de sonadas broncas.) De acuerdo con las costumbres de Tirana, Modiano y yo, tras un «¿qué miras?», nos habríamos sacudido de lo lindo varias veces antes del día en el que, casi al unísono, nos detuvimos y, sin ocultar la alegría que nos causaba haber superado el obstáculo, nos llamamos por nuestros nombres.

Le dije que a diario tomaba café en el Rostand y él, o lo sabía, o se mostró generoso diciendo «lo sé».

Quedamos en vernos precisamente en el Rostand, Entre tanto, pasaron dos años, y aunque la conversación se había repetido varias veces, el prometido café aún no había sido tomado; fue entonces cuando recordé el límite fatal, la acera que él jamás atravesaba.

Un día, cuando nos cruzamos, iba con su esposa, quien me repitió punto por punto lo que él mismo le había dicho sobre el asunto del café, en tanto el otro escuchaba divertido. En esta ocasión, las dimensiones del futuro

encuentro crecieron, puesto que naturalmente incluía a Helena, y yo, tras el intercambio de teléfonos, señalando con la mano hacia el número 63, les dije que estaríamos encantados de recibirles.

Aún no había pasado un año cuando, con la radiante sonrisa que acompaña todo descubrimiento, me dijo que había observado que ante la puerta de nuestra casa había un quiosco de periódicos, indicio que, si bien había que tomarse con cautela, apuntaba realmente hacia una visita a nuestra casa. Restaba facilitarle el código de la puerta de entrada, lo que ocurrió un año más tarde.

Puede que en esta ocasión se hubiera logrado si un acontecimiento inesperado no hubiese sobrevenido: su nombre apareció repentinamente entre los candidatos al Nobel. En cuanto leí la noticia en el periódico, mi primera reacción fue la de levantarme y llegarme a los jardines para verle. Más que un deseo, era una especie de obligación. Ambos estábamos en la lista y no todos los días acontece que dos jardineros de Luxemburgo se encuentren en la misma lista para el Nobel. Además, y esto era lo principal, mientras que para mí la historia se repetía por trigésima vez, para él era la primera, y por lo tanto, como novato que era, era a mí a quien correspondía decirle algo. Algo, aunque fuera sencillo, del tipo: No se debe tomar a la tremenda en el caso... en el caso... de que...

Era justamente eso lo que iba pensando cuando me percaté de que ya daba la segunda vuelta a los jardines sin que él apareciera por ninguna parte. En la vuelta siguiente, al preguntarme si se habría enterado, comprendí de súbito que era precisamente por estar al tanto por lo que había desaparecido así. Todo París recordaba las palabras *Quelle catastrophe!* de Samuel Beckett en el instante en el que le daban por teléfono la noticia de que había ganado el premio. De Modiano podía esperarse algo semejante.

Y así fue en verdad. No solo no apareció el jueves del anuncio del Nobel, sino durante dos meses, como si esperara la caída de las últimas hojas de los jardines de Luxemburgo, testigos de todo.

Cabía imaginar que con todo aquello serían necesarios otros dos años de espera, aparte de los ya transcurridos, para nuestro encuentro.

Al calcular fríamente las circunstancias, los posibles imprevistos, la lenta, pero segura, progresión de las distintas fases, la facilitación del código de la

puerta de entrada, que había cambiado entre tanto, sin considerar otros detalles, resultaba que nuestro encuentro era difícil que se produjera antes de 2016. Para mayor certidumbre, si el cómputo se hacía por decenios, bien podíamos alcanzar el año 2026, cuando yo tuviera noventa años y él algunos menos.

Sin embargo, para que la certidumbre fuera total, y quedara al margen de toda duda, el año de nuestro encuentro bien podría ser 2036. Claro que no en el café Rostand o en el número 63 del bulevar Saint-Michel, sino allá donde las tardanzas, aun de años, aun de siglos, no tengan la menor importancia.

Precisamente *allá*, en esa lejanía, podríamos recordar con alegría el café en el cual no llegamos a tomar café, junto a unos jardines de nombre bastante raro, algo entre *luks* (lujo) y *burg* (cárcel), como si dijéramos Burgaluks o Luksaburg, ante los cuales pasaba un bulevar, que en aquel entonces se llamaba sin duda de otra forma, y había una lista, ¿recuerdas?, donde estábamos incluidos los dos, una especie de carrera, no de caballos, de otra cosa, y una vez en la lista estaba una mujer rusa llamada Bela Ajmadúlina, y yo quería contarte algo sobre ella, pero no podía, porque allí en la tierra había algo que lo impedía, algo llamado *turp* (vergüenza), ¿recuerdas cómo se decía en francés?, no te esfuerces, sé que no darás con ello, porque aquí no se conoce... Ella, pues, Bela Ajmadúlina, estaba en la lista, estudiante en su día del Instituto Gorki, donde, como sabrás, también estudié yo, y ella, como todas las chicas, tenía su habitación en el segundo piso, pero las duchas comunes estaban todas en el sótano y los chicos del curso habían abierto un agujero en el tabique divisorio, ya te puedes imaginar para qué, y Bela, aparte de guapa, estaba adquiriendo fama como poetisa, lo que aumentaba la expectación hacia ella... Así que cuando vi... su nombre en la lista, estuve a punto de soltar un ¡ah, vaya con Bela!, añadiendo epítetos que en ese otro mundo no conviene mentar... No sabría decir, ¿se llama esa ciudad todavía París?

COMO TODO CAFÉ DIGNO de ese nombre, el Rostand tenía sus propias costumbres. En primer lugar los horarios. No cerraba nunca, ningún día del año. Se podía ser cliente suyo durante veinte años sin conocer su horario de apertura, puesto que nunca sucedía que encontraras el café sin abrir.

Tampoco era posible ser testigo de su hora de cierre.

A diferencia de sus propios semejantes, el Rostand resultaba inclasificable en lo relativo al liberalismo o a la salvaguarda de las viejas costumbres. Así por ejemplo, mientras en el Flore, igual que en el teatro, estaba prohibida la utilización de teléfonos móviles, en el Rostand no solo no ocurría tal cosa sino que, para asombro general, permitían, aparte de los móviles, la entrada de los perros. (La sospecha que vinculaba este hecho a la famosa guerra de antaño, aquella en la que los perros desempeñaron el papel de aterrorizar a los intelectuales, no era en absoluto insignificante.)

En referencia a otros animales, la crónica no resultaba tan precisa. Se recordaban, si bien turbiamente, dos alambreras en forma de jaulas de pájaro que, pese a la insistencia de sus dueñas, no se habían admitido, una por encerrar un papagayo, que podía ponerse en cualquier momento a imitar las voces de los clientes, y la otra porque se suponía que contenía una serpiente.

Como la mayoría de los cafés, el Ronsand debía gozar de sus propias zonas misteriosas, esas que se creaban entre los clientes y el local y que nunca se explicaban. Eran tantas las personas, con multitud de pensamientos tan diversos, que era imposible que no se produjera un toma y daca entre ellas y el café en el interior de un espacio tan angosto. Mas resultaba por completo imperceptible captar lo que el café tomaba de ellas y, aún más, lo que les daba.

Una zona aún más secreta comenzaba algo más allá, similar al misterio de las lenguas, cuyas mutaciones resultan incomprensibles en el periodo de gestación y sobre todo de alumbramiento de las perlas poéticas. ¿Se volvían aún más hermosas, se fatigaban, se les llenaban de emoción los ojos de lágrimas?

Retornaban rara vez los sueños de antaño, y aún menos los del principio, como el de la *noinvitación*. Aparecía medrosa, con una crispación que ocultaba su sonrisa, como la puta vieja que te enseñó entonces a hacer el amor, y que ahora parecía murmurar: ya sé que no me necesitas, quizá te dé vergüenza, pero no olvides que fui yo quien te encontró cuando no te conocía nadie.

Otra vez se me apareció la mismísima villa de París, si bien lejana, con aspecto culpable, comprometida y, por así decirlo, escondiéndose de

Francia...

1999-2011

---

[1](#) *Le Dossier Kadaré*, Shaban Sinani, Odile Jacob, París, 2006. [N. de la T.]

[2](#) *Ferexhe*: manto negro con el cual las musulmanas albanesas debían cubrirse el rostro y el cuerpo cuando salían de casa. Por extensión, *hiyab*. [N. de la T.]

# COFFEEHOUSE DAYS

A MEDIDA QUE PASABA EL TIEMPO venía observando que la costumbre de escribir en los cafés, que en París resultaba normal, tampoco causaba ya ninguna extrañeza en Tirana, adonde regresaba frecuentemente.

Sin embargo en Tirana, con alguna rara excepción, a nadie se le ocurría desplegar los papeles en el café. A primera vista podría parecer que la razón era el temor a comentarios como: Lo hace para presumir, para parecer francés; o aún peor, como le había pasado a mi amigo Dh. Xh., cuando dos molestos vecinos que le observaban de reojo desde la mesa de al lado, cada vez que tachaba alguna línea, murmuraban: Lo ves, ya te dije que no sabe escribir.

Sin embargo, la razón debía de ser otra. Tras la caída del comunismo, las relaciones de los ciudadanos con los cafés habían cambiado radicalmente. Estos locales no solo se habían centuplicado en número, sino que la gente resolvía precisamente en ellos parte de sus asuntos, se enfadaba, reñía, e incluso pareció durante un tiempo que los homicidios más llamativos, los que salían en la prensa, se producían precisamente en los cafés.

Llegados a tal extremo era posible que escribir en un café, antes de parecer fuera de lugar, acabara resultando vulgar.

Lo sabía, pero tenía la sensación, o me gustaba creer que algo más hondo, es decir, más noble, me unía íntimamente a esta paradoja.

Un libro llegado desde lejos por correo pareció confirmar esa temprana sensación.

Los paquetes que contenían alguna publicación del extranjero provocaban siempre cierto interés: qué libro era, de dónde venía, cómo se había traducido el título. El paquete de aquella mañana, aunque pequeño, tenía un peso considerable, tanto que el cartero, al alargármelo, me dijo: Cuidado, pesa mucho.

Cierto, se diría que el libro, *book*, como rezaba el paquete, era de hierro.

Cuando lo abrí, comprobé que era aún peor: era de plomo.

La expresión «pesado como el plomo» cruzó como un rayo por mi mente, junto con el título en inglés: *Coffeehouse days*.

Un editor estadounidense me había informado tiempo atrás de que preparaba una edición especial de *Días de juerga* para coleccionistas. Lo que significaba que su precio extraordinariamente elevado, de cerca de mil dólares, quedaría justificado por la calidad del papel utilizado y por la impresionante cubierta de plomo y la firma del autor en cada ejemplar.

Nunca había comprendido exactamente el motivo de la elección de esta novela corta para una edición de estas características. Tal vez porque en 2004 era la única que aún no había sido traducida a ninguna lengua extranjera. El editor estadounidense Rainmaker había encontrado por sí mismo un traductor de albanés y por sí mismo había resuelto la compleja cuestión de los derechos de autor. Como de costumbre, aparte de las firmas, no tuve ocasión de ocuparme de nada más. En mi memoria se quedó grabado el gran alivio que sentí tras la firma del último ejemplar.

Y hete aquí que tiempo después, una mañana de invierno parisina, como si una fuerza superior me reprochara aquel suspiro de alivio, recordé de improviso el gran peso que supuso para mí, cuarenta años seguidos, aquella novela corta.

EL SUCESO HABÍA TENIDO LUGAR en 1963. El relato, de unas cuarenta páginas, con el insólito título de *Días de juerga*, tras su publicación dos sábados consecutivos en el periódico *Zeri i Rinisë* (La voz de la juventud), fue prohibido.

En el café Tirana, donde habitualmente nos encontrábamos, la cara de Todi Lubonja, secretario general de la Juventud, organización de la que dependía el periódico, era sombría.

Lo han pro-hi-bi-do, repetía sílaba a sílaba, como se suele hacer cuando el otro no entiende.

Lo han prohibido, repitió igualmente su ayudante, mientras me miraban ambos como si tuvieran ante ellos al ingenuo que, tras su metedura de pata, no es consciente de las consecuencias.

Era esta mi primera prohibición, lo que sin embargo no evitó que sintiera

terror desde el principio. Tuve incluso la impresión de que la esperaba. Ambos trabajaban en oficinas preñadas de secretos, pero sobre la prohibición de publicaciones, yo sabía mucho más que ellos. En los días y noches moscovitas, las conversaciones sobre prohibiciones, sobre la primera prohibición, sobre la prohibición de nuevo tras haber obtenido la autorización, o sobre esta última tras la prohibición, y así sucesivamente, eran algo cotidiano. Era lógico que el mal se me acabara viniendo encima, y hete aquí que me había llegado finalmente.

Eh, emitió Todi tras un silencio. Su ayudante exhaló el mismo «eh», solo que más hondo. Era evidente que habrían de responder ambos por los errores del periódico y aquel «eh» suyo podía significar: ¿Por qué nos has metido en este lío?, o simplemente: Bendito tú que aún no comprendes lo que has hecho.

Prohibido. Novato... Sus miradas parecían decir: Tan joven y ya con un relato prohibido.

Si no hubieran estado tan sombríos, me habrían entrado ganas de reír.

Los ingenuos eran ellos y no yo. Si conocieran los arcanos de la literatura... Si supieran, eh, de dónde había salido el pequeño monstruo... No eran más que un puñado de páginas, un apéndice del dinosaurio oculto entre otras ciento cuarenta, el que había puesto patas arriba las oficinas. ¡Pensad qué habría ocurrido de haber surgido en su totalidad!

¡Al menos, si hubieras evitado ese endiablado título!, dijo Todi.

Lo había leído un par de veces y no acababa de encajarle aquel título. Su ayudante, que lo había leído otras cuatro, dijo lo mismo.

Por lo que entendí, una vez informados de la prohibición, acompañada de una primera tanda de bofetadas telefónicas, quedaban a la espera, al día siguiente, del análisis de «los graves errores ideológicos». Era factible que se hubieran querido ver conmigo para encontrar alguna explicación atenuante.

*Días de juerga*, dijo Todi, esta vez pensativo. Incluso lingüísticamente suena no sé...

Si lo he entendido bien, has querido decir, más o menos, que son días que no tienen que ver con nuestra vida, dijo el ayudante. Como si dijéramos, días con un hálito... decadente y que el autor, como tales, los critica. ¿O no?

Dibujé un débil «sí» con la cabeza, mientras él añadía que volvería a leer

el relato teniéndolo en consideración.

Lo has escrito allá en Moscú, creo, dijo Todi.

Se me hizo un nudo en la garganta antes de responderle. Cómo podían saberlo... aunque era y no era del todo así.

Más o menos, dije. Por suerte, Todi continuó hablando solo. Quién sabe cuántos cafés habría abierto Kruschchev en Moscú. Así surgía el revisionismo, un café por aquí, el cuadro de un desnudo por allá.

Curiosamente, no había cafés, le respondí.

Ajá.

Los minutos pasaban y yo volvía en mí del momentáneo aturdimiento. Jamás sabréis la verdad, me dije. Sabía que me querían y que aquellas indagaciones, si podían llamarse así, solo las hacían por mi bien. Sin embargo, ellos procedían de sus frías oficinas, y por tanto nunca debían saber la verdad sobre la novela escrita en Moscú en 1959. De la cual se había escabullido el relato *Días de juerga*.

Durante mucho tiempo no le hablé a nadie de aquella novela. Era, pues, un texto sin lectores y así permaneció bastante tiempo, hasta que un día, tras regresar a Albania, se lo confesé a mi íntimo amigo D. Siliqi.

Pero aquello no duró mucho. Tras su muerte en un accidente aéreo, la novela se volvió a quedar como antes, sin nadie. De ese modo yacía en mi conciencia, como un texto sin lectores, o más exactamente, como la novela del lector muerto.

Años después, como dominado por un impulso místico, quise sacarla a la luz, si no al completo, al menos una parte de ella. Que dejara un rastro al menos, pensaba. Siguiendo el cual un día sería buscada ella misma, como se busca los cuerpos de los desaparecidos.

El castigo había sido fulminante, como si se tratara de un pecado. Duerme, monstruo, me decía. Te desperté antes de tiempo. Aún no es hora de despertar.

En el café Tirana, ellos continuaban hablando de la prohibición. A veces con cierta esperanza y otras no. El pensamiento de que no tenía a quien confiarle toda la verdad me retrotraía, lo quisiera o no, al recuerdo del amigo perdido.

Me había dejado solo en este atolladero. Desde él mi mente recalaba en

los compañeros de Moscú. Stulpanz. Anteos. Los que conocían como nadie el asunto de las prohibiciones. De las que habíamos hablado tantas veces allá en Moscú. También ellos me habían dejado solo.

¿Te ha pasado al fin? ¡Vaya, vaya! Aunque sabías que te habría de pasar un día. ¡Tantas veces lo hemos hablado! Ese Kaufman, o Samoilov, como también se llamaba, te lo dejó claro en la introducción.

¿Cómo explicarles que la presente prohibición no era comparable a ninguna de aquellas de las que habíamos hablado? Y tras cortarme la palabra para recordarme que la prohibición que uno sufría siempre parecía mucho más terrible que las que afectaban a los demás (como aquel asunto de la gallina de mi vecina que pone más huevos que la mía, etc.), yo les habría continuado explicando que realmente mi prohibición era eso, pavorosa... etc., porque no se debía simplemente a la burocracia, sino que provenía de otra prohibición, de algo parecido al reino mismo de las prohibiciones, de su esencia, de su médula, en otras palabras, de la novela que entre tanto había sido prohibida... por... mí... por mí mismo... ¿Entendéis la catástrofe? Yo mismo había sido el Prohibidor... Y sin embargo no me había librado.

*Días de juerga*, dijo Todi, como si hablara consigo mismo. ¿De dónde sacaste ese título?, ¡ay, hombre!, continuó sin quitarme los ojos de encima, mientras en su tono se solapaban el reproche y una pizca de admiración. Seguía diciendo que nos habíamos acostumbrado a los días nuevos, a los felices días primaverales, a los días de mañana, y que de improviso surgía este otro para decir: ¡Alto! ¡Días de juerga! ¿No te parece?, preguntó al ayudante.

Eso y aún peor, dijo el ayudante.

Todi siguió contando que se había levantado esta mañana y que, después de descorrer las cortinas, sin que le viniera a la mente ninguno de esos días, le sobrevino: *Días de juerga*... Junto con el recuerdo de la crítica... A decir verdad, aunque no llegue la sangre al río, se armará un buen lío en cualquier caso. Mañana me haré una severa autocrítica.

Yo también, dijo el ayudante.

Me parecía que, aun de reojo, no me quitaban la vista de encima.

Café más amargo no lo había tomado en mi vida.

NO RESULTABA SENCILLO COMPRENDER cómo cuarenta años más tarde *Coffeehouse days* no solo me hacía recordar el viejo episodio, sino que me impulsaba a repetirme la antigua pregunta: ¿Había sido o no había sido real este flirteo mío con los cafés, o se había revelado tras el suceso?

Me gustaba creer que siempre lo había sido, si bien de distinta clase, al margen de la voluntad, espontáneo. Incluso, así es como permanece una parte de la vida humana, al margen, esperando durante años que el pensamiento la rescate...

La primera vez que penetré en un local donde se bebía café fue en tercer curso del instituto. Había cobrado la mitad de los honorarios de mi futuro libro de poemas y fui a celebrarlo con los compañeros. Nunca había pisado antes un café, aunque nadie ignoraba que el principal café de la ciudad se encontraba en la plaza de Çerciz. Allí nos fuimos precisamente, sin pensar en lo inesperado: que los padres de casi la mitad de los compañeros, incluyendo el mío, se encontraban normalmente allí. Y naturalmente, no se podían creer lo que estaban contemplando sus ojos, sobre todo cuando advirtieron que habíamos pedido coñac.

Se evitó el minidrama padre-hijo cuando se supo que ni yo me había prometido con una muchacha del barrio de Varosh, como se pensó al principio, ni había en ello ningún «salirse por la tangente» del género coñac contra café, que acarreaba serias consecuencias, como la enemistad con el progenitor, como había dicho un liante austriaco, que unos llamaban Fred y otros Ferid.

Sea como fuere, el coñac se nos atragantaba, en parte porque no estábamos acostumbrados, en parte por las frías y sospechosas miradas de los clientes.

Pero solo era el principio. Al día siguiente nos llamaron a dirección. Comportamiento escandaloso. Habíamos manchado el honor del instituto. El subdirector, que destacaba por su severidad, fue más lejos aún al utilizar la expresión «dinero sucio», con el cual habíamos tomado bebidas extranjeras, es decir, coñac.

Para gran asombro mío, fue precisamente esa expresión la que desencadenó la ira de mi padre, indiferente por lo general a mis cosas.

¿Qué es lo que dijo?, me preguntó. Y cuando yo le respondí: dinero sucio,

se encendió. ¡Cómo se atreve ese inútil!, murmuró. De inmediato le encontré explicación a su furor. El subdirector había llamado «dinero sucio» a los honorarios, la mitad de los cuales mi padre me había pedido, como siempre, «prestados». En resumen, toda aquella historia tenía como resultado que mi padre utilizaba dinero sucio.

Me alegré de su enfado, pero no imaginé que el asunto llegaría tan lejos ni que seguiría agrandándose. Para mi padre, que llevaba toda la vida distribuyendo las notificaciones del juzgado, resultaba inimaginable que se le reprochara haber infringido las leyes del Estado.

Dos días después vino a casa con Hilmi Dakli, el abogado más famoso de la ciudad, a quien yo ya conocía por una vieja historia.

El abogado me interrogó y yo se le conté todo de cabo a rabo. Por qué se me había ocurrido invitar a los compañeros, sin imaginar que se toparía con los padres, y todo lo demás. El abogado le estuvo dando vueltas a la expresión «dinero sucio», insistiendo en el hecho de si estaba seguro de que el dinero con el cual había pagado las copas de coñac y los chocolates en el café procedía de la casa editora de Tirana y de ninguna otra fuente. Aparte de mi confirmación, mi padre conservaba, por suerte, la nota del giro postal, lo que el abogado valoró especialmente.

La historia comenzó, pues, de manera sencilla, para abarcar después buena parte de la ciudad. La carta que Hilmi Dakli había escrito en nombre de mi padre, en la que este se quejaba de la expresión «dinero sucio», se iniciaba precisamente apelando a la procedencia latina de la palabra «honorario», lo que demostraba que nada tenía que ver con la patraña del subdirector del instituto. Sin haber acabado de llegar a la dirección, la carta ya era conocida, generando de inmediato dos bandos: el pro y el contra. En apoyo del subdirector se había manifestado sorprendentemente el Comité de la Juventud de la ciudad, relacionando el episodio del café con ciertas manifestaciones de la influencia extranjera entre los jóvenes observadas en los últimos tiempos. Se esperaba que el Comité del Partido se pusiera de su lado, justamente cuando al nuestro se unió de repente un imprevisto aliado, la Dirección de Correos, Teléfonos y Telégrafos, que en un duro comunicado subrayaba que por los CTT de Albania socialista no había circulado jamás dinero sucio revisionista y que el único que circulaba era el dinero limpio del pueblo

albanés. Contra los CTT, por ignotas razones, se alzó el Comité de Veteranos de Guerra, pero la alegría del otro bando no duró demasiado, pues el Comité de Defensa de las Minorías le llevó entonces la contraria al instituto, debido a que uno de los «cafetistas» provenía de la minoría griega.

El embrollo prosiguió un tiempo hasta que el instituto cayó definitivamente derrotado. Para nuestra sorpresa, la noticia del triunfo no nos proporcionó la menor alegría. Habíamos pensado que en un caso semejante nos precipitaríamos triunfantes hacia el café para bebernos de un trago no una ni dos, sino varias copas de coñac. Pero no fue así, pasó otra cosa, completamente extraña: la ausencia de cualquier deseo de volver a poner los pies en él.

El sueño de los cafés se había trasladado ahora a Tirana, junto con las luces, las mujeres bonitas y otros ignorados atractivos de la capital. Estábamos impacientes por sentirnos en medio de ella. De entre los atractivos, el primer lugar lo ocupaban los escritores. Pero no los diversos literatos ni los poetas populares, que eran convocados para abrir las asambleas, sino los escritores en el verdadero sentido de la palabra. Durante un tiempo, en nuestra imaginación los escritores propiamente dichos o estaban muertos o eran soviéticos. Con el tiempo aprendimos que no era del todo así y que dos de los que creíamos muertos, Lasgush Poradeci y Dhimitër Pasko, aunque marginados, estaban en realidad vivos. Mientras que vivos al cien por cien, pese incluso al realismo socialista, lo estaban Dhimitër Shuteriqi y Sterjo Spasse, ya que el primero fumaba en pipa, como los franceses, y el segundo tenía el pelo ensortijado como los franceses y españoles juntos.

SI LE HUBIERA CONFESADO A ALGUIEN que Tirana tenía a mis ojos un destello de ensueño, estaba seguro de que se habría compadecido de mí, al pensar que no hacía más que repetir un tópico. No obstante, lugar común o no, el dicho me parecía cabal. Tirana era ciertamente eso que a veces parece aproximarse con rapidez y otras se atasca como en un mal sueño.

Mas finalmente, el otoño más inolvidable de nuestra vida había llegado y nosotros, futuros estudiantes, nos encontrábamos en ella. Las chicas bonitas y los cafés eran dos de los milagros soñados, sin hablar de un tercer milagro,

que consistía en la fusión de los otros dos. Es decir, los cafés a los que iban las muchachas. Eran tan raros, que ni siquiera tenían nombre, llamémosles «caféchicas» (café con chicas, igual que se decía café con leche y cosas parecidas, en una palabra *coffeegirls*, como se diría más tarde).

Había observado en varias ocasiones que algunos de los cafés tenían nombres de ríos soviéticos, habitualmente Volga. Me sorprendió enterarme de que había dos o tres con ese mismo nombre, hasta que un compañero de clase, de la capital, me explicó que, en realidad, algunos de ellos eran viejos cafés que se habían llamado Firenze o Lulú, rótulos que se vieron obligados a cambiar por razones obvias.

Otro día me tocó decirle que también había observado que los nombres de los ríos soviéticos se utilizaban a menudo para titular novelas. *El Don apacible*, por ejemplo, mientras que entre nosotros no sucedía lo mismo. Me contestó que quizá se debiera a que nuestros ríos eran turbulentos, un día se desbordaban y lo inundaban todo hechos una furia y al día siguiente, enrabiados, se secaban por completo. Estaba convencido de que veletas de ese jaez no podían ser adecuados para títulos de novelas, y quizá tuviera razón. Yo pensaba lo mismo, e incluso le dije que, si se diera el caso, de dos títulos con río el mejor sería *El río muerto*, y el peor: *El río duerme, el enemigo no duerme*<sup>1</sup>.

Me miró sorprendido, pero a continuación dejamos la conversación, porque cabía la posibilidad de que pudiera volverse peligrosa.

AUNQUE TIRANA ESTABA PLAGADA de sorpresas, mi atracción por los cafés se manifestaba una y otra vez como antes. Cabe imaginar que habían cerrado muchos de ellos, los llamados Roma, Berlín y acaso Hitler, pero aun así quedaban viejos cafés que me parecían llenos de misterio. El más famoso era el del hotel Dajti del Gran Bulevar.

Un día, con un compañero de clase, nos armamos de valor para entrar, sin reparar en las recelosas miradas de los porteros. El camarero tampoco ocultó su incredulidad cuando nos sentamos ante una de las mesas bajas. Después de decirnos algo en una lengua extraña, se dirigió a nosotros en tono de reproche: ¿Sois albaneses? Este no es sitio para vosotros, chavales.

Salimos con la cabeza gacha, cabreados con nosotros mismos por no haber

supuesto algo que, seguramente, sabía hasta el gato.

Una semana después, cuando mi compañero, con ojos desorbitados, me dijo que había visto a «El río duerme, el enemigo no duerme» entrando en el café del Dajti sin ser expulsado por nadie, comprendimos que, como tantas otras cosas de la capital, también el intríngulis del Dajti era más enrevesado de lo que parecía. Que fuera principalmente un café para extranjeros, igual que el hotel del mismo nombre, no significaba que no hubiera albaneses que no solo podían entrar en él, sino que hasta se tomaban allí el café de la mañana.

Supusimos que entre tales albaneses especiales habría que incluir a los escritores famosos, como por ejemplo los que aún tenían seudónimo.

Eran conocidos dos de ellos, Chri-Chri, que era el mote de Nonda Bulka desde la época de la monarquía, y doctor Pass, el sobrenombre de Dhimitër Pasko, de esa misma época. Entre tanto, este último no tenía nada en común con «El río duerme, el enemigo no duerme», puesto que hacía poco tiempo que había sido condenado a un año de cárcel, mientras que «El río duerme, etc.» era un comunista convencido, a tal punto que, tras concluir sus estudios en el Instituto Gorki de Moscú, había sido aupado a la Liga de Escritores y después al Comité Central.

En una ocasión se nos pasó por la cabeza que, por lo que parecía, al Dajti entraban tanto los libres de toda sospecha como aquellos sobre los que pesaba toda sospecha.

Era fácil de decir, pero difícil de creer. De Chri-Chri, por ejemplo, que salía a relucir cada vez que se hablaba de elegancia en el vestir, se decía que nadie le superaba en el ademán de cruzar las piernas a la parisina. Ahora bien, este ademán no podía ejercitarse más que en cafés a propósito, como el Dajti, lo que podía ser la razón de que lo frecuentara.

Mi fascinación por las manifestaciones de glamur de antaño la compartía con un compañero de clase, al que me había ganado para la causa no por motivos literarios, sino sencillamente porque nos gustaba la misma chica. Me acompañaba henchido de alegría a la Liga de Escritores, porque la casa de la chica compartía patio con el palacio de las que fueran princesas de Zog. Tras la «visita a palacio», todo parecía ganar en distinción y nuestros pasos nos conducían automáticamente al café Flora de la calle de Durrës, donde la

conversación sobre nuestra «princesa de clase» discurría con la naturalidad acorde a su rango.

Ahora ya no ocultábamos que estábamos ávidos de un poco de lujo, es decir, de un poco de «decadentismo», pero en el buen sentido de la palabra y no según el significado que le había dado al principio el Comité de la Juventud de Gjirokastër. Rastreábamos sus huellas en lugares insospechados, en el cabello ensortijado de famosos escritores, por ejemplo. En relación con ello destacaban sobremanera Petro Marko y Sterjo Spasse. El primero, como voluntario brigadista de la guerra de España, era comprensible que tomara café en el Internacional, por no mencionar su novela *Hasta la vista*, con título en español, que Tirana entera sabía que estaba escribiendo. El segundo, Spasse, autor de la primera novela oficialmente decadente, *¿Por qué?*, según nos habían dicho en clase, si bien nunca pisaba los cafés, tenía una ventaja que lo diferenciaba de todos los demás: en su casa, como en las de los aristócratas de Tolstoi, que utilizaban el francés, solo se hablaba en lengua extranjera. Este hecho nos había entusiasmado tanto a mi compañero como a mí, hasta que alguien nos explicó que la cosa no era del todo así y que el habla de la casa de Spasse era la de la zona fronteriza con Macedonia, próxima al lago Prespa e Vogël, en cuyas dos riberas las lenguas se mezclaban, lo que convertía en normal que se hablase macedonio en Albania, y albanés en Macedonia, sin que a nadie se le pudiese llegar a ocurrir que lo uno o lo otro fuese comparable al francés de los Bolkonski de Tolstoi.

El café Flora, el más reciente de Tirana, pertenecía a la categoría de los que, al carecer de pasado y complicaciones, podrían ser considerados cafés cafés, en síntesis, esos en los que cabe pronunciar las palabras «jamás» o «por siempre».

Aunque no lo dijéramos, los dos soñábamos con utilizar tales palabras con nuestra pelirrubia. Poco importaba en qué sentido y por quién, bastaba con pronunciarlas. Que nos gustaba a los dos era evidente, pero éramos incapaces de adivinar cuál de los dos podía gustarle a ella.

A veces nos parecía que le gustaba uno, otras que el otro, hasta que llegaba una tercera vez en la que le gustábamos los dos igual, o ninguno.

Un día, durante la clase de marxismo, mientras el profesor hablaba de la historia del pensamiento alemán, ella, tras el «uf» de rigor que soltaba cada

vez que la materia le parecía enrevesada, dejó el lápiz haciéndome la consabida seña, la de que copiaría aquella parte de mis apuntes.

Lo que significaba que debía tomar los apuntes de manera inteligible, lo que hice con placer. Sentía cómo seguía mis frases por el rabillo del ojo... el pensamiento alemán... a diferencia del ruso... o, por el contrario... este pensamiento... de aquel... pensamiento...

De repente, ella acercó la cabeza y algunos de sus cabellos rozaron mi sien, mientras me preguntaba en voz baja: ¿Estás pensando en mí?

Me sentí en un aprieto, pillado casi en falta. Y fue así, helado, como lo respondí «sí».

La princesa (así la llamábamos en los últimos tiempos entre nosotros para que no se enteraran los demás) no dijo nada más. Continuó vigilando mis apuntes... el pensamiento... alemán... como si dijéramos, al contrario que el... albanés... ruso... como si no hubiera ocurrido nada.

Yo pensaba, por el contrario, que algo había cambiado.

La sensación de quedarse helado continuaba siendo hermosa, como en ningún otro invierno.

Durante el revuelo de la salida, busqué con la vista a mi compañero, pero no lo vi.

Por la tarde en el Flora, pensé.

Mientras caminaba hacia el café, me pareció de pronto que lo ocurrido no era tan extraño como en un principio había creído. ¿Sabes? En clase de filosofía, cuando el profesor hablaba del pensamiento alemán, y naturalmente del ruso, del pensamiento... mundial, en una palabra, ella me preguntó si pensaba en ella...

Uf, me dije. Es de lo más vulgar.

Sin embargo, vulgar o no, no quedaba otro remedio que decir algo.

Hacía tiempo que entre nosotros regía una especie de pacto tácito con respecto a «la princesa». Una suerte de obligación caballeresca según la cual uno no debía ocultarle nada al otro. Y yo debía responder al pacto.

¿Sabes?, le dije incluso antes de sentarme, con expresión grave, como si fuera a darle una mala noticia. En clase, mientras el profesor decía...

Sonaba bastante peor de lo que había imaginado. Tomaba incluso la tranquilidad con la que me escuchaba mi compañero por indiferencia. Hasta

que al final preguntó: ¿Y tú que le contestaste?

Le respondí que «sí»... Quizá cometí un error.

¿Qué error?, dijo él.

Durante un rato estuvimos hablando del famoso «sí». Lo analizamos desde todos los ángulos para determinar si debió ser, por ejemplo, algo más cálido (más frío no cabía pensar), dubitativo en parte (mucho peor, parecería en cierto modo femenino), más indirecto, hum, o, por el contrario, debió ser más ardiente, o, como si dijéramos, más emocionante. Finalmente llegamos a la conclusión de que este último, el ardiente, sería el «sí» adecuado, máxime cuando eran no una, sino dos personas las que pensaban en ella.

ME SEPARÉ CON CIERTO ALIVIO de mi compañero. Estaba deseando quedarme solo.

Al parecer, independientemente del pensamiento alemán, o ruso, o el autóctono ilirio-albanés, pensar en una chica requería soledad.

¿Piensas en mí?

Se producía un milagro cada vez que evocaba mentalmente la pregunta, puesto que cada vez parecía descubrir algo irrepetible.

Una chica quería saber... Al margen de Platón o Hegel... Una chica quería saber si tú pensabas en ella.

Terminaba la noche, clareaba el alba, llegaba la hora de clase, esta vez de latín, y ella estaba de nuevo allí.

Pensar en ella. En ti. En la princesa.

*Regalique situ pyramidum altius.*

Se iban las horas del día, venían las de la noche. Las estaciones mismas se enmarañaban, como si fuera cosa de Australia, donde tú creías que era invierno y allí sin embargo era verano.

Quién sabe si ella pensaría en ti. Era este, indudablemente, el punto culminante. Su cabello desplegado sobre la almohada. El sueño que se acercaba a hurtadillas y no conseguía rendirla porque se lo impedías tú. Era, sin duda, una de las siete maravillas del mundo. Infinitamente más *altius* que las pirámides que describe Horacio, o la interminable muralla china.

EN LOS DÍAS QUE SIGUIERON ni uno ni otro disimulábamos que queríamos estar

juntos. Esto solo era posible, como es sabido, en las clases de marxismo y de latín, las únicas que tenían lugar en un aula común con los demás cursos debido a la falta de profesores. Era raro que se pudiera dar cualquier historia de amor en la facultad sin las aulas comunes, donde los estudiantes podían elegir libremente su asiento.

Durante la algarabía que se producía a la entrada, a veces ella, a veces yo volvíamos la cabeza para ver si el otro o la otra le seguía.

Los instantes en los que nos sentábamos uno al lado del otro eran los más dulces, y justamente en uno de ellos, como si quisiera demostrarle que el tiempo se había congelado desde el día en que se pronunciaron las palabras *pienso, piensas*, le escribí en una nota: «Pienso en ti». Esta vez ella me respondió con otra nota: «También yo».

No sabía que, al escribirlas, las palabras adquirirían un peso redoblado.

LA ESCENA, COMO DE COSTUMBRE, continuó en el Flora, donde con cierto desenfado, cuyo motivo yo mismo ignoraba, le dije a mi compañero que la transición de la literatura albanesa de su fase oral a la escrita se había producido al fin.

Él miraba la nota como si sus ojos no pudieran creer que las palabras más sencillas de la lengua albanesa, como me dijo luego, pudieran parecer tan extraordinarias. Después añadió que no me hiciera el tonto, y que aquello era una relación amorosa. Con rodeos, me dio a entender más o menos que hacía días que se había dado cuenta y que sería un verdadero idiota si no aceptara la derrota o la retirada del ring, como nos gustaba llamarlo.

Era aquella una conversación delicada, máxime si la complicaba pretendiendo mostrarme, como si dijéramos, magnánimo y asegurándole que respetaría el armisticio... (¿qué demonios de armisticio?, ¡lo que faltaba!).

ENTRE TANTO, LA MIRADA DE LA PRINCESA se volvía cada vez más dulce. Sus mejillas también. En cuanto a su peinado, que cambiaba casi a diario, me hacía pensar, bastante más que las notas, en lo que estaría pasando por su cabeza.

No era fácil de comprender, sobre todo cuando nos peleábamos. Pudiera ser que el latín, al igual que contribuía al acercamiento, contribuyera a lo

contrario.

Nos ocurrió precisamente en la clase en la que el profesor explicaba la inquina que el emperador Augusto le tenía a Ovidio. Dos mil años habían pasado y la verdadera causa aún seguía sin ser descubierta. Quería hacerme el gracioso a cuenta de una pelea que habíamos tenido un par de días antes, pero ella, al parecer, lo malinterpretó. Me apresuré a escribirle una segunda nota, la cual, en lugar de enmendar el malentendido, lo agravó. Ovidio había sido expulsado de Roma, estaba a punto de llegar al lugar del destierro a orillas del mar Negro, y a nosotros nos pilló de aquel modo el final de la clase: enfadados.

Después de clase, al contrario que en los últimos tiempos, estaba impaciente por verme con mi compañero en el Flora.

Él no ocultaba su sorpresa por el empeño que yo ponía en volver a hablar de la princesa, como antes. Tenía el convencimiento de que sentía cierta alegría, no tanto por nuestra pelea, sino porque todo volvía a ser como en el pasado. Volvíamos a ser de nuevo tres, es decir, nosotros dos, él y yo, y la tercera la princesa. O mejor, ella y yo, y el tercero él, el compañero inseparable.

Por un tiempo así fue. Yo le hacía partícipe de las últimas nuevas, que, como las noticias de las ocho, iban acompañadas del boletín meteorológico, interpretación del peinado y, naturalmente, de las horquillas centelleantes, relámpagos o quizás truenos, como si dijéramos, mientras él escuchaba expectante.

Ahora bien, el idilio no duró mucho. Tras mi reconciliación con la princesa, el silencio se instaló de nuevo en el Flora, y mi compañero no disimulaba su desazón.

Sabía que mi silencio no era nada elegante, pero así son los lances del amor: reclama la confianza cuando se presentan turbulencias, de lo contrario lo que pide es silencio.

Un día, tras una punzada en el corazón, me vino a la mente la aceptación de su derrota, el armisticio, el pacto, el ring, y mi mudez me pareció casi grosera. No había aprendido todavía a pedirle perdón, de modo que traté de hacerlo indirectamente.

Le dije que se me había pasado por la cabeza invitar a la princesa a tomar

café con nosotros en el Flora.

¡Ah, qué bien!, dijo. No cabe duda de que seguramente se había repetido a sí mismo estas palabras en muchas ocasiones, y es verdad que sería bueno que los tres, como antes... la conocida historia.

Jamás se me habría ocurrido que fuera precisamente esta última, la invitación al Flora, la causante de otro malentendido, y todavía más grave.

Se produjo el día en que le mostré la nota con la respuesta de ella: «Iré donde quieras menos al café».

Él se tomó a mal las últimas palabras hasta que le expliqué que, según lo que me había contado ella, fue su presencia un año antes en un café (uno de esos episodios donde siempre hay un amigo de tu hermano que te ha visto, y a continuación has dado tu palabra de que no se repetirá) la causante del contratiempo.

Mantuvo la nota un momento entre los dedos, sin ocultar su fascinación. Iré donde quieras, leyó en voz baja. ¡Qué bonito que una chica te escriba eso!

Al devolvérmela, añadió en un susurro: Parece que habéis llegado lejos.

Pronunció aquellas palabras pensativo y yo cacé al vuelo lo que daban a entender: habíamos llegado tan lejos y él, el viejo compañero de suspiros, él, el vencido, el replegado, con el cual lo compartía todo antes, ahora no sabía ni una palabra de todo aquello.

Sin poner en duda mi suposición, buscaba en mi mente algún proverbio sobre los *gentleman* que, al contrario de la fea costumbre de los chavales balcánicos, cuando gozaban, sabían callar.

Se lo dije poco más o menos y, por el silencio culpable con el que me escuchó, supe que mi suposición era cierta.

LA NOVELA ENTRA EN ESCENA. En dos o tres cuadernos de apuntes había escrito esta frase, e incluso en uno había añadido las famosas palabras de Shakespeare con las que invita a la muerte a subir a escena.

A primera vista parecía algo manido. Había iniciado y había dejado a medias novelas y relatos como nadie. De fantasmas, de piratas, de comisarios cubiertos de heridas clamando «¡victoria!», de abuelas muertas que resucitaban, aterrorizándonos a todos. Y sin embargo, esta vez era distinto. Era la primera vez que escribía sobre mí mismo. Más concretamente, sobre

mí mismo y la princesa.

Tras una noche de desasosiego, se lo conté a mi compañero. Me escuchó con sonrisa contenida, se diría que temía alegrarse antes de tiempo.

Hablar de la novela resultaba completamente distinto, porque quizá se parecía, o no, a caer rendido de amor. En ocasiones me parecía que el sentimiento era más intenso. Otras, que menos. No encontraba la palabra para definirlo. No se podía decir *caer rendido de novela*, como se decía de amor. Cuando escribía las novelas de terror y aparecidos, estaba tan ensimismado que no me importaba en absoluto que en el mundo existieran dulces muchachas. Sin embargo, en esta ocasión una de ellas se encontraba, como si fuera un pájaro, en mitad de mi novela.

Por lo tanto, me encontraba en estado febril. Dicho de otra forma, *me encontraba en estado de novela*. No era casual que el término albanés *roman* tuviera dos acepciones: novela-novela (publicación, tirada, publicidad: Corred a la librería, etc.) y romance, relación amorosa. El romance de X con Y, que duró dos o doce años. El de Balzac y la condesa Hanska, por ejemplo, del que nos habían hablado en la escuela. O el de Dante Alighieri y Beatriz, que ya duraba diez mil años.

Tanto me rondaban por la cabeza este tipo de cosas que creía que también los demás debían de pensar así. Un día, la habitual pregunta de mi compañero: ¿Cómo lo llevas?, me produjo tal perplejidad que necesité un momento para decidir a cuál de las dos acepciones se refería. Y por si ello fuera poco, añadí que ambas se habían separado y que iban cada una por su lado.

Nos miramos igualmente perplejos el uno al otro, hasta que yo dije que además de no ser lo mismo, el asunto era más hondo. Porque también así era el desencuentro. En resumen, añadí que ni la novela ni la princesa se querían la una a la otra.

Sus ojos se abrieron como platos.

¿Acaso existían muchachas que no querían ser personajes de una novela? A no ser que se trate de chismorreos, de reputación, o del hermano, como lo de aquello de no poder pisar el café.

No es nada de eso, estuve a punto de gritarle. La incomprensión de debe a otra cosa.

Conteniendo con dificultad mi nerviosismo, le expliqué que cuando las cosas me iban mal con la princesa, sentía deseos de escribir. Pero después, en cuanto nos reconciliábamos, ese deseo desaparecía...

Admitió que no entendía nada. Todo lo más le parecía que cuando estaba mal necesitaba la novela, pero cuando se me pasaba... algo así como escupir al caballo pasado el río.

Sacudí la cabeza para significarle que no nos entendíamos. O que no nos entenderíamos hasta que él no cayera rendido de amor, de forma que estuviéramos igual de chiflados ambos.

¿Y la princesa?, preguntó. ¿Qué dice?

Ella no sabe nada.

Qué se puede hacer contigo, me dijo poco después. Alegrarse de que la novela te vaya bien sería tanto como alegrarse de que rompas con ella... O al revés... Qué retorcido eres, de verdad.

Contestarle que la retorcida era la literatura misma me pareció demasiado vulgar, y por eso me callé.

LA LITERATURA ERA MUCHO PEOR que retorcida. Las noticias de lo que pasaba en la Liga de Escritores me las facilitaba Met M. Había trabajado algunos años en ella y yo le conocía precisamente de la época en la que llevaba allí mis poemas para su publicación en *El joven literato*. Se había involucrado en todos los rifirrafes de la Liga, hasta que fue deportado. Dos años más tarde se había presentado de improviso en nuestra facultad, para ser admitido directamente en segundo curso, puesto que, según él, lo de la deportación había sido un error.

Aunque convertido ahora en estudiante, su mente seguía en las componendas de la Liga, las cuales, al parecer y como antiguamente, seguía interpretando a su manera.

Según él, la historia de la Liga de Escritores siempre había sido un misterio. Al principio, inmediatamente después de la guerra, la directiva de los escritores la conformaban, mitad y mitad, antiguos burgueses y antiguos partisanos. Si los primeros tendían a desaparecer, los segundos no eran capaces de comprender sus estratagemas, de modo que el Estado envió urgentemente al Instituto Gorki de Moscú a dos de los comunistas.

A la espera de su regreso, las cosas iban de mal en peor. A fin de debilitar aún más a los burgueses o bando francés, como se les calificaba, dado que uno de sus miembros había estudiado en Francia y además fumaba en pipa como los franceses, enviaron a dos rudos escritores, llamados *sottovoce* la banda del Ministerio del Interior. Estaban a punto estos dos últimos de hacerse con la situación cuando, entre tanto, aparecieron los chicos de Moscú, los cuales, en lugar de unirse a ellos, apoyaron, sorprendentemente, a «los franceses».

El jaleo que se formó fue de lo nunca visto. Se esperaba la intervención desde lo alto, pero tardaba. Las señales que aparecían aquí y allá eran confusas.

Según Met M., el barullo que se formó fue tal que resultaron condenados los que no se esperaba y perdonados o condenados de nuevo los que no cabía imaginar. A Skënder Luarasi le salvó, por ejemplo, su indomable coraje; a otro, su suavidad, que, lo mismo que la exasperación, despertaba tantas dudas. A la cárcel propiamente dicha habían enviado a uno de los tres dirigentes, Mark Ndoja, seguramente merced a los golpes recibidos de los tres bandos.

Met M., que estaba mezclado, por supuesto, con los tres bandos, sin tener nunca claro por qué, en medio de la confusión, acabó internado por error, y después, quizá también erróneamente, en nuestro curso.

SE ACERCABA EL FINAL DE MIS ESTUDIOS. En lugar de ocuparme de mi diploma, mi cabeza estaba en la novela. Jamás había tenido un deseo tan irrefrenable de escribir. Lo que significaba que mi relación con la princesa no pasaba por un buen momento. Decir que mi relación no era buena era decir bien poco. En unas cuantas semanas había escrito lo que se podía escribir en seis meses. La princesa estaba a punto de perder definitivamente la batalla contra la novela. A medida que se acercaba el final, crecía mi ímpetu. Al igual que los ojos del lobo atisban en la niebla, distinguía yo el epílogo.

Por si no bastara, en medio del lío, había aparecido la cuestión de Moscú. Llevaba tiempo esperando mi admisión en el Instituto Gorki y justamente ahora estaba más cerca de lograrlo que nunca.

La princesa y Moscú. Las murmuraciones no tardarían en aparecer.

¿Acaso has dicho: la princesa o Moscú, no sé qué elegir?, me preguntó un día apesadumbrada.

Le juré que jamás había dicho algo semejante, pero ella insistió. Según ella, yo había adaptado incluso los versos de aquel húngaro, Petöf, que decían que por amor daría la vida, pero por la patria incluso sacrificaría el amor, o como fuera aquel galimatías, resultando que por la princesa daría la vida, pero por Moscú sacrificaría incluso a la princesa.

Le volví a jurar que no era más que una invención, pero ella no escuchaba, y entonces recordé algo. Tú misma, le grité, como si hubiera hecho un gran descubrimiento. Tú misma, querida señorita, me has repetido unas diez veces que, tratándose de literatura, de Moscú y su vinculación con ella, no pondrías ningún impedimento... ¿Es así o no?, ¡habla!

Bajó, finalmente, los ojos, y tras un silencio dijo «sí». Así era, porque seguía pensando lo mismo, que eso era... algo sagrado...

¿Lo ves, pues?, repetí. Ella dijo de nuevo que así era, pero que no quería oírlo en boca de los demás.

Le acaricié, finalmente, el cabello y le repetí al oído lo maravillosa que estuvo cuando la oí hablar de esa forma por primera vez. Incluso le recordé la inolvidable tarde en que había sucedido y el instante en que le había dicho que las muchachas normalmente no hablaban nunca con indiferencia del compromiso y el casamiento, que eso era propio de diosas... Y que lo que decía era señal de ello.

Lo malo era que nuestras desavenencias las exacerbaban los dos grupos de partidarios que, entre tanto, se habían formado: uno a favor de ella y otro en favor mío. El problema surgía a raíz de la hipotética separación, o más exactamente, a raíz de quién tenía la culpa. Nadie daba con ella, como tampoco nadie sabía si la supuesta separación se había producido o no. Ni siquiera nosotros.

La falta de lógica era evidente. Sentía que nunca me había visto inmerso en situaciones tan absurdas. Ella también.

En relación con ello, la novela que traía entre manos, como asustada, me dejó en la estacada. No sentía el menor deseo de escribir. El epílogo que con tanto ahínco había esperado no presentaba el menor atractivo. Por poco no llegué a creer que ambas, la novela y la princesa, que hasta ayer no se habían

tenido ningún afecto, se habían aliado contra mí.

La escalada de insensatez se desenvolvía ante nuestros ojos. Primero a mí, pero a continuación la chifladura se le pegaba a ella. Me daba a veces la sensación de hallarme en un escenario teatral donde actuábamos a la vista de todos.

Mi compañero no cesaba de decirme que pasaría la tormenta y que todo volvería a su sitio y que ella acabaría por renunciar a sus antojos y volvería a ser la princesa de siempre, la que conocíamos.

Pero no fue así. Tras una desaparición de dos semanas, la princesa apareció de pronto en la facultad acompañada de alguien.

No entendía nada. Ni yo ni nadie. Ni siquiera sabía si ella entendía algo. Había caído sobre ella el gélido atractivo que podría proporcionar una peluca. De reojo, casi horrorizado, observaba su cabello, como si pretendiera adivinar qué otros despiadados peinados podían inventarse.

Cuando ya se iba aclarando el enigma, la princesa desapareció de nuevo. Esta vez su ausencia fue algo más prolongada y, además, su acompañante parecía ser otro.

Continuaba sin entender nada. Quedé noqueado, como se decía en su momento en el círculo de boxeo de la Casa de Pioneros, al haber recibido dos directos a la mandíbula. Sin volver en mí, un tercer golpe me llegó de donde menos lo esperaba: era un escrito en *Zëri i Rinisë* (La voz de la juventud), donde se me criticaba por unos versos que calificaban, ignoro por qué, de moralmente perjudiciales, y que concluía con la pregunta de si era justo que semejantes literatos fueran enviados a Moscú, tal como se decía.

Con el escrito sucedió algo especial. Como me contó mi compañero, al tiempo que salíamos del aula para un descanso, el periódico lo había dejado alguien en su pupitre, abierto por la página del escrito. La princesa, en lugar de considerarlo una provocación, o de largarse como si le importara un comino, de pie, como estaba, se quedó a leerlo. No solo mi compañero, que la vigilaba, sino todos los que pasaban a su lado, habían advertido la tristeza que había en sus ojos.

La señal de la diosa había reaparecido... Sin ser consciente, todas aquellas tenebrosas semanas había estado esperando, seguramente, esa señal.

Una inesperada armonía invadía todo mi ser. Cuando tras el descanso

volvimos al aula, observé que el periódico seguía en su pupitre.

Por primera vez tras aquellos días tan negros, sentí deseos de abrazarla.

ANTES DE QUE ACABARA LA SEMANA, me llegó la noticia de que iría a Moscú. Ebrio como me sentía, ni siquiera me enteré bien del nombre del estudiante que iría conmigo.

Cuando me enteré, no me lo podía creer. ¿Sterjo Spasse? ¿Sterjo Spasse y yo? Sí, él...

Así pues, Sterjo Spasse. Precisamente él.

¿El de *Por qué?* ¿El de la novela que dimos en el instituto?

Casi, casi se me escapa preguntar: ¿ese... el muerto?, y entonces mi compañero opinó poco más o menos lo mismo: se había quedado patidifuso, como si estuviera oyendo que me iba a Moscú con Naim Frashëri.

A la una me llamaron al despacho del decano para decirme que tenía que presentarme a toda prisa en el Comité Central.

«El río duerme, el enemigo no duerme» me recibió en su despacho con una sonrisa festiva. Creo que supondrás por qué se te ha llamado, dijo feliz.

Por supuesto que lo sabía. Tienes suerte, continuó. Yo mismo he estudiado en el Instituto Gorki y te lo repito: tienes mucha suerte.

Habló unos minutos de Moscú, de sus maravillas, y después volvió a la suerte que había tenido de poder estudiar en una escuela de primera, la única en su género de todo el campo socialista, el Instituto Gorki.

Supongo que no será necesario decirte que todos los jóvenes escritores de nuestro campo sueñan con formarse en él. Y sobran las razones.

Me volvió a explicar otra vez las razones. Aquella escuela era la principal fortaleza del realismo socialista. El arte que aterrorizaba a los enemigos del comunismo. Por eso lo atacaban sin piedad cada vez que se manifestaba. Por eso nuestro arte respondería sin piedad igualmente. Allí en Moscú, en la escuela a la que iba, se preparaba a los escritores que iban a ocupar la primera línea de combate. ¿Comprendes lo que quiero decir? Sois vosotros los que haréis hincarse de rodillas al decadentismo mundial.

Que sepas que todo te lo he dicho de corazón, porque recuerdo cuando yo mismo estuve. Ah, qué maravilloso fue. Y ahora escucha algunas directrices.

Tras las directrices, «El río duerme» me acompañó hasta la puerta y me

abrazó casi con emoción.

Mientras volvía a casa de mi tía materna, donde vivía, entre las frases sobre la postración del decadentismo mundial, recordé, como pájaro trémulo, el manuscrito de la novela.

En cuanto llegué, lo primero que hice fue sacarla del cajón donde la guardaba. Mis ojos se detuvieron repentinamente en la primera página y casi se me escapa un grito: ¿De dónde salió este título? Estaba a punto de creer que no fue la mía sino otra mano la que escribió aquel horrible título: *Amor n.º 2, novela*.

La introduje con las cartas de la princesa en su propia carpeta, convencido de que el título había sido otro, *Las brumas de Tirana*, como le había dicho a mi compañero, aunque por despiste hubiera olvidado cambiarlo en el manuscrito.

Aquella tarde en el Flora, después de resumirle la conversación con «El río duerme», le pregunté si había hablado con alguien de mi novela. ¿Por qué?, me dijo, antes de contestar: No. ¿Por qué? Porque sí, le dije. Olvida que he escrito semejante novela. Piensa que la he quemado. ¿Me comprendes? Quemado. *Nihil*.

CAÍA LA NOCHE CUANDO SALIMOS del Flora. Era la primera vez que no habíamos hablado de la princesa. Mientras caminaba hacia mi casa, se me ocurrió de repente pasarme por la de Spasse. Había estado allí en un cumpleaños y recordaba su edificio de la calle Him Kolli.

De camino, no le encontraba el menor sentido a lo que estaba ocurriendo. Si Spasse se hacía estudiante, ¿qué me quedaba hacerme a mí?

Encontré su casa llena de gente, llegada, al parecer, para la ocasión. En cuanto me vieron, emitieron un «ah» colectivo, como sucede cuando aparece alguien del que acaban de hablar.

Era algo así como saborear un anunciado efecto sorpresa, pero esta vez desde el lado contrario. Resultaba evidente que ellos tampoco captaban el significado de aquel extraño dúo de escritores que se iban a Moscú.

Aparte de Chri-Chri, al que conocía, estaban allí Vedat Kokona y Mustafa Greblleshi, al que veía por primera vez. El primero seguía siendo considerado el escritor más elegante de Tirana, y mientras lo observaba, pensaba que el

libro *De Tirana a Estocolmo*, publicado el mismo año que *Por qué*, no podía haberlo escrito nadie más que él. El nombre del segundo lo venía oyendo desde el instituto, pues las compañeras de clase se pasaban en secreto unas a otras su novela *El barranco del amor*, y encima, por si no fuera suficiente su aire pesimista, estaba escrito en dialecto gegë. Permanecía temeroso en un rincón, como todos los que habían pasado por la cárcel, al lado del doctor Pass. Este último sabía que era el mote de Mitrush Kuteli, hasta que me enteré de que el propio Mitrush Kuteli era el seudónimo de Dhimitër Pasko.

Era también la primera vez que yo veía a Pasko. Sin duda, el escritor que suscitaba un mayor interés tras Lasgush Poradeci. Era callado, había estado uno o dos años en la cárcel, e incluso mucha gente pensaba que volvería de nuevo, pero esto, al contrario de lo que sucedía con Greblleshi, en lugar de acrecentar su temor, curiosamente lo disminuía. Quizá el hecho proviniera de un rumor muy poco creíble, según el cual Pasko habría sido el único escritor, no solo de Albania, sino de todo el campo socialista, por no decir del mundo entero que, habiendo sido oficial en la batalla de Stalingrado del lado alemán, ¡había vuelto sano y salvo!

El ambiente en casa de los Spasse iba animándose. Los anfitriones, que servían pequeñas copas de coñac, no hablaban, como se ha dicho, albanés, pero tampoco francés como en las obras de Tolstoi. El propio Sterjo parecía emocionado.

*De Tirana a Moscú*, me dije, podría ser el título de un libro que podría escribir un día, seguramente, yo mismo...

Chri-Chri, que estaba a mi lado, brindó conmigo mirándome de manera bastante rara.

¿*Por qué?*, dijo de pronto sin dejar de mirarme.

Repitió la pregunta divertido; después, riéndose de su propia ocurrencia, añadió que suponía que yo conocía el título de aquella novela, ¿o no?

Ah, la novela de... Señalé con la cabeza en dirección al dueño de la casa. Claro que lo conocía.

Con el mismo buen humor, Chri-Chri, después de preguntarme por la fecha de mi cumpleaños, añadió que Spasse había escrito y publicado aquella novela cuando yo aún no había nacido.

Sin embargo, es esta una buena cosa, continuó. Que fuéramos juntos a

Moscú. Es algo bueno que los escritores se aprecien entre sí. Sin distinción, ¿o no?

Continuaba mirándome como si se estuviera preparando para otra pregunta.

Mientras se estiraba en su asiento, percibí por un instante su modo parisiense de cruzar las piernas, lo que significaba que la pregunta tendría clase.

Spasse, que servía de vez en cuando, nos llenó las copas por segunda vez. Como siempre irradiaba bondad.

Chri-Chri dijo algo en voz baja, como si hablara consigo mismo. Es buena cosa esta, se mire como se mire, pero sobre todo un signo de concordia. Él creía que así lo entendíamos también los jóvenes, como un ablandamiento, ¿o no? Era la segunda vez que utilizaba esa palabra. Inmediatamente después, cuando repitió la pregunta de si se podía tomar este viaje a Moscú como un giro en la posición... en otras palabras, si podía hablarse de... nuevas directrices, la última palabra me hizo recordar el encuentro de por la mañana en el Comité Central.

¿Directrices?, me dije. ¡Ah, si acaso las supieras!

Las palabras de «El río duerme» volvían desordenadas a mi cabeza, acompañadas de un arrebató de ira. Nosotros iríamos allá, al corazón mismo del centro para ser entrenados, como se hacía con las tropas destinadas al ataque. Estaríamos en primera línea del realismo socialista, aprendiendo a no rendirnos y a no tener piedad. Hasta implantar sus leyes en cada rincón del globo.

Sentía cómo la segunda copa de coñac se me iba subiendo a la cabeza. Mi malhumor, cuya procedencia ignoraba, iba en aumento. Y continuaba, lo quisiera o no. Tal como decían las directrices. Hasta que pusiéramos de rodillas no solo el decadentismo, sino todo el arte mundial.

Los ojos de Chri-Chri me miraban cansados.

Ellos esperaban las señales de ablandamiento, mientras que las directrices pretendían otra cosa: o ellos o nosotros.

De improviso creí entender de dónde procedía mi malhumor. Los demás se habían reunido para una cena festiva y yo acababa de ahogar mi novela.

El doctor Pass nos seguía con su atribulada mirada, mientras en los ojos de

Chri-Chri, junto con su azoramiento, descubrí los primeros signos de terror.

LA PRIMERA SEMANA DE SEPTIEMBRE partimos en avión hacia Moscú. Tenía veintidós años. Spasse, sin embargo, tenía el doble, cuarenta y cuatro.

En algún momento, durante el vuelo, cayó la noche. Estaba aturdido. Volábamos dos locos, pensaba. Uno de la monarquía, el otro del socialismo. Todas las preguntas que me hacía allá abajo aquí en el cielo parecían distintas. En cierto momento deseé preguntarle: ¿Spasse, te parece normal todo esto?

El avión comenzó a oscilar. Por un instante me acordé de la princesa. Después de nada.

Las luces de Moscú aparecieron al fin en la profundidad. Infinitas, enigmáticas, como cabía imaginar.

EN TIERRA LAS COSAS no eran tan comprensibles.

Tras una noche agitada, en el trolebús número tres, como nos dijeron quienes nos esperaban, nos dirigimos hacia el centro de Moscú, donde estaba el Instituto. La estatua de Pushkin, que habíamos visto decenas de veces en todas las tarjetas postales de Moscú, nos alegró el corazón. El Instituto estaba solo a dos pasos de allí.

Los recién llegados se presentaban entre ellos. Eran al menos de diez nacionalidades con otras tantas lenguas. En su mayoría se sorprendían de todo, aunque aparentaran indiferencia.

Tras los primeros días, la principal extrañeza era la diferencia de edad entre Spasse y yo. Muy rápido se supo que yo era el más joven y Spasse el más viejo de los alumnos de los cursos superiores. La afirmación del lituano Maskiavicus de que «los albaneses eran terribles» circulaba entre tanto sin que nadie la desmontara.

Más tarde me enteraría del sentido que le daba otro báltico, Jeronim Stulpanz. Gracias a la traducción de Migjeni al letón, era el único que sabía algunas palabras en albanés, e incluso nos presentamos con un «buen día Shkodër, madrecita». Según él, Maskiavicus, que a todo le buscaba una segunda intención, después de haberse devanado los sesos durante dos días, había llegado a la conclusión de que al existir dos edades extremas en el

curso, la menor y la mayor, nosotros los albaneses teníamos la titulación al alcance de la mano.

Jamás había oído algo tan absurdo, y Stulpanz pensaba lo mismo, solo que a él no le extrañaba, ya que, según él, la mayor parte de lo que decía Maskiavicus no tenía sentido.

En mi primera carta al compañero de Tirana, tras mencionarle las curiosidades de Moscú y, en primer lugar, el hechizo de las muchachas, le decía que, al contrario de lo que cabría imaginar, en Moscú había tan pocos cafés que se podría decir que no los había en absoluto. Un griego, compañero de curso, me dijo que había descubierto uno en la calle Arbat, y que otro, el café Artístico, se encontraba en la calle Gorki, cerca de nosotros, pero que como en lugar de café servían té, de café solo tenía el nombre.

En cuanto a los escritores con «d» (como llamábamos entre nosotros a los decadentes), debían de ser aún más raros que los cafés, puesto que ni había visto, ni tampoco había oído hablar de ellos.

Sin embargo, cervecerías y escritores sonrientes los había por todas partes. Hasta el director del seminario de poesía se llamaba Smeliakov o «Sonriente», como si dijéramos. Sin embargo, esta frase no llegué a escribirla, porque recordé que era esta la primera carta que, desde el extranjero, enviaría a Albania y todavía no controlaba cómo debían ser las cartas que entraban, por no hablar de las que salían, de Albania.

EN REALIDAD, AUNQUE CON RECELO, las discusiones sobre los escritores decadentes ya habían comenzado desde que supimos que pronto nos darían clase sobre las corrientes decadentes en literatura.

Algunos no se lo creían, a otros les parecía razonable, e incluso Krushev había dicho que nuestros chicos de la literatura debían conocer el veneno decadente para responderle con el contraveneno socialista.

En relación con ello, como si hubiéramos presentido el mal, a principios de octubre había estallado el escándalo Pasternak. ¿Queréis decadentismo? ¡Ahí lo tenéis, en medio de vosotros!

La mayoría pensaba que «el curso con d» sería prohibido, o al menos que se dejaría para más adelante.

Durante la hora de psicología de la creación, observé el perfil de Spasse, el

cual, debido al secreto que guardaba, me pareció aún más atrayente.

Un día, en medio de la fiebre del Nobel, Jeronim Stulpanz, clavando en mí sus ojos de forma desacostumbrada, me preguntó si era Spasse el que había escrito la novela *¿Por qué?* en los años treinta.

Pillado por sorpresa, le pregunté que cómo lo sabía, y él, irónico, me respondió que no era tan secreto como para que no se supiera. Secreto, no, le respondí, pero tampoco es como para proclamarlo. Me replicó: ¡Oh, gran Dios, ¿pero quién lo ha proclamado?! Sencillamente había visto en mis notas que el escritor que había publicado la primera novela decadente en Albania se llamaba Spasse, y quería saber si era el mismo.

En cuanto nos calmamos, le conté los detalles. Spasse había publicado la novela en 1935, cuando tenía 21 años. El escándalo fue mayúsculo. Diez años más tarde, en el comunismo, fue prohibida. Solo se la nombraba en la escuela como mal ejemplo. Sin embargo aún era popular. Las escenas, como aquella de los dos borrachos, que había visto con mis propios ojos, en la que uno le dice al otro que en vano busca el porqué de tal o cual cosa, puesto que ni siquiera lo había encontrado Sterjo Spasse, eran normales.

Con cada detalle, Stulpanz exclamaba: ¡Qué curioso!, lo que me empujaba a seguir contándole otros pormenores, hasta que automáticamente llegamos a la pregunta que, antes de formularse en la capital soviética, se había formulado en Tirana: ¿Cómo era posible que nos hubieran enviado a ambos a Moscú? Y con ella, todas las demás, incluyendo la de Chri-Chri en la cena de Spasse.

Stulpanz no ocultaba su admiración; sin embargo, yo le dije que lo que habíamos hablado se lo quedara para sí. Imaginaba lo que podría suceder en caso contrario. Se habían cebado con Pasternak cuando lo nuestro era aún peor en el seno mismo de nuestro curso.

Creímos que por culpa de Pasternak el ciclo contra el decadentismo se retrasaría de nuevo. En realidad, sucedió lo contrario, se aceleró.

Durante un tiempo nadie dejó de pensar en el trío: Kafka-Joyce-Proust.

El título del libro de Kokona me venía a veces a la mente, pero ahora modificado por culpa del Nobel: *De Moscú a Estocolmo*.

Entre tanto, aunque Stulpanz me había prometido no contárselo a nadie, las murmuraciones sobre Spasse se expandían. No se trataba de una simple

interpretación: las influencias, la tendencia al decadentismo, etc. Su caso era cortante como el filo del puñal, oficial, «sellado», como se decía: el primer escritor tachado de decadente en Albania se encontraba estudiando en Moscú.

En plena clase ocurría que Stulpanz buscaba mi mirada y me guiñaba un ojo en dirección a Spasse. Ahí tenemos a nuestro viejito, je, je.

Spasse entre tanto no se enteraba de nada o hacía como si no se enterara.

Hasta venían de otras clases a observarle. Con curiosidad, con emoción, a veces con miedo. Una parte le mostraba abiertamente su adoración. Dos chicos de primer año del ciclo quinquenal empezaron a llevar el pelo como él. Solo faltaba alguna pulla de Maskiavicus, del tipo: Ya capté yo desde el principio que algo no iba con estos enigmáticos. O: Si por mí fuera, los hubiera devuelto a los dos el primer día.

Entre tanto, todos los «por qué» habían sido dichos, al igual que todos los «porque», y hasta la suposición de una iniciativa liberal, de esas con las que Kruschev asombraba al mundo en los últimos tiempos.

Con la sucesión de heladas, más se ponía de manifiesto lo que seguramente constituía el quid de la cuestión: posiblemente, el antiguo decadente Spasse había sido enviado a Moscú a enderezarse. De ser así, según Stulpanz, a él se le pasaría el decadentismo a la vez que se nos pegaría a nosotros.

*París, 2000-2002*

---

<sup>1</sup> *Lumi i vdekur* (El río muerto) es una novela de 1965 del escritor albanés Jakob Xoxa. *Lumi fle, hasmi s'fle* (El río duerme, el enemigo no duerme) es una máxima popular que también se utilizaba como consigna. [N. de la T.]

# UN ABRIL PARA FRED

**P**ARA FREDERIK RRESHPJA, poeta albanés del siglo XX, todo en la vida llegó demasiado tarde. Tardía fue su entrada en las letras albanesas, tardíos su reconocimiento y después su retorno o, más exactamente, su segundo reconocimiento, tras la desgracia comunista, que supuso en primer término la suya. Y así sucesivamente: su estimación, que continúa faltando, con todo lo demás que necesita un poeta, incluyendo esta reflexión, que se podría considerar una plegaria.

Ser abandonado en literatura es, sin duda, una calamidad. Pero saberlo, ser consciente de ello, lo es doblemente.

«He de admitir que yo siempre he estado abandonado», afirmó él mismo en 1989. Y a continuación: «He ido pasando de un abandono al siguiente».

En casos como este, lo primero que se viene a la mente es el sentimiento de culpa. Culpa del país donde nació, de su tiempo, y en parte de él mismo. Pero poco después, al ahondar, llegas a la amarga conclusión de que la falta, en realidad, la cometieron el país, su tiempo y las letras contra sí mismos.

Su tiempo fue inmisericorde con Frederik Rreshpja. Tras cerrarle por vez primera sus puertas, lo rechazó por segunda vez, cuando ya no era de esperar. En su poesía, aparece y reaparece en bastantes ocasiones el tiempo. No para congraciarse con él, tampoco para quejarse: ¿Qué tienes que me rechazas?, sino simplemente para recordarle un hecho: su relación con él.

Era normal que el poeta llamado Fred, un nombre que recuerda una partícula del invierno, se dirigiera a este último en estos términos:

*Oh invierno de los ciervos con los cuernos al viento.*

Pero las horas de armonía no son frecuentes. Y cuando se anhelan, siempre aparece un obstáculo en medio:

*Quisiera volverme septiembre  
esparcir el otoño sobre el bosque,  
pero la nieve...*

Es la nieve la que en esta ocasión no lo permite. Y cuando no es la nieve, surge algo que impide la concordia. Y el poeta, ante el impedimento, aceptará la pérdida. Sin preocuparse de que le llamen pesimista o derrotado, proclamará que el destino le había reservado una gran pesadumbre y mucho hielo, en una palabra: que en su vida había demasiados diciembres.

No era la primera vez que la aspereza de los tiempos que vivía Albania les cerraba las puertas a sus poetas. Durante años sucesivos, y a veces durante décadas, los poetas se quedaron fuera, a la espera de que otra vez se las abrieran.

Cabe imaginar que el instante del regreso se produjera de forma tal que permitiera a los poetas afrontarlo sin dificultad. En el caso de Rreshpja, el poeta había sufrido tanto abandono y tal clima de frialdad, que era imprescindible que su regreso se efectuara con extremo cuidado. En el caso que nos ocupa, el clima que parece más indicado sería el de la estación suave y, en consecuencia, el mes de abril.

Partiendo de ello, la acción en su conjunto podría denominarse... Un abril para Fred.

## 2

HACIA FINALES DE 1972 tomé mi último café con Frederik Rreshpja. Fue en el café Tirana, un famoso local de entonces, frecuentado por los intelectuales de la capital. Aparte de nosotros dos, compartía nuestra mesa Todi Lubonja, y yo quería presentarle a Rreshpja, como ya había hecho con otros jóvenes escritores, dado que él, en su calidad de director liberal de la televisión albanesa, tenía posibilidad de ayudarlos.

Frederik era por entonces un poeta bastante conocido, una estrella ascendente, como se decía, pero justamente por ello, al destacar por su proverbial descuido y, sobre todo, por su singular talento, se hallaba

especialmente en riesgo.

Entre los chascarrillos que corrían por el café Tirana, se contaba el del loco que llamaba al local «el café de los tres tercios», lo que significaba que un tercio de los clientes, según él, estaba loco, el otro había salido de la cárcel y un tercero acabaría en prisión.

Después, cuando un mal revés dio con el hipotético mentor del poeta, Todi Lubonja, en la cárcel, y tras él fue encarcelado el propio poeta, el chascarrillo se recordaría a menudo. Ambos eran presos políticos, con la única diferencia de que mientras que el encarcelamiento del primero sería ininterrumpido, como lo eran normalmente las condenas por «vulneración de la línea del Partido», Frederik sufriría dos o tres penas de cárcel consecutivas.

Como tantas otras cosas, las condenas de los poetas eran de un género que recordaba al teatro del absurdo. Puesto que la tiranía albanesa, como cualquier otra tiranía, no quería hacerse famosa por meter en la cárcel a los poetas por mor de sus poesías, trataba de encontrar otros asideros. Los juegos de azar, la depravación moral, la homosexualidad y hasta la acusación de haber quemado los almiars de las cooperativas eran algunos de los pretextos preferidos.

Es sabido lo raudo e imparable que era en Albania el hundimiento de una estrella declinante. Sus hermosos versos y poemas desaparecieron de las librerías y de las bibliotecas. Él mismo, de natural solitario y melancólico, multiplicó su desaparición. Antes de que las gentes le dieran de lado, fue él mismo quien se apartó para no causarles problemas, como afirma en sus propias notas. Pero ello no evitaba que sufriera menos. Y esto mejor que nadie lo mostraban sus versos. Todo en su vida se desplomaba, se marchitaba, se consumía, únicamente los poemas se volvían cada vez más hermosos. Lo que probaba que una nueva armonía se extremaba en esta nueva situación.

*Muerto por una huera primavera  
abandonado del mundo entero.*

Erraba de ese modo por estaciones que le eran extrañas, cada vez más aislado y, sin saberlo, cada vez más amenazante.

Eran muchos los que no querían tropezarse con él en la calle. Sus jueces

de instrucción en primer lugar, los guardas de la cárcel, los testigos falsos, sin duda, pero sobre todo los literatos que habían aclamado su detención. En cualquier país socialista los había, pero en Albania eran más abundantes que en ningún otro sitio.

Él se había acostumbrado a ello, del mismo modo que sabía que su mala fortuna provenía de la literatura. Y como ocurre a menudo con quienes del exceso de amor pasan a su negación, le gustaba provocar precisamente con la literatura. En las notas de la última fase de su vida, se encuentran frases como esta: *Me encuentro entre los albaneses que no han leído ni una línea de lo publicado por F. Rreshpja.*

Mas sabía perfectamente que no era así, sino al contrario. La literatura había sido realmente su fortuna, pero con sus dos caras: la buena y la mala. Y eso convertía en natural el parafraseo del dicho de Jesucristo: Bástele a cada día su propio afán.

*Bástele a cada día su propio diciembre*, escribiría poco antes de su desaparición.

### 3

LA CAÍDA DEL COMUNISMO pilló a Frederik Rreshpja ya no tan joven. Sin embargo, en poco tiempo, consiguió cambiar tan radicalmente que parecía otro. Uno de sus contemporáneos hace de él el siguiente retrato: «Año 1993. Elegantemente vestido, con traje caro, borsalino, zapatos a la última moda, Frederik Rreshpja sale de su oficina, se detiene un momento a la entrada o en la sala y con tono autoritario imparte órdenes a sus empleados. Después sale un joven, guarda de seguridad de la compañía Europa, que corre a abrir la gran puerta del edificio capitalino. Otro se apresura con el gran maletín lleno de dinero (es el guardaespaldas de Fred) y espera a su jefe junto al vehículo, mientras el chófer espera que el jefe Fred le diga “vamos”».

Otros testigos dan más o menos el mismo testimonio, si bien cambiando algún detalle, como, por ejemplo, que el maletín no lleva dinero, sino contratos, que su salida no es hacia un local nocturno, sino hacia el aeropuerto, o que los guardaespaldas, además de ser dos, en esta ocasión ¡son

chinos!

Cualquiera que lo vea no podrá reprimir un grito de asombro: ¿Qué ha pasado contigo, Fred Rreshpja? Y la respuesta más evidente, para cualquiera, sería que el poeta, antes abandonado, se había convertido ahora en un hombre de negocios, o simplemente en un hombre de su tiempo.

Nueve años más tarde, precisamente el 13 de febrero de 2006, cuatro días antes de su muerte, su amigo y editor M. Gjana se encontraría por última vez con él en las escaleras de la Liga de Escritores, en la calle de Kavajë. En lugar del orgulloso *boss* de los nuevos tiempos, tenía ante sí un hombre completamente consumido, con un aspecto tan miserable que no cabe ni imaginar.

«“No veo... he enceguecido del todo —me dijo—, agárrame del brazo, que me caigo...” De sus ojos brotaban lágrimas... Llevaba en la mano una ampolla que utilizaba frecuentemente contra los espasmos cardiacos y para evitar el infarto de miocardio... “Estoy en un hotel, pero ya no tengo con qué pagarlo... ¿Qué será de mí? Nadie me quiere ahora. Mi madre ha muerto hace tiempo... No tengo donde dormir. No me dan ni siquiera una pensión al menos para pasar los pocos días que me quedan. Me da vergüenza morir en medio de la calle... Estoy peor que en la cárcel... ¿Vendrías conmigo a Shkodër? Llévame en tu coche y te daré un manuscrito de poemas que he escrito recientemente. Tómallo y haz lo que quieras con él... Llevo tres días sin comer...”»

Cuatro días después, el 17 de febrero de 2006, dejó este mundo, en el hospital de Shkodër, quien había escrito estos versos:

*Un viejo caballo blanco agotado tiempo atrás  
de muerte ahíto sucumbe al campo del aguacero.*

La pregunta: ¿Qué le había pasado a Fred Rreshpja?, se repetiría junto con otras: ¿Por qué sucumbió al destino, precisamente cuando parecía que la fortuna le sonreía? ¿Cómo y dónde se había decidido tal sucumbir? Y la principal: en la inmensidad temporal del mundo, ¿cómo es que no se había hallado ningún tiempo para él, uno de los creadores más brillantes y, de entre ellos, quizá el de los versos más sorprendentes de la cinco veces centenaria poesía albanesa?:

*De muerte ahíto sucumbe al campo del aguacero.*

Al parecer la pena, su única y fiel compañera, era, como les ocurre frecuentemente a los atuendos de la poesía, de una naturaleza superior, tanto que no la aplacaban ni el buen clima político, ni los cambios constitucionales, ni la transformación de todas las costumbres del mundo. Regido por otra ley, la del arte, Frederik Rreshpja había transitado por este mundo como si fuera una excepción y al propio tiempo mezcla imposible del Jeronim de Rada de los *arbëresh* y del Toulouse-Lautrec de los franceses.

4

ENTRE LOS AÑOS 1925 y 1930, en el espacio de un quinquenio (por no mencionar la espantosa palabra «quinquenal»), los dos más famosos poetas rusos de su tiempo, Esenin y Maiakovski, se suicidaron.

Cayeron uno tras otro, el primero en Leningrado, como se llamaba entonces San Petersburgo, el segundo en Moscú, como si se hubieran puesto de acuerdo en dividirse a partes iguales y sin trampa ni cartón los dos centros neurálgicos del continente optimista soviético. No resultaba fácil, en el país de las esperanzas de brillante futuro, ofrecer explicaciones verosímiles a suicidios como aquellos, que entraban en contradicción con todo lo demás. Cada año se mencionaban los posibles motivos: el alcohol, las hermosas mujeres, la envidia profesional, pero ninguno de ellos por separado, ni tampoco en conjunto, resultaban convincentes.

Se hablaba de un profundo hastío de origen desconocido, que dependiendo de los diferentes regímenes políticos se entendía de forma también diferente. Se evocaban, aquí y allá, los tiempos del desengaño, la incompreensión, e incluso se llegaba a afirmar que el socialismo era, entre otras cosas, el inmenso reino del hastío, pero ni siquiera todo ello resultaría suficiente.

Se percibía que se trataba de un hastío particular, de una melancolía de grandes poetas, que el primer país de los sóviets no estaba en condiciones de clarificar. Para muchos no se había producido en vano el llamamiento premonitorio de Lenin «¡abajo los grandes escritores!». El jefe de los

bolcheviques había profetizado que los mentados hiperescritores, por si no bastara con las innumerables molestias que ocasionaban, dejaban tras de sí sus propios enigmas.

Stalin, quien, en el imaginario general, en todo, salvo en lo relativo a los crímenes, se sitúa por debajo de Lenin, es posible que precisamente como criminal haya sido menos impecable que su maestro. En lugar de acogerse a la consigna «¡abajo los hiperescritores!», intentó en varias ocasiones atraerse a los molestos fabuladores.

La idea de las «casas de creación» y sobre todo Peredélkino, la pequeña ciudad de los escritores, la única en su género en todo el imperio comunista, fue fruto de la sugerencia de Máximo Gorki. Con antelación, Gorki, perfecto conocedor de la vida y la bohemia literarias de Occidente, es posible que le explicara las costumbres que regían en ese mundo que, en los años veinte y treinta, se encontraban en su apogeo. No concernía tan solo a los míticos cafés de Saint-Germain-des-Prés o Montparnasse, su dominio se extendía por doquier, desde el Café des Westens o el Romanisches Café de Berlín hasta los de Viena, Zúrich o Budapest.

En estos locales siempre sorprendentes, donde la atmósfera decadente lindaba con lo escandaloso y grotesco, un número incalculable de seguidores del arte pasaban las veladas en un clima de singular ebriedad, lo que les permitía descargar su desbordante y a menudo peligrosa energía.

Si bien la Rusia soviética había clausurado los locales similares, a Stalin, al parecer, le gustó la idea de concentrar esa inquietante materia humana en una pequeña ciudad o «casa de creación», seguramente con otro propósito: su vigilancia.

Peredélkino era el antimodelo soviético de lo que podría denominarse la aureola de la literatura, su divinidad. En la imaginación de millones de lectores era un milagro la concentración de dachas de escritores, en cuyas callejuelas los autores famosos se saludaban unos a otros durante los paseos matinales o al atardecer: ¿Qué tal se ha levantado Sergei Ivanovich?, o ¿Cómo va la novela, Boris Leonidovich?, y ¿Ha mejorado Zinaida Nikolaievna?... etc., etc.

Algo debía acontecer en la pequeña ciudad donde se concentraba tal densidad de gloria. Si bien no los escándalos propios de la bohemia

occidental, algún flirteo habría de darse con seguridad, algunas aventuras amorosas, algún drama o semidrama aquí y allá, sin contar los suicidios.

Aunque en realidad en Peredélkino siempre acontecía bastante menos de lo esperado. Parecía como si la inmisericorde iluminación optimista disipara la niebla y no dejara lugar a malsanas turbulencias. La sonriente villa entre bosques de abedules de los alrededores de Moscú hubo de esperar hasta finales de los años cincuenta para vivir, finalmente, un verdadero drama, la historia del premio Nobel concedido a Pasternak; un premio que, en vez de alegría, le había procurado al escritor una enorme congoja y poco después la muerte.

El mundo entero comprendió que los laureles también podían matar. Sin embargo, ni Peredélkino ni los entornos similares se cerraron. Al contrario, bajo el influjo soviético en cada país satélite siempre se daba con la propiedad de algún barón o con el castillo de algún conde para convertirlos en «casa de escritores».

Solo a un país jamás se le ocurrió algo por el estilo. Pero no porque Albania no contara con lagos similares al Balatón, ni con cumbres y riberas tanto o más cautivadoras que cualesquiera, sino porque soportaba una dictadura que, aparte de la más feroz, era la más mezquina de todas.

Lo que nos conduce de nuevo a Frederik Rreshpja y a todas las preguntas concernientes a él. Preguntas que eran de peso y exigían respuestas de cada cual: ¿Cómo se le pudo dejar tan inhumanamente abandonado y dejarle morir en aquella pavorosa soledad? ¿La culpa era únicamente achacable a dos Estados, el comunista y el recién instaurado «capitalista», o había que buscarla por doquier, más profundamente y en toda su amplitud, en casi todos?

ES POCO DECIR QUE LA PENA de poetas como él se encuentra bastante más allá de los regímenes políticos, de la riqueza o la pobreza y más allá de lo cotidiano. Cuando la desgracia se desplomó sobre Frederik Rreshpja, por más desesperada que fuera la situación, debió encontrar un techo donde guarecer

su apenada cabeza. No me refiero solo a los cafés, ni a los locales nocturnos, ni a las «casas de escritores» que jamás se abrieron en el país. El celo comunista contra lo que fuera siempre ocultaba en el trasfondo bastante más de lo que parecía. Más que los propios locales, eran sus clientes de antaño los que debían ser olvidados. También su aspecto, manías, historias íntimas y hermosas mujeres. Se trataba, pues, de un asunto de fantasmas, de esos que, cuanto más hermosos son, más miedo dan. Por eso, en tanto que tales, no debían regresar jamás.

En la esterilidad de la nueva estación meteorológica, la noticia de que las mujeres y chicas jóvenes de la capital no solo se sentaban sin temor en los cafés de Tirana, sino que hasta se atrevían a pedir un coñac, posiblemente hubiera alarmado al dictador tanto como un desembarco de tropas de la OTAN.

En este sentido, la crónica de la disminución de los cafés a partir del año 1945 había formado parte de un drama más hondo.

La Bella Venezia, en la calle Real, fue el primero en cerrarse. Tras él le llegó el turno al café Kursal, el único centro de la élite intelectual que aún permanecía abierto. Ocurrió en 1945, casi a la vez que el último escándalo de Sara Blloshmi, cuando con la noticia de que la más famosa libertina de Tirana se había largado con un oficial inglés, se difundió simultáneamente este dicho de alguien: «Ahora ya no queda esperanza de nada».

Inmediatamente después se habían cerrado los locales nocturnos, seguidos, a cuenta de una edificación, del café Tirana, del Gran Bulevar, mientras el Club de Escritores, tras ganarse el mote de «Club Pëtef», apuraba sus últimos días. A algunos minutos andando se encontraba el café del hotel Dajti, al que los antiguos presos políticos no podían ni acercarse por la presencia de extranjeros.

De Shkodër, ciudad natal de Fred, llegaban noticias de que el Gran Café aún permanecía abierto, pero a él le costaba mucho creérselo.

Tras su primera salida de la cárcel, y puesto que Shkodër quedaba descartada por miedo a los perjuicios que su presencia allí pudiera ocasionarle a su familia, Fred Rreshpja debe de haber rondado sin esperanza por los locales, ahora clausurados, de la capital, su único techo posible. Y qué penoso debió de resultarle recorrer «Broadway», también desierta. Sabía que

Tirana jamás había contado con calle semejante, y que la autodenominada «Broadway» no era sino fruto de su avidez, como todas las alucinaciones que produce el hambre. Mas, si la avidez de «un poco de Occidente» no alcanzaba a transformar aquel modesto tramo de la calle de Dibër en Broadway, justamente esa misma avidez podía gestar a los «broadwaydianos» propiamente dichos.

Mas también ellos, como tantas cosas, escaseaban. Una carencia más profunda que cualquier otra hacía encorvarse más aún a Fred Rreshpja: la palidez de la divinidad del arte. Cada vez era más raro encontrar chicos y chicas jóvenes que refulgieran, como antes, bajo su influjo. Una nueva raza de literatos, parte de una corriente más amplia de jóvenes, que otro preso político, S. Ngjela, calificaba de «horda del 6 de febrero» (por el discurso del jefe comunista llamando a su conformación), se empeñaba en reemplazar el débil soplo romántico que aún quedaba.

## 6

EL MIEDO DE JOSEPH BRODSKY a que el régimen comunista pudiera haber descubierto la forma más diabólica de destruir la literatura se hizo realidad sobre todo en Albania. El descubrimiento era tan sencillo como aterrador: la verdadera literatura, la que no podían someter ni la violencia, ni el terror, ni las cárceles, podían destruirla con sus propias manos los escritores. Más exactamente: una raza particular de escritores.

La metáfora ponía la carne de gallina por su cinismo. Había dos maneras de derribar el edificio de la literatura: la primera, el golpe directo, lo que sucedía por lo común en la primera fase del establecimiento del régimen comunista. La segunda, la acción destructiva a largo plazo, en primer lugar, del material de construcción, es decir, de los ladrillos, que en este caso eran los propios escritores. De esta forma, el edificio levantado por ellos se vendría abajo por sí mismo, sin ruido, sin polvo y sin necesidad de golpes estruendosos.

La nueva raza de escritores autodestructores, que había surgido tiempo atrás y proliferaba en el dilatado campo comunista, también haría su

aparición en Albania. Se sabía que la destrucción de la literatura debía comenzar por hacer palidecer su orgullo, su aureola. La primera ola devastadora rompió tras acabar la guerra con los escritores militantes, los que bajaron del monte con gorras como las de los suboficiales de las delegaciones de Interior. Les había resultado fácil marginar a escritores de la talla de Ernest Koliqi, que encontraron, desgraciadamente, en el lado equivocado de la historia. O a los del tiempo de la monarquía, como Lasgush Poradeci y Dhimitër Pasko, que, aun siendo cuarentones, se veían calificados de estrellas declinantes. Habían ido cayendo uno tras otro, llevándose consigo sus sobrenombres de «pájaro de los cielos» o «poeta de las noches de San Andrés», y naturalmente sus anécdotas a la Kursal, e incluso sus historias de amor, que comenzaban en los lagos de Albania y se extendían hasta Viena, Roma o Graz. Después, les llegaría el turno a otros como Sejfulla Malëshova de la Komintern, o a Petro Marko, voluntario de la guerra de España, hasta alcanzar al más joven, al autor de la novela *¿Por qué?*, la primera obra del pesimismo moderno albanés, Sterjo Spasse, a quien, como condición para reincorporarlo a la vida literaria socialista, trataron de obligar, a sus cuarenta años, a envejecer prematuramente y adoptar el aspecto de persona mayor inofensiva.

De cada pérdida sufrida por los pueblos, a las mujeres y muchachas siempre les correspondía su parte. En ocasiones visible, otras a medias, y con frecuencia invisible, el propio drama de las mujeres siempre tenía relación con el del arte.

En el último año del segundo milenio y en el curso de algunas semanas, las muchachas y mujeres jóvenes de Kosova habrían de soportar sobre sus partes más íntimas todo el peso y crueldad de acaso un milenio. Violaciones, senos desgarrados y tiernos labios igualmente.

Mientras el terror de la venganza de los bombardeos había durado alrededor de ochenta días, otro terror más antiguo, del que a las mujeres les había correspondido como siempre su parte, se había prolongado alrededor de ciento ochenta mil días. Al contrario de la última primavera del segundo milenio, el terror de la oscuridad otomana había predominado durante la mayor parte del milenio. Su esencia había consistido en el cubrimiento de las mujeres, lo que significaba la imposibilidad de verlas durante centenares de

años.

Ellas no debían enfrentarse a las miradas masculinas, puesto que de esa forma se creía ahuyentar la aparición del más peligroso fantasma del mundo: el amor.

En la oscuridad otomana, la guerra contra el amor y la mujer sería, en apariencia, la más interminable, fatal y quizás la única en la que la nación albanesa, cuando parecía haber perdido, ganaba, y cuando parecía haber ganado, perdía.

Entre los albaneses se produjo un extraño fenómeno: contra una élite plegada a la presión y fanatismo orientales, parecía como si el pueblo fuera libertino.

A PESAR DE TODO, LA LITERATURA se esforzaba por mantener en cualquiera de las circunstancias su categoría elitista. Tras el crepúsculo otomano y el puritanismo monástico, a los escritores albaneses les esperaba la prueba más insensata, la del periodo comunista, cuando las manos callosas, la transpiración de los monos de faena y otros horrores se empeñaban en desplazar los aromas, la suavidad y las lágrimas.

Tras decaer los escritores con gorras estilo delegación de Interior, dos grupos de jóvenes destacaban en la vida artística. El primero, más ruidoso y bastante arrogante, estaba compuesto en su mayor parte por poetas y artistas jóvenes retornados de las capitales de países socialistas inmediatamente después de la ruptura, lo que les valía el sobrenombre, pronunciado en voz baja, de «chicos de los aeropuertos». El segundo era más modesto, pero de mayor aguante, como los que esperan confiados a que llegue su hora.

El tiempo trabajaba, ciertamente, en favor de estos últimos. Sentían envidia de los retornados de Budapest o Moscú por su desenvoltura, su esnobismo, su forma de vestir, su conocimiento de lenguas extranjeras y, sobre todo, por las aventuras amorosas, verdaderas o falsas, que circulaban sobre ellos. Sin embargo, conocían su punto débil, una carencia que podía resumirse en una sola palabra: base.

Apreciada por la oficialidad, esa palabra significaba tanto la ligazón con el pueblo como el llamamiento a forjar un arte con los pies en la tierra.

A medida que las estaciones transcurrían, Albania marchaba en sentido

contrario al de los propensos a los aeropuertos. La revolución cultural china, los plenos del Partido, sucesivamente más sombríos, atenuaban cada vez más su fulgor temporal. En tanto que los hombres con base se sentían cada día más fuertes. En vez de la elegancia natural que reclama el arte, ellos creaban su sucedáneo. El centro de este nuevo glamur lo ocuparían la petaca de rakí, las canciones populares de las regiones de las que procedían y algunas veces «el camarada de la delegación de Interior», que aunaban en el retrato de grupo del artista codo a codo con el pueblo.

La enternecedora anécdota que se narra en un libro de memorias, cuando, ante la insistente llamada de sus camaradas de petaca para que salga con ellos, el literato con base, un poeta de talento en realidad, les grita desde su ventana, no sin cierto orgullo, la razón de su negativa: está esperando que se seque su único calzoncillo, si bien trivial, es una muestra de la estrategia seguida desde Lenin hasta Mao para reducir a los escritores a un rebaño de «monocalzones».

La frialdad existente entre ambos grupos de creadores acabaría en guerra no declarada entre ellos. Los literatos con base, aun sintiendo el calor del Estado, todavía seguían esperando las claras señales anunciadoras de que serían ellos quienes iban a tomar en sus manos el sino de las letras albanesas.

La idea de la sustitución, pese a ser tan temible en política, resultaba aceptable y hasta obligada en la esfera de las artes.

Los comunistas en el poder serían de ahora en adelante insustituibles, mientras que los otros, los hombres de letras y de la filosofía, no lo serían en absoluto. Ningún valor ni autoridad sería comparable con los del Partido y su líder, mientras que todo lo demás no solo podía, sino que debía, ser temporal y sustituible.

Tras el nombre común «sustitución» se oculta toda una crónica dramática: la de los codazos, la delación, la testificación falsa en los juicios, antesala del encarcelamiento y a veces del pelotón de ejecución.

El célebre llamamiento de Lenin contra los hiperescritores lo era en esencia contra el gran arte. Para quebrar y arrodillar ese arte, era necesario que los escritores se sustrajeran a su reinado, a sus leyes y protección. Debían ser elegidos, por consiguiente, como los delegados a los congresos, temporalmente.

En Albania, la sustitución contaría con un viejo aliado: el nomadismo. Del todo extraño a los albaneses, que se distinguían por su culto al arraigo y consideraban el desarraigo y la expulsión como las condenas más graves, el nomadismo y su hálito habían aparecido con los otomanos. Entre tanto, la concepción de los valores como algo discontinuo, portable, como las tiendas de los nómadas, que al igual que se plantaban se levantaban sin dejar huella en el recuerdo, se trasladó curiosamente al estilo comunista.

Cuando Frederik Rreshpja salió de prisión por primera vez, era normal que se sintiera ajeno y completamente fuera de su tiempo. Tan natural como que los literatos con base le recibieran con frialdad. En cuanto a los oponentes de aquellos, los nostálgicos de los aeropuertos, estaban de capa caída. La mayoría eran vistos con extrañeza por su forma de escribir, y de otros se sospechaba por la añoranza o el influjo que sobre ellos pudieran ejercer los países donde habían estudiado y en los que, una parte, habían dejado a sus prometidas.

Entre tanto, si la caída definitiva de Rreshpja ya era previsible a mediados de los años setenta y, sobre todo, en los años ochenta, resultó insólita después, cuando el mismísimo comunismo ya había caído.

## 7

LA PREGUNTA: ¿QUÉ SERÁ de Fred Rreshpja, tras su breve resurgimiento, inmediatamente después de la caída de la tiranía?, debería ser: ¿Qué será de la literatura albanesa? Sin desvincular tampoco esta segunda del interrogante: ¿Qué será de la propia Albania?

Se llevaba esperando con impaciencia el tiempo de la re-surrección, y sin embargo aquella resurrección estaba aún más lejos de lo esperado.

La pálida aureola de la literatura no recuperaba su fulgor. La desgana se reflejaba cada vez más en los rostros, en las almas y en todo. Había, claro está, jóvenes escritores, incluso con mucho talento, pero ellos, tal que encantados por un soplo invisible, no dejaban huella en el recuerdo.

Lo mismo pasaba, poco más o menos, en todos los países del antiguo y vasto imperio comunista. Se diría que, al igual que se cubrían de sal los

campos de las ciudades conquistadas para que nada volviera a brotar en ellos, así el veneno de la abatida tiranía trataba de agostar hasta su raíz la médula de las letras y del arte.

La aureola, junto con las deidades, tan esenciales a las artes, tardaban en llegar. A los libros y páginas de las revistas, qué duda cabe, pero también a la llamada «vida literaria». Nadie en Tirana se apresuraba a tomarse un café en el único local preñado de recuerdos, el del hotel Dajti. Aún mayor escalofrío producía que el propio Dajti, el más mítico de los hoteles de la península en su día, cuyos rincones guardaban memoria de acontecimientos y personajes irrepetibles, estuviera amenazado de clausura. Un día aparecía la noticia de que sería transformado en edificio de oficinas del Ministerio de Exteriores, otro en centro de masajes o en tienda de ropa.

Lo que para un observador externo resultaría imperceptible era también lo que resultaba más doliente: el desamor. En primer lugar entre los propios escritores, lo que inevitablemente comportaba la frialdad hacia la literatura misma.

Si no quieres a la literatura, ella tampoco te quiere. Ni a ti, ni a sí misma.

Forma parte de los inexplicables fenómenos que se desarrollan en su seno. Y era lo mismo que había sucedido, al parecer, en anteriores crisis. Cuando el amor comenzaba a marchitarse en el seno de la literatura, eran sus ritos los que tomaban el relevo. Entonces se ponía en circulación la temible frase de un decadente ruso sobre los literatos que «no amaban ni a las mujeres ni a los perros».

Las mujeres famosas por su belleza y distinción siempre habían formado parte de los ritos. Fue así desde las antiguas hetairas griegas hasta las cortesanas de los tiempos modernos como Lou Andreas-Salomé, Laure Hayman y otras «semimundanas», como se las llamaba en el París de la *Belle Époque*, mujeres como lady Ventmor, Liane de Pougy y otras que surtían las crónicas de la época. Los nombres de Nietzsche, Proust y Rilke seguían ligados a sus nombres o apodos, y hasta se daban casos en los que escritores y músicos, merced a los cuales ellas habían alcanzado la celebridad, acabaran casi en el olvido mientras que ellas eran recordadas.

Los escritores del mundo comunista sufrirían, entre otras cosas, y tal vez durante más tiempo del debido, un curioso complejo frente a sus colegas

occidentales: la ausencia de una crónica rosa similar.

Sin embargo no se podían imaginar, y es posible que aún no se imaginen, la ventaja con la que, sin saberlo ellos mismos, contaban, y que sus colegas occidentales quizá envidiaran.

No se trataba de la estética de la crueldad ni de la ebriedad derivada de ella. Se trataba de la hostilidad en ese mismo terreno: el de la complejidad femenina.

Era este un oscuro tesoro, aún no descubierto. Un glamur nunca visto en la faz de la tierra, reprobable a primera vista, pero trágicamente diamantino en lo más hondo.

Una reciente película alemana que transcurre en el Berlín Este socialista rescata si bien solo una pizca de este terrible lujo. Es la historia de la relación amorosa de un escritor en crisis con una mujer. No es ni una mujer fatal, ni una cortesana al uso. Es sencillamente una *agente*, o más exactamente, una agente de la policía secreta.

Y sin embargo, aun así, la historia resulta conmovedora por su belleza. Y ello se debe a que, aunque en unas circunstancias aparentemente imposibles, su amor es verdadero. El de los dos...

Mujeres agentes se conocen desde los tiempos bíblicos, pero esta clase de agentes, producto específico del comunismo, nunca se habían visto, no solo por su doble destino, sino por todo lo demás. Mujeres jóvenes y románticas, generalmente, que llegaban a mantener relaciones íntimas con músicos o escritores conocidos, en cuanto caían bajo la escrutadora mirada de la policía secreta, eran reclutadas con facilidad (en caso de negativa, venía la amenaza de obligarlas a abandonar la escuela de música, por ejemplo, o al contrario, la promesa de que no impedirían los encuentros amorosos a condición de que les ayudaran a enterarse de lo que pensaba «él», y ello en absoluto para perjudicarlo «a él», sino al contrario, etc., etc.). Y las jóvenes, tranquilizadas sobre todo por la última de las promesas, normalmente aceptaban, y después ni ellas mismas comprendían por qué a partir de entonces el sentimiento de culpa y el peso de *su* misterio se agrandaban («él» solo entre sus brazos, con todo un Estado contra «él»), a la vez que se multiplicaban la dulzura y la magia y todo adquiría un regusto de ensueño.

A este regusto contribuía el hecho de que, al contrario de la bulla parisino-

vienesas, esta historia de Marías Magdalenas se desarrollaba en la más completa oscuridad. Y así seguiría después, tras la caída del comunismo, e incluso sería justamente entonces cuando se revelara su último enigma: ¿Por qué, en los casos en los que él se enteraba de la verdad, en lugar de rencor, guardaba en su memoria el mismo sentimiento de dulzura hacia su pequeña agente-mártir?

DE TODAS LAS CALAMIDADES del comunismo, el desamor, como se ha dicho, era quizá la enfermedad más insoportable para el arte. Lo mismo que la amarga verdad de que Albania era el único país de la Europa actual donde los jóvenes escritores pasaban normalmente de los cuarenta y cinco años.

A un país carente de escritores jóvenes resultaba sencillo buscarle una comparación. Una estación sin pájaros ni flores, o algo por el estilo. La edad de cuarenta y cinco años podía por sí misma proyectar una mala sombra en la crónica albanesa, y más allá. Esa era la edad que tenía Lasgush Poradeci cuando se instauró el régimen comunista, el mismo que le iría dando muerte invierno tras invierno y verano tras verano, hasta excluirlo de esta vida. Esa edad tenía también Shakespeare cuando, aún viviente, se separó de su arte.

El destino no había tenido piedad con Frederik Rreshpja a ninguna edad.

*Qué hubiera preferido salvo la guerra  
arrastrando este destino idiota.  
Cierto que he ganado muy poco en esta vida,  
pero las pérdidas las he tenido inmensas.*

Al poeta no le queda más remedio que consolarse con sus propias simas.

Frederik Rreshpja en cualquier caso se despeñaría.

Incluso cuando la fortuna, como para jugarle la última mala pasada, pareció sonreírle (la historia del coche de lujo y del guardaespaldas), él, como si hubiera entendido que solo se trataba de un espejismo, había continuado su camino hacia el precipicio.

Le mostró al mundo, y en primer lugar a sí mismo, que ni el dinero ni el lujo eran para él, en un mundo que le parecía sin alma y, sobre todo, sin amor.

AL REFLEXIONAR SOBRE AQUELLOS que, como mariposas nocturnas, dan vueltas alrededor de su tiempo tratando en vano de hallar el modo de penetrar en él, de Frederik Rreshpja mi mente pasa a un viejo amigo de adolescencia y juventud, perdido mucho tiempo atrás: Engjëll Gjeçi.

El término «perdido» tiene aquí su sentido literal: perdido sin dejar rastro realmente, hace más de medio siglo, en el corazón del imperio comunista, el mismo en el que nadie se lograba ocultar ni se conseguía salvar nadie.

No volveré más a Albania, no soporto su brutalidad, habían sido las primeras palabras que le oí en septiembre de 1958, cuando, tras una larga separación, nos encontramos en Moscú, donde acababa de concluir sus estudios en el Instituto Gorki, precisamente cuando yo me incorporaba.

Y a continuación me dijo que ahora tenía dos nombres, de modo que nadie, y en primer lugar la embajada albanesa, le pudiera encontrar. Se había preparado para esconderse, más exactamente para huir, si bien, al contrario de cualquier otra huida, esta sería doble, o, como si dijéramos, una huida secreta al cuadrado, de dos Estados, el albanés y el soviético, amigos entre ellos pero enemigos suyos, que lo buscarían noche y día, utilizando todos los medios: la policía, los soplones y finalmente las mujeres y los perros, aunque en vano. Lo tenía todo previsto, desde el viejo coche que le había comprado a Yevtuchenko y que mantenía oculto en el sótano de un amigo en Mallaia Bronia hasta la choza en las tundras de Yakutia, donde se escondería lejos de los ojos del mundo.

Eso me contaba en nuestros paseos por Moscú, a la espera del célebre momento. Quería saborear la vida, mientras se lo permitiera la suerte, con urgencia e impaciencia, protegido de momento por sus dos nombres máscara: Angel y Angjelin, que pronunciaba con toda la dulzura posible en las presentaciones, sobre todo con las chicas.

*Nos escondimos tan bien,  
que no han de hallarnos jamás.*

Eso dice una triste canción de los años treinta. Engjëll Gjeçi, poeta dulce y

elegante como ninguno, que temía más que a nada el tedio de Albania, se esfumó para siempre. Aún hoy, sus raros amigos, la familia, los allegados, buscan alguna huella de él, siempre con muy escasas esperanzas.

Y como para honrar mi viejo pacto con él, yo mismo, su amigo, cuando llegaba el momento de escribir su nombre, automáticamente se lo cambiaba, transformándolo, como él quería, en Engjëll (Ángel).

Con personas como estas, desaparecidas, ocurre en ocasiones que se difunde la noticia de que han sido vistas en alguna parte. Así, en los años ochenta corrió el rumor de que Engjëll había aparecido en Kosova, en un foro sobre lengua albanesa, mas todo era tan dudoso que más bien parecía una alucinación. Era posible que hubiera sido así, que se hubiese acercado a Albania e, inmediatamente, como un atemorizado pájaro nocturno, hubiese huido de nuevo.

En los países y en los tiempos en los que el amor retrocede para dar paso al desamor, todos sufren, incluso sin saber por qué, y todos pierden algo. Pero hay entre ellos espíritus particularmente quebradizos, que no pueden soportar la crueldad y acaban destrozados por ella.

## 9

¿EXISTÍA O NO UN TIEMPO propicio para Fred Rreshpja? Más allá de su caso, la pregunta concierne a toda la gente del arte.

El rechazo de los poetas es el indicador más evidente de que el tiempo tiene una tara. El tiempo ido, arrumbado, no había sido el suyo, pero aún menos el recién llegado. Mas la pregunta inevitable era: ¿Había o no había un tercer tiempo para los poetas?

Claro que lo había, claro que existía un tiempo para ellos. Siempre había existido, con independencia de que las gentes no siempre lo distinguieran.

Ese otro tiempo no era solo cuestión de poetas. Era asunto de todos. Por eso cada vez que se daba la bienvenida a un poeta, era el alma, la deidad del arte, realmente, la que se esperaba que resurgiera.

Fred Rreshpja, quien, como él mismo había dicho, había sido derribado, es decir, separado de este mundo «de muerte ahíto», regresaba orlado de perlas,

mensajes, solemnes campanas de duelo.

El retorno de un poeta exigía, como se ha dicho, extremo cuidado, mucha clase y las palabras precisas. Decirle que, al contrario de como había partido, «de muerte ahíto», volvía ahora «de vida ahíto», tal vez podría ofenderle.

Las metáforas con muerte son irresistibles, quizá porque son más sobrias; por lo tanto, dejando a un lado la oposición vida-muerte, y sin ofender a esta última (lo que los poetas normalmente evitan), digámosle simplemente que vuelve tras haber dejado la muerte atrás. Puede que quizá no necesite su lujo. Le basta el suyo.

*Tirana-París, 2012*

# EL BARÓN GROULT

CUANDO PIERRE BORDEAUX-GROULT, historiador y artífice de una importante fundación, me dijo que era el momento de que ambos hiciéramos un viaje a Roma, más exactamente al Vaticano, para exponer allí algunas cuestiones sobre los Balcanes, principalmente concernientes a la nación albanesa, pese a la densidad de mis compromisos relativos a la *rentrée littéraire*, tenía todos los motivos para responderle que «sí».

Resultaba conmovedor, naturalmente, que un distinguido señor de ochenta años manifestara tal pasión por una región de Europa en la que no había estado nunca, y en primer lugar por la pequeña Albania, sobre la que la mayoría de los europeos mantenía una opinión despreciativa, lo que le indignaba y le hacía redoblar su empeño en lo que sería el último reto de su vida: invertir esa opinión.

Si bien me pareció un tanto exagerada su confianza de que en el plazo de día y medio pudiéramos reunirnos al menos con dos de los cardenales más importantes del Vaticano, el secretario de Relaciones con los Estados y el jefe de la famosa Congregación para la Doctrina de la Fe, ni se me ocurrió manifestarle la más mínima duda. Había observado que, no obstante su cortesía e impecable cosmopolitismo, al señor Groult, o al barón, como le llamaban habitualmente, nadie le llevaba la contraria en ningún asunto. Por supuesto que era conocida su influencia en las altas esferas, por supuesto que se sabía lo rico que era, pero ni la influencia ni la riqueza bastaban para explicar el hecho. París está repleto de personajes importantes, e incluso cuando llegas a conocer a uno de ellos, de inmediato aparece otro, el doble o el triple de impresionante, en la mesa vecina. Lo mismo se puede decir de la edad. Hasta hace poco tiempo los octogenarios parecían tener garantizada su autoridad, pero en los últimos tiempos, con el incremento de la esperanza de vida, los nonagenarios hacen estragos en los salones mundanos. Es probable que su poderío se mantenga bastante tiempo, dado que no existe la menor

esperanza de que en las cenas y veladas aparezcan los muertos...

LA PASIÓN POR ALBANIA y los albaneses se despertó tardíamente en Groult, a los ochenta años. Decía que dándole vueltas al relieve de la futura Europa, mientras seguía el conflicto de los Balcanes, al breve fogonazo de las noticias, semejante a los relámpagos en la tormenta, observó, o mejor descubrió, que algo no funcionaba en las relaciones de Europa con los Balcanes, que había un error de base, en una palabra, algo que enmendar.

Ese error tenía que ver, según él, en primer lugar con la nación albanesa. La identidad de esta nación, su cultura, su lengua, su religión, en fin, el papel que debía representar, se habían despreciado de forma dramática. La reaparición de esta nación en escena, su rehabilitación, su renacimiento, eran indispensables, de lo contrario la gran península no podría hallar la calma. Y él, como buen historiador, sabía que si los Balcanes no recuperaban la calma, tampoco Europa podría conseguirla.

Alguien le había aconsejado que para comprender a la enigmática nación de los albaneses leyera la obra de un tal I. Kadaré. Y en este punto, Pierre Bordeaux-Groult hizo una elección definitiva.

Su opinión sobre la reescritura de la historia de la península la expresó en primer lugar en la revista que dirigía, y después en cartas, declaraciones, foros, conferencias, iniciativas francesas o europeas, a las que nunca faltaba. Brevemente, su idea es que, al contrario de lo que se ha escrito, pensado, inventado, etc., etc., la nación albanesa, a pesar del fango y las piedras arrojadas sobre su cabeza, si no la más europea de los Balcanes, como él insistía, era al menos de las más europeas. En consecuencia, Europa debía apoyar a esta nación para lograr la emancipación de los Balcanes.

Esta idea, que a tantas personas podía sonarle provocadora, herética, «políticamente incorrecta», la expresaba abiertamente, sin ambages. Y la expresaba también en situaciones comprometidas para un aristócrata, en las cenas mundanas y en su propia casa.

En la residencia de Groult las cenas son majestuosas, y los invitados, elegidos con esmero. Entre ellos se encuentran ministros, académicos, directores de grandes periódicos, primos y primas elegantes, príncipes como el de Montenegro, el arquitecto Nikola Petrović-Njegoš, a quien no le gusta

el poder, o el rey Simeón de Bulgaria, que está a punto de ser primer ministro. A sus cenas nunca faltan los embajadores extranjeros, dos o tres o a veces cinco o seis, entre ellos el nuncio apostólico del Vaticano, que normalmente bendice la mesa.

En estas cenas, veinte minutos después de comenzar, entre los entrantes y el plato principal, el dueño de la casa, Groult, pronuncia un breve discurso. En todos los casos tiene que ver con Europa, y en cada ocasión, la mitad de él consagrada al «pecado» cometido, justamente por Europa, con la nación albanesa.

Groult tiene una voz potente para su edad. Pero todavía lo parece más ya que, bien por encontrarse en su propia casa, o, bien para que ciertos invitados lleguen a sentirse culpables, el barón no hace gala de la menor vacilación.

Me sorprende no advertir señal alguna de nerviosismo o de reserva entre los invitados por este reiterado capricho del dueño de la casa. Porque no es habitual que en tales cenas se hable tanto de un pequeño y desconocido país. Escuchan atentamente académicos, altos funcionarios, grandes damas, el embajador holandés, e incluso el ruso.

Pero Groult no se conforma con esto. Como si quisiera avivar las brasas, no olvida decir que «fue mi amigo I. Kadaré quien, con su obra, me abrió los ojos sobre este problema mayor».

A decir verdad, no hay nada de envidiable en aquella exageración. Tengo la impresión de que los invitados, mientras vuelven la cabeza hacia mí, pueden pensar: «Conque es este quien le ha sorbido el seso a nuestro Groult en el crepúsculo de su vida».

Estoy convencido de que, al menos, la señora Groult se sentirá un tanto molesta por tales discursos, pero, en una de aquellas cenas, Helena me dejó con la boca abierta al confiarme que fue precisamente la señora Groult la que, en el momento de despedirse, le había dicho: «¡Reprenderé a Pierre porque hoy creo que no defendió *como es debido* a los albaneses!».

EN REALIDAD, GROULT ES QUIZÁ el hombre más obstinado que haya conocido. En una ocasión me telefoneó para decirme que había ocurrido algo malo: el ministro P. Devedjan, de origen armenio, irritado, al parecer, por el ardor proalbanés de Groult, le dijo que hubo también generales albaneses que

comandaban las tropas turcas que masacraron a los armenios.

¡Ah, vaya!, le dije. Otra falacia más. No es ninguna catástrofe.

Me convenció de que no era así. El ministro Devedjan es uno de los más inteligentes e influyentes del Gobierno francés. Groult piensa que hay que quitarle lo más pronto posible de la cabeza aquella perversa idea. Y cree que para lograrlo debemos comer los tres en la residencia de Groult.

Ambos nos preparamos para el almuerzo. En verdad, a uno de los generales que dirigieron la masacre, Enver bajá, las crónicas le atribuyen una oscura procedencia balcánica. Solo eso. Es posible que sea el nombre de Enver Hoxha el origen accidental de esta suposición.

P. Devedjan es muy inteligente. En pocos minutos es capaz de captar lo que a otros les cuesta horas. Bastó con aclararle que en 1915, cuando comenzó la masacre, Albania acababa de separarse del imperio y había sido declarada desleal, lo mismo que los armenios, y que muchos armenios se refugiaron en Albania inmediatamente después de la tragedia y mantienen excelentes relaciones con los albaneses, para que se convenciera.

Groult está feliz, como si se tratara de su propia gente.

Así es el señor Groult. Por eso es tan difícil dejar de complacerle. Aunque me diga que nos hemos de ir a Senegal o a tierras de esquimales porque allí se celebra una importante asamblea sobre los Balcanes, difícil será contradecirle.

PARTIMOS HACIA ROMA POR LA TARDE. La secretaria de Groult me avisa por teléfono de que su chófer pasará en unos minutos a recogerme. La señora Groult me llama para decirme que rezará por nosotros en la capilla que, como muchas de las grandes familias, los Groult tienen en su mansión.

Calixte Groult, profundamente religiosa, también rezó por los albaneses de Kosova durante las masacres y bombardeos, del mismo modo que reza por el pueblo francés, por las víctimas de las torres gemelas de Nueva York y, naturalmente, por los reveses familiares a lo largo de su dilatada vida en común.

Llegamos a Roma casi de noche. El hotel se encuentra en la Via Veneto, pero como de las reservas y de todo lo demás se encarga Groult, no me fijo en cómo se llama. Solo retengo que lleva el frecuente nombre de *Excelsior*

delante.

Antes de cenar damos un paseo a pie. He estado muchas veces en Roma y, como la mayoría de los extranjeros, una parte de mis recuerdos están ligados a esta calle, lo que uno no confiesa sin armarse de valor para no ser tomado por amante superficial de Roma. Como no tengo ningún complejo y estoy convencido de que sé de Roma cosas que ignoran los que viven en ella, no temo manifestar mi atracción por la Via Veneto.

Le cuento a Groult mi primera visita a Roma. Noviembre gélido, con agua y niebla, medianoche, tenebroso año de 1967. Vuelvo de China y Vietnam tras una estancia de cinco semanas. En el aeropuerto de Pekín me encuentro con una delegación de periodistas, entre ellos Dritero Agolli. Al no existir vuelo directo a Tirana, hacemos escala en Roma. Perdidos, aturridos del gong chino y de las calamidades oídas allí, dos coches de la embajada nos llevan a un pequeño hotel llamado Helios, si no me equivoco. La noche es angustiosa. Antes de que amanezca, sobre las cinco de la madrugada, no sé por qué, salgo al pasillo. Frente a mí apenas distingo una forma imprecisa, grotesca, que parece mi doble. Cuando me acerco, veo que es Dritero Agolli. No consigo dormir, me dice. Yo menos, le respondo. Ambos llevamos el pelo enmarañado y bizqueamos. No sé cuál de los dos propone que salgamos a la calle.

Aún es de noche. Chispea como antes y en la calle no hay ni un alma. A lo lejos se vislumbraba algo iluminado. Cuando nos acercamos, vemos que es un pequeño bar. Hay gente dentro. Empujamos tímidamente la puerta de cristal.

*Buongiorno, signori!* La voz del camarero es tan potente que nos despierta del todo. Huele a buen café. En una de las mesas, un cliente, mientras sorbe el café, continúa hablando con voz tonante con el camarero. Otro, así como un carabinero, toman algo en la barra. El carabinero se acompaña de un perro grande de pelo largo.

El camarero nos dice algo que no comprendemos. Él insiste y Dritero Agolli le da una respuesta. Los ojos de todos se vuelven sorprendidos hacia nosotros.

¡Demonios!, exclama Dritero. En lugar de decirle que venimos de China, creo que le dije que somos chinos.

No me dio tiempo a responderle que con aquellos ojos medio cerrados quizá lo pareciéramos, porque los italianos al instante se echaron a reír.

También nos reímos nosotros.

Creo que nos toman por locos, dijo Dritero. Yo pienso lo mismo, pero no me parece ninguna catástrofe.

Finalmente, pedimos un café.

No creo haber paladeado un café tanto en mi vida.

Dritero piensa lo mismo. Después de un mes en el desierto de la revolución cultural, un verdadero café, en un pequeño bar de Roma antes de amanecer, junto a dos desconocidos clientes y un carabinero que llevaba un perro atado, nos parece el colmo de la vida civilizada.

Es el tiempo en el que aún hablábamos con franqueza, por lo que, tras contarnos el uno al otro algunas de las bromas del viaje, arremetemos contra el Estado albanés por haberse aliado con aquella calamidad que acabábamos de dejar atrás. Había sentido a lo largo del viaje, pero lo sentí con mayor intensidad en viajes posteriores, que cuando volvía del extranjero, a medida que me iba aproximando a Albania, más fuerte era la incomodidad que esta me producía. Junto con la angustia, claro está.

¿Qué idioma habláis?, nos pregunta el camarero. A trompicones le decimos que somos albaneses y volvemos de China.

¡Ah, albaneses!, dicen. ¡Ah, de China!

No sabemos el suficiente italiano para decirles que no hay nada de que asombrarse.

Dejan de reírse, y nos parece que nos miran con recelo.

Finalmente, pagamos y salimos. Fuera amanece, pero la llovizna no ha cesado. Caminamos en silencio, mojándonos como dos pobres diablos.

Aún no habíamos visto nada de Roma, aún no habíamos tenido ocasión de hacer ninguna comparación con la polvorienta y triste Albania, pero había bastado un pequeño bar nocturno, en una calleja perdida, y un café sorbido humanamente, como se había bebido durante centenares de años en los cafés abiertos antes del amanecer, para despertar en nosotros una insoportable nostalgia.

EN LA VIA VENETO, ante los lujosos cafés, en uno de los cuales nos sentamos

tras la cena, Pierre Bordeaux-Groult me escucha con atención, pero estoy seguro de que le resulta difícil captar lo que yo le cuento.

Después del paseo nos sentamos a cenar en el restaurante del hotel.

Como nunca almuerza, Groult considera sagrada la cena. Examina atentamente la carta de platos y sobre todo la de vinos.

Cuando la cena llega a su fin, si bien alaba el vino, que califica de exquisito, manifiesta cierta decepción con la comida. Para ser sincero, a mí no me lo parece, pero puesto que no tengo el menor deseo de llevarle la contraria, no digo nada. Mi silencio lo toma él por aprobación, incluso con tanta seriedad que me pide disculpas por haber elegido aquel restaurante. En vano y demasiado tarde le expreso que el restaurante era de primera clase y que se notaba a la legua. Es ciertamente demasiado tarde.

Durante el paseo tras la cena, y sobre todo en uno de los cafés, cuando revisábamos el trabajo del día siguiente, compruebo que a Groult nunca se le olvida nada.

Habría sido aquella una excelente velada si no nos la hubiera fastidiado aquel dichoso restaurante.

La decepción no solo no se ha esfumado, sino que se ha transformado en irritación. Mañana este asunto quedará arreglado, dice con determinación, y de nuevo me pide disculpas.

Al día siguiente hace algo inaudito. Inmediatamente después del desayuno, habla con su secretaria de París, pidiéndole algo que al principio no entiendo bien. Después, cuando me entero, no me lo puedo creer. Pide que le pongan urgentemente con la Academia de Gastronomía de París porque tanto él como su amigo, Ismaíl Kadaré, han sufrido una gran decepción con la cena de la noche anterior. De modo que para no repetir el inconveniente, le pide a la Academia que le aconseje un buen restaurante.

Las llamadas telefónicas y los faxes con la secretaria, y después con la propia Academia, continúan durante casi una hora. La Academia lamenta lo que les ha ocurrido al señor Groult y a su amigo I. K., y antes de las doce remitirá un fax recomendando a qué restaurante hemos de ir de ahora en adelante.

Groult se calma finalmente. La primera reunión con el ministro de Exteriores del Vaticano, cardenal Tauran, es a las once, de modo que hay

tiempo de sobra.

Poco antes de las once estamos en el Vaticano. Es la primera vez que me encuentro allí. Pasamos los controles, el gran patio interior, las galerías que tantas veces he visto en el cine, hasta que llegamos al despacho del cardenal.

Groult habla libremente de todo, lo que ahora ya sé. El Vaticano, cree él, debe prestar una mayor atención a los Balcanes. Una parte de la historia de Europa se juega ahora allí. Mas hay una nación justo en medio de los Balcanes que, desgraciadamente, no es valorada tal como se debe en este tablero. El Vaticano, mejor que nadie, conoce históricamente la nación de los albaneses, y por ello puede desempeñar un papel impulsor en lo que Groult llama «revisión del factor balcánico».

El cardenal escucha con atención. Yo intervengo, pero bastante menos que Groult. En la mesa del cardenal suena un timbre.

Él sonríe y dice que es su secretaria. Después explica que es la señal de la secretaria cuando ha de venir en su ayuda, una señal que el cardenal puede utilizar en el caso de que quiera dar por concluida la entrevista.

Como ven, no respondo, dice él, siempre sonriendo. Lo que significa que no la tendré en cuenta para ustedes.

Groult encuentra el modo de guiñarme un ojo triunfante. Como me explica más tarde, esta prueba de intimidad por parte del cardenal es la viva muestra de su consideración. En el Vaticano esto no ocurre todos los días, añade.

Salimos satisfechos de esta primera reunión. La segunda es a las cinco de la tarde. El cardenal Poupard, jefe de la Congregación para la Doctrina de la Fe, nos recibe en su domicilio, lo que, según Groult, es otra señal de reconocimiento.

Parece feliz. ¡Solo el asunto del restaurante le puso de mal humor!

En el hotel encontramos dos faxes, de la secretaria y de la Academia de Gastronomía. En este segundo viene la dirección de tres renombrados restaurantes romanos, junto con sus características.

Como en la cena del día anterior, Groult estudia atentamente la carta, para pedir, finalmente, ¡una ensalada verde!

Recuerdo que no almuerza, costumbre que no se salta por nada del mundo.

LA RESIDENCIA DEL CARDENAL POUPARD se encuentra en un complejo de

edificios que, si bien fuera del Vaticano, forman parte de él.

Nos acompañan al piso superior, a una terraza circular a la cual dan las puertas de los alojamientos de los principales cardenales. Mis ojos se fijan en la placa de bronce de una de las puertas: cardenal Ratzinger, colega mío de la Academia francesa.

El cardenal Poupard es un hombre de filosofía y letras. En el salón de acogida los libros ocupan el lugar principal. Una monja nos sirve café. La conversación fluye con libertad y el cardenal tiene un preciso conocimiento no solo del martirio sufrido por el catolicismo albanés, sino del conjunto de la historia del país.

Salimos de la entrevista bastante satisfechos. En el hotel nos esperan nuevos faxes, tanto de la secretaria de Groult como de la Academia de Gastronomía. Las dos partes muestran su preocupación por el asunto del restaurante. Groult les envía la debida respuesta.

Finalmente, nos vamos a cenar casi felices. Groult está convencido de que el viaje a Roma ha sido absolutamente fructífero (con la excepción, naturalmente, de la tragedia de la primera cena...).

De aquella cena en un restaurante, de cuyo nombre no quiero acordarme... El remedo de la primera frase de *Don Quijote* se engarza en mi cerebro con la idea de que quizá algún día escribiría sobre este viaje, lo que me lleva a otro pensamiento, el de que Groult nunca lo leerá.

Mientras lo observo de reojo, tan delicado, tan anciano, vestido de *Old England*, siempre elegante, tengo la sensación de hallarme ante un enigma. Este calificativo, en otras circunstancias, me parecería exagerado, pero no en su caso. Este viejo cosmopolita de estilo londinense, en pleno corazón de París, con más de ochenta años se enamoró de un país tan desconocido como de mala fama, el cual, salvo preocupaciones, poco podía ofrecer. Y transformó este amor en la última pasión de su vida, proclamándolo a los cuatro vientos en revistas, foros e inolvidables cenas.

Me parece un enigma, sin duda, pero simultáneamente me resulta un milagro. El milagro de que tales hombres, tales grandes señores aún se encuentren en este mundo. Un milagro, sobre todo cuando estos príncipes crepusculares se hallan en medio de la confusión, la codicia, la perversión, el olvido e incapacidad europeas. Pierre Bordeaux-Groult, 118 rue du Bac,

75007 París.

*París, 2004*

LAS DAMAS MENORES DE LA LITERATURA  
ALBANESA

SUS NOMBRES APARECEN, AQUÍ Y ALLÁ, en la prensa, si bien no demasiado, bastante menos de lo que debieran. Elvira Dones, Ornela Vorspi, Ani Wilms, Luljeta Lleshanaku, Besa Myftiu, Lindita Arapi, Ledia Dushi, Jonila Godole, una relación, esta, que en ningún caso pretende ser exhaustiva.

Sus nombres son en general sonoros y hermosos. Como hermosas son también ellas mismas. Y sus libros con títulos en diferentes lenguas: albanés, alemán, italiano, inglés, francés.

En su mayoría dispersas por Europa y el mundo, es natural que tengan problemas con la lengua albanesa. Y no solo con ella. Sin embargo, no se quejan de las ausencias. Tampoco de la falta de atención de la prensa. Ni del apoyo que no se les presta en ningún sentido.

La primera de las sensaciones que se genera cuando te interesas por ellas tiene que ver precisamente con la pregunta: ¿Cómo consiguen afrontar la complejidad del mundo de las letras? En una palabra, ¿cómo lo hacen, solas, menores como son?

La antepenúltima palabra tiene cabida, de modo natural, en el sintagma «las damas menores de la literatura albanesa».

Pero es el inglés, más que cualquier otra lengua, el idioma que refleja mejor la idea: *the young ladies*.

DECIR QUE LA LITERATURA ALBANESA no cuenta con grandes damas, aparte de lo categórico de la frase, no significa gran cosa en realidad. A la mayoría de las literaturas les pasa lo mismo, por ello no se puede pretender que un lujo semejante se dé en países que han tenido durante siglos problemas con las mujeres.

La ausencia de grandes damas ha sido viejo motivo de inquietud en literatura. Desde la Antigüedad hasta Virginia Woolf, en 1920, son conocidos los reiterados intentos de hacerle un hueco a la poetisa Safo en la reducida

familia de los grandes. Alberto Manguel, en uno de sus últimos libros, vuelve sobre la cuestión de la «señora Homero», una de las más asombrosas disquisiciones de la crónica mundial de las letras.

La cuestión esta vez llega muy, muy lejos, al principio de los principios: Homero. Durante siglos, su nombre se ha evocado majestuosamente en solitario, sin título añadido: señor, lord o príncipe. Y de improviso aparece secundado por una hipotética mujer: la señora Homero. Lo que implica que en adelante habría de compartirlo todo con ella, incluyendo las riquezas conjuntamente creadas que, en el caso que nos ocupa, son los dos famosos poemas; uno de los cuales, la *Ilíada*, le correspondería a él, mientras que el otro, la *Odisea*, merced a los infinitos trabajos de investigación (visión femenina en la recreación del paisaje, de la guerra, de la impaciencia mostrada durante el compás de espera, etc.), era más probable que le correspondiera a la señora Homero.

La tendencia a buscar grandes damas en el arte concuerda con el noble deseo de un mundo más armonioso.

Según parece, el consuelo de que la civilización mundial tendría su origen en el cuerpo de la mujer, en su embarazo y maternidad, lo que habría obligado a los hombres a renunciar a la miseria del nomadismo y a establecer asentamientos, base de la civilización futura, no ha bastado para aplacar la conciencia humana.

En el caso albanés y en lo que respecta al retrato de grupo de «las damas menores», es probable que la idea de libertad, de transgresión, de cambio de costumbres y de lengua, que va acompañada en no pocas ocasiones del cambio de prometido o de marido, contribuya a acentuar una situación de inestabilidad, volátil en cierta forma, en el poco halagüeño sentido de la palabra.

La comparación que como poco merecerían sería esta.

Si acaso la fantasía las equipara a las mariposas, como decía Lasgush Poradeci, la imaginación debería ir más allá y equipararlas, tal vez, a las luciérnagas.

Según los ecologistas, las luciérnagas solo hacen su aparición durante un breve periodo, entre la primavera y el verano, y son justamente la prueba fehaciente de la limpieza y armonía medioambientales. Cuando la polución

domina en derredor, las luciérnagas no aparecen. Y nuestros ojos las buscarán en vano.

Cuando el veneno y el odio imperan en las estaciones literarias, es inútil esperar la aparición de las damas menores de las letras. Sentirán miedo y huirán, como ha pasado con frecuencia.

SE PUEDE FÁCILMENTE COMPRENDER QUE, para las bases fundamentales de la humanidad, al margen de lo que ocurriera en superficie, la cuestión de la mujer nunca haya dejado de ser dramática. No se trata únicamente de ejemplos como el de la criatura andrógina, ese amenazador y peligroso ser de doble naturaleza, hombre y mujer, a quien, según Platón, los dioses dividieron en dos y que, por lejano que pueda parecer, llegaría hasta los actuales movimientos en favor de la libertad sexual de París o Nueva York. Tampoco del matriarcado, el antiguo paraíso de las mujeres, el cual, por increíble que parezca, ha sido verificado por la historia, y que es comparado hoy, como si tal cosa, con la extinta utopía comunista e incluso con la caída del muro de Berlín.

Se trata de un proceso en desarrollo que retornaba de diferente manera a los diferentes pueblos, como lo haría un conocido drama a un viejo escenario.

PARA ALBANIA Y LOS ALBANESES, la cuestión primordial de estos últimos seiscientos años, si se pudiera resumir en forma de memorándum, se formularía de este modo: Albania-Europa. Separación y retorno.

Es este un clásico itinerario que abarca desde los españoles del primer milenio hasta los actuales bálticos, sin olvidar naturalmente a los balcánicos. Lo específico de los albaneses tiene que ver no con la separación, sino con el retorno.

Había tardado y las explicaciones albanesas no eran siempre claras. No bastaba con decir: Nosotros estábamos aquí, en el centro del cataclismo, cuando la muralla europea se desplomó en el siglo xv.

Los albaneses se hallaban efectivamente allí, como parte de la muralla desplomada, la misma que, al venirse abajo, había arrastrado consigo hombres, costumbres y templos.

Ahora seguían a la espera a las puertas de Europa, con los demás pueblos de los Balcanes occidentales, acobardados, ofreciendo explicaciones siempre incompletas, como todos los retornados.

Cuando escribía estas líneas, proliferaban en los periódicos y la televisión las noticias sobre Ucrania, que, como los españoles en su día, y los balcánicos, los húngaros y bálticos más tarde, esperan que en 2014 se produzca su ingreso en Europa. Entre tanto, los cañones comenzaron a atronar, la sangre se vertía y el invierno ruso se aproximaba, y sin embargo Ucrania no retrocedía. La pasión por Europa no tenía medida, y si ello sucedía en un país que nunca había formado parte de la metrópoli, cabe imaginar lo que significaría para uno retornado.

Nosotros queremos a Occidente con un amor trágico, había escrito un poeta albanés en los años treinta. Y trágicas serían, a nuestros ojos, sus reservas para abrirnos las puertas. Y lo mismo las dudas e infinitos exámenes para demostrarle nuestras raíces.

No fue sencillo defender esas raíces cuando todo se venía abajo: los castillos, los pendones, las espadas. Y por si no bastara, las mujeres se cubrían, dejándonos solos.

Las mujeres, por su parte, querrían saber por qué las habíamos dejado así, indefensas, mientras solo pensábamos en pendones y espadas. Y quizá no fuera casual que ahora que nosotros retornábamos, intentara volver con nosotros a Europa el espanto y el interminable crepúsculo de seiscientos años atrás, la noche del *ferexhe*.

No bastaba con que dijéramos que no éramos nosotros quienes la traíamos. Que era por entero al revés, que nosotros ya sabíamos lo que era un mundo sin mujeres, y que por ello también sabíamos mejor que nadie cómo impedir aquel crepúsculo.

Nuestro relato bien podía parecerse al delirio y en ocasiones nos lo parecía a nosotros también, puesto que las explicaciones continuaban siendo incompletas. Y además estaba nuestro código consuetudinario, el *Kanun*, que a tantos les parecía terrible, pero que sobre todo les resultaba impenetrable. Y nuestro amor a las mujeres, ese que, según nosotros mismos, habíamos ocultado tan en lo hondo que éramos incapaces de dar con él... Y el amor por Europa, que se parecía al anterior, pero que era doblemente trágico, puesto

que nadie se lo creía...

## EL TESTIMONIO DE LOS POETAS

LA PALABRA *GRUA*, MUJER, en plural, *gra*, aparece en el segundo de los versos de la poesía albanesa, en el poema *Oficio de difuntos* de Lekë Matrënga, considerado el origen de toda la literatura escrita de los albaneses.

*A todos llamo si imploráis perdón,  
píos cristianos, hombres y mujeres.*

El poema tiene ocho versos y, tal como indica su título, corresponde al comienzo de una misa, en la que hombres y mujeres son mencionados conjuntamente, como iguales ante un hipotético pecado (*pues ninguno de nosotros está libre de pecado*).

El verso es de 1592, es decir, de más de un siglo después de la ocupación otomana.

Algún tiempo más tarde, otro de los poetas del clero, Pjetër Budi, nos sorprende con unos versos llenos de luz sobre las «señoras albanesas».

*Dónde están las grandes damas  
de majestuoso porte,  
con el raso de sus galas  
priman sobre los señores.*

No se trata de una consideración de igualdad, lo que ya sería mucho, no solo en aquellos oscuros tiempos, sino en cualquier otro tiempo humano. Se trata de mujeres que «priman sobre los señores», es decir, claramente superiores, lo que suena bastante inconcebible incluso hoy.

COMO EN UNA SUCESIÓN DE RELÁMPAGOS, otra perla de otro poeta, Pjetër Bogdani, constituye una de las cimas universales del retrato de la belleza femenina:

*De sol ataviada, calzada de luna...*

Albania ha entrado en su segundo siglo de servidumbre. El cubrimiento de las mujeres ya hace tiempo que se practica: con violencia, amenazas, seducción, promesas, ardides. Las esperanzas de salvación son pocas, y los poetas mismos escasean. Sin embargo, no se rinden. Entre ellos y la oscuridad otomana el desafío será a vida o muerte. Son ellos quienes se empeñarán en descubrir lo que la oscuridad pone doble empeño en velar.

Les resulta más sencillo a los arbëresh de Italia; huidos en barco para no padecer bajo los otomanos, conservan, junto a la nostalgia por la patria perdida, el recuerdo de las mujeres tal como las habían dejado en ella: polvo de estrellas. Jul Variboba, Serembe, Skiroj y, sobre todo, De Rada plagan las páginas de sus libros de infinita ternura, sensaciones, leche y dulces pechos femeninos.

En territorio albanés, la mujer, aunque no pareciera albergar esperanza alguna, logró triunfar donde menos se esperaba. Hete aquí que el poeta albanés más importante del siglo XIX, Naim Frashëri, mezcla de profeta y guía, tras haber escrito miles de versos e himnos a la libertad, a la espada que la procuraría, a la patria esclavizada, a Castriota-Skanderbeg, a la luz que llega de Occidente, en resumen, a la Albania grandiosa tanto como divina, un buen día se le ocurrió dedicarle un poema a la mujer de la que se había enamorado.

Es el único de este género en su inmensa obra, el llamado con frecuencia la «naimiana».

*Me consumiré marchito  
como candil sin aceite.  
Barro y polvo yo me haré  
para que su pie me pise  
y luego yazga besando  
la hermosura de ese pie.*

Quien se tope por vez primera con esta estrofa se quedará pasmado.

El poeta supremo, el apóstol, el ídolo, el guía, la espada y el rayo de la nación, no solo se inclina ante una mujer, sino que está a punto de

transformarse en barro y polvo por ella, y por si no fuera suficiente, dejarse pisar por su pie (por sus altos tacones, diríamos hoy), y por si ello tampoco bastara, embriagarse con el hecho de ser pisado y besar aquel pie, etc.

*La belleza* no es un poema que Frashëri haya escrito al azar. Tampoco forma parte de un cuaderno íntimo de tirada restringida. Al contrario, es el único poema erótico de su obra maestra *Las flores del verano*, incluido sin cortapisas en todas las ediciones del poeta y manuales escolares. Y es precisamente ahí donde ha de buscarse la prosecución de aquel misterio ligado a la pregunta: ¿Sucumbió o no la mujer albanesa a la oscuridad otomana?

Naim Frashëri, el poeta que no se permitía adormilarse lo más mínimo tratándose de Albania, proclama lo contrario: la mujer no solo no había sucumbido, sino que, en un hipotético enfrentamiento, hasta podía llegar a arrodillar al adversario. Y si acaso en esta antinomia descollaba sobre el hombre, sobre la oscuridad, sobre el propio poeta, ello quería decir que ella misma, la mujer, superándose a sí misma, se aproximaba a la figura y al simbolismo de la libertad.

Hemos de admitir que con semejante proclama Naim Frashëri llega tan lejos, que a nosotros, hombres de hoy, nos resultaría difícil seguirle. Entre tanto, para asombro nuestro, hemos de admitir que el pensamiento albanés, incluso el más puritano, nunca ha emitido el menor reproche por esta magnífica aventura del arrebató poético.

Poco después, otro poeta, Andon Zako Çajupi, considerado durante un tiempo el sucesor de Frashëri, y destacado por su nervio viril y sus llamamientos al combate ojo por ojo, diente por diente contra el Estado otomano, no teme introducir en medio de su obra poética las lágrimas por la mujer perdida.

*Codicias luz, oh cielo, te llevaste la mía...*

Tras dirigirse al cielo con estas palabras, como si se dirigiera a un rival, el poeta no duda en elevar a su mujer al rango de diosa, y a continuación comienza el llanto por ella.

No era nada habitual que en los rudos Balcanes un hombre, un poeta nacional, sollozara por su propia mujer ante una nación entera. Durante más

de cien años, millones de estudiantes albaneses se aprendían de memoria este lamento. Pero, como en el caso de Frashëri, jamás se vislumbró en el pensamiento albanés la más mínima objeción por el destacado lugar que aquel llanto ocupaba en los programas escolares y universitarios.

Un tercer poeta, Lasgush Poradeci, mereció el codiciado calificativo de «poeta nacional» gracias, curiosamente, al erotismo. Al igual que Naim Frashëri, aceptó su claudicación ante una mujer, e incluso fue más lejos, proclamando de forma indirecta que, en el duelo amoroso, era el hombre el que acababa por rendirse y jamás la mujer.

Así hablaban los poetas, hasta que, en el último siglo, aparecieron en la literatura albanesa mujeres a las que se denominaba «esas» o, dicho de otro modo, mujeres problemáticas, o las primeras mujeres públicas o prostitutas, cuya terminología acabaría adoptando en albanés el curioso nombre de «mujeres generales».

El pensamiento posterior, sobre todo el de la época comunista, interpretaría esta nueva visión como emancipadora, puesto que se oponía radicalmente a la deificación de las mujeres albanesas, considerándolas *zanë* y *shtojzovalle*<sup>1</sup> y no criaturas terrenales.

No se puede afirmar que tal oposición haya sido errónea. Mientras tanto, tras la caída del comunismo, cuando se comenzaba a comprender que las dos principales desgracias de Albania, el osmanismo y el comunismo, tenían como hilo de engarce la hostilidad hacia Europa, comenzó a verse claro a qué mundo pertenecían los albaneses. Nostálgica, dramáticamente, pertenecían a su continente secular. Y una de las pruebas más palpables, por paradójica que parezca, sería su posición respecto al otro sexo.

A la pregunta: ¿De verdad cabe considerar a los albaneses modelo de delicadeza en relación con la mujer?, se ha de responder haciéndole la misma pregunta a Europa: ¿De verdad cabe considerar a Europa un modelo al respecto?

Sabemos que Europa no ha sido ni es todavía modelo en la materia. Y menos los Balcanes occidentales. Y menos aún Albania. Sin embargo, sabemos que, si Europa necesitó tres milenios para llegar, finalmente, a una suerte de entendimiento con las mujeres, la inmensa mayoría de la humanidad necesitará como mínimo una treintena.

## UN TESTIMONIO MÁS GENERAL

DE SEGUIR CONSIDERANDO la actitud hacia la mujer un indicador fiable de «europeísmo», en la medida en que el término, por oposición al «asiatismo», es percibido aún como signo de clase, las suposiciones sobre la pertenencia europea de los albaneses oscilarían entre la duda y la angustia. Según una idea generalizada, difundida por doquier, una de las raras tesis en la que los albaneses estarían prácticamente de acuerdo con sus adversarios era la de que los hijos de las águilas<sup>2</sup> no solo eran cicateros en su delicadeza hacia la mujer, sino que esa bien ganada fama no solo no les preocupaba, sino que halagaba secretamente su amor propio.

La tesis contraria era más rara aún. Según ella, la verdadera actitud de los pueblos respecto a las mujeres formaba parte de la historia invisible que cada uno de ellos, a pesar de los testimonios históricos, guardaba en sus entretelas. Ejemplo de ello era el comportamiento de la poesía popular albanesa, la cual, en contradicción con el calendario vital y la tensión cotidiana, ofrece una imagen de la mujer albanesa completamente diferente de la conocida.

Hermosa, fantasiosa, peligrosa, fatal, deseada vitalmente por los muertos, mortal entre los vivos (*Hanko, no vayas al cementerio que resucitas a los muertos*), perdiz, cierva<sup>3</sup>, capaz de hacer al hombre perder la cabeza (*al muro me subiré, a sabiendas de que me mato*)...

Y he aquí la conclusión:

*¿Te he de llorar Çerciz agá?  
No moriste en el castillo,  
que moriste entre mujeres.*

Ni la menor extrañeza ante esta muerte de nuevo cuño. Ni la menor mueca de desprecio, sarcasmo, desmerecimiento, nada de comparación recriminatoria con las muertes que imponen, las calificadas de muertes con tintes de hombría. Era esta una muerte como cualquier otra, pero diferente. Una muerte entre mujeres. Por las mujeres, pues. Y que, sin embargo, era admitida en el altar de la canción. Con el mismo peso. Con el mismo duelo.

En el universo poético difícilmente se hallarán los prejuicios que se dan

con frecuencia en la vida cotidiana: la vanidad, la inclinación a la deslealtad, la corrupción, la histeria, el adulterio femenino. Y entre los entornos favorables a la mujer: el espejo, ante el cual ella se engalana, el escaño sobre el cual se sienta a leer novelas y, por fin, el automóvil de principios de siglo, donde la mujer no solo toma asiento, sino que, sin cohibirse, fuma cigarrillos con naturalidad y sin que sea motivo de pánico ni alarma. El espejo se describe casi con adoración, como si formara parte de la esencia femenina. La lectura del libro se refleja desapasionadamente (*Con las piernas cruzadas, sentada en el escaño, la hija de Çelo lee historias*). En la descripción de la tercera escena, la del automóvil, aunque se trate claramente de una prostituta, la elegancia del poeta anónimo albanés sería incluso de envidiar por un *gentleman* de la época.

*En ese cochecito cigarrillos liando.*

*Mis ojos, al verte, no han contenido el llanto.*

Esta amplitud de miras, en completa contradicción con lo que sucedía en la vida real, aún sigue sin explicación en los estudios albaneses. Es posible que este enigma derive indirectamente de las primeras fases de la ocupación otomana. Lejos del tinte en cierto modo idílico que algunos podrían achacarle hoy, la fase primera de la servidumbre debió de ser vivida como el fin del mundo. Todo era distinto. Otras leyes, administración, tribunales, prohibiciones, incluso territorios. Autorizaciones imprescindibles para todo, para el uso de la cruz, de las armas, para el servicio militar, las mujeres... Bastaba esto último para que la vida fuera calificada de calamidad.

El cubrimiento de las mujeres debió de suponer casi lo mismo que el primer día de oscuridad total del universo. Difícilmente se podía hallar un ocaso más triste que ese. Un ocaso sin amanecer. Las mujeres solo serían autorizadas a parir varones, pequeños mequetrefes, cobardes y celosos, a la vez que ellas mismas no debían aparecer en ninguna parte.

Es posible que el contradictorio enigma de la mujer albanesa, su doble naturaleza: deificada en el arte, vituperada en la vida, derive justamente de las entrañas de esa catástrofe.

Los años pasaban. Los decretos, cada vez más funestos, llegaban de la capital otomana. La expiación que se exigía a Albania no tenía parangón.

Prohibición de la cruz. De las armas. Del nombre de Jorge Castriota. De la escritura en albanés. Solo una de las prohibiciones no prosperaba: la del aspecto de la mujer.

Te echaré en falta... Era la expresión que millones de personas pronunciaban a diario en decenas de lenguas, y que en albanés se decía: Sentiré nostalgia de ti.

La deificación de la mujer entre los albaneses es posible que encuentre explicación por ese presentimiento, el de la amenaza de ausencia. Te echaré en falta. Por eso me apresuro a dibujar tu porte: los cabellos, la mirada, los senos, incluso la parte más íntima: tu sexo.

La descripción de este último, si bien es frecuente en versitos y proverbios groseros, se encuentra difícilmente, por no decir nunca, en la poesía erótica. Una publicación monumental y solemne de 1937 contiene un texto poético en el que, tras mencionar el blanco cuerpo de la mujer, su vientre y sus piernas, con un respeto casi místico se nombra su sexo de esta manera: «Y justo en medio la paloma blanca». Es sobradamente conocida la connotación positiva de la palabra «blanco» en la lengua albanesa, y así: *día blanco*, por venturoso; *blanca suerte*, por buena suerte; *regresa blanco*, por victorioso, etc., de modo que sobra comentario alguno acerca del uso o, más exactamente, de su transmisión, con una libertad y atrevimiento más que surrealista, al centro mismo del cuerpo de la mujer.

#### EL ENIGMA DEL KANUN

LOS RENACENTISTAS ALBANESES apenas mencionan el cubrimiento de la mujer. En numerosas baladas, en las que no faltan detalles de los tipos femeninos, de los trajes, los abalorios, no aparece nunca una mujer con *ferexhe*.

Bastaría esto quizá para comprender hasta qué punto resultaba inimaginable para el hombre albanés un mundo semejante, sin-mujeres.

Entre tanto, en el mundo cotidiano sucedía lo contrario. Las mujeres cubiertas no dejaban de aumentar. El interrogante de si los albaneses habían ganado o habían perdido la batalla del aspecto de la mujer era seguramente más difícil de explicar.

Aún hoy no se ha encontrado una respuesta precisa al respecto. Es posible que la batalla ya se hubiera perdido, pero que los albaneses no quisieran aceptarlo, como sucede a menudo con las grandes deshonras. La otra posibilidad era el malentendido. No era la primera vez ni el único caso en que los albaneses tomaban una derrota por una victoria y al revés.

Este estatus contradictorio de la mujer parecía creado adrede para poner a prueba la conciencia de una nación.

De la niñez se me había quedado en la memoria la turbación que me producía ver a las jóvenes madres cuando, milagrosa y sorpresivamente, en la calle, en un autobús interurbano, o en un banquete, desabotonaban sus blusas y, a la vista de todo el mundo, descubrían sus blancos senos para dar de mamar a los bebés.

Ejemplos como este, con los señalados más arriba sobre la deificación de las mujeres, podrían ser calificados de propensión a ver las cosas de color de rosa. Sin negar tal propensión, que con frecuencia acompaña el complejo relato albanés, es preciso decir no obstante que el análisis de la cuestión de la mujer entre los albaneses ha continuado siendo incompleto. Para el pensamiento tradicional de la época final de la monarquía, era fácil echarle la culpa de la oscuridad medieval y el *ferexhe* a la ocupación otomana, principalmente. En tiempos de la independencia y después, durante el reinado de Zog, seguido de dos breves fases, una italiana y otra alemana, el motivo de la ocupación oriental continuaría siendo la explicación semioficial del drama de las mujeres.

Con la llegada del régimen comunista, este cuadro sufre una brusca modificación. Sin excluir la causa otomana, otro factor vino a ocupar el lugar central de este oscuro asunto: el código consuetudinario albanés. Fácilmente atacable en razón de su franqueza, dramática en sí misma, sorprendente, de fisonomía tanto noble como cruel, teatral, exótica, fúnebre, el famoso *Kanun* se convirtió en el enemigo simbólico de la emancipación femenina.

Hasta hoy, el pensamiento albanés nunca ha llegado a ofrecer una explicación convincente de aquella fiebre general que padecimos casi todos, culpables e inocentes, políticos y artistas, albaneses y extranjeros, hombres y mujeres, como habría dicho Lekë Matrënga.

Como suele ocurrir con los odios desmedidos, la particular inquina del

comunismo contra el código es posible que tuviera raíces ideológicas. El *Kanun* albanés, si bien imponente y pavoroso como pocos códigos del resto del mundo, fue por naturaleza y ante todo antitiránico, y en consecuencia anticomunista. Por paradójico que suene, se puede constatar tanto en su esencia como en su forma. Sin entrar en detalles, bastaría con recordar su no aceptación y su no reconocimiento del terror de Estado. Ese mecanismo, sin el cual ningún régimen tiránico puede sostenerse, el código, franco como se ha dicho, lo había suplido con otro terror, el de la opinión pública... Su divisa, su primer precepto era: cada cual es libre de elegir su propio honor (la normalidad) o deshonor (la situación anormal).

No era de poca monta ese terror. Y sin embargo estaba a considerable distancia de las delegaciones de Interior y de todo el ritual comunista.

El *Kanun* y la mujer albanesa mantenían, desde tiempos inmemoriales, un enfrentamiento trágico. A primera vista, el *Kanun* parecía haber llevado las de ganar sobre la mujer, pero fue esta una victoria indirecta, lograda tras una guerra casi, casi secreta. En realidad el imponente *Kanun* había evitado la guerra sin cuartel, se diría que la temiera.

Entre tanto, ante la inmensa tragedia de la ocupación otomana, el *Kanun* debió de parecer un gigante con mente infantil. Siempre había despreciado los asuntos gubernamentales, las leyes de Estado o las banderas estatales, por lo que era normal que no comprendiera lo que estaba sucediendo. Todas las nuevas costumbres aportadas por los ocupantes le eran completamente ajenas. Lo único comprensible puede que fuera la hostilidad de los ocupantes hacia las mujeres, lo que, por desgracia, armonizaba con su propia frialdad. Ante los ojos del ingenuo gigante, el mismo que no olvidaba el menor detalle a la hora de determinar el comportamiento y la forma de vestir de las gentes, se produjo una mutación monstruosa: la aparición del *ferexhe* turco sobre los rostros de las mujeres.

El enigma del código medieval, o dicho de otra forma: la perplejidad de la esfinge en relación con la mujer, continuaría durante mucho tiempo.

Al comienzo de la segunda monarquía, la de Zog en los años treinta, un decreto de este último sacudiría como un terremoto los residuos del fanatismo otomano: la prohibición por decreto del cubrimiento de las mujeres. Más inquietante que el propio decreto era la dureza de su aplicación. En ningún

otro país había sucedido ni sucedería que, en una cuestión tan delicada, el Estado interviniera de manera tan ruda y desconsiderada. De la aplicación del decreto se encargó la gendarmería albanesa, a la que se ordenó arrancar por la fuerza el *ferexhe* a las mujeres desobedientes, incluso en medio de la calle, algo inconcebible en un país recién salido del universo otomano. En estos parajes, la gente se había acostumbrado a que las mujeres que no aceptaban cubrirse fueran condenadas. Mientras que ahora se las condenaba por lo contrario, por cubrirse.

La última de las sorpresas fue la de la exposición de motivos. El decreto se basaba en el código milenario, ¡que no reconocía el cubrimiento de la mujer!

Más sorprendente aún había sido un posterior decreto que, basándose en otro de los preceptos del *Kanun*, el que prohíbe terminantemente al albanés hincarse de hinojos, ordenaba un cambio radical en el rezo musulmán: ¡nunca más de rodillas, sino de pie!

Mientras el decreto que afectaba a la mujer se cumplió ampliamente, no se puede decir lo mismo del que afectaba al rezo. Al parecer, el rey albanés había ido demasiado lejos: era la primera vez en la historia de la humanidad que se cometía una herejía semejante. Y era de las herejías que podían hacer famosa a Albania, para bien o para mal, en todo el globo terrestre.

#### LA INTERVENCIÓN DEL REY

LA IMPREVISTA ENTRADA EN escena del *Kanun*, el mismo que, bastante más que vivo se consideraba semipetrificado, induciría al pensamiento albanés a indagar en lo que se había considerado su enigma. Sobre todo: el misterio femenino. Ahora que la vieja esfinge se hallaba en el lugar adecuado en el momento adecuado, resultaba normal la formulación de la pregunta: ¿Y si el código siempre había sido defensor de la mujer y no adversario de ella y eran nuestros ojos ciegos los que no supieron distinguirlo?

Se mencionaban al efecto ciertos hechos incontestables, como el rechazo al *ferexhe* en las zonas donde el *Kanun* predominaba. O el poder de las mujeres, las cuales, según el código, lo decidían todo dentro del recinto de la

casa. O los bailes y los trajes populares femeninos, un verdadero triunfo de la belleza, la fantasía y el erotismo femeninos, a los que el *Kanun* no imponía ninguna limitación. A finales del siglo xv, cuando los albaneses derrotados desembarcaron en Italia, tras la inimaginable conmoción, lo primero que hicieron fue recordar la Albania perdida. Y aquella remembranza no la restituirían las armas, orgullosas antaño, pero jamás tras la derrota. Ni tampoco solo las narraciones, ni las crónicas, ni los mapas, ni los emblemas o los títulos de nobleza. La imagen de la Albania perdida, antes de que la reavivara todo aquello, la evocarían algunas danzas femeninas, rayanas en lo divino por su melancolía. Era como si nadie salvo las muchachas y mujeres pudieran hacer visible aquella triple pérdida: de la libertad, de Albania y de Europa.

¿Era posible que en un país balcánico la mujer representara una nación en duelo?

La respuesta conduce de nuevo a la relación de la mujer con el código consuetudinario.

A primera vista, como se ha dicho, el código era cruelmente implacable: la mujer quedaba excluida de él. No se la nombraba. No se la tenía en cuenta. En resumen, la mujer y el *Kanun* parecían negarse entre sí.

La duda en torno a cierto misterio persistiría, sobre todo tras el famoso decreto. No obstante, el pensamiento albanés nunca ha llegado a ahondar en él. Aún hoy sigue siendo insondable. Una y otra vez se tiene la sensación de que existiera desde antaño un pacto secreto entre el *Kanun* y la mujer. Un pacto que impide comprender quién ha engañado a la otra parte.

Si nos detenemos en lo que parece ser la esencia del mal: la exclusión de la mujer del código, es posible que sea precisamente ahí donde se halle el enigma. Exclusión quiere decir, en este caso, salida. Al ser la parte más dramática del código la correspondiente a las reglas del homicidio y la muerte, la salida del código significa la salida de esta matemática y geometría funestas.

Ello tiene su base en el precepto fundamental del código que prohíbe el contacto de la mujer con toda clase de armas. En la mujer no cabe venganza de sangre. Sobre la mujer no actúa la muerte. En ningún caso y bajo ninguna circunstancia. En una palabra, en medio de este teatro de la muerte, la mujer

no es mortal. Dicho de otra forma: es inmortal.

Solo un paso nos separa de las *zanë* y *shtojzovalle*. Y otro, del hipotético pacto. La esencia del pacto secreto no puede ser más que el derecho consuetudinario que una parte otorga a la otra, y lo que en compensación se exige a la segunda. El código le otorga a la mujer la no muerte, y le exige la exclusión de todo lo demás.

Es difícil distinguir, en un caso como este, al perdedor del vencedor.

### EL REY EN FIESTA Y EN DUELO

VOLVIENDO A LOS DOS FAMOSOS decretos, cabe decir que el rey, si bien triunfó a las claras con el primero, el del *ferexhe*, cosechó una estrepitosa derrota con el segundo, el de postrarse de hinojos. Al parecer, los albaneses, si bien consintieron la rudeza de los gendarmes contra las mujeres cubiertas, no renunciaron a hincarse de rodillas en la mezquita.

Tan evidente fue la derrota del rey que aquel decreto no solo no llegó a aplicarse sino que, pasado el tiempo, nunca más se supo de él, hasta ser olvidado como si jamás hubiera existido. Pero esta historia no acabó aquí. Durante el comunismo, cuando se buscaba con persistencia la inclinación antirreligiosa de los albaneses, aquel decreto nunca fue mencionado. Se borraron sus huellas, e incluso se sepultaron en los archivos las filmaciones que mostraban la extraña imagen de los únicos musulmanes del mundo que se habían atrevido a orar de pie y no de rodillas, para no ver la luz jamás. La Albania que aceptaba toda clase de insensatas reputaciones renunció, sorprendentemente, a la gloria de ser el primer país del mundo donde los ciudadanos no caían de rodillas ante el imán...

Al proclamar que no quería una gloria semejante, Albania evidenciaba su problema con la libertad. Se podría decir que hincarse de hinojos era el cordón umbilical que unía la servidumbre otomana a la comunista.

Volviendo a lo que se podría denominar «decreto rosa» del rey, cabe decir que el itinerario de Zog hacia el trono real fue extremadamente complejo. Entre los muchos rivales a los que tuvo la ocasión de enfrentarse, el más peligroso fue Fan Noli, obispo albanés y simultáneamente genio de las letras.

Rivales en todo, el obispo y el rey estaban de acuerdo en un punto: la urgencia de la europeización del país. Su única discrepancia en este punto era de dónde partiría y cómo se conseguiría esa emancipación. El obispo pensaba que debía partir de los libros, el conocimiento y las ideas, mientras que el rey estaba convencido de que debía partir de otra cosa, de las mujeres, más exactamente, del estilo de sus historias personales con ellas.

Todo el mundo sabía que si el poeta era insuperable en el campo del saber y los libros, el rey era todo lo contrario. Y al revés, del mismo modo que el rey era fuerte en cuestión de mujeres, era débil en ese mismo terreno el obispo sin mujer.

El casamiento del rey parecía la ocasión llovida del cielo. La futura reina debía proceder del corazón de Europa, ser cristiana y, naturalmente, de una belleza impresionante.

La atmósfera erótica al estilo occidental, siempre ligada a su propia persona, la venía impulsando Zog desde que fuera presidente del país. La prensa, nacional y extranjera, mencionaba aquí y allá sus devaneos, en los que las elegidas eran normalmente señoritas o señoras austriacas. Más tarde, cuando fue coronado rey, su predilección por Viena se desplazó a París. Una bella bailarina del Folies Bergère, Tania Visirova, cuyo nombre sonaría más tarde por sus memorias, pero sobre todo por la novela *La Visirova* del escritor francés Roger Vailland, fue su elegida.

Cuando oyó por primera vez el nombre del joven escritor, es posible que el orgulloso rey hubiera sonreído para sí. Acababa de salir triunfante de un combate singular con un obispo y genio de las letras, Fan Noli, en un escenario mucho más dramático, como era el del poder, por lo que el enfrentamiento con un rival erótico solo podía parecerle fácil. Mas no fue así.

Roger Vailland, uno de los adoradores de la bailarina, tenía veinticinco años cuando la joven desapareció de París para acabar en la villa de verano del rey albanés. Convencido de que se trataba de un rapto, el escritor libertino y trágico, por no utilizar más que dos calificativos apropiados a su personalidad, emprendió un viaje semisecreto a Albania en busca de la bailarina. Se sabe que su aventura, bajo la forma de novela por entregas, la aireó en un principio en el periódico *Paris-Soir*, quedando interrumpida su publicación, a causa de un incidente diplomático Francia-Albania, por

exigencia de la segunda. La novela prohibida se publicó en 1986 en París, en unas fechas en las que no solo el autor y los personajes habían muerto, sino que Albania se había transformado, de monárquica, en el país más comunista de Europa.

EN EL POEMA DE PASHKO VASA «Oh mi Albania, pobre Albania», que es, a la vez, elegía, programa, gemido, pena y llamamiento, se encuentran dos versos hasta tal punto conocidos que, como ocurre con frecuencia justamente con lo conocido y célebre, impiden el acercamiento, como si desprendieran un haz de luz.

*Uníos, mujeres, uníos, muchachas,  
con tan bellos ojos que saben llorar.*

Al intentar analizar el texto, cabe preguntarse, en primer lugar, por qué el poeta, tras el estremecedor panorama que ofrece de una Albania postrada, a la vez que hace un llamamiento a la nación, a sus hombres, se dirige con el mismo dramatismo a las mujeres y muchachas, incluso a las que no son heroicas, esas que han de traer al mundo y amamantar a los futuros salvadores, sino a las mujeres propiamente dichas, a las mujeres mujeres, las que tienen «bellos ojos».

Y seguir preguntándose: ¿Qué eran, pues, esos bellos ojos, cuál era su particularidad, qué profundidad, qué mensaje y profecía encerraban? La respuesta del poeta volvía a ser sorprendente: eran ojos de mujeres y muchachas «que saben llorar». Y para él esto sería suficiente. Las mujeres y muchachas con ojos semejantes, «que saben llorar», eran las que podían comprender y explicarlo todo, sufrir más hondamente y «con belleza» todo. Albania, antes de tomar la espada, tenía necesidad de esas lágrimas, de esa versión femenina, de esa explicación y, por qué no, de esa representación.

Nunca la idea de la representación femenina había aparecido tan centelleante como en estos dos versos. Parecían de lejana procedencia y llegados a destiempo, bajo la oscuridad otomana, justamente cuando de los ojos femeninos no solo no se podía esperar algo así, sino que aquellos ojos debían ser cubiertos con velos negros para evitar que advirtieran los

contornos del mundo y, sobre todo, las miradas de los hombres.

La dicotomía poesía-vida persistiría en Albania como en parte alguna. Del mismo modo que persistirían los imprevistos estremecedores. Tras el decreto contra el pañuelo, llegó la más grande de las sorpresas con un contradecreto, si es que puede llamarse así al acto más majestuoso de las muchachas y mujeres albanesas: la participación en la Segunda Guerra Mundial. De las innumerables guerras habidas en la península, era la primera vez en un milenio que centenares, por no decir miles de muchachas se encontraron en medio de la llamada lucha antifascista de liberación.

Era mucho más que algo nuevo, más atronador que cualquier escándalo. Eran muchísimas, en su mayoría de las ciudades; una parte procedía del instituto y otras eran estudiantes recién llegadas de Roma o Viena. Los oficiales y soldados italianos es posible que fantasearan sobre este nuevo motivo introducido en la orquestación de la guerra; los alemanes, que llegaron tras ellos y a quienes prohibieron de hecho provocar a las mujeres albanesas, no sabían si alegrarse o amargarse. Entre tanto, la posición albanesa seguía siendo un enigma dentro de un enigma. ¿Cómo es posible que esta ruda nación, caracterizada por su puritanismo y culto al honor, admitiera un reto así de sus propias muchachas? Una historia de amor, e incluso salir a escondidas de casa, bien podía desencadenar un terremoto y hasta hacer sonar el disparo de muerte. ¿Cómo era posible que de entre estos centenares de muchachas ninguna fuera piedra de escándalo o acabara inmolada?

Ellas continuaban saliendo a escondidas de casa, como si acudieran a un gran encuentro amoroso, que aún no tenía la debida denominación. A falta de ella, se utilizaba la áspera e inadecuada expresión de «echarse al monte», a modo de improvisado atuendo tomado del mundo masculino.

Se producía una luminosidad embriagadora que todo lo hacía diferente y aceptable. Las noticias que llegaban de ellas, sobre todo las tristes, no tenían tampoco equivalencia. La mataron en la emboscada. Fue hecha prisionera.

En la vieja poética existen numerosas canciones sobre muchachas y mujeres especiales que abandonan este mundo, mujeres que dejan tras de sí interrogantes, equívocos y sutiles malentendidos. En tales casos, cuando cae el telón y llega el momento de ofrecer un juicio concluyente, se emplean las

palabras «se acabó». En otras palabras: Fuera como fuera, se dijera lo que se dijera de ella, hiciera lo que hiciera en este mundo, procurar más amor o más sufrimiento, o quizá ambos, ahora *ella* ya no está.

La bella muchacha se acabó. Reemplazad las palabras «bella muchacha» por un nombre femenino de cuatro sílabas: Amalia, Gerantina o Ramizeja, y tendremos quizá uno de los dísticos más conmovedores del mundo:

*Ramizeja se acabó,  
su tumba colman violetas.*

¿Qué significaban esas violetas? ¿Este epílogo violáceo que cubre la tumba de la difunta? ¿Por qué brotan de improviso, qué mensaje quieren transmitir, de esos que el lenguaje humano es incapaz de expresar?

Nunca ha sido fácil descifrar tales mensajes. Y aún menos lo sería con las muertes de la Segunda Guerra Mundial.

Eran también unas muertes de nuevo cuño, nunca oídas con anterioridad: condena a muerte por un tribunal de guerra secreto. Ejecución de una mujer por un pelotón de fusilamiento. Es decir, una muerte que no se había dado quizá en mil años. El pacto de antaño con el código, aquel por el cual la mujer excluida del código quedaba, simultáneamente, excluida de la muerte, se había roto. Con su participación en la vida pública, la mujer participaba igualmente de la muerte pública.

Nunca más el epílogo de flores sobre la tumba. Ni reproche o petición de perdón de quien fuera.

Albania se iba volviendo cada vez más ininteligible. En las pancartas de los mítines, del trío Churchill, Roosevelt, Stalin, iban desapareciendo los dos primeros para quedar únicamente el tercero.

Eran los últimos días de Albania con los aliados. Lo que aún hoy se menciona con jactancia como «alinearse con los vencedores» solo fue un espejismo. Con la elección de Stalin como su ídolo, Albania había proclamado su alejamiento de los verdaderos vencedores, lo que significaba la separación de Europa y de Occidente.

En 1947 el jefe comunista albanés, en un ensayo a mayor gloria de Haxhi Qamili, versión balcánica del Stenka Razin ruso, en realidad el fundador del osmanismo posotomano, proclamaba el antieuropeísmo como la razón de ser

de Albania.

Esta segunda pérdida de Europa podía comportar la pérdida definitiva de la nación albanesa. La diferencia respecto de la primera era que, mientras que en el caso otomano la hecatombe: la pérdida de la libertad, de la lengua, del propio nombre de la nación, había sido visible, en el caso comunista todo debía desarrollarse subrepticamente. De modo subrepticio habían hecho su aparición dos yugoslavos para encabezar el movimiento comunista. Y la frase de Marx: «Los comunistas no tienen patria». Y más tarde, con el mismo estilo, mitad enmascarado, mitad en secreto, se habría de aferrar a Albania el partido comunista, el mismo que tras quitarse la máscara pretendería ocupar el lugar de la patria y la nación.

También se puede amar a Albania sin ser comunista.

Estas palabras son de Musine Kokalari, otra bella y joven mujer, pronunciadas en el cruel proceso contra ella del año 1946.

La respuesta fue un buen ejemplo de cinismo: No se puede amar a Albania sin amar el comunismo. En una palabra, Albania no tenía ninguna otra alternativa: el comunismo o la muerte.

Una incompreensión tan trágica raramente se había visto en esta parte del mundo. A cada momento resultaba tan desesperanzadora, que hasta parecía que ni siquiera con la caída del régimen desaparecería.

Un cuarto de siglo después, incluso en nuestros días no está claro si Albania no puede o no quiere desembarazarse de ese malentendido.

El deseo de explicación se volvía verdaderamente enfebrecido. Y como en toda fiebre, su relato parecía, como en la mayoría de los casos, un delirio.

A oleadas se precipitaban sobre las fronteras, los botes, los barcos, gentes de todas clases, desde maleantes y prostitutas hasta chicos y chicas de las facultades y de las orquestas, cada cual con su propia verdad.

Se diría que se buscaba a Albania por todas partes, salvo donde estaba. Parecía que se vaciaba y que bien pronto podría dedicársele el triste dístico.

*Albania se acabó...*

La cuestión de qué violetas brotarían sobre su tumba para dejar testimonio de su verdad parece difícil que pudiera tener respuesta.

Cuando entre las nuevas oleadas de huidos se veían cada vez más

muchachos y muchachas con talento, jóvenes escritores, músicos, violinistas, o simplemente jóvenes atractivas, alguien sonriendo sin malicia había dicho que Albania, tras haber exportado gánsteres y putas, como si buscara recomponer su dañada reputación, lanzaba sobre Europa un ramillete de *shtojzovalle*: sopranos y poetisas...

PERO VOLVAMOS A LAS DAMAS menores de las letras: Elvira Dones, Ani Wilms, Ornela Vorskpi, Luljeta Lleshanaku y todas las demás, Besa, Lindita, Ledia, Jonila, Anilda... Las que, según Pashko Vasa, con tan bellos ojos «saben llorar».

Elvira Dones fue la primera que, hacia mediados de los años ochenta, había abierto el camino. En su huida a Occidente se mezclaban simultáneamente motivaciones políticas y sentimentales: el abandono del esposo y toda suerte de complicaciones, que hacían que Albania mantuviera como rehenes a los suyos. Después llegaron sus publicaciones en Italia, en Feltrinelli, el editor que, entre tanto, se había convertido en legendario por la traducción de *Doctor Zhivago* antes del escándalo del Nobel a Pasternak.

A Ani Wilms le había sucedido algo parecido, pero esencialmente diferente en lo que respecta a su partida, puesto que la Albania que ella dejó ya no era comunista sino poscomunista. Además, la diferencia aumenta por el hecho de que su prometido era un joven ministro, justamente de la nueva Albania, cuya vida social le adjudica de pronto a una delicada estudiante de veintiún años el título de «señora ministra», como llamaban a las mujeres de los ministros en Tirana. Pero ni la ebriedad ni este nuevo glamur habían impedido a la joven dejarlo todo y acabar en Alemania, donde resultaría ganadora del prestigioso premio del mundo de las letras germanas Adelbert von Chamisso.

A diferencia de las dos primeras, Ornela Vorskpi no abandonó a ningún prometido ni a ningún otro en Tirana, y sus problemas, si es que existían, y como solía suceder a las jóvenes de entonces, seguramente los tendría con la propia ciudad. No obstante, en cumplimiento del ritual del abandono, a falta de prometido o amante, le dijo adiós a la lengua albanesa... Dejó, pues, el albanés por el italiano, lengua con la cual cosechó sus primeros éxitos, para cambiar después al francés. Con sus dieciséis obras traducidas a diferentes

lenguas, es hoy una de las escritoras albanesas más conocidas de Europa.

Contrariamente a las anteriores, Luljeta Lleshanaku no conoció ni huida ni retorno, ni abandono de prometido ni de esposo. Era hermosa como ellas y se podría decir que sufrió igualmente huidas dramáticas, como pocas, incluso atravesando el alambre de espino de la frontera, donde la atraparon y la arrastraron del pelo, aunque no en la vida real sino en la imaginación de la policía secreta. La Seguridad del Estado o *Sigurimi* tenía listos desde tiempo atrás su expediente y orden de detención, de modo que una y otra vez se filtraban informaciones de aquel expediente y se expandían los rumores como si el esperado acontecimiento estuviera sucediendo (¿Lo habéis oído?, Luljeta Lleshanaku, esa chica que escribe versos, cruzó la frontera... O trató de cruzarla con su prometido).

Toda aquella impaciencia provenía de que un familiar suyo, Alush Lleshanaku, había cruzado realmente la frontera albanesa, pero no para huir del país, sino para entrar el Primero de Mayo al objeto de dar muerte al dictador en la tribuna del desfile, ante la cual se decía que fue descubierto.

Una depravada manía de teatralidad, frecuente característica de los criminales, empujaba según parece a la policía secreta a soñar para la sobrina la escena que no habían podido montar para el Lleshanaku mayor: captura en la frontera, arrastramiento y, según la costumbre, tortura. Todo ese calvario vivido por ella de forma indirecta, en forma de rumores, no había mermado la dulzura de la joven, lo que ponían de relieve casi sin excepción sus entrevistadores y traductores, sobre todo los anglosajones.

Besa Myftiu, hija de mi viejo amigo Met Myftiu, como la mayoría de las *shtojzovalle*, aparte del francés, volvía de vez en cuando a la lengua materna. Y puesto que en el mundo en el que había penetrado mutaba invariablemente alguna cosa, la mutación de Besa Myftiu tenía relación con una de sus novelas, transformada en guion por ella misma, lo que le permitió, sin ser actriz de cine, actuar en su propia película.

Las demás también tenían su lado sorprendente. Con algunas, cuando teníamos ocasión de conocernos y tomar un café en la ciudad que fuera, Roma, Berlín y naturalmente Tirana y París, la conversación sobre la lengua, tarde o temprano, acababa por aparecer. Me daba la impresión de que precisamente ellas, que habían escrito poco o nada en su propia lengua, eran

especialmente sensibles a la lengua albanesa. Sin embargo seguían apartándose de ella, como si le tuvieran miedo. Un temor, este, propio de *shtojzovalle*.

Lo quisieran o no, no dejaban de sentir profundamente, en parte, la incomprensión de que eran objeto, la falta de atención, la indiferencia. Del mismo modo que sentían faltarle a alguien, y en primer lugar al templo de las letras.

Las necesitaba y ellas lo sabían. No obstante, tras admitirlo, incluso tras sus reproches a propósito de las violetas, no se debía insistir en preguntarles por la tardanza.

Las luciérnagas sabían tardar...

*París-Tirana, 2000-2014*

---

1 *Zanë-a*: especie de ninfa de los montes y los bosques, normalmente benéfica, si bien en ocasiones se vuelve irascible y convierte en piedra a hombres y héroes. El gran lingüista albanés E. Çabej vincula este personaje mítico con el culto a Diana, pues, como la diosa, obtiene su fuerza de la cabra con cuernos de oro. *Shtojzovalle-ja*: figura mitológica femenina de gran belleza que mora en los manantiales de las brañas y los claros del bosque y sale de noche al claro de luna a cantar y danzar. Eufemismo para dirigirse a las Afortunadas de la Noche (*ora* o *zana*) con el deseo de que *shtoj zo(t) valle(t)!*, es decir: «¡Aumente Dios tus danzas!», que es el modo de saludar y dirigirse a las *ora* o *zana*. [N. de la T.]

2 *Shqipëria* o país de las águilas, como llaman a Albania los propios albaneses. [N. de la T.]

3 *Thëllëzë* (perdiz): muchacha, novia o recién casada hermosa. *Sorkadhe* (cierva): muchacha esbelta y grácil. [N. de la T.]

# PESADILLA

# I

## PRÓLOGO

UN TAL E. BEGA HACE LA RESEÑA, tanto en la prensa albanesa de Prishtina como de Tirana, del libro *Los albaneses en el mundo árabe*. Su autor es otro tal doctor Muhamed Mufaku, albanés de Pejë, nacido en Damasco, y doctorado en 1981 por la Universidad de Prishtina.

Como suele ocurrir con las reseñas benevolentes, E. Bega subraya los méritos del libro, de modo que los lectores, tanto kosovares como albaneses, sean plenamente conscientes de ellos. He aquí un fragmento:

«El autor indica desde el comienzo que entre los albaneses y los árabes existe una rica tradición que remite la procedencia de los albaneses a los países árabes... Las evidencias al respecto se encuentran, en primer lugar, en una historia árabe titulada *Tuarif Tuah*, en la cual se explica ampliamente el origen árabe de los albaneses. Tales evidencias aparecerán más tarde en fuentes otomanas».

Entre estas últimas se menciona la versión de Evliya Çelebi, personaje bien conocido en los Balcanes.

Según esta versión, los albaneses descenderían de la tribu árabe de los quraysíes que habitaban en La Meca, es decir, la tribu del profeta Mahoma. En aquel tiempo la tribu tenía un jeque llamado Jabal i-Alhama que, sin querer, le sacó un ojo a un dignatario árabe. El dignatario se fue a quejar a Hazrat Omar, el califa Omar ben al-Jattab. El califa, de acuerdo con la ley islámica «ojo por ojo», ordenó que al jeque Jabal le sacaran un ojo. Pero, muerto de miedo, el jeque partió aquella misma noche con tres mil integrantes de su tribu hacia Antioquía, donde reinaba Harkil.

Es de suponer que los tres mil que huyen en la noche, como dice Mufaku, serían los primeros albaneses...

Como en cualquier exposición que se pretenda seria, máxime cuando estamos ante una de las cuestiones más delicadas de la península de los Balcanes, como es la del origen de los pueblos, el autor Mufaku no se sirve de un único dato histórico. Hombre de espíritu abierto, como se considera, se muestra dispuesto a confrontar sus tesis con las de otras fuentes alternativas, como se dice hoy. En su libro no faltan, pues, las revisiones a posteriori, al objeto de que la verdad no peque de las consabidas y molestas mitificaciones. Y menos de estrechos puntos de vista nacionalistas, tan insoportables en los tiempos que corren.

Veamos un ejemplo de una de las precisiones que tienen que ver con el origen de los albaneses, citada por el autor de la reseña, Bega:

«Se trataría de la tribu de los gasánidas y no de los quraysíes, y del jeque Jabla ben al-Aiham y no Jabal i-Alhama. Durante su peregrinación a La Meca, en tiempos del califa Omar, un humilde beduino le pisó la túnica y por ese motivo el jeque Jabla le dio una bofetada. El beduino se quejó al califa Omar, quien ordenó de acuerdo con la ley islámica que el beduino se la devolviera. Ahora bien, su amor propio herido obligó al jeque Jabla a huir de La Meca de noche con los suyos para irse a Bizancio, de donde nunca regresó».

## II

### LA VERDAD Y NADA MÁS QUE LA VERDAD

HE AQUÍ CÓMO LA CONFRONTACIÓN de opiniones beneficia a la verdad y nada más que a la verdad. No es, pues, de la tribu de los quraysíes sino de la tribu de los gasánidas de donde proceden los albaneses. Y no es, bajo ningún concepto, el jeque Jabal i-Alhama, sino el jeque Jabla ben al-Aiham, quien huye de noche con sus seguidores.

Tampoco es un ojo el que ha de resarcirse con otro ojo, sino la afrenta de una túnica pisada la que ha de lavarse pisando otra.

La única verdad incontestable que podría extraerse de toda esta historia es que la caravana de árabes que huyen de noche, temerosos de Omar ben al-Jattab, no parecen sino los albaneses del mañana.

De este modo, pues, adiós al origen ilirio con su *Bellum Illyricum* y a los enfrentamientos con los romanos, y hasta siempre a Jorge Castriota

Skanderbeg y demás señores de Arberia como Aranit Komneni, conde Musaka y conde Dukagjini, el del código consuetudinario medieval. Adiós a las alianzas, enfrentamientos y enlaces matrimoniales con príncipes de Europa y Venecia, y hasta siempre a los sitios de Shkodër y Krujë y al alfabeto latino.

Es posible que lo anterior responda a un deliberado infundio de los europeos, del Vaticano y Venecia, e incluso que aquel extraño enredo entre ojo y túnica forme parte también del mismo embrollo. Mas son obras como la del doctor Mufaku las que contribuyen, al fin, a disipar la niebla, a liberarnos de nuestra tentación europeísta y a devolvernos a nuestro Jabal o Jabla, el que sacó un ojo o al que pisaron la túnica, con su huida nocturna, temblando de miedo y encolerizado con nuestros ancestros árabes.

¡Y esta elucubración tiene lugar hoy, quinientos años después de la salida de los otomanos de Europa y Albania!

### III

#### ¿ES ESTE UN SUEÑO?

QUINIENTOS AÑOS DESPUÉS. Todos se preguntan: ¿Cómo es posible? Después la mayoría prefiere tranquilizarse. No tiene la menor importancia. Es circunstancial. Una tontería.

Entre Albania y los otomanos se extiende el siglo más inmisericorde de la historia, el siglo veinte. Obcecado, dantesco, beethoveniano. Albania lo ha ido cargando sobre sus espaldas año tras año. Liberación de los otomanos. Primer Estado republicano albanés. A continuación, primer rey alemán, como en Grecia, según usos balcánicos. Guerra Mundial con sus abismos. República de nuevo, monarquía después, esta vez albanesa. Después Europa, modelo italiano. A continuación, modelo revisado, alemán. Después, antiEuropa, modelo comunista. Seguidamente hiperEuropa, modelo atlántico. Epílogo con dos Albanias. Ambas bajo el paraguas de la OTAN. Y de pronto... Jabal y Jabla surgen de una negrura de cinco siglos.

¿Es este un sueño? ¿Albaneses con banderas árabes en las

concentraciones? ¿Esas gentes que, como se murmura, pasan de albaneses subyugados a despertarse como musulmanes liberados? ¿Esas increíbles noticias que van de acá para allá como el viento entre las dos Albanias?

En el 620 aniversario de la batalla de Kosova, un diputado del parlamento kosovar proclamó a Jorge Castriota asesino de musulmanes y, por ende, traidor a la patria. La otra capital, Tirana, se dice que la fundó un oficial otomano. En una mezquita de Kosova, el primer ministro turco lanza el llamamiento «¡Kosova es Turquía!». Y finalmente, la guinda del pastel, llegan noticias de albaneses reclutados por los centros terroristas como combatientes yihadistas en Siria.

Dos bandos, el uno tranquilizador (casualidades, locuras que no hay que tener en cuenta), el otro alarmista (cómo que casualidades, esto es el acabose), no cesan de alimentar este guirigay. Lo más probable es que ambos exageren, lo que es más que factible en nuestra península. Sin embargo, la batahola responde a algo. Y la pregunta: ¿Qué sucede? resulta normal.

## IV

### LA FRASE SIBILINA

DOS O TRES FRASES FORTUITAS del primer ministro serbio Ivica Dačić llamaron la atención de la prensa. Son de lo más sorprendente y quizá de lo más sincero que haya podido pronunciar un ministro balcánico en su vida. He aquí más o menos sus palabras: «Qué triste sería que en unos cuantos años nuestros nietos, los pequeños serbios, llegaran a decir que también Albania es Occidente».

Las releo. Pocas veces me han llamado tanto la atención las palabras de un primer ministro balcánico. La primera impresión, la de que tras la sencillez del texto subyace algo trágico, no me parece exagerada. Intento ser neutral y sobre todo despojarme de los prejuicios propios de estos casos. Incluso, para quitarme ese peso de encima, pienso en la posible inexactitud de las fuentes, tan frecuente en la prensa balcánica, por no hablar de los errores de traducción.

En mi segunda lectura advierto que, si bien en el título solo se menciona a los albaneses, en el texto compruebo que son los croatas y los albaneses quienes suscitan, o pueden suscitar, *la tristeza*. El primer ministro acaba de volver de Bruselas, donde se ha estado negociando día y noche la posibilidad de integración europea de los países occidentales de los Balcanes. Serbia está entre ellos y, naturalmente, los croatas, que en el ínterin son admitidos. Sin exceptuar a los albaneses que... igualmente... podrían... El primer ministro los nombra a ambos, sin ocultar cierta envidia en relación con los croatas, pero sobre todo un miedo, casi supersticioso, a los albaneses. El primer ministro está harto de sus infinitas idas y venidas a Bruselas y, además, es esta su última semana como primer ministro, lo que, en cierto modo, influye en el tinte algo dramático de las cosas. Quizá ello explique la presencia de la palabra «tristeza», tan poco habitual en boca de los dirigentes balcánicos.

De hecho es ese vocablo el que al principio me llama la atención. Me parecía como si una palabra como esa, tan utilizada en el medio literario, se hubiera extraviado y se hubiese encontrado, solitaria, en un mundo extraño. «Me sentiré muy *triste* cuando mis hijos y los tuyos, dentro de diez años, digan que Albania es Occidente.»

Es, pues, el epíteto *triste*, una palabra, como si dijéramos, de mi familia, la que al parecer me empuja de forma natural hacia otro tipo de lectura, la que utilizo únicamente en el seno de la familia, es decir, en mi propio mundo literario.

Así pues, se trata de la tristeza de un hombre llamado Ivica Dačić, alto funcionario serbio. La tristeza, según él, llegará dentro de diez años, alrededor de 2024, cuando sus nietos, con el resto de los pequeños serbios, se enfrenten a algo insospechado, tal como si se lo hicieran a un temible fantasma, exclamando: ¡También Albania es Occidente!

¿Pronunciarán estas palabras con desconcierto, con ironía, con temor? El funcionario serbio no lo explica. Lo primero que da a entender es que la palabra *Occidente* se emplea en el sentido de Europa.

Analizándola más en profundidad, la frase podría admitir otras interpretaciones complementarias. Por ejemplo: «Albania será Occidente ya en 2024» podría leerse acompañada de la adición: «Al igual que nosotros, Serbia».

Esto último, a oídos de un serbio de a pie, puede sonar algo desagradable, por no decir desconcertante. Pero solo eso.

Distinto sería en el caso de que Albania fuera admitida antes que Serbia. Cabe imaginar la cólera serbia contra Europa: ¿Ya han comenzado de nuevo las caricias a Albania? ¿No fueron suficientes los horrores y las bombas contra nosotros en favor suyo? Y todo parecería tan inimaginable, tan fuera de lugar, tan intempestivo e incomprensible, que aquí podríamos añadir una interminable lista de «in-».

Ahora bien, algo así no se podía decir por la sencilla razón de que no había ocurrido. Todos los Balcanes, por no decir toda Europa, sabían que Serbia «fue admitida seis meses antes que Albania». (Incluso se decía que esta última, precisamente por ello, para no ofender a Serbia, había perdido su oportunidad en 2013.)

Que Serbia, con independencia de lo anterior, pudiera encontrar razones para sentirse ofendida, eso también se sabía. Cuando se mencionaban las caricias a Albania, eran habituales las recriminaciones a voz en cuello: ¿Por qué desorbitáis los ojos de ese modo, como si oyeráis algo nuevo? ¿Acaso no fue Albania miembro de la OTAN antes que nosotros? Y, además, mientras que a nosotros nos doblegasteis, nos pisoteasteis y nos hicisteis pedazos, ¿no salió ella indemne del horror?

La vuelta al texto de Dačić resulta inevitable.

También Albania es Europa.

¡Era Europa!

Europa, como nosotros.

Quizá algo más que nosotros.

¿Es la sorpresa o la tristeza la que predomina en el coro infantil de 2024?

No es fácil separar la coral infantil del subconsciente de Dačić.

No es esta una sensación momentánea. Es una situación que se prolonga como poco diez años. Lo que demuestra que en numerosas conciencias continúa pesando la duda sobre un error cometido antaño. La situación y el error se han fusionado. Como consecuencia de ello ha surgido algo casi, casi increíble. Un vecino balcánico ha aparecido, se ha hecho, ha trascendido como europeo.

Resulta difícil de creer que ello despierte alegría en los testigos de la

visión.

También Albania es Occidente...

Queda una ínfima esperanza, sin embargo. La ínfima esperanza de un ápice de sentido común, ligado más a la lógica que a la benevolencia. Cualquier Estado, incluidos los balcánicos, preferiría un vecino normal antes que un vecino demente. En consecuencia, la noticia de que el vecino loco, como se creía, ha vuelto repentinamente en sí produce cierta tranquilidad, que, con un poco de voluntad, se puede tomar por alegría.

La interpretación extrema en sentido contrario: animadversión, enfado, alarma, no sería muy creíble.

También Albania es Europa.

(¡Por qué nos ha caído esta desgracia!, etc.)

El examen moderado, ese en el que predomina la incredulidad, la envidia, la burla, aunque ilógico, sería posible.

¿También Albania era Europa?!

¡Ah! ¡Solo eso nos quedaba por oír!

¿Albania – Occidente?

Y la historia que se repite desde el principio.

¿Puede ser realmente tan sibilino el texto de un líder balcánico? ¿O es mi profesión la que me empuja a enfocarlo así?

Es posible, puesto que todo esto se debe a la palabra «triste».

## V

### UN PRIMER MINISTRO TRISTE

UN PRIMER MINISTRO entristecido en los Balcanes no deja de ser algo raro. No obstante, es mejor que un primer ministro *noentristecido*.

Este matiz favorable despeja la última de mis dudas sobre si un escritor albanés podría analizar de manera totalmente neutral las palabras de un líder serbio.

Su análisis no es un lujo. Las palabras se han dicho a principios de la primavera de 2014, cuando la mayor parte de los Balcanes occidentales, en

especial tres países, Albania, Serbia y Kosova, estaban febrilmente involucrados en las negociaciones con la Unión Europea, lo que comúnmente se llama «admisión en Europa».

Y Dačić se entristecía...

El interrogante ¿por qué se entristecía Dačić?, que a primera vista puede parecernos simple, no lo era en absoluto. En primer lugar porque se trataba de un hecho futuro, por lo que la formulación exacta de la pregunta debía ser: ¿Por qué se entristecerá Dačić en el año 2024? Una precisión ulterior requería que no se olvidara que si bien la referencia era al año 2024, la previsión, sin embargo, tenía lugar en el año 2014. Lo que permite automáticamente concluir que a lo largo de aquel periodo de diez años se habría admitido la comisión de un ERROR contra Serbia. Y junto con ello, que también se admitía la voluntad de enmendar aquel error.

En realidad, nada de esto ha sucedido.

También Albania es Occidente.

Se supone que estas palabras las dicen los niños serbios. Y que las oye el primer ministro *entristecido*.

A la cuestión de qué percepción tiene cada una de las partes no resulta fácil darle una respuesta clara. Lo más natural en estos casos es inclinarse por los niños.

Ivica Dačić no solo no es el autor de ninguna de las palabras de más arriba, sino que se entristece precisamente por ellas.

Entre tanto su tristeza es demasiado vaga, puesto que las palabras *aún* no han sido dichas por nadie. Se dirán, siempre según él, dentro de diez años por sus nietos y los pequeños serbios. (Maestra, abuelo, papá Ivica, mirad el mapa: *También Albania es Occidente*.)

¿Les extraña en el mal sentido este hecho? ¿Les decepciona? ¿Les hace lanzar improperios (maestra, abuelo, papá Ivica, vosotros nos prometisteis que Albania sería barrida de la faz de la tierra)? ¿O, por el contrario, les tranquiliza; es decir, están contentos de que esta historia haya concluido al fin y los temibles vecinos hayan dejado de ser malvados fantasmas para ser vecinos vecinos?

De cómo imagine Dačić la percepción de los niños dependerá directamente la explicación de su propia tristeza. ¿Se entristece por su alegría

prematura? (Los niños se nos escapan de las manos, no los seguimos.) ¿O, al contrario, le entristece su tristeza, dicho de otra forma, su incomprensión, su prolongado envenenamiento nacional, que no es fácil de eliminar?

Desde este punto de vista, llegará un momento en el que Dačić parezca más emancipado que los niños que ha imaginado. No en vano ha realizado todas esas idas y venidas a Europa y tal vez no sea casual que la alta representante del atractivo continente sea desde hace tiempo una baronesa.

Sin embargo, sentimos que algo sigue faltando en esta historia. Volviendo a sus anteriores fases, y en concreto a las recriminaciones a voz en cuello a consecuencia de las caricias a Albania prodigadas por Europa, debemos precisar que su dramatismo es posible que sea aún más perturbador puesto que, aunque se menciona a una de las Albanias, en realidad se sobreentienden las dos. Por lo tanto, no sería solo una, la de siempre, sino las dos juntas, la vieja y la nueva, las acariciadas. En otros términos, en lugar de *También Albania se hizo Occidente* habría que decir *También las Albanias se hicieron Occidente*. En resumen, mientras que Serbia, aislada, se deseuropeizaría, Albania se haría por partida doble europea.

Parecía como si solo fuera tiempo de duelo y desesperación. No eran pocos los que decían: ¡Se hizo lo que se pudo, este sueño se acabó! ¡Ayúdanos a salir con bien, Señor! Mientras que otros les amenazaban: ¡Ciegos, siempre hay esperanza! ¡Incluso más que nunca, pero vuestros ojos no están avezados a ella!

## VI

### OJOS DE DESESPERACIÓN

LA IDEA DE QUE EXISTEN momentos en los que de lo más profundo de las tinieblas emergen de súbito las verdades con mayor claridad es bien conocida. En los Balcanes como en parte alguna. Parece lógico en un territorio en el que, por si no bastara el teatro antiguo, la propia vida humana tiene tres dimensiones, una especie de *triplevida*. Una parte en el cielo, el Olimpo. Otra bajo tierra, el Infierno. Y otra entre ambos, en la tierra. No es

fácil dilucidar cuál de las tres es la más poderosa.

Descender a las profundidades resultaría inaguantable. Una forma de evitar el vértigo sería, quizá, determinar la profundidad. Como se hace en las minas peligrosas. Cien años (metros), ciento cincuenta lo más, sería la profundidad permitida para descender en la historia de los Balcanes.

Sería un intervalo de tiempo suficiente para percibir en los balcánicos de hoy las dimensiones de la triplevida, las mismas que se creía confinadas desde tiempo inmemorial en libros y estudios y que se presentaban de repente en la vida cotidiana. He aquí el Olimpo, el barrio de los dioses, que ahora se llama Bruselas o Estrasburgo, perfilándose tan netamente en el horizonte que los jefes balcánicos, con o sin motivo, acuden presurosamente a él para resolver una disputa u ofrecer un sacrificio como antaño. Entre tanto en la tierra se aguardaban con impaciencia los diarios de la mañana para enterarse de las noticias.

En dirección contraria, del barrio subterráneo del Infierno, las noticias procedentes de él eran igualmente inquietantes, sobre todo cuando se hablaba de abrir los expedientes secretos del comunismo.

En la mayoría de los casos, las noticias eran lúgubres. Resultaba difícil descifrar si las noticias se parecían a los pueblos o los pueblos a las noticias.

DE LA MEDIA DOCENA DE PUEBLOS de la península, los tres principales, griegos, albaneses y serbios, continuaban siendo como de costumbre los más difíciles.

En ninguna otra parte del continente se podía hallar en un espacio tan reducido una incompreensión tan enorme. Iba en cabeza el embrollo albano-serbio. No resulta sencillo encontrar otro ejemplo en el que dos vecinos jamás se entiendan en cuestión alguna. No. Otra vez, no. Siempre, no. Por todo, no. Por la tierra, el mar, el cuerpo, el alma. Por los templos, la lengua, las tumbas y, por fin, por cosas que no se decían. Eran estas últimas tan fundamentales como las otras, o quizá más, como ocurre con frecuencia.

Los emisarios del Olimpo, también de dos categorías, los oficiales y los secretos, habían tratado en vano de encontrar las raíces del misterio. Creían haberse aproximado al fondo del pozo y justamente entonces volvían a perder el hilo. Era factible pensar que la culpa de todo la tenía Kosova, donde ambas partes no daban ni un paso atrás. Para los serbios era su Jerusalén, su cuna,

como acostumbraban a decir, su alma, su esencia, el cuerpo y el corazón a la vez, su plañido por una batalla perdida.

La respuesta albanesa, puesto que era más parca en palabras, parecía menos romántica. Kosova es Albania y punto. Allí hemos estado siempre. Allí está nuestra vida. Y nuestra muerte.

Se sabe que los odios inextinguibles ocultan normalmente la envidia. Pero ¿en qué podían ser envidiados los albaneses? Puede que por dos ciudades, Shkodër y Durrës, ambas tan antiguas como Roma. Scodra y Durrachium. Le faltaban, al parecer, a Serbia, porque hasta les había cambiado el nombre: Skadar y Drac. Pero sobre todo le faltaba el mar, de los más hermosos del mundo, del que los desdeñosos albaneses disponían en abundancia. Por no hablar del alfabeto latino, de los enlaces matrimoniales con Venecia y de los flirteos con el rey de Nápoles o con Roma.

Los albaneses, por su parte, envidiaban de sus vecinos la devoción que profesaban a su nación. Como todos los balcánicos, aspiraban a la gloria personal, pero aún más a la de su país. Mientras que los albaneses eran todo lo contrario: no había para ellos nada por encima de la gloria personal. Por eso su Estado era más débil, por no decir desbarajustado.

Un contratiempo de nuevo cuño hizo entre tanto su aparición, jugando como mujer traviesa con ambos pueblos enemigos. Los serbios envidiaban a los albaneses por los altos puestos imperiales conseguidos, a la vez que los albaneses sentían igual envidia pero a la contra: por los altos puestos no conseguidos por los serbios.

Nada de esto era mencionado nunca por ninguna de las partes. Continuaban las peleas por Kosova, incluso con menos esperanza y más alharaca que antes. ¡No seremos serbios sin Kosova! ¡Kosova es Albania, y punto! ¿Albania, ja, ja, olvidáis que en 1940 fue Hitler quien os la dio? ¿Y vosotros que en 1945 os la dio Stalin?

La pregunta sobre de dónde había salido este pueblo que no dejaba respirar a Serbia se repetía por doquier. Acompañada normalmente de un suspiro: ¡Si al menos...!

Desde la infancia Ivica recordaba aquel tormento. Era el mismo que atormentó a su padre y, según le contó su padre, también a su abuelo, quienes igualmente proferían el mismo suspiro: Si al menos ese vecino molesto no

existiera. Si hubiera cualquier otro en su lugar, chino, afgano, turco, pero no albanés.

La historia, lo mismo que aquel tormento, parecía venir de lejos. Todo había sido predicho hacía veinte, cuarenta, ciento cuarenta años. Los políticos, los académicos no se habían dormido en los laureles. Se habían devanado los sesos, había elaborado proyectos para reducir al vecino, hacerlo pedazos, desplazarlo, hacerlo desaparecer de la faz de la tierra, pero como siempre Serbia no había tenido éxito.

LOS ALBANESES HABÍAN COMENZADO a moverse. Fue a finales de marzo de 1981. Los estudiantes de Prishtina se enfrentaban a la policía. Fue aún más aterrador. Era a lo que el comunismo le tenía el mayor de los horrores: el levantamiento. Tras los húngaros y los polacos, los albaneses eran los terceros en alzar la cabeza.

Yugoslavia temblaba. Las calles de Prishtina se teñían de sangre. La acción más urgente, aparte de la carnicería, era silenciar el mayor de los horrores. Había habido disturbios, se habían rebelado los estudiantes como en todas partes, pero en absoluto se había producido lo más espantoso: el levantamiento en el comunismo...

En Tirana esa palabra provocaba pavor como en todas partes. Y las preguntas se repetían por doquier. Y el silencio. Y otra vez las preguntas: ¿Era o no era un levantamiento algo que se aplastaba como tal?

Belgrado enviaba emisarios a todas partes. Tras la pregunta: ¿Qué quieren los albaneses?, venía la respuesta: Quieren el islam. De libertad gozan. Quieren mezquitas. Quieren el Estado islámico.

Europa debía reaccionar antes de que fuera tarde.

Pronto los yihadistas llegarían a Kosova. Con sus enseñas, con sus armas. Europa debía despertar. Permitir a la fortaleza del cristianismo, Serbia, la defensa de la muralla europea. Como había hecho siempre. Como seiscientos años antes, un 28 de junio de 1389...

## UN SULTÁN AISLADO EN EL CAMPO DE KOSOVA

HE AQUÍ QUE HACEN su aparición los personajes de la famosa batalla como llamados por la mano del destino.

Suena la alarma de nuevo en los Balcanes. Pero a diferencia de hace seiscientos años, su sonido es ahora confuso. Entonces había dos ejércitos que a lo largo de diez horas se habían batido a vida o muerte: los príncipes balcánicos en uno de los campos, los otomanos en el otro.

Los balcánicos: serbios, croatas, albaneses, fueron vencidos. Europa, que seguía angustiada lo que estaba sucediendo a sus puertas, se echó a temblar. Dos de los caudillos, el sultán turco Murad y el señor serbio Lazar, perdieron la vida. El primero en extrañas circunstancias tras la batalla, el segundo *inmolado* al primero.

Era esto lo que se rememoraba en vísperas del seiscientos aniversario. Como de costumbre, se declamaban un sinnúmero de poemas, había música, ponencias académicas, violines plañendo, suspiros y llamamientos preñados de zozobra, se decía que los otomanos estaban de nuevo a las puertas de Europa.

Atronaba febril el discurso del jefe de Serbia, precisamente en el lugar que atronara antaño. En el mismo lugar en el que Serbia fue vencida seiscientos años atrás, en ese mismo lugar volvería a ponerse en pie. La historia vuelta cabeza abajo cambiaría de sentido. La revancha llegaría al fin.

¿A quiénes se dirigían tales amenazas? Los otomanos hacía tiempo que no existían. Ni los príncipes de Bizancio que se unieron a ellos. Con la actual Turquía las relaciones de Serbia eran excelentes. Incluso, como para recordarlo, un destacado escritor turco había sido invitado a la tribuna.

Durante el discurso del jefe cada vez se hacía más evidente que toda aquella furia y aquellos truenos, mucho más que contra los otomanos de antaño, se dirigían contra otros: contra los albaneses de hoy en día.

La sorpresa debió de ser total. En primer lugar, los albaneses habían formado parte de la alianza balcánica. Como poco, uno de sus caudillos, el conde Muzaka, había perdido la cabeza en la lucha contra los otomanos. En segundo lugar, si acaso había que hablar de abandono del campo de batalla, fue Kraljević Marko quien, con una parte del ejército serbio, se había unido a

los turcos.

Sin embargo, como si el discurso los hubiera petrificado, nadie se hacía ninguna pregunta. Otomanos y albaneses eran considerados, casi a las claras, aliados. La única diferencia era que mientras que los otomanos ya eran fantasmas, los albaneses todavía seguían vivos.

La paciencia, sea como fuere, se había agotado. La hora de la venganza contra ambos había llegado...

Los albaneses, aunque vivos, extrañamente no reaccionaron como se esperaba.

Las preguntas: ¿Qué son esas locuras? y, sobre todo, ¿Por qué ese silencio? se susurraban aquí y allá. ¿Era el miedo la causa, u otra cosa?

Era el miedo, sin duda, pero más que el miedo era otra cosa.

Era una historia sorda que proseguía desde hacía años. Una mezcla de murmullos que popes serbios e imanes albaneses, asociaciones de caridad y estudiantes recién llegados de los países árabes difundían día y noche en los salones y en los cafés: la idea de que ahora, sobre todo ahora, tras la caída del comunismo, había llegado el momento de que los albaneses revisaran la historia en relación con los otomanos. En otras palabras, ¿acaso no se necesitaba un nuevo punto de vista, un adiós a la fascinación ejercida por Jorge Castriota Skanderbeg? Porque a la postre el enemigo principal y sempiterno seguía siendo el serbio eslavo, y frente al eslavo, ¿no era conveniente unirse con quien fuera, y en primer lugar con el turco?

A muchos les desconcertaba este descubrimiento. Otros movían la cabeza incrédulos, sobre todo cuando se enteraban de que Serbia no solo se mostraba indiferente ante tales rumores, sino que cabía la duda de que fuera ella misma quien los había alentado.

El rumor no cesaba. Tal vez se habría consumido si no lo hubiera alimentado un misterioso atractivo, de esos que en la vida de los pueblos no se explican nunca hasta el final. La atracción es posible que tuviera su origen en la batalla del Campo de Kosova, aquel inolvidable 28 de junio, seiscientos años antes. Era un horror nunca visto. Un hundimiento. El propio sultán muerto. El caudillo balcánico también. El primero con gloria. El segundo, prisionero, con desdoro.

Durante siglos la memoria volvía una y otra vez a aquel Campo. Detrás de

lo que era visible se ocultaba otra estampa. No uno sino varios enigmas se sucedían. El primero, la propia muerte del sultán. El sultán fue muerto en el campo después de la batalla, según sus costumbres, pero a su hijo Jakub, ¿dónde lo mataron? En el pabellón real, inmediatamente después que a su padre, a manos del consejo de visires...

Había una serie de enigmas, más insondables los unos que los otros. Los infieles de los Balcanes no lo habían perdido todo en aquella guerra. Algunos habían ganado, aunque sus ojos ciegos no lo supieran ver.

El rumor continuaba año tras año, obstinado como el aire del invierno. Según este, entre los aliados posibles, los albaneses, por ejemplo, no solo no habían perdido, sino que se habían librado de aquella bruja de Europa, el continente maldito, también conocido por Dar al-Harb.

Así hablaban sus nuevos clérigos, los imanes, que iban en aumento. No era fácil de creer que los albaneses, mientras mordían el polvo, se estaban irguiendo en realidad. Y que lo que estaba sucediendo no era sino su triunfo oculto bajo la máscara del fracaso.

El regusto de lo imposible volviéndose posible era cada vez más embriagador. Parecía como si los propios serbios, sus eternos rivales, les felicitaran: Nosotros perdimos, vosotros ganasteis.

Eso decían los plañidos de antaño al unísono con los académicos serbios y los historiadores turcos. Eso decía su jefe en la fiesta del seiscientos aniversario. Parecía decirles abiertamente a los albaneses: ¡Odiadnos! Estáis en vuestro derecho de odiarnos a muerte. Nosotros somos los cristianos de Dar al-Harb, vosotros pertenecéis a otro espacio, al de Dar al-Islam. Proclamad, pues, vuestro odio asiático hacia nosotros, la cruz y Europa.

Y si les estorbaba el héroe de antaño con dos nombres, Jorge Castriota-Skanderbeg, que le dijeran adiós para siempre.

De un momento a otro el jefe serbio podía mencionar al sultán. Hacía mucho tiempo que los albaneses y los serbios se peleaban por adjudicarse quién lo había matado. Yacía en tierra extraña, huérfano, desde hacía seiscientos años, con la pálida luz del candil sobre su mausoleo, a la espera. Había muerto por vosotros.

KOSOVA FEBRIL. SERBIA IGUALMENTE. Si acaso en los Balcanes suena la hora

de la guerra, difícil será encontrar la fuerza capaz de impedirla.

Europa, sin embargo, aún tiene esperanzas. Escucha atentamente a ambas partes. Las exhorta, las amenaza. Las vuelve a escuchar. Los albaneses se quejan del terror. Exigen libertad. Libertad ya la tienen, responden los serbios. Quieren el Estado islámico.

Según los serbios, la historia se repite. Es de nuevo la media luna la que se alza contra la cruz. Como siempre. Se espera la llegada de yihadistas árabes. Europa debe despertar. No es casual lo que ocurre en Kosova. Allí ha comenzado, allí caerá el telón.

Los albaneses se congregan, ciertamente. Llegan de uno en uno o en grupo. Con nombres románticos. Hijos de Arberia, batallón Atlántico. De Nueva York, de Suecia, de todas partes.

Los yihadistas tardan en venir. Pero la información es segura. Pronto llegarán. Con armas, con estandartes, al grito de *Allahu Akbar*.

LA NOTICIA DE QUE EL EJÉRCITO de Liberación de Kosova (UÇK) había rechazado y devuelto a los yihadistas nada más llegar se expandió por doquier.

Parece que la noticia fue suficiente para que el continente se liberara de sus temores y se volviera hacia la península con otro estilo.

Lo increíble había acontecido aquel inicio de primavera. Tras el ultimátum, Serbia sería castigada en esta ocasión de verdad. Cruelmente. Con bombarderos. Desde el cielo. La Europa cristiana condenaba lo que los serbios habían declarado fortaleza del cristianismo. La cruz castigaba a la cruz. Era esta la primera sorpresa.

La segunda, aún más insostenible para los serbios, era que todo aquello ocurría en favor de los albaneses.

La psique de toda una nación se partía en dos.

Después de seis siglos de aislamiento otomano y comunista, a los sones de aquel patético concierto fúnebre, como si fuera música de Bach, los albaneses se aproximaban, por fin, al continente madre.

Todo acabaría invertido a un ritmo abismal. La derrota de Serbia, su nuevo Lázaro, Milosevic, entre rejas en la prisión de La Haya. Kosova separada de Serbia.

EL BOMBARDEO DE SERBIA se prolongó durante dos mil horas. Ya en el primer minuto se oyo el clamor, seguramente, de miles de «no» y de «no es posible».

¿Cómo era posible que se produjera un bombardeo a finales del siglo xx en pleno corazón de Europa? Minutos más tarde, seguían otros «no» en tonos similares. No son aviones de Europa estos. Y menos estas bombas. Y aún menos contra Serbia. Salvo que se hayan equivocado de cielo.

Los balcánicos descubrían que tener Olimpo no era siempre motivo de alegría.

## VIII

### HACIA EL EPÍLOGO

TODO SE PRECIPITABA hacia el epílogo.

La pena y la depresión en Serbia.

El júbilo de la libertad en Kosova. Complejo: como toda alegría tras una tragedia. Los desaparecidos no se hallaban. Las paredes de las casas volvían a levantarse poco a poco.

Nueve meses más tarde llegaría el sacrificio de los neonatos de las violaciones. La vergüenza y la humillación de las mujeres violadas en los silos del ganado, mientras arriba, en las plantas superiores, entre luces y brindis discurría la fiesta para todos, en ningún caso para ellas.

Calma que precede a la tempestad. Se esperaba la venganza de sangre albanesa. Se pedía la prohibición de *Hamlet* en Prishtina, puesto que, según los serbios, era la señal para la revancha.

La venganza de sangre tardaba en venir.

De pronto parece estallar con treinta iglesias serbias quemadas en una noche.

Profecía serbia: He aquí para qué querían la libertad. Respuesta albanesa: Nosotros no quemamos las iglesias.

Entre tanto, Europa vuelve a temblar. En ninguna de sus crónicas se refleja un número tan grande de iglesias quemadas.

El arrepentimiento asoma aquí y allá: ¿No nos habremos apresurado con

Kosova? Y con él la idea de que los albaneses, por más que se les ayude, seguirán siendo un cuerpo extraño en el continente.

Los había que, hartos, decían: Basta de sueños. Esto no funciona.

La respuesta era: No funcionó una vez. Otra, ya veremos.

Cierto que no se podía exterminar a los albaneses, ni desplazarlos. Pero podía haber algo parecido: la otredad. Era casi lo mismo. La turquización. La palabra se pronunciaba en voz muy baja, como se apela con frecuencia a la última esperanza.

CADA VEZ QUE EL ANTIQUÍSIMO anatema emergía de entre las tinieblas, a las claras como «turquización» o «arabización», o como eufemismo: vocación oriental, asiática o islamista, era recibido de dos maneras. Como una temible calamidad que volvía. Como un fantasma que solo daba miedo a los niños. A pocos se les ocurría pensar que ambas partes, la de los alarmistas y la de los incrédulos, podían tener razón.

La secesión de Albania del Imperio otomano en 1912 fue un acontecimiento más importante de lo que parecía. Anunciaba que Europa, después de más de mil años de imputación (pérdida parcial de las tres penínsulas del sur: la Ibérica, la de los Apeninos y la de los Balcanes), se completaba de nuevo. Ahora bien, entre el estruendo de la Primera Guerra Mundial, la noticia se perdió entre la niebla. Otra razón fue la fría acogida reservada a la hija pródiga. Para sus vecinos balcánicos, Albania era, ante todo, un ERROR. Podía considerarse un accidente. Un caso aparte. Algo que venía a romper la armonía de la situación. En definitiva: *diferente*.

Aún no habían pasado dos años desde la independencia, y como para justificar este despropósito, estallaría la rebelión de un imán loco de Sharra, a las afueras de Tirana: Haxhi Qamil. Sus seguidores, los *dumbabistas* (del grito *Dum Babën, queremos a nuestro Padre*, es decir, al sultán), pedían abiertamente el regreso del pequeño país europeo al continente asiático.

Era como la repetición de un mal sueño, del que se esperaba despertar pronto, mas en vano. Aparecería una y otra vez en los diversos regímenes políticos de Albania. El republicano de 1913. El monárquico, con el príncipe alemán Wied en 1914. La segunda república en 1920. La monarquía de Zog en 1930. El régimen comunista de los años cuarenta, cincuenta, sesenta,

setenta y ochenta. Y, finalmente, el poscomunismo.

Durante el siglo xx primaria la alianza no declarada del otomanismo y el comunismo. Su sustento era una carencia: los otomanistas no tenían nación, sino religión. Los comunistas no tenían patria, sino ideología.

La caída del comunismo apenas cambió nada del cuadro de más arriba. Seguían los dos aliados, los otomanistas y los comunistas, con la única diferencia de que, si anteriormente era uno de los dos el que estaba muerto, el otomanismo, ahora estaban muertos ambos. Lo que no significaba un obstáculo para que se produjeran situaciones inexplicables. Mientras sollozaba impaciente y nostálgica por Europa, Albania se unía subrepticamente a la Liga Islámica. Y por si no bastara, con el paso de los años, no solo nadie se molestaba en explicar esta contradicción, sino que, en 2014, un exministro de Asuntos Exteriores entendía «la integración de Albania en Europa» como una oportunidad para acrecentar su papel precisamente en la Liga Islámica, como si la principal preocupación de Albania fuera esa Liga y su buen funcionamiento.

Desgraciadamente, no se alzó ninguna voz para explicarle al delirante exministro que Albania no tenía ninguna necesidad de representar ese papel. Es decir, no tenía ni derecho ni voluntad de representar a Europa ante los países islámicos, o a estos últimos ante Europa.

Para Albania había pasado de una vez y para siempre el tiempo del teatro del absurdo y de los papeles imposibles, como aquel de ser el único país del mundo en el que la religión se prohibió por decreto. O el de la defensa en solitario del marxismo-leninismo planetario.

Estos papeles imposibles y estas soledades, al encadenarse unos tras otros, habían sembrado la idea de que Albania, no obstante hallarse en el continente vanguardia de la humanidad, tenía algo que le impedía formar parte de él en sentido estricto. Esta percepción algunas veces se manifestaba como deuda o pecado a expiar, otras como un defecto genético y otras, como una duda: nación europea, pero con una carencia, con un «aunque», en resumen, con un «pero». Por tanto, una Albania con una tara esencial. Marcada. Distinta para mal. Equivocada.

En medio de esta maraña, un geólogo francés, reconvertido en historiador aficionado, valiéndose de los foros internacionales y de un rebaño de

renegados, que nunca faltan en Albania, intenta excluir la crónica albanesa de la historia de las naciones para desplazarla furtivamente hacia el universo islámico, o más exactamente hacia el territorio de las sectas, como la bektashi. Después de esto resultaba más fácil dar el paso siguiente y calificar a los albaneses como «nación de mayoría musulmana», definición que nadie utiliza hoy en la Europa de las naciones.

El antiguo celo consistente en subrayar la diferencia de los albaneses había hallado, al fin, su ropaje oficial. Cuanto más se acercaba la posibilidad de integración en Europa, más fuerte tañía esa campana. Albania en Europa, naturalmente, como todos los Balcanes occidentales. Y sin embargo, no como todo el mundo. Albania, pero con un «pero». Albania como por misericordia. Como mal menor. Temporalmente.

Esto último parecía sosegante. Albania no era la hija de la casa europea, sino la novia forastera, llegada de lejos, de la casa de su padre (más exactamente del *dumbaba*), adonde, como toda novia, se la podía hacer regresar.

Este retorno a Asia constituía la esencia de lo que se podría llamar Albania con «pero», o Albania a condición de.

## IX

### DE NUEVO ATRÁS. VUELTA A JABAL Y JABLA.

#### CAPTURA DEL SULTÁN MUERTO

PARA INTENTAR COMPRENDER la esencia de la historia de «Albania a condición de», se impone la vuelta atrás.

La vuelta a setecientos años atrás, a 1314, cuando dos pueblos lejanos, los albaneses y los turco-otomanos, completamente desconocidos, de parecida talla, como dos fieras en la niebla, según la imagen de Fallmerayer, aún no sabían que un día se enfrentarían a vida o muerte, hasta que uno de los dos cayera, lleno de amargura y de sed de venganza.

Vendrán después 1389, el Campo de Kosova; 1444, Krujë; 1453, Constantinopla; 1468, el final de Castriota; 1479, caída de Shkodër; 1480,

desembarco otomano en Italia. Inmediatamente después, la muerte del sultán ocupante. Retroceso. Fin de Albania. Comienzo de no-Albania.

A continuación los años 1501, 1601, 1701, 1801, 1901. Después el año 1912: de nuevo Albania. Año 1913: Albania con príncipe alemán que trata de regresar a Europa. La otra, la contra-Albania que no quiere. Año 1920: Albania republicana. Año 1939: Albania italo-albanesa. Año 1943: Albania germánica. Año 1944: Albania comunista.

Entre las regresiones específicas cabe citar la del 31 de marzo de 1981. Albania exterior. Prishtina. Tanques en las calles.

En la universidad medio desierta, mientras los tanques hacen pedazos a sus compañeros, en una estancia silenciosa, un estudiante de Pejë sigue redactando su tesis doctoral: «El origen árabe de los albaneses».

Es el futuro doctor Muhamed Mufaku. El mismo que se encuentra al lado de Serbia en sus horas malas. Más aún que los tanques.

La tesis doctoral de Mufaku de hace más de treinta años demuestra que el proyecto de turquización de Albania o, dicho de otro modo, de «Albania a condición de» nunca ha sido una inspiración casual. De la Yugoslavia monárquica, con la doctrina de Čubrilović de 1938, había pasado a la Yugoslavia comunista, y después, tras la caída del comunismo, a la Serbia poscomunista.

Por increíble que parezca, los delirios con Jabal y Jabla, el que sacó el ojo o al que pisaron la túnica, pues, continuaban renovándose.

Una mañana, la gran mezquita de Prishtina amaneció con el nombre de un sultán turco. No era Murad I, muerto en 1389 en el Campo de Kosova, como se creyó en un principio, sino un sucesor, Mehmet Fatih, el Conquistador, vencido más adelante por Jorge Castriota Skanderbeg.

Desde hacía siglos, Castriota seguía presente en Europa por medio de sus estatuas de bronce. En bronce había llegado a Roma, a Bruselas y a las ciudades escandinavas. Después, cuando los otomanos dejaron las tierras de Albania, volvió para reclamar su lugar, siempre en bronce.

Así había llegado a la capital de los albaneses, a Tirana, y después a la segunda capital, a Prishtina. En ambas ocasiones se rememoraban las famosas palabras que pronunciara cuando volvió por primera vez a Albania aquel inolvidable noviembre de 1444: La libertad no os la traje yo, la

encontré entre vosotros.

Sin embargo, nunca había ocurrido que detrás de su estatua apareciera un sultán, esta vez no en bronce, sino en forma de mezquita. ¿Acaso podían compartir el mismo lugar el portador de la libertad y su secuestrador?

Por supuesto que no, porque todo resultaría descabellado, los mensajes serían opuestos, y tras las sagradas palabras de Castriota por la libertad, las palabras del sultán: la servidumbre no la traje yo, sino que la encontré entre vosotros, sonarían macabras.

2014

# MACBETH

QUE EXAGERABA CON *MACBETH* venía de lejos. Que me resultaba imposible desprenderme de él no era ningún secreto. Cuando lo mencionaba, esperaba que los amigos me dijeran: ¿Ya empiezas tú otra vez con *Macbeth*?, mientras me percataba de que aquel reproche, antes de oírsele a ellos, ya me lo había hecho yo a mí mismo.

Al principio creí que nuestra separación sobrevendría de forma natural, como todo lo demás de la niñez. Lo que no estaba claro era cuándo se produciría.

A decir verdad, tardaba en llegar, pero no me inquietaba en absoluto. Como tampoco me preocupaba la pregunta de si deseaba o no esa separación.

Entre tanto, como ocurre habitualmente con las cosas que llegan cuando menos se las espera, creí llegado el momento de la separación en el segundo año de instituto, cuando, bruscamente, cesaron las clases de francés para ser sustituidas por las clases de ruso.

Esperaba ansioso la hora en la que, aparte de en albanés, pudiera leer *Macbeth* en alguna otra lengua. Me parecía milagroso que aquella pavorosa belleza se encarnara y se reprodujera en decenas y decenas de lenguas, como una dicha al alcance de toda la humanidad. Por supuesto que habría querido leerlo en el original, pero dado que el inglés, como idioma del imperialismo, no había la menor esperanza de que se enseñara en la escuela, me contentaría, en principio, con el ruso.

Poco tiempo después, con el poco ruso que había aprendido, le pregunté a nuestra profesora rusa si podía conseguirme un *Macbeth* en ruso.

Se sorprendió, y después me prometió que el sábado, cuando fuera a Tirana, lo encontraría seguramente en la biblioteca del club soviético.

Todos sabíamos que en Tirana estaba su prometido; por eso los lunes la

observábamos con extrema atención para distinguir las huellas del placer, tal como nosotros nos lo imaginábamos, tanto en su forma de mirar como de caminar.

El primer lunes, tras la promesa del libro, no conseguí entender nada, pues si era posible imaginar las huellas del amor, no existe forma humana de saber si una mujer joven te ha traído o no *Macbeth* en ruso.

A mitad de la clase, cuando casi había perdido la esperanza, se acercó a mi pupitre y estirando el cuello, del que emanaba un agradable perfume, me susurró que no había olvidado el libro.

Ansiaba volver a casa para comparar diversos fragmentos de ambos textos.

La impaciencia me hacía pasar de una página a otra como un loco.

Tan pronto buscaba la aparición del espectro como el puñal ensangrentado que se le aparece a Macbeth antes del crimen. Pero igual de estremecedora me parecía la llamada a la puerta en la escena que sigue.

*O, jesli b stuk mog probudit, Dunkana!*  
*¡Oh, si el stuk despertara a Duncan!*

Este *stuk* debe ser la llamada a la puerta, pensaba.  
En albanés era bastante diferente.

*¡Llama y despiértalo! ¡Así pudieras!*

Me invadió un sorprendente júbilo. Había más de cien lenguas en el mundo a las que se había traducido *Macbeth* y las cien reproducían a su manera este gran estertor.

Entre tanto, en paralelo a la alegría algo se iba enfriando dentro de mí. Busqué aquí y allá otras líneas en ruso, pero en vez de arreglarse, la cosa se iba poniendo cada vez peor.

No creía que la culpa fuera del ruso. Esa lengua nos gustaba a todos, máxime cuando la profesora me resultaba cada día más atractiva, sobre todo los lunes, cuando volvía de Tirana.

Sentía que el motivo era otro, y entonces me puse a pensar en el alfabeto cirílico. No cabía duda de que era él el que ponía obstáculos al

estremecimiento.

Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que todo aquel pavor solo podían transmitirlo bien los caracteres latinos, como los tenía, por suerte, el albanés. Además, el texto en cirílico parecía escrito en letras mayúsculas, lo que te agotaba.

Por si no bastaran los caracteres cirílicos, algo inesperado contribuyó a aumentar nuestra decepción: otro libro. No era un libro de química, ni de enseñanza moral, sino todo lo contrario, uno de ese género en el que más que en ningún otro habíamos puesto las esperanzas de pasarlo bien: una novela.

Su fama comenzó a expandirse antes incluso de que supiéramos el título. La obra maestra de toda la literatura comunista, su piedra preciosa, su corona se daría en clase. En los recreos, las noticias sobre la novela se divulgaban con rapidez, e incluso aquí y allá comenzó a mencionarse su título. ¿Ya habéis comenzado con el libro? Aún no. ¿Y vosotros? Nosotros tampoco.

El título, aunque no lo reconocíamos, nos pareció bastante decepcionante. Eran muchos los que al principio no se lo querían creer. Incluso algunos lo habían cambiado por su cuenta: «La madre ensangrentada». Máximo Gorki, «El espectro de la madre». Y así sucesivamente, hasta que habían comprendido que debían agachar las orejas. La novela se llamaba *La madre* y punto. En ruso sonaba incluso más seco: «Mat».

Sin embargo, a nadie se le ocurría pensar que el título era una joya comparado con el libro. Nada de ruidos de espectros, ni muertes después de cenar, ni incluso por la tarde. Y por si fuera poco, el personaje central era, sí, una mujer, pero que no tenía ni punto de comparación con la cortesana Imperia de *El puente de los suspiros*, ni con Elena de Troya, y no digamos con lady Macbeth. Era una buena madre, que iba haciéndose cada vez mejor, y después, cuando esperabas descubrir que toda aquella bondad suya no era sino una máscara para ocultar alguna maldad secreta, todavía se volvía más buena, tanto que te daban ganas de gritar: ¡Ya basta!

Lo malo era que la amenaza de bondad no solo provenía de *La madre* de Gorki. Estaba seguro de que el retrato de Stalin, que no faltaba en ninguna de las aulas, despertaba el mismo sentimiento. Bueno, sin lado oscuro, lo que significaba aburrido. Era bueno, por ejemplo, también Skanderbeg, pero

hombre, llevaba dos cuernos de cabra en el casco que te ponían los pelos de punta. Stalin, nada de eso.

Que algo no iba bien con Stalin lo demostraron los llantos a su muerte: lloraban los mismos que durante años sucesivos lo habían aclamado en fiestas y mítines, como los obreros de las fábricas, los oficiales, los cooperativistas, las organizaciones de mujeres, es decir, lloraban todos los reidores. Y a continuación los escolares, los presos, los huérfanos, los equipos de voleibol, las minorías étnicas, las costureras, los estonios, los mongoles, los burós políticos.

Estos últimos eran particularmente decepcionantes en lo relativo a irradiar terror. Al verlos así, en fila, en las tribunas, automáticamente te preguntabas: ¿Organizará alguna cena esta gente... dicho de otro modo... tendrán invitados?

Por qué no lo reconoces, me dije... Por qué no dices... ¿Acaso no pensarían... como hizo el *tuyo*... Macbeth, sí... que... después de la cena... mandarían a la fosa... a los invitados?

¿Cómo puedes pensar en cosas tan siniestras?, me dijo un día una compañera de pupitre. Era la primera vez que nos sentaban a chicos y chicas juntos, según una experiencia soviética, y yo, tratando de decirle algo que la impresionara, le hablé de la cena de Macbeth.

Ella meneó la cabeza y me repitió más o menos lo mismo sobre mis siniestros pensamientos.

¿Acaso tú no los tienes?, le dije. Ella respondió «no» con la cabeza, y por si no fuera suficiente aquel «no», lo acompañó de la palabra «jamás», lo que me resultó particularmente hiriente.

Me contuve para no decirle: Bien sé yo dónde tienes tú la mente, pero al instante me dio vergüenza, e inmediatamente después la convicción de que no debía repetir la conversación sobre Macbeth con ninguna otra chica primó sobre todo lo demás.

igualmente atrás la cuestión de M.

Emulando la canción arbëresh: *Allí dejé al señor padre, allí dejé a la señora madre*, yo podría decir: Allí dejé al señor Macbeth.

Una compañera de clase, de la capital, muy dulce y rubia (lo más a propósito del mundo, según yo, para limpiar como una esponja los sinsabores de la adolescencia), me daba la impresión de que me había convertido en otra persona. Eso creía, a pesar de que una vez tras otra sintiera que Macbeth rondaba siempre alrededor, aunque no se dejara ver.

Durante un tiempo creí que no era tan difícil mantener la promesa de no volver a hablar del escocés y menos de su lady. Sobre todo cuando estaba estudiando en Moscú. De inmediato se sentía que era aquel el lugar más a propósito para decirle adiós a mi negro lord.

No eran solo los cabellos rubios de las muchachas, abundantes y apaciguantes como en parte alguna, los que me ayudarían a conseguirlo. Era también otra cosa, que emanaba del propio Kremlin medieval. No estaba a más de veinte minutos andando de nuestro Instituto y le iban al pelo historias como las de Macbeth, pero qué quieres, la estrella roja en la punta, junto con el famoso reloj realsocialista, no permitían jamás que se acercaran las lechuzas. Y menos aún cualquier espectro.

Predominaba en todas partes una especie de sonrisa muerta, una bondad como para echarse a temblar, si hubiera sido posible... Era algo así como lo de *La madre* de Gorki, una especie de fantasma, sí, pero distinto, y mil veces de peor agüero que los otros: el espectro *positivo*.

En ocasiones me parecía que todo aquello no era sino fruto de mi imaginación. Se hablaba a diario y sin tomar precauciones de grandes crímenes, secretos, pero el modo de hacerlo era extraño, no imponía. Era algo así como si se dijera que en una medianoche de diciembre, tras los fusilamientos de la Hoya del Cuco, el comandante del pelotón hubiera deseado a los fusilados ulteriores éxitos en las nuevas condiciones de cerco de la muerte y fango imperialista.

Se dice que Stalin quería exterminar a todos los letones, me dijo un día con absoluta calma Jeronim Stulpanz. Era mi mejor amigo y tenía el convencimiento de que por nada del mundo podría enfadarme con él. Sin embargo, sintió que algo no me había gustado de sus palabras y continuó:

¿Te sorprendes? ¿Crees que con vosotros los albaneses no habría hecho lo mismo? Bendecid la suerte de hallaros a miles de kilómetros, si no ya veríais lo que es bueno.

Le dije que no era eso, sino otra cosa. No era sencillo explicarle que era un macbethómano, si es que cabe utilizar una palabra semejante, y que siempre me causaba sorpresa que un horror se contara sin horror... Como si dijéramos que todas esas grandes atrocidades se narraban de un modo... Muertes sin graznidos de cuervo ni sueños funestos... muertes sin espectros a continuación...

Me percaté de que no me seguía y, para tratar de aclararle lo que quería decir, le conté lo que de adolescente pensaba de Stalin, la historia de que me parecía que todos le engañaban y que me daba pena.

Mi amigo me replicó que menudo imbécil había sido, nos reímos ambos y volvió a decir que imbéciles lo habíamos sido todos, los albaneses y los letones juntos. Después añadió que imbéciles lo seguíamos siendo ahora, al adjudicarle esa bondad de la que yo hablaba a Lenin, y darnos pena, etcétera, hasta que nos enteráramos de que el tío Lenin puede que hubiera sido aún peor que el que acababa de palmarla.

La conversación volvió de nuevo a la carga del terror y el graznido de cuervo a lo Shakespeare y yo supe que me había entendido cuando me contó algo que no sabía: la salida indignada de Stalin a mitad de la representación de la ópera de Shostakóvich *Lady Macbeth de Mzensk*.

Ajá, exclamé yo, y después ambos a la vez. ¡Ajá, con que también tuviste sueños funestos! Y hasta predicciones de brujas, quizá: ¡Salve, Stalin, que mañana despertarás Lenin!

AUNQUE APARENTÁRAMOS que no era así, nuestro pensamiento volvía una y otra vez a la cuestión de qué nutría más a la literatura, la vida o la no-vida.

Como si de una campaña electoral se tratase, los dos *lobbies* no dejaban de gritarse: Aprended de la vida, id al seno del pueblo, o al contrario, id a cualquier parte menos al pueblo, nada tenemos que aprender de él, o bien, no

escuchéis a los decadentes, todo se encuentra en la vida, codo a codo con el pueblo, ja, ja, ja, decid mejor codo a codo con los muertos, ja, ja, chist, chist tú.

Todo lo que escuchábamos en clase sobre los paisajes de Kafka, el descenso de la literatura griega del Olimpo, las tres dimensiones de Dante, la locura de don Quijote, hasta el surrealismo y el último complot del jurado del Nobel relacionado con Pasternak nos había embrollado la mente hasta tal punto que, cuando un día Maskiavicus gritó borracho: «Un fantasma recorre el instituto que lleva su propio nombre, el fantasma de Gorki», nadie fue capaz de saber si el grito contenía un significado secreto o era sencillamente el grito de un borracho.

Cada vez sentíamos con mayor intensidad que lo que había comenzado como jolgorio encerraba algo dramático. Había momentos en los que nos parecía que la literatura y la vida daban la impresión de ser una pareja que un día se amaba locamente y al día siguiente se odiaba locamente también. Por todas partes no se hablaba sino de su divorcio.

Tras mi regreso de Moscú, en Tirana, el conflicto había alcanzado el sùmmum. La relación del arte con la vida era equiparable a la relación con la patria, y en sentido contrario, con la traición a la misma.

Me has hablado de una novela que escribiste allí, me dijo el día del reencuentro mi íntimo amigo Drago Siliqi.

Le respondí que la había traído conmigo, terminada.

En vez de resplandecer, su cara se ensombreció.

Me explicó que estaban sometidos a una vigilancia especial los que habían vuelto del extranjero. No debía hablar con nadie de nada. En particular de la novela, que no debía mencionar hasta que la leyera él.

Mi novela es correcta, le dije. No hay en ella ni surrealismo ni nada de todo eso a lo Shakespeare.

Sin embargo...

A los dos días volvió con una cara aún más sombría. Sentí un crac en el corazón. No me habría extrañado si nos hubiéramos puesto a llorar a lágrima viva ambos. Es una maravilla, dijo. Pero ¿qué quieres? Debes mantenerla en secreto. Incluso no hables de ella nunca más. Incluso...

Esperaba que me dijera ¡qué mala! Mi mirada debía de ser tan salvaje que,

como si lo adivinara, mencionó justamente la quema. No te estoy diciendo que la quemes, sino que la escondas, que la entierres profundamente... ¿Me comprendes?, tanto que hasta olvides que la has escrito...

Como nos entendíamos, dejamos la conversación para otro día. Drago era encantador y sonriente. Sin embargo, no había conocido a nadie que cuando se enfadaba se volviera aún más encantador. Cuando la vez siguiente volvimos a hablar de la novela, nos ensombrecimos los dos. Le resultaba difícil explicarme qué era lo malo, y todavía más difícil me resultaba a mí comprenderlo. Casi, casi me dijo a las claras que allí, en Moscú, en lugar de ganar en sensatez, la había perdido del todo. ¿Dónde había visto yo que en una novela corta hubiera tantas prostitutas y falsificadores de documentos y que, por si no bastara, se hiciera referencia a soplones y enfermedades venéreas? Por no hablar del personaje principal, que se adivinaba fácilmente que era yo mismo, pero con una vida que no era la mía, como si dijéramos la vida y la no-vida, o...

Por segunda vez le interrumpí, diciéndole que era mejor que dejáramos aquella conversación, y que «ellos» tenían razón, que a mí no me iban tales temas, digamos, de la vida...

Comenzamos a hablar de otras cosas y, como sucedía normalmente, de los recuerdos de Moscú pasamos a las chicas. Le hablé de Helena, a la que acababa de conocer, y mientras hablaba, sin saber cómo, me pareció, no sin cierto pánico, que me preguntaría que por qué no escribía algo sobre ella. En realidad ya se me había ocurrido a mí, entre otras cosas porque tenía dieciocho años y esa era por lo común la edad de las heroínas de las malas novelas de amor...

Le conté todo esto y nos reímos ambos un buen rato, hasta que me dijo que puesto que yo estaba en contra de los dieciocho años, y puesto que diecisiete ya no los podía cumplir, el dilema tenía una solución: bastaba que esperara a que la joven tuviera diecinueve años para que la literatura albanesa se enriqueciese quizá con una obra maestra.

No ocultaba que, incluso cuando hablábamos medio en broma, mantenía tan extraordinaria confianza en mí que me hacía recordar la que me mostraba en la infancia un primo mío. A veces la sentía con tanta fuerza que me parecía que la impaciencia que me invadía por «la sorprendente» (como

llamaba en mi fuero interno la obra futura) tenía bastante más que ver con la satisfacción que pudiera proporcionarle a él que a mí mismo.

Esto mismo ocurrió algunas semanas después, cuando tras regresar de un viaje en comisión de servicio a Shkodër le alargué un manuscrito con cerca de cuarenta páginas.

Ajá, ¿lo escribiste por fin? Sin esperar que... (puede que quisiera decir: Sin esperar que la rubia deje atrás los dieciocho años).

No le contesté, pero no le quitaba los ojos de encima, como un león hambriento, mientras lo hojeaba. ¡Ajá!, exclamó. Después ¡uf!... después ¡huy!... y finalmente ¡oh, oh! Y repetía el título como si lo estuviera masticando... *El general del ejército muerto*. ¡Madre mía!...

Nos sentíamos ebrios y felices los dos. Como me ocurría con mi primo de doce años, cuando, aún sin haber escrito nada, él estaba convencido, incluso más que yo, si no más, de que llegaría a ser un escritor sin par...

La ebriedad continuó días enteros. Solo hablábamos de ello. Nos congratulábamos mutuamente: yo por haberlo escrito y él porque estaba seguro de que lo haría. A veces nos acordábamos de Stulpanz. De aquellas conversaciones contra la vida y en pro de la muerte. De la expresión codo a codo con los muertos, que él había pronunciado el primero. Cómo me habría gustado conocer a ese bendito letón, repetía emocionado Drago. Y yo cada vez estaba más convencido de que se parecían ambos, incluso en el aspecto.

Un día apareció con los ojos hinchados de no haber dormido. Escucha, me dijo, anoche no pegué ojo por tu culpa. Tengo una idea, pero no me lleves la contraria. ¿Me das tu palabra? Te la doy, le dije. Repitió la pregunta tres veces, y a la tercera, sin pensármelo ni un segundo, le prometí que haría lo que me pidiera.

Se demudó por completo antes de decirme que en el momento en que yo pensaba haber realizado un prodigio, en realidad lo que había cometido era un crimen. Había sacrificado un sujeto tan extraordinario por un (... pedazo...) de relato. Pero, afortunadamente, aquel desastre podía enmendarse... Alterado, comenzó a hablar de la reparación como si hablara de la destrucción. Al principio no le entendía. Se trataba de renunciar al relato en favor de una novela. Creí que se refería a la novela sobre la rubia. Pero simultáneamente mencionó el relato, el del general que recoge los restos

mortales. Estaba a punto de preguntarle a cuál de ellos se refería, hasta que comprendí que era a los dos. A la rubia déjala que espere, decía casi furioso. Pero por el otro, por el relato de los restos mortales, no debía sentir ninguna pena y debía destruirlo sin piedad...

Acabé por entender que era este último el que debía transformarse en novela.

A la rubia déjala que espere, me repetía a mí mismo, no sé por qué de manera teatral. Su idea me gustó mucho, y a diferencia de lo que él pensaba, le dije que lo haría.

Dos semanas más tarde, al tiempo que yo estaba totalmente inmerso en el trabajo, él partió hacia China. Su estancia sería prolongada, dos o tres meses, y yo pensaba que ese tiempo sería suficiente, que durante su ausencia todo estaría acabado, y que le esperaría en el aeropuerto con un ramo de flores, junto a la rubia y con el manuscrito de la novela.

Drago jamás regresaría de aquel viaje.

La novela se escribió y se publicó y todo fue sin él. Igual que fue sin él «la novela corta de la rubia». Y todo el resto. Por siempre...

Helena cumplió los diecinueve años. Después los veinte... La rubia no puede esperar más, habría dicho Drago.

Tras la novela, pensaba que todo el mundo esperaba algo excepcional. Incluso me parecía que me decían en mi propia cara: ¡Quién sabe lo que nos harás ahora!

Un día me encontré casualmente a D. D., o Doble D., como aún llamaban a Dilaver Dilaveri, uno de los pocos compañeros de estudios que permanecía en Tirana. Me dijo que tenía pensado hacerse crítico literario. Fuimos al café Tirana y cuando le dije que estaba a punto de comenzar a escribir algo, me confesó lo mismo, es decir, la historia de que, tras aquella novela, todo el mundo esperaba algo magnífico, etcétera.

Le conté que quería escribir una historia de amor sobre una muchacha que hacía tiempo que... ¿Una rubia?, me interrumpió. Te he visto un día en el café Flora, una acojonante... Aunque intentó tragarse la palabra vulgar, se le escapó. Le dije que íbamos en serio y me pidió disculpas. Yo tenía, pues, la intención de escribir algo, pero nada de lo que la gente pudiera esperar y que, para ser sincero, me ponía de los nervios; sin extenderme y dicho de otra

forma, quería escribir algo original, máxime cuando la muchacha se llamaba Helena y lo quisiera o no en mi mente no podía evitar la asociación con... Elena de Troya; me volvió a interrumpir, no me extraña que tu mente haga tales asociaciones, sobre todo cuando la otra es una acojo... hum. No se trata de una estúpida semejanza de nombres, le corté, sino de otra cosa. Es la angustia que crea alrededor. ¿Me comprendes? Es el pavor que atraviesa los milenios y te atrapa allá donde estés. No te sigo, me dijo. Después, como si se acordara de algo, añadió: Señor mío, ¿no tendrás en mente cometer una tontería? ¿Qué tontería?, dije yo. Pues un rapto, un rapto menor como si dijéramos, por el que ahora esperas el castigo. Ah, no, le dije, la angustia no tiene la menor relación con eso.

Pedimos otro café y le expliqué que en realidad una especie de rapto sí que se había producido, es decir, que la muchacha había estado prometida a otro y que yo se la había quitado a ese otro, pero... Ajá, ahí está la madre del cordero, dijo. Está claro como la luz del sol: Le has quitado la prometida a un desconocido y ahora no puedes pegar ojo por si el otro vuelve y te la quita a ti... ¡Que no!, estuve a punto de gritarle. No ha sido así en absoluto. Su historia había terminado hacía un año. Mientras que la angustia es de índole general. Fue toda Troya la que se angustió cuando, por culpa de Elena, apareció el Monstruo, es decir, el caballo de madera. En mi novela, la Troya de antaño y la Tirana actual serían una. Y su angustia también.

¿Y la muchacha?, me interrumpió. Por un instante nos miramos a los ojos como dos dementes. Te preguntaba por Helena... dijo... Pero antes, te ruego que me aclares una cosa que me está volviendo loco: ¿Sobre quién escribes ese maldito relato, sobre la estudiante del café Flora o sobre Elena de Troya?

Sobre ambas, pensé. Mientras que en tono inseguro le dije que en literatura las cosas no se dividían de ese modo.

Ajá, lo he comprendido, dijo. Y sin ocultar cierta ironía añadió que, por lo que me había entendido, yo era el raptor y el raptado... O, más exactamente, ¡que intentaba raptarme a mí mismo!

Me separé de Doble D. sin entender una palabra. Dos meses después, cuando le telefoneé para decirle que, a los dos días de la publicación en la revista, *El monstruo* había sido prohibido, en lugar de responderme: ¿No te lo dije?, con voz grave me dijo que quería verme urgentemente.

Cuando nos encontramos, en lugar de consolarme, me dijo que lo mío iba mal. Incluso peor de lo que pensaba. Me quedé helado: ¿Cómo que peor? Ah, dijo, todo puede empeorar. Escucha, Doble, si pretendes atemorizarme, mejor será que dejemos esta conversación.

¿Yo atemorizarte?, estuvo a punto de gritar. Solo un desagradecido puede hablar así. Se había despertado a las cinco de la mañana pensando en mi situación y yo, señor mío, me quejaba de que pretendía atemorizarme. Escucha, me dijo, puedes hacer lo que se te pase por la cabeza, pero has de saber que tus cosas no van bien. La exigencia de que escribas sobre la vida se multiplicará ahora por diez. Y ese será el mal menor.

Su tono finalmente se relajó y me repitió las mismas cosas, solo que ahora con calma. Mientras hablaba creí hacer un descubrimiento: escuchar todo aquello con sangre fría era mucho peor que a grito pelado. Debía, pues, tener cuidado. Si me libraba esta vez, debía saber que sería la última. De modo que no estaría mal que examináramos juntos los sujetos de las narraciones de las que le había hablado. Aquello del suicidio de un bajá turco, por ejemplo. A primera vista podría parecer que los enemigos se desmoronaban espiritualmente ante nuestra fuerza, etc. Pero qué quieres, no es actual. Sobre todo cuando ya me había ocupado de un general recolector de muertos. Otra vez, dirían, es lo mismo, solo que el general en lugar de ser italiano es turco. En otras palabras, tanto monta monta tanto. No, eso no valdría. Ni el otro tema sobre Gjirokastër, cuyo motivo sería arreglar, es decir, enderezar el Callejón de los Locos, ni tampoco el proyecto de la línea de metro, que suena a mofa. Las notas sobre la ciudad de Moscú sí parecen actuales, pero ya se sabe que después de la gran trifulca, hoy es mejor no nombrarla, y tampoco escribir sobre ella. Y además ¿quién demonios es ese Konstandin que se levanta de la tumba y recorre a galope tendido Moscú? Sin mencionar otros aparecidos y macbethismos; tras lo cual estuve a punto de gritarle *¡basta!* cuando él, como si hubiera encontrado al fin lo que andaba buscando, me dijo *¡espera!* Sí que tenía un argumento que resultaba adecuado, la descripción de una boda entre obreros de un tajo, con canciones y bailes, tal como debía ser, a excepción del final, cuando por motivos de celos aparece el chófer del camión cisterna de aguas negras y apunta a la novia con la manguera, eso podía quitarse... Lo que importaba era que me salvara esta vez, en una

palabra, que se llegara a olvidar *El monstruo* del demonio.

HABRÍA DE RECORDAR DURANTE MUCHO tiempo esta conversación. La novela sobre la boda fue escrita y su publicación tuvo mucha repercusión. Solo Doble D. escribió tres artículos sobre ella. Me esperaba impaciente en el café Tirana, pero de entrada ya advirtió que yo no estaba contento en absoluto. Lo sé, me dijo poco después. Admitía que difícilmente podían gustar aquellos elogios, aquellos himnos a la vida, etc., pero no podía hacer otra cosa. Lo principal era que les había cerrado el pico con el asunto de la vida actual. Después, si se miraba de más cerca, tampoco eran para tanto los elogios. La mitad de los personajes positivos se habían emborrachado, otros estaban mal de la cabeza, por no hablar de dos medio putas (mi vieja manía, según él) que, con calzador, había introducido.

Doble D. era sincero, como siempre. Según él, yo había hecho mi parte. Como poco durante dos o tres años me dejarían en paz. Ellos esperaban que tras haber cumplido con mi obligación hacia la clase obrera, me precipitaría ahora hacia los cooperativistas. Ese era su problema. Yo debía dedicarme a lo mío. Al suicidio del bajá turco, por ejemplo, o a enderezar el Callejón de los Locos. Pero lo que más me apetecía era volver a los recuerdos de Moscú. Escribí algunas páginas y después lo dejé, quién sabe por qué. Había algo imposible en ello, algo de sueño obsesivo. Algunos días creía entender el porqué. Era la imposibilidad de volver. Otros me parecía que era otra cosa, que yo ignoraba. Algo había sucedido allí tras mi marcha. La ligereza con la que mentaba a Stulpanz por su verdadero nombre en un episodio comprometedor para un hombre casado, como el del lío de ambos con la misma chica, había momentos que me quitaba el sueño. El razonamiento de que era la imposibilidad de verme con él la que me producía aquella desazón no bastaba. Era otra cosa la que motivaba aquella funesta ligereza: Stulpanz, como sabría más tarde, había decidido quitarse de en medio suicidándose.

Entran tres brujas... ¡Salve, Macbeth, que mañana despertarás rey!

Siempre recuerdo aquella mañana de domingo, cuando con mis flacos dedos manchados de tinta y agarrotado por la tensión escribía o, más exactamente, copiaba aquellas páginas que podrían considerarse los comienzos de un futuro escritor.

Doce años después, en Moscú, en el seminario de psicología de la creación, cuando cada uno de los estudiantes narró su primera experiencia con la literatura y yo conté este episodio, todos rieron. Al proceder los estudiantes de diversas naciones, las primeras experiencias suscitaban una singular curiosidad. El seminario estaba concebido de forma que cada uno de nosotros respondiera a las preguntas de los demás, explicara las circunstancias en las que se había producido su primera *creación*, los impulsos perceptibles, y sobre todo los ocultos, que tenían relación con la consciencia y el subconsciente, las posibles represiones, sueños, dudas y hasta los reveses históricos del país de donde procedía el estudiante.

En mi caso, la primera pregunta la hizo el profesor: ¿No me había inquietado, siquiera un poco, el hecho de que lo que yo creaba no era mío en absoluto, sino de otro, en este caso del célebre inglés?

Mi respuesta «ni un ápice» desató una segunda oleada de carcajadas. En realidad, así había sido. Recordaba perfectamente que lo único que me había inquietado mientras copiaba eran las palabras difíciles, como por ejemplo *magjisticë*, bruja, que pese al cuidado que había puesto había acabado como *mastrigjicë*.

Las preguntas de los compañeros, como cabe suponer, se fueron haciendo más hilarantes y mordaces sobre todo cuando en una de las respuestas les dije que no solo el texto de Shakespeare, pues lo había copiado con mi propia mano, me parecía mío, sino que su fama, o al menos la mitad de ella, creía que debíamos compartirla en adelante.

Durante un rato la conversación tomó tintes humorísticos, y me dije a mí mismo que había tenido suerte de que fuera así, pues de lo contrario, de haber sabido que no bromeaba sino que decía la verdad, me habrían tomado por loco.

Fue el profesor quien, como si estuviera dentro de mi pensamiento, dijo que la expresión «prepotencia feliz», empleada por Maskiavicus, no era

ningún defecto en la infancia, de igual modo que nadie pensaba que lo fuera el que las niñas pequeñas creyeran tan fácilmente que podían llegar a ser princesas.

Yo acepto haber soñado con llegar a ser príncipe, dijo un ruso que normalmente no abría la boca en los seminarios. Uno de los dos Gansos georgianos dijo que el asunto del albanés K. era bastante particular, puesto que, como él mismo había dicho, le habría gustado ser coronado... *a lo Macbeth*... Las risas estallaron de nuevo. Y en medio de ellas las pullas que se lanzaban unos a otros: ¿Y tú a quién quieres quitarle la corona, a Tvardosvski o a Sholojov, eh? ¡Dios nos ampare!, aunque me la ofreciera se la devolvería: ¡Muchas gracias, sir! *Spasibo sudar!*

DOCE AÑOS MÁS TARDE.

Acto primero. Albania, llanura desierta. Truenos y relámpagos. Entran tres brujas. Le Figaro. Le Monde. Reuters... ¡Salve, equis, que mañana serás príncipe!

Es evidente que *equis* era yo. Y príncipe, naturalmente. Y todo lo demás a continuación.

Todo era nebuloso y susurrante como en un sueño.

Era el año 1970. Comienzos del mes de abril. Pascua. El acontecimiento había sucedido lejos. Algo había pasado en París. No algo, sino todo.

Era hermoso y temible. Había sido publicado *allí*. Y no solo. En pocos días me había hecho famoso. Las brujas no cesaban de felicitarme: ¡Alégrate!

Ya está.

¿Decías algo?

He oído el lamento de la lechuza.

Es el teléfono, dijo Helena.

La voz de Doble D. resultaba neutra. Me invitaba a un café.

La mirada, como la voz, era imprecisa.

No sé nada, le dije, antes de sentarme del todo.

¿Sí? Lo imaginaba.

La palabra «misterio» la mencionamos ambos, uno tras otro.

¿De verdad que no sabes nada?, me preguntó poco después. ¿No te ha llamado nadie?

Negué con la cabeza.

Me habló de una especie de investigación que había realizado hacía tres días en la casa editora. El director había sido llamado al Comité Central; después, antes de que regresara, fue llamado asimismo con urgencia el secretario del partido. Entre tanto, el vicesecretario se había dado una palmada en la frente al darse cuenta de que no había ningún misterio en todo aquello, y menos un asunto de espionaje, puesto que la novela en francés la había publicado dos años antes nuestra propia casa editora. En otras palabras, la propia Albania. Junto con un montón de libros del realismo socialista.

No obstante, y con independencia de ello, Tirana estaba muy alterada. Doble D., como afirmaba él mismo, trataba de comprenderme. Tenía todo el derecho a estar contento, y hasta eso era poco, había amanecido siendo un escritor... mundial, y además allí, en Occidente, precisamente donde nadie nos quería. Él mismo se habría vuelto loco. Sin embargo, como amigo, como hermano, me aconsejaba que tuviera cuidado. En el país más comunista del mundo, un escritor es de repente acariciado por la burguesía. ¿Era consciente de ello? Todos desconfiarían.

Lo sé, lo sé, le interrumpí. No era tan ingenuo como para no saberlo. Su mirada era dulce, cargada de una extraña ternura que jamás le había visto. Me pidió perdón por lo que me había dicho. Por nada del mundo quería aguarme la fiesta. Era una maravilla lo que había sucedido. Algo nunca visto, inimaginable, hasta el punto de que no había palabras para describirlo... Sin embargo.

Sacudí la cabeza para expresarle que lo entendía todo. Incluso para convencerle de que era consciente de la complejidad de mi situación, y le habría espetado las palabras de la tercera bruja: «Blanquea lo negro y lo blanco ennegrece», si no hubiera pensado que me diría: ¿Ya empiezas tú otra vez con *Macbeth*?

Te han convertido... como se suele decir, en algo fuera de lo común, dijo algo más tarde. Al rato la conversación volvió a lo mismo. Era, como si dijéramos, de dos mundos a la vez... De allí y de aquí... ¿Era posible algo así? Más que posible, parecía imposible, aunque él no lo decía.

Para no caer en la parte lúgubre de la conversación, tratamos de bromear. Camarada K., ¿en qué mundo te despertaste hoy? Si acaso estás en este,

¿cabría esperar que comenzaras por fin aquella novela sobre los cooperativistas? De lo contrario, si estás en aquel, sigue con tus burdeles.

La semana transcurrió sigilosa como pocas. No esperábamos realmente ninguna noticia, pero aquel mutismo resultaba insoportable. Las dos veces que tomé café con Doble D. repetimos lo mismo: el cuerpo por ahí, el alma por allá, la imposibilidad de unir ambas zonas, la pregunta que bien pronto se haría abiertamente sobre de qué lado estaba, de aquel o de este.

AL SIGUIENTE ENCUENTRO, DOBLE D. vino con noticias. El asunto iba a más, pero no se sabía si para bien o para mal. Se esperaba que el libro saliera en varios países europeos a un tiempo. A su pregunta de si me sentía de algún modo culpable, no supe qué responder.

Me recordó que él había tenido que aguantar las bromas a propósito de su mote, Doble D., y que ahora me tocaba a mí pasar por algo semejante. Durante un rato tratamos incluso de buscar un mote para mí. Algo que tuviera que ver con las dos caras de... la medalla... o de la luna. Creo que lo encontré, dijo, ¡bizonal! De dos zonas, como si dijéramos. Señor bizonal I. K.

Un tanto aliviados, tratamos de reírnos. Incluso recitó la balada: *Hemos visto, no hemos visto, ir al muerto con el vivo, del mismo caballo a lomos*. Y cuando le pregunté qué se la había hecho recordar, me dijo que dos meses atrás la había recitado yo mientras le explicaba los planes futuros, antes de que ocurriera...

Lo quisiéramos o no, la conversación acababa por volver al lado tenebroso. Como bizonal que era, resultaba comprensible que cada vez con mayor insistencia una de mis zonas me exigiera algo distinto de la otra.

A primera vista, el entrelazamiento de ambas era imposible. A no ser que el escritor, sin saberlo él mismo, hubiera sufrido entre tanto una terrible metamorfosis, como la de Ovidio. Dicho de otro modo, si hubiera nacido con alas invisibles y garras y otros pulmones, y con un cerebro diferente, claro está.

Había momentos en que, como si despertara de mi letargo, me parecía que todo aquello era posible y más sencillo de lo que parecía. Al fin y al cabo, ¿no había sido yo mismo quien lo había provocado? El libro que había pasado al otro lado ¿no lo había escrito yo cuando solo tenía veintiséis años?

Le hice partícipe en cierto modo de este pensamiento, y nos miramos un momento fijamente a los ojos. Por un instante, entrecerró los suyos como si estuvieran sopesándolo, mientras la idea, rígida y sorprendente, iba tomando cuerpo. Hubo ciertamente un misterio en toda esta historia, pero el misterio era... pero el misterio no era... sino... salvo que... que yo lo había hecho todo... sin saberlo... Mientras que ahora todo había quedado al descubierto. Ahora yo lo sabía y todos lo sabían, y no podría repetirlo.

Le escuchaba en silencio, como me ocurría cada vez que mi conciencia trataba de retroceder ante algo. En otras palabras, según él, había vivido como en un sueño, cuando, en lugar de ocuparme de lo que ocurría en este mundo: los cooperativistas, los mítines, etc., la había tomado con los restos de los muertos y el fantasma del caballo de madera; ahora bien, tras los parabienes de la burguesía, todo eso se había acabado...

Nunca le había visto tan afectado. Tanto, que no me habría extrañado si hubiera cerrado su explicación con la vieja fórmula: ¡Dios te ampare!

Me habría gustado decirle que quizá no fuera todo tan dramático. Que, al fin y al cabo, aunque el problema era delicado, no se podía decir que no tuviera su lado... atractivo. Incluso más que eso. Era hermoso. Y pues era así, no tenía por qué ocultar que me gustaba. A los demás también les atraía aquel misterio. Lo notaba en la mirada de gentes desconocidas. Aparte de la desconfianza que mostraba la mayoría, existían también otras miradas preñadas de luz y de dulzura de algunas muchachas, ante las que ni él ni yo nos mostrábamos indiferentes.

Sin haberle llegado a decir ni la mitad de lo que pensaba, me interrumpió, insistiendo en que estaba hablando de otra cosa: ¿Cómo iba a escribir en adelante? Este era el quid de la cuestión. Toda la vieja presión, la vida actual, codo a codo con el pueblo, el optimismo, reaparecerían con más fuerza que antes. Todos estarían al acecho. ¿Había pensado en lo que haría? O... quizá.

Mientras hablaba, le imaginé por un momento con las mejillas moradas de golpes. Confiesa, acusado, que I. K. te ha dicho que, ahora que se ha hecho famoso en Occidente, no piensa preguntar nunca más por Albania. Y que de ahora en adelante hará todo lo que esté en su mano para gustar allí.

En realidad, aunque no le había dicho nada de todo eso, pensaba que algo así lo sabía hasta el gato y que la mente, queriendo o sin querer, te inducía a

esa conclusión. Incluso antes de la publicación del libro en París, después de haberme jurado a mí mismo que no escribiría más novelas con barracones de obreros que se casaban, ni otras por el estilo, cada vez estaba más convencido de que dentro de la famosa vida, de la cual se hablaba noche y día, debía de haber otra que no aparecía. Era secreta, sin duda, y a la vez peligrosa, tanto que ni siquiera tenía nombre. Habíamos intentado llamarla «segunda vida» o «doble vida», pero su connotación se deslizaba hacia la infidelidad conyugal. Y el otro intento, el que mejor daba idea de cambio: «pasar a mejor vida», se lo había apropiado la muerte. (Había observado que esta última, como con todo lo demás también con el idioma, le echaba el ojo a lo más selecto.)

Sin haberlo comentado aún con nadie, las explicaciones sobre la vida secreta ya se las había ofrecido en dos o tres ocasiones a un imaginario tribunal público.

Acusado, ¿podría ser más explícito con el origen de la idea de la obra de que hablamos...? Respuesta: Naturalmente, pero ante todo debe saber que en ningún caso ese origen puede ser claro. Este, si es que cabe hablar de origen, solo puede ser no claro. De acuerdo. Admitamos que es así. Díganos, de ser así, cómo concibe la idea de esa forma, no clara. Hum, lo intentaré... Puesto que se me critica continuamente por no escribir sobre la vida socialista... quise poner punto final de una vez por todas a esa cuestión escribiendo algo... que fuera más allá... que fuera más socialista que el socialismo, como si dijéramos. Algo, pues, ultrasocialista, o mejor dicho, hipercomunista. Ajá... Agarrar, como quien dice, el toro por los cuernos. Introducirme en el núcleo del comunismo, allá donde nadie ha penetrado. En el centro del centro, digamos. Ajá... Por los datos de que disponemos se trataría de algo poco alegre. Algo así como una soledad... Ah, no. Es más cuestión de título. Lo tomé del comienzo del *Ricardo III* de Shakespeare. *The winter of our discontent...* El invierno de nuestra desventura. Pero el título no tiene demasiada importancia. Es frecuente que nazca antes que la obra, como en este caso. Ajá. ¿Entonces de qué trata? Ha mencionado el núcleo, el centro... Precisamente. Incluso es justamente por ello por lo que necesitaría consultar el expediente secreto... ¿Qué?

La conversación sobre el mentado expediente me la imaginaba a menudo con la directora del Archivo del Partido, que era nada menos que la mujer del

gran jefe. Todas sus variantes comenzaban con un ¿qué? ¿Qué? La explicación no podía ser más que difícil. El núcleo, el centro, la conferencia de los ochenta y un jefes del comunismo mundial en el Kremlin. Las palabras pronunciadas, las amenazas, la cena trágica. El jefe albanés solo contra todos. Su posible muerte tras la cena... Todo ello debía encontrarse en el expediente secreto. Naturalmente que se encontraba, ¿pero cómo tenía valor este escritor con aire de estudiante trasnochado de hablar de espantos semejantes, como si fuera Shakes...?

Imaginar mi segunda entrevista con la directora del Archivo resultaba más sencillo. A primera vista eso parecía, el sujeto consternado, el comunismo fracturado, sus jefes, a quienes acostumbábamos a ver sonrientes y pletóricos de optimismo en las tribunas, aquí eran otra cosa. Habían partido los ochenta en aviones, trenes, barcos de vapor, para condenar a uno de ellos, al ochenta y uno. Le llamarían desagradecido, felón. Después... tras la cena... quién sabe. (¿Qué después de la cena? ¿Has dicho algo? ¿Quién? He oído el grito de la lechuza.) ¿Qué después de la cena?, había preguntado ella. No, no hay que entrar en asuntos tan sombríos. Aparte, el cuadro entero ya era de por sí tenebroso. Y lo que había llamado núcleo y centro aparecía del mismo modo, con mala luz. Tenía razón al pensar eso, por supuesto, pero no podía aparecer de otra forma. Era el comunismo en un mal día. Fracturado, enfermo, como si dijéramos... En realidad, esa palabra no era la adecuada. Momentáneamente roto era mejor. O falseado... Por eso Albania se separaba de él... Le decía adiós... Le parece impropia esa palabra, comprendo. De ahí que el acontecimiento siga siendo tabú en toda la literatura del campo socialista. Por eso, solo Albania, es decir, solo yo... en realidad... nosotros... a través de mí, más bien... como si dijéramos a través de ella... Albania... de la mujer del jefe... podía abrirse el expediente. Después, en cualquier caso, para publicar cada una de sus partes se solicitaría su autorización.

DE TODA LA SERIE DE PRODIGIOS: la reunión con la directora del Archivo, la autorización para ver el expediente y finalmente la determinación de la fecha para entrar al archivo, el más extraordinario fue el expediente mismo.

Helena, no sin una cierta angustia, me esperaba en el café Flora.

(Ya está. ¿Decías algo?)

¡Era tan bonito!

¿El qué? ¿De verdad?

Él, sí, el expediente.

¿Cómo es posible?

Sí, así es. Más de lo que esperaba.

(Cuenta.)

Allí estaban todos. (En fila.) Ulbricht, Thorez, Thongus, Ngo This. Aterradores. Sin máscaras. Dolores Ibárruri. Con su negro Chal. Los demás, remeciendo su Cabello entre tanto. Con gritos. Sin. En silencio. De Antaño. Que iban a la Cena. Que veían la Sombra, sin hablar aún de ella. Ni de las Cenas. Ni de las Sombras. ¡Oh, era tan hermoso!

Cuatro meses más tarde fue Doble D. quien me llamó con urgencia. Lo que yo me esperaba había sucedido. Lo contaban todas las radios extranjeras. El 13 de septiembre Mao Tse-Tung, el gran jefe de China, había invitado a su casa a su propio sucesor... Para... Para asesinarlo tras la cena. No me mires así. No hay ningún malentendido. Tampoco un «pero»... Se trataba sencillamente de una rectificación. En la variante china no era Duncan el asesinado, sino Macbeth. Y justamente por Duncan. Al parecer, para los chinos se trataba simplemente de un intercambio de puñales. Mientras la esencia permanecía: había cena, había muerte.

Después, tras la caída del comunismo, cuando la sustitución de la memoria se volvió casi una moda y a la gente le resultaba sencillo creer que había tenido macabras visiones concernientes al régimen desde hacía mucho tiempo, al evocar la cena del 13 de septiembre de 1971, me había preguntado en distintas ocasiones si aquella cena había desempeñado algún papel en el tinte en parte macbethiano de la novela que escribía entonces, o ese tinte había estado allí desde el origen y yo lo único que había hecho era esperar a que se produjera aquella cena.

Es como si lo hubiera sabido, le había dicho a Doble D. aquel día de septiembre. Por poco no manifiesto mi consternación porque el jefe de China se hubiera retrasado alrededor de seis meses.

Doble D. pensaba otra cosa. Según él, habría sido mejor que no lo supiera.

Durante un buen rato hablamos de las posibles complicaciones que podía acarrear la cena a ojos de la censura. Mientras nos llevábamos la contraria, de

repente, la certeza de que la complicación en la que él insistía ya se había producido pasó por mi mente. De las cinco partes de la novela, ya había escrito dos, y era precisamente la segunda la que incluía la cena en el Kremlin. Incluso el título de esta parte subrayaba la lobreguez.

«Los huéspedes del castillo», repitió en voz alta. Hum, depende de cómo se tome. Sin embargo, no pensaba que fuera problemático. Salvo que contuviera otra cosa...

Ya en casa hojeé a toda prisa el manuscrito. Encontré ya en las primeras páginas el grito de la lechuza en vez del teléfono. Mientras que hacia el final de esta parte aparecía a las claras el nombre de Macbeth en el castillo en el que el Jefe de Albania se había hospedado. Y por si no bastara, se cerraba con la aparición del espectro en la recepción oficial de Tirana.

De repente, como les ocurre a aquellos a quienes pillan con las manos en la masa, sentí que me invadía una sorda cólera. ¿Y qué, pues?, casi me pongo a gritar. No me había escondido de nadie, ni había disimulado ante nadie. Había escrito aquella parte de la novela antes del 13 de septiembre, y si no se lo creían que analizaran el manuscrito los expertos en grafología y criptografía suyos, que eran maestros en ello.

Mi desesperación, en lugar de disminuir, iba en aumento. ¿Y qué, pues?, pensé por segunda vez. Y si resultaba que lo había escrito *después* de la cena china, ¿qué mal había? Del asesinato en el Kremlin hacía tiempo que se sospechaba. ¿Acaso no se había marchado antes de concluir la conferencia (cena de clausura) nuestro jefe, incluso en tren, evitando el avión? A fin de cuentas, era el Kremlin, el invierno ruso...

Me habría tranquilizado por completo si una voz interior no me hubiera recordado que, si bien era realmente el Kremlin, la nieve rusa, etc., el espectro con señales de disparos en el cuerpo no se aparecía, sin embargo, en el Kremlin, sino en una recepción oficial en Tirana. Y no era un espectro cualquiera, sino el número dos del régimen, el sustituto del gran Jefe. Además, ¿dónde se había visto en el realismo socialista que en la descripción de una recepción oficial comunista apareciera el fantasma del sucesor fusilado, reclamando su propio lugar en la mesa del banquete?

Un tercer *¿y qué?* me procuró, para mi sorpresa, la calma que buscaba. Con independencia de todo... el texto que había escrito era el debido. Que

corrieran a sus laboratorios, que aplicaran el ojo a lo que quisieran, que yo no renunciaría a toda aquella lúgubre hermosura.

Los ochenta y un jefes comunistas del planeta se reunían en un castillo. Los Duncan y los Macbeth en una amalgama nunca vista. La esencia de lo que había pasado no podía desligarse de lo que pasaría. En mi mente se había formado un embrollo sin par. Los asesinos comenzaban siéndolo y acababan muertos o viceversa. Una vez me parecían:

*Ochenta y uno los Macbeth  
matando o muriendo ellos.*

Y otras:

*Ochenta y uno los Duncan  
más matando que muriendo.*

Fue el jefe chino quien, en la cena del 13 de septiembre, le había dado la vuelta a todo. El barullo que había en mi cabeza me quitaba el sueño. ¿Era un asesinato o un suicidio? ¿Quién había matado a quién? ¿Se había alojado Duncan en el castillo de Macbeth, como sabíamos desde hace centenares de años, o al contrario: el sucesor fue invitado por el jefe para ser asesinado por él?

*Garganta de Tepelenë, de hojas cubierta,  
partiste Duncan, volviste Macbeth...*

Cuanto más trataba de huir, más caía bajo su influjo. El jefe chino, aparte de los papeles, había modificado también el espacio escénico del crimen. De una milla, según el cronista Hollinshed, lo había extendido a mil millas, hasta la frontera mongola. Pero esto no era nada comparado con otra modificación: la sustitución de la sangre por las pavesas.

*No me digáis que lo he hecho yo.  
Dejad pues de agitar esas negras pavesas.*

Todo ello lo había desarrollado en la segunda parte del díptico, incluso en

un capítulo en particular, en el que se comparaban dos cenas, la escocesa del Medioevo y la china del 13 de septiembre del siglo xx.

Estábamos a principios de otoño de 1981. El díptico, de más de mil páginas, estaba al fin terminado. Había enviado el segundo libro a la casa editora y estaba a la espera de la respuesta. El primer libro se había publicado en Occidente y había merecido el mismo eco por doquier. Casi nadie dejaba de evocar la «atmósfera shakesperiana». Mi temor al respecto de Mac-beth me parecía ya superado. Puede que me hubiese traído suerte.

El 17 de diciembre de 1981 la capital de Albania se había despertado con la aterradora noticia de que el primer ministro del país había sido hallado muerto en su habitación. Antes de anochecer, las radios habían difundido la noticia por todo el mundo. La palabra «misterio» era la más repetida. Muerte o suicidio. De noche o mediodía. Tras una cena. Reunión dramática. Después de medianoche.

Aunque trataba de no pensar en ello, un interrogatorio en las oficinas del Comité Central me parecía absolutamente normal.

Acabamos de leer su manuscrito, I. K. En el describe dos cenas similares. Nuestra pregunta tiene que ver con una tercera muerte, ocurrida estos días, de la que usted debe saber tanto como nosotros. Habrá oído, seguramente, las radios extranjeras... Usted... Nos gustaría saber más sobre el sorprendente parecido... En otras palabras, cómo explica ese parecido... o esa casualidad... o ese..., llámelo como quiera.

Mi respuesta, la consabida. Ciertamente así era y no podía ser de otra forma. Ellos podían reunir a los grafólogos, recurrir a los aparatos de análisis, los microscopios, los infrasonidos, las ondas hertzianas, los descifradores de manuscritos, los decodificadores y estenógrafos para verificar que la cena del jefe comunista chino en la que había asesinado a su sucesor la había escrito como poco doscientos días antes del suceso de Tirana. Esta era una de las dos variantes que me venían a la cabeza, la más suave, porque la otra, la dura, no solo me daba vergüenza contársela a nadie sino que ni me atrevía a imaginarla.

HE AQUÍ LA NUEVA VARIANTE. Ahora no en el edificio del Comité Central, sino en el juzgado de instrucción.

Acusado, estamos al tanto de todo. Durante años llegaste a engañarnos haciéndonos creer que solo eras un escritor. Pero ahora se te ha caído la máscara.

Fue necesario cierto tiempo para que esas palabras atravesaran mi cuero cabelludo y se incrustaran en mi cerebro. Veamos, mi máscara había caído al fin. No era, pues, un maestro de las letras, tal como me había aclamado la burguesía occidental, ni tampoco un entusiasta del divino mundo del arte y todas esas bobadas, sino otra cosa. Había tratado de justificar los horrores y muertes que describía por mi supuesta obsesión por *Macbeth*, con la cual había hartado a todo el mundo, trayéndolo a colación viniera o no a cuento, pero ahora el telón había caído. Ahora ya era otra cosa.

El retrato del escritor K., según un documento del Estado albanés de la época, supera todo lo imaginable por tenebroso.

Es un interrogatorio del juzgado de instrucción de 24 de septiembre de 1982. Fue descubierto casualmente en el año 2011, y publicado ese mismo año en el libro *El tiempo insuficiente* de Helena Kadaré. En el interrogatorio figura el nombre del instructor, el nombre de la víctima que es interrogada tras las sesiones de tortura, el doctor Llambi Ziçisti, exministro de Sanidad, y el nombre de I. K., no como escritor y entusiasta de *Macbeth*, sino como partícipe en los más negros complots de la historia albanesa.

Hoy, en el momento en que escribo estas líneas, el antiguo juez de instrucción aún vive. Una joven periodista ha podido entrevistarle y él ha confirmado todo el episodio, salvo las torturas a la víctima, que, según él, pudieron ser obra de algún otro.

Sin embargo, ningún investigador o desmitificador le concede importancia a ese expediente terrible, que como poco demuestra que las relaciones escritor-Estado, en el caso que nos ocupa, no fueron precisamente idílicas. La coartada de que el expediente era falso no sirve, puesto que es bien sabido que la mayoría de los expedientes que te conducían al abismo eran también eso, falsos. Incluso, como se repetía tan a menudo, cuando más falso fuera el expediente, más preñado de muerte estaba.

TANTO *MACBETH* COMO *EL INFIERNO* de Dante deben resultarles igual de insufribles a los regímenes tiránicos. Ello explicaría quizá por qué a veces una, a veces otra, estas obras están ausentes de los escenarios y foros académicos.

Cuando, tras una oleada de rumores, Shakespeare fue prohibido realmente por nuestro aliado, la China comunista, la noticia se propagó como algo esperado.

Tiempo después, cuando aparecieron en el horizonte las primeras señales de la caída del comunismo, tuve la vaga sensación de que había llegado la hora de tomar una determinación respecto a la imposible separación entre Macbeth y yo. Y otra vez como en los viejos tiempos me topé con el dilema de saber si la quería o no. Y también con el hecho de si podría encontrar el lugar y el momento propicios para hacerlo.

Un día me pareció que la oportunidad se presentaba en la ciudad escocesa de Edimburgo. Me encontraba muy cerca del famoso Glamis Castle y mientras recibía un premio británico, al acabar el discurso de agradecimiento, añadí en tono de broma que aquella distinción y aquella ceremonia servirían de excusa, entre otras cosas, para que a la mañana siguiente visitara la que consideraba, tras mi casa natal, mi segunda casa en este planeta, el castillo del señor Macbeth.

Así fue en realidad, exceptuando la separación.

LO QUE HABÍA INTENTADO LLEVAR a efecto a lo largo de más de medio siglo probé a repetirlo, quizá por última vez, en mi café parisino.

Adiós, Macbeth, monseñor y rey, asesino y asesinado.

Por enésima vez me pregunté a mí mismo, sin darme respuesta alguna: ¿Acaso he tenido especial derecho a mantener esta relación contigo? En ocasiones creí haber merecido ese derecho de pequeño, cuando, desde un rincón perdido de los Balcanes, sin saber apenas escribir, fascinado por ti, me puse a copiar con mano insegura y con los dedos manchados de tinta tu historia.

ENTRE LA INFINIDAD DE palabras dedicadas en Albania a Macbeth y al macbethismo, quizá las que permanezcan más frescas desde el día que se escribieron, va para un siglo, sean las de Fan Noli: ninguna otra obra en el mundo puede concentrar en un espacio tan reducido un infortunio tan inmenso.

Era normal que un día, tarde o temprano, me pusiera a buscar el centro mismo de ese infortunio. Pero no resultaba fácil, puesto que cambiaba de año en año.

En mi café de París, sabía que llegaría asimismo la hora de ponerme a buscar el corazón del diamante. Esta vez me parecía que se encontraba en la escena segunda del acto segundo, en no más de noventa versos endecasílabos.

El tiempo real, el de la partida de Macbeth a cometer el crimen, el mismo crimen y el diálogo con su mujer después, no debe de durar más de tres o cuatro minutos. En escena, en función de la conocida dilatación del arte, se convierte en casi el doble.

«El centro del terror», si podemos llamarle así, surge al sonar la campanilla, la señal de lady Macbeth de que todo está dispuesto para el crimen. Macbeth lo toma por el sonido de una campana, y puesto que es la última vez que ambos están con vida, se dirige al rey con estas palabras:

*No la oigas, Duncan, porque es el tañido  
que te llama al cielo o al infierno.*

Macbeth sale para cometer el asesinato. Entra en escena lady Macbeth, y en una veintena de versos asistimos a su angustiada espera.

Macbeth entra (vuelve). Diez versos componen su célebre y semidelirante diálogo con su mujer. En las manos lleva dos puñales ensangrentados, con los cuales acaba de matar al rey. Al visitante que en nuestros días sigue el itinerario del crimen dentro del castillo no le resulta difícil imaginar lo que allí sucedió siglos atrás. La única adaptación que debe hacer su imaginación tiene que ver con las escaleras. En el drama Macbeth las baja. Tras la visita al castillo se comprende que ha sido al contrario: las sube. Y ello por la simple razón de que el asesinato se ha producido en la planta inferior, allí donde, debido al grosor de los muros, es decir, para mayor seguridad, estaba la

habitación del rey.

Pero bajar es más dramático que subir, y para la intuición superior de un genio, aun sin conocer los detalles, la opción de descender le va como anillo al dedo a esta historia; la propia caída como fermento de esta tragedia y los pasos vacilantes del asesino se hacen más evidentes al descender, sobre todo en escena.

Tras la escena del delirio en las escaleras, el diálogo entre los esposos parece relajarse, pero en realidad los desune aún más, pues se diría que hablan no de uno, sino de dos sucesos distintos. De repente, lady Macbeth advierte que su marido aún tiene entre las manos las dos herramientas del crimen, los puñales. Se lo reprocha y casi con aspereza le exige que los devuelva al escenario del crimen, pero él no acepta.

Y todo esto, junto con la salida de lady Macbeth para realizar lo que en vano le acaba de pedir a su marido, se desarrolla en cerca de cuarenta versos. Macbeth se queda solo en escena y entonces se oye la famosa llamada (*knocking*).

Si consideramos la escena como lo que hemos dado en denominar el centro del infortunio, este verso, con la llamada en su seno, puede considerarse el centro del centro.

En este centro, todo comienza con un tintineo, para acabar con una llamada.

Mucho se podría decir de él. En ocasiones parece que toda la tragedia de Macbeth se concentrara en este único verso:

*Wake Duncan wiht thy knocking! I would thou couldst!*

Casi resulta palpable el esfuerzo de Fan Noli para traducirlo al albanés: *Trokit e zgjo. Sikur ta bejë dot!*

*¡Llama y despiértalo! ¡Así pudieras!*

Si bien Fan Noli respeta el endecasílabo, se percibe una carencia. El nombre del rey, claro está. Pero puede ser también otra cosa. La traducción *ad litteram*, sería: *¡Despierta a Duncan con esta llamada! ¡Yo lo querría!*

En albanés suena poco natural. Incluso si justificáramos hasta cierto punto

la insustancial segunda mitad del verso *yo lo querría* con el argumento de que estas palabras, insípidas en boca de cualquiera, no lo serían en boca de un asesino, puesto que ha sido él mismo quien acaba de matar, quien acaba de decirse en su fuero interno: ¡Que muera y no despierte jamás!, cuando ahora, dos o tres minutos más tarde, grita: ¡Despierta, Duncan!, incluso considerándolo así, el texto nos deja insatisfechos. Quizá sería más preciso decir: ¡Despierta a Duncan... Yo no me opongo! Sin embargo, tampoco esto nos llena.

Es esa insatisfacción la que según creo empujó a Noli a darle mucho más peso y dramatismo a la segunda mitad del verso con las palabras: ¡Así pudieras!, pero en detrimento de la primera mitad. El rígido ropaje del endecasílabo no ha permitido ningún exceso. Tal vez fuera mejor: ¡Llama y despierta a Duncan! ¡Ojalá!

Cuanto más te devanas los sesos con este verso, más claro queda que, siendo como es el núcleo de todo, ante su hondura no nos queda más remedio que decir: hermoso abismo, ilumínate... *I would thou couldst!*

El deseo de hacerme con el famoso verso en distintos idiomas, como antaño en el instituto, se produce en mí de forma natural. Es como si hiciera un llamamiento planetario en busca de la ayuda de todos los pueblos, épocas y lenguas.

*Klopf Duncan aus dem Schlaf! O könntest du's!*

Es posible que la traducción alemana sea desde cualquier punto de vista la más cercana al original.

En más de veinte traducciones al francés, las dificultades del vertido son visibles:

*Frappe, éveille Duncan! Ah, si tu le pouvais!*

El traductor francés se dirige no al que llama, como se supone en el original, sino a la llamada, que es casi lo mismo. Mientras que la segunda parte: ¡Ah, si tú pudieras!, lingüísticamente suena endeble.

En otra traducción el exagerado deseo de exactitud lo desvirtúa todo:

*Éveille Duncan à force de frapper! Plût au ciel vraiment que tu le pusses!*

En alemán y en ruso, los dos grandes autores que han traducido *Macbeth*, Schiller y Pasternak, optaron por dividir el verso en dos. Además Schiller, en lugar de *Schlaf*, sueño, utiliza *Todesschlaf*, sueño de la muerte, que no está en el original. A decir verdad, en el original no están ni «muerte» ni «sueño de la muerte». Estas últimas palabras, *sleep of death*, están en *Hamlet* en su célebre monólogo, y Schiller, seguramente, no pudo resistir la tentación de tomarlas de allí para incluirlas en su traducción.

De vuelta a la traducción albanesa: *¡Llama y despiértalo! ¡Así pudieras!*, en el instante de la separación del escocés fatal, nada más normal que al autor de estas líneas le parezca que ha llegado el momento oportuno de realizar su viejo sueño: enmendar a Shakespeare... Ya hacía sesenta años que había comenzado esta historia. Toma el lápiz y... *¡Así pudieras!*

Habría sido más fácil, por supuesto, haber metido las delicadas manos cuasi femeninas en el texto en aquel entonces y no hoy. No obstante, incluso con tardanza, algo se podrá hacer, si no en el original, al menos en su traducción albanesa.

*Trokit e zgjo. Sikur ta bejë dot!*  
*¡Llama y despiértalo! ¡Así pudieras!*

Falta, como se ha dicho, el nombre de Duncan. Noli se ha sentido obligado a mantener el endecasílabo, y por eso ha sacrificado el nombre del muerto, confiando en que se supusiera. Con mayor razón cuando Duncan, en albanés, es oxítono (con acento en la última sílaba), que en poesía es equivalente a tres sílabas, al contrario que en inglés, que se pronuncia *Dánken*, con acento en la «a», y tiene, por tanto, una sílaba menos, algo que modifica por completo el ritmo poético.

En el original se sobreentiende que con las palabras: *¡Despierta a Duncan con esta llamada!* Macbeth se dirige a quien llama. Al reducir la primera parte del verso a solo dos palabras: *¡Llama y despiértalo!*, Noli, como se ha dicho, ha acentuado mucho más el gemido en la segunda parte: *¡Así pudieras!*, convencido de que el inesperado arrepentimiento del asesino es

transmitido justamente por esta segunda parte.

Es probable que el traductor francés (y también el ruso) haya sentido lo mismo, y para acentuarlo ha añadido un «¡Ah!».

*Ah, si tu le pouvais! (¡Ah, si tú pudieras!).* Pero desgraciadamente, lo que gana con el ¡ah! la traducción francesa lo pierde de inmediato con el *si tu le pouvais*, que es evidentemente más flojo que *I would thou couldst!*

Pero volvamos a la versión albanesa, y tratando de ser neutrales, incluso situándonos más cerca del inglés y más lejos del albanés (el cual, al fin y al cabo, está acostumbrado a tales desprecios), cabe plantearse: ¿Acaso este Noli nuestro va y aumenta el arrepentimiento de Macbeth, al contrario de lo que quiso expresar el propio Shakespeare? (Nuestro Shakespeare. El de los albaneses. Doblemente nuestro.)

El obispo, acostumbrado a las críticas más demoledoras, podría haber soportado incluso esto, pero lo cierto es que él no hizo nada contra el maestro inglés. Macbeth no solo está arrepentido, sino que ha perdido la cabeza tras haber vertido la sangre, le tiemblan las manos, habla como si delirara, siente terror, etcétera.

Entre tanto, Noli, mientras no es en absoluto culpable de la segunda parte del verso, de la primera no se puede sentir orgulloso. En una palabra, el nombre del rey asesinado no se puede omitir...

Y he aquí, al fin, en un único verso, la enmienda soñada durante más de sesenta años.

*Trokitje, zgjo Dunkanin! Veç, në mundsh!  
¡Toque, despierta a Duncan! ¡Ojalá puedas!*

O tal vez sería mejor:

*Trokitje, zgjoje mbretin! Ah, në mundsh!  
¡Toque, despierta al rey! ¡Ah, que puedas!*

El desiderativo (el optativo), una de las herramientas más venturosas de la lengua albanesa, parece nacido a propósito para este inmenso verso.

SUENA FINALMENTE LA HORA del adiós. Mi negro monseñor, tomador de rehenes y tomado rehén. Asesino y a la vez asesinado.

Son miles los que han establecido una ligazón con él, cada cual a su manera. Personas, pueblos, escenarios. Fascinados por él, vienen desde muy lejos a visitar las tierras donde se produjo el infortunio, o para alquilar por cinco o seis mil euros la sala del banquete del famoso castillo, riéndose y bromeando sobre la aparición del fantasma. Otros hallan diferentes maneras, a cada cual más sorprendente, pero ninguno desea separarse sin un pensamiento de adiós.

Son muchos los que creen que es la obra más grande concebida por mente humana. Y jamás de una sola época y menos de un solo pueblo.

Cien años después de Maquiavelo parecía una respuesta a *El príncipe* suyo. Trescientos años después de *El infierno* de Dante les recordaba a todos que el verdadero infierno está sobre la tierra y no debajo. Más de dos mil años después de los Átridas, te hacía temblar tanto o más que sus macabros banquetes. Trescientos años antes del comunismo predecía su terror absoluto. Y en cada ocasión, más que a la época en la que vio la luz, se parecía a la siguiente, y aún más a la subsiguiente, y a las otras, de las que ignorábamos lo que podía suceder.

Había estaciones en las que parecía que el planeta entero cedería bajo su peso. La fila de países que pretendían tener una relación especial con la obra era larga y nebulosa. La pequeña Albania creía tener el derecho de incluirse entre ellos, al ser el único país de Europa en el que la mujer de su único tirano del siglo xx, aún con vida en el momento de escribir estas notas, se había ganado el sobrenombre de Lady Macbeth. Mientras tanto, su relación con China, el único país donde Macbeth había sido prohibido en 1970, no podía sino ser anormal, como lo son comúnmente las historias entre las grandes obras y los pueblos inmensos.

*Jong ni damen de shengyin ba Dengken le ba!*

*Despierta a Duncan con este shengyin!*

Su historia podía ser brevemente resumida de este modo: el jefe del pueblo más grande de la humanidad, tras prohibirle a aquel pueblo la obra más grande del mundo, se apropió de su esencia, la famosa cena, para utilizarla una noche de septiembre.

*París-Monte del Cautivo, 2013*

MOSAICO

## *Los días tal como vienen*

**S**I ACASO ME ASALTARA LA TENTACIÓN de clasificar los días del Rostand, los dividiría en dos grupos: los buenos y los no. Los «no», a su vez, con varios matices: no buenos, de retroceso, perdidos, indeterminados.

Aunque el criterio clasificatorio depende de cómo me haya ido con la literatura, todo se complica. Llevo normalmente en la cartera notas escritas en distintos momentos. La mayor parte, breves. Sobrias. Rara vez apremiantes.

En hilera, unas tras otras, de modo incomprensible nunca se apresuran a abandonar su estado de congelación, o quizá lo prefieran ante el hecho de afrontar la sacudida que supone transformarse en literatura.

Es por ello por lo que decenas de veces les echas un ojo a las líneas para comprobar si detectas la débil señal del peligroso deseo. A veces crees distinguirla y otras no. Hay algo de mujer contenida, misteriosamente titubeante en estas notas.

PRINCIPIOS DE MARZO. No es la primera vez que ocurre. Pero ha adquirido enormes dimensiones. Se dice que en la próxima sesión de la ONU, que tendrá lugar en Nueva York, podría presentarse la demanda de un gran número de países para que se prohíba mundialmente la lectura de Dante Alighieri en las escuelas.

A primera vista parece increíble. Después, cuando lo piensas más a fondo, tienes la impresión de que hay una parte del planeta en la que el infierno dantesco trata de resurgir para condenar no al poeta, ¡qué podría hacerle a él!, sino a todos nosotros.

MARZO. AUNQUE DEFINIDA POR LO GENERAL como lengua viril, la lengua albanesa, según los pensadores, entre ellos Ernest Koliqi, tiene muy

acentuado el mecanismo de la disminución (*diminutif*). Los ejemplos que siguen son particularmente hermosos, a cuál más emotivo.

*No me andes asustadito.*

O aún más atrevido lingüísticamente hablando, como en los casos en los que se refiere al tiempo:

*Cuando vengas tú hoyta.*

No resulta fácil hallar el impulso interno que empuja a una lengua hacia el diminutivo. Naim Frashëri llama Albanina a Albania, haciendo que la caricia, la añoranza y la ternura se engargen abiertamente, igual que en la palabra *mamina*. Sin embargo el sufijo cuadra mal o en absoluto con otros países: Italita, Holanduela o Unioncita Soviética.

Un ejemplo conmovedor en que el sufijo apunta hacia lo inalcanzable sería el del verso:

*Entre ellos está mi señor  
yace en tierra, muertecito.*

## *Día perdido*

**M**E DESPIERTO CON UNA AGRADABLE sensación, doblemente agradable dado que no veo ningún motivo especial para ello. Siento sencillamente que tengo por delante una de esas mañanas perfectas para trabajar.

Paso junto al ordenador como alguien que se resiste a pecar, no obstante no pueda resistir hasta el final la tentación. Solo dos o tres minutos, me digo. Para echar una ojeada a los titulares de los dos o tres diarios más importantes de Tirana. Sé que estoy cometiendo un error, pero las manos y después los ojos no me obedecen. Lo enciendo y con cierto nerviosismo, quizá fingido, espero de pie, convencido de mi victoria. La primera página del primer periódico aparece. Me desentiendo de ella y paso inmediatamente a la segunda. Lo mismo. En la tercera, mis ojos se detienen en uno de los titulares: «Cuatro siglos y veintidós años de cárcel para Aldo B.». Intento reír, e incluso me río a carcajadas, como para defenderme de una sensación de horror, en todo caso incierta.

En el ascensor, el espejo refleja que aún quedan huellas risueñas en mi cara. Qué clase de noticias son esas tan de mañana, me dije. Después añadí: Noticias de Albania. Como si no lo supieras.

Y traté de olvidarlo.

Mientras atravesaba el cruce, algo agradable podía haberse inmiscuido quizá entre dos pensamientos, si una de las dos mujeres que caminaban de prisa delante de mí no le hubiera dicho a su acompañante que tenía el convencimiento de que en los últimos tiempos su banco la robaba.

En el café, nadie ocupaba mi lugar preferido. Uno de cada cuatro días lo encontraba ocupado. Me senté casi con alegría, a la espera un gozo algo más sosegado: que el camarero, por conocerme, me trajera el café sin pedírselo.

Así fue, de modo que mi primera sensación matinal podía considerarse

intacta. No podía ser de otra forma, pues la condena grotesca, a siglos, impuesta a un bandido albanés a miles de kilómetros no podía de ninguna manera influir en mi calendario.

Sin embargo, como si buscara una seguridad suplementaria, me puse a escuchar la conversación de los vecinos de al lado. Hablaban con viveza y resultaba evidente que eran viejos amigos, puesto que cada uno conocía con exactitud el nombre del perro del otro.

Con toda calma, abrí mis notas. Era el momento más agradable de mi trabajo, cuando aún no he comenzado a escribir el texto propiamente dicho y trazo simplemente un esquema. Un esquema del texto, pues, que puede quedarse en eso muchos años. Digamos siglos... (Cuatro siglos y veintidós años, por ejemplo. ¡Hum!) El texto se encuentra todavía en estado prelingüístico, totalmente libre, como entre la niebla. Está lleno de palabras que no tienen ningún sentido, es mi idioma particular, que ningún investigador podrá descifrar jamás. Aquí y allá hay líneas geométricas, a menudo dibujos que, como todo lo demás, no tienen ningún significado para nadie.

Me he acostumbrado al murmullo del café, por lo tanto me siento protegido. Es posible que si escuchara la frase: «Han condenado al señor Dufour a cinco siglos y cuarenta y dos años», no llamara ni siquiera mi atención.

Ah, he de decir que el señor Dufour se pasó de la raya. En todo caso no debió hacerlo.

Esas palabras me llegan realmente de la mesa vecina, y son totalmente banales. Incluso si hubiera dicho que el señor Dufour había estrangulado a su mujer o al portero de su finca, seguirían siendo igual de banales.

Estoy de acuerdo contigo. Pasara lo que pasase, no se puede llegar a utilizar los perros para eso.

El señor Dufour, por lo que parecía, se había pasado realmente, utilizando los perros contra su mujer. De seis siglos de cárcel no bajaría, según los nuevos usos de la justicia albanesa.

Continúo con mis notas, pero me atasco. No llego a encontrar la razón de mi nerviosismo, pero estoy casi, casi seguro de que no procede de la mesa vecina. Poco después, me parece lo contrario, que viene precisamente de allí.

Empiezo a pensar que seguramente sería mejor enterarme, siquiera brevemente, como si de un titular de periódico se tratara, de lo que había pasado con la mujer o con los perros del señor Dufour, para poder recobrar la serenidad y dejar de sentirme como si estuviera sobre un lecho de espinas.

Sacrifica unos minutos, me dije, y este asunto se resolverá. Y así lo hice, puse la oreja, pero como para fastidiarme, los vecinos interrumpieron la conversación. Se miraron pensativamente entre sí, e incluso uno de ellos creo que suspiró.

¡Habla!, me dije. Hube de esperar un rato, convencido de que todos, hasta los más obstinados, acaban por abrir la boca. *Schprij!*

Y hete aquí que, por fin, con sosiego, acariciadoramente, comenzaron a hablar. El temor de que hablaran de otra cosa se esfumó en cuanto oí de nuevo mentar los perros. Ajá, comprendisteis al fin que no tenéis escapatoria. Y así era. Justo tras los perros mencionaron a la propia mujer del señor Dufour. Apenas me podía creer lo que estaba oyendo. Era realmente su mujer la que «tenía frío aquella noche». Después hablaron de los radiadores que no funcionaban por los cortes de electricidad. Todo sucedía de acuerdo con una lógica implacable... Hum, resultaba fácil decirlo, pero había algo que no marchaba. ¡Que el diablo se lo lleve, no estrangula a su mujer porque tiene frío!

Me dije que debía renunciar a toda aquella tontería, pero de inmediato pensé que el daño me lo haría a mí mismo. Decido, pues, seguir escuchando hasta enterarme al menos del quid de la cuestión, o como si dijéramos de la sinopsis o titular de primera página.

Como si lo hicieran adrede, evitaron precisamente el quid. Lo rodearon, lo esquivaron con astucia, aparentaron caer en la trampa, pero de inmediato huían de allí. Habían arreglado los radiadores casualmente aquel invierno. Sin embargo aquella noche la mujer, como empujada por algo fatal... Ah, por fin, casi lanzo un grito. La bendita palabra «fatal» al fin había sido pronunciada. Venga, señor, desembucha. Pero el otro se contuvo de inmediato. El señor Dufour no solo era miembro de la asociación protectora de perros, sino que había participado en un encuentro regional... ¿Y esto a cuento de qué viene, pedazo de zoquete? ¿Qué puede haber de fatal en eso, pensionista inútil, que no piensas despegarte de este mundo hasta no dejar seco al pobre

contribuyente francés...? El señor Dufour nunca había dado la menor señal de... Así que... Espera un poco, me dije con cierto tono de reproche... Fue así como el reportero llegó el primero al lugar del suceso...

Por fin, como a la luz del relámpago, todo se esclareció: el señor Dufour nunca había dado la menor señal de que estrangularía a su mujer, con la ayuda de los perros, una fría noche de invierno, de ahí que la sorpresa del reportero fuera total.

Y eso había sido todo.

Relajado al fin, aliviado como el hombre que, tras mucho afanarse, se permite a sí mismo un pequeño lujo, volví a poner la oreja para reproducir toda la historia a partir de sus fragmentos.

Mi contento duró bien poco. Puesto que lo que decían resultaba un verdadero galimatías, pese a mi esfuerzo de concentración perdí el hilo y, al igual que el principio, ya no entendí nada. El descubrimiento de lo sucedido se volvió de repente una obsesión y, junto al esquema del texto que debía escribir, tracé un plan de los hechos. Según una reciente costumbre, anoto «los tópicos». Noche fría. Radiador apagado (símbolo erótico-freudiano). Perros. Mujer. Crimen. Reporteros de amanecida.

Mientras sigo escuchando con atención, establezco los signos del plan. Signo de admiración, cuatro signos de interrogación seguidos. Flechas quebradas como relámpagos. La palabra «terror», no sé por qué, escrita en cirílico, en ruso *uzhas*. Finalmente, me entran ganas de suspirar de rabia.

Esta es la historia: En su casa, el señor Dufour y su mujer, en una noche fría, han utilizado los perros...

Agarrotado de nuevo. La frase, que en cualquier otro momento me habría parecido vulgar, de pronto me resultaba llena de misterio. Han utilizado los perros... Fácil de decir, pero ¿cómo los han utilizado?, y lo que es más importante: ¿por qué?

¿Por qué?, me repito, y de inmediato la pregunta toma un sentido imprevisto: ¿Por qué he de devanarme los sesos con algo así? Al fin y al cabo, con el derecho que asiste a un viejo cliente del café sobre dos clientes recientes (¿existe en alguna parte un código semejante?), podía dirigirme a mis vecinos de al lado. Sin vacilar, me vuelvo enérgicamente, pero sin resultado, puesto que, mientras yo hacía los garabatos, mis vecinos entre

tanto se habían ido.

Me quedo solo, y lo quiera o no, así, solo, he de afrontar la explicación. Este último pensamiento se mezcla con otro, menos mal, del cual se desprende la reiterativa pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué demonios debo buscarle yo una explicación a su delirio? A la postre, que se vayan al diablo el señor y la señora Dufour, y ambos con los perros hijos de perra suyos.

Acuden como un centelleo a mi mente las asociaciones protectoras de perros, pues no estoy seguro de si considerarán peyorativas expresiones como perro hijo de perra. En todo caso, las palabras «la utilización de perros» no pueden ser calificadas de ofensivas, puesto que son usadas normalmente con buena y no con mala intención. El perro como guardián de la casa. Integrante de la partida de caza, lazarillo de ciego o defensor del rebaño ante el lobo. Nadie podía negar el lado bueno de todo esto, ni siquiera las asociaciones en defensa de los lobos, que habían surgido en los últimos tiempos, podrían aducir en este punto (el delicado problema del rebaño, etc.) queja alguna contra los perros.

Algo más calmado, mientras abría mis papeles de notas, las habituales, me acordé atropelladamente de los perros policía, que no se podía decir que fueran inocentes, y aún menos cuando se trataba del alambre de espino que rodeaba los campos de internamiento. E inmediatamente después volvió a mi mente el extraño suceso de la pareja Dufour. No se podía decir que los perros fueran mentados inútilmente en esta historia. Algo había ocurrido en la noche invernal en casa de los Dufour, puesto que por la mañana se había presentado la policía y los reporteros de la televisión.

¡Ya vale!, me dije, y traté otra vez de quitarme de la cabeza todo aquel barullo, cuya parte más incómoda la constituían, como siempre, las sociedades protectoras de animales, las últimas declaraciones de B. Bardot sobre las focas, seguidas del movimiento contra el uso femenino de las pieles, con el consiguiente llamamiento a la conciencia de las señoras lujosas para que no se cubrieran con las pieles de los cuerpos despellejados de los animales, porque arrojadas en ellas jamás podrían las señoras resultar hermosas ni sentir calor...

El barullo se atascó de repente en un punto... Pieles para las damas para parecer hermosas. Y para dar calor, sin duda... Los radiadores no funcionaban

aquella noche... Y la señora Dufour tenía frío. Y los perros habían sido utilizados de radiadores... Para elevar la temperatura...

Perros que andan por la casa. Jadean, corren cada vez más rápido. ¡Corre, perro, corre y no te pares!

He aquí, pues, el meollo del asunto: ¡cuestión de temperatura! Me habría gustado gritar «eureka» si no la usaran tanto todos los novatos. Por lo tanto, eso debía ser: cuestión de calor. Dicho de otra forma, calor canino. Como se sabe, sus cuerpos normalmente están calientes, y además la carrera aumenta la temperatura liberada. Igual que en caso de bochorno se busca lo contrario: a falta de ventiladores, para enfriar el ambiente se pueden utilizar... Oh, no... La visión de serpientes reptando por todas partes es mucho más insoportable, y yo, a punto de hacerlo en voz alta, me grité de nuevo: ¡Basta!

Conseguí vencer la tentación dedicándome a mí mismo otra tanda de insultos, de los que utilizo rara vez. Liberado en cierto modo de la culpa, volví a abrir los papeles en busca de mis apuntes y garabatos que parecen dibujos.

Afortunadamente, por fin, me puse a trabajar.

Sentí en el lado derecho de mi espalda una presencia de mujer, e inmediatamente después su dulce voz: Señor K., perdone si le molesto. Soy una fotógrafa de manos de escritores. ¿Podría fotografiarle la suya, esa con la que escribe?

De soslayo, sus ojos no se despegaban de mi mano, mientras que yo estaba a punto de aullar en mi fuero interno: Un momento, señora mía, bruja mía. ¿Fotógrafa de manos de escritores? Es la primera vez que lo oigo.

Ella sonrió: era justamente eso, fotógrafa de manos de escritores. Más exactamente, de una de ellas. Normalmente la derecha.

Ajá, normalmente de una de ellas...

Su mano, continuó. Aquella con la cual escribe... (mata), naturalmente.

Hago un gesto con la cabeza, que ni yo mismo estoy en condiciones de explicar lo que significa, pero que la mujer toma por asentimiento.

Mientras busco un motivo, si no para rechazar, al menos para retrasar la fotografía, en el instante en que se me viene a la cabeza que podría engañar a la mujer diciéndole que es con la otra mano, es decir, la izquierda, con la que escribo, el *flash* de la cámara restalla cruelmente como un castigo venido de

las alturas. Tengo la sensación de que mi mano se ha quedado petrificada entre tanto y que ya es tarde para enmendar nada.

Lo mismo que es tarde para levantarse y quitarle de las manos la cámara a aquella mujer, gritándole que no tenía ningún derecho a mutilar, a petrificar de ese modo la mano de otra persona, en pleno día y en un café de París...

Mas la mujer ya está saliendo por la puerta de cristales, tranquilamente, purgatoriamente, dejándome a mí en medio del café con mi mano que quizá ya no sirva para trabajar de ahora en adelante.

No volveré más a este café... Es la segunda vez este invierno que me digo estas palabras, mientras sé con certeza que volveré de nuevo. Como mínimo otros tres o cuatro inviernos y después tal vez un siglo o dos, por no decir cuatro siglos y veintidós días, de acuerdo con la condena del bandido.

CIERTO TIEMPO DESPUÉS, el episodio de la mano petrificada acaba arrinconado en mi memoria, inexistente más que existente, hasta el día que en un foro internacional de escritores la periodista Hannah Assouline, de la agencia Opale-Retratos de Escritores, esperando que cayera en la cuenta, tras la pregunta ¿lo recuerda?, con inocente sonrisa me dijo que me había fotografiado hacía tiempo la mano derecha en un café de París.

## *Día de Buró Político*

**E**L PASADO VERANO, EN mi casa de Monte del Cautivo, cayeron casualmente en mis manos unas actas extraídas de los archivos secretos. Este tipo de hallazgos son cada vez más frecuentes en los últimos tiempos en Albania. Te encuentras con alguien en el café, observas algo distinto en su sonrisa y en su mirada de soslayo, y antes de que puedas preguntarle la posible causa, te dice él mismo: «Tengo de eso... ¿te gustaría verlo?».

Desde hace casi un siglo, cuando en las novelas cortas de Migjeni se utilizaba el subterfugio «esas» como la clásica acepción para nombrar a las prostitutas, «eso» ha adquirido nuevos significados, a menudo engañosos: marihuana, dólares, cigarrillos especiales, cajas de puros, para acabar en hojas mecanografiadas de expedientes secretos.

Temiendo que yo pueda responder con indiferencia, el otro añade: «Son del Buró Político». Las palabras «en todo caso», si bien no se pronuncian, se adivinan por la densidad de su mirada. Así pues, en todo caso, «eso» tiene relación con el Buró Político. Documento oficial, actas en toda regla, según me aclara. Transcritas palabra por palabra. Sobre cuestiones mayores.

En todo caso, me digo al fin. En todo caso, naturalmente. Y máxime sobre cuestiones mayores.

A mi pregunta, ¿por ejemplo?, él responde de inmediato: La baza alemana. Aparece entera y en treinta y ocho líneas.

Esta vez pronuncio «en todo caso» en voz alta. Me guste o no, no me está permitido no tomármelo en serio. Frágil o no, este pensamiento ahí está. Junto con la verdad.

Al alargarme el revoltijo de papeles, me aclara que «la baza» está en las páginas 10 y 11, separada incluso por el subtítulo «Cuestión cuarta: Sobre las conversaciones con los germano- occidentales».

Mientras cruzo el pinar camino a casa, el pensamiento dominante que me acompaña es el de que, finalmente, voy a tener la oportunidad de leer la verdad sobre una de las cuestiones más comentadas tras la caída del comunismo.

Otro pensamiento, si es que se le puede llamar así, procede de mi segundo mundo, la literatura. Fiel a su estilo, es sesgado y nebuloso. Son las palabras de un personaje de una novela estadounidense que, al evocar la depravación en la que ha caído (compraventa de refugiados extranjeros), le dice a un amigo o a sí mismo que podía llegar a imaginarse cualquier cosa, salvo acabar su vida vendiendo chinos...

El último «en todo caso» lo digo casi en voz alta desde el rincón de la veranda donde trabajo. Tengo en mis manos las hojas. Encuentro la página 10 y el punto «cuestión cuarta».

Buró Político. Día. Entran uno tras otro...

Como todo escritor, he tenido la ocasión de describir centenares de días. Al fin y al cabo, la literatura es, ante todo, un infinito montón de tardes, noches, atardeceres, anocheceres, medianoches y, sobre todo, de días. No es casual, al parecer, que los días aparezcan tan asiduamente en la descripción de acontecimientos o estados de ánimo. Día de invierno. Día del Señor. Día perdido. Un día del zar ruso. El día que entró el alemán. El día de la separación. De la lechuza. Aquel día.

Pues bien, había llegado ese día.

El documento no está datado, pero es fácilmente verificable. Es probable que pertenezca al año 1986. Estoy seguro de que la autenticidad del acta está fuera de toda duda.

He aquí el texto íntegro:

#### CUESTIÓN CUARTA

##### SOBRE LAS CONVERSACIONES CON LOS GERMANO-OCCIDENTALES

*Camarada Ramiz Alia:* Sofo terminó su trabajo allí, mañana vuelve.

*Camarada Foto Çami:* ¿Pero se ha conseguido alguna cosa?

*Camarada Ramiz Alia:* Algo han hecho los alemanes, han llegado a un punto en el que están de acuerdo en entregar una suma, pero tiene que ser a

través de un organismo internacional. Sofo les ha dicho que eso hemos de estudiarlo. Ahora, al final, le han propuesto, primero, establecer relaciones diplomáticas; segundo, que Alemania Federal pondrá una suma a disposición de Albania; tercero, que los expertos busquen la forma y manera de que esto se solucione a través de los organismos internacionales. Estas propuestas son de ayer a mediodía. Por la tarde han continuado las conversaciones y todavía no nos han respondido del todo; pero he hablado por teléfono brevemente con Sofo y me da la impresión de que tanto ellos como Sofo han concluido que sean los expertos los que vean la posibilidad de entregar esa suma por medio de organismos internacionales o por otras vías. Por lo tanto, la diferencia radica en que se ha añadido «por otras vías». Han fijado un encuentro para finales de noviembre. Según parece, llegaremos a algo con ellos.

*Camarada Foto Çami:* Sí, porque ellos también quieren.

*Camarada Lenka Çuco:* También ellos tienen su propia preocupación.

*Camarada Simon Stefani:* Es un avance ante ellos.

*Camarada Ramiz Alia:* Por lo que se refiere a las vías, pienso que hay que verlas, pues lo de los organismos internacionales no nos interesa, puesto que los organismos internacionales lo hacen público. A nosotros no nos interesa que se publique en uno de los informes anuales de esas organizaciones.

*Camarada Foto Çami:* Yo pienso que con los alemanes, puesto que han aceptado entregar una suma, eso puede resolverse. Al fin y al cabo, podemos aceptar la creación de una cámara conjunta para el desarrollo del comercio entre Albania y Alemania Federal. Eso sería ventajoso. O podemos encontrar otras formas u otras vías. El Estado alemán puede encargárselo a una compañía y por medio de esa compañía realizar toda la operación, es decir, mediante compras, mediante ventas, etc.

*Camarada Simon Stefani:* Seguramente ellos ya habrán pensado en la suma.

*Camarada Vangjel Cërava:* Yo digo que mil millones de dólares.

*Camarada Foto Çami:* Aunque fueran quinientos millones los que nos dieran, sería gran cosa.

ANTES DE PONERME CON ALGO que no he tenido la oportunidad de hacer jamás: la autopsia de un día de Buró Político del Partido del Trabajo de Albania,

quiero recordar sucintamente el contexto en el que ese día tuvo lugar.

Acaba de morir el dictador albanés. Albania se mantiene a la espera. Se ha producido la visita de Franz Josef Strauss. La baza alemana se perfila de pronto en el horizonte. Es real. Y lógica. Pero se siente la futura caída del comunismo. Alemania Federal piensa en sus propios problemas. Es el tiempo de la reunificación alemana. Es el tiempo en que se comienzan a desgajar del cruel campo comunista los países aprisionados. Para los alemanes, su principal drama es su parte amputada del Este. Antes de recuperarla, quizá para que no se evidencie el «egoísmo alemán», como ensayo general del drama podría servir la atracción de otro país: en este caso, Albania. Es comunista, pero está aislada. Se ha salido hace mucho tiempo del campo comunista y del Tratado de Varsovia. En una palabra, es desde cualquier punto de vista idónea. Alemania pasa a la acción. El viejo bávaro Strauss, en pro de Alemania, establece relaciones con Albania. Esta última tiene más necesidad del bávaro que este de ella. Albania está en las últimas. Esta salvación, bautizada como «la baza alemana», parece caída del cielo.

TODO PARECE CONCEBIDO por el divino hado. Albania sería el primero de los países en ser atraído por Occidente. Que reviviría. Que volvería a respirar. Todo le es favorable. Salvo una cosa: el Buró Político del propio país.

Para convencerse bastaría con uno solo de sus días. El que Leonardo Sciascia, insultando a las lechuzas, llamaría *El día de la lechuza*. Porque aquel es mucho peor. Mucho peor que cualquier día de las lechuzas, de los cuervos y los genios.

Volvamos a la autopsia, al comienzo del acta:

Entre las primeras palabras de Ramiz Alia: «Sofo terminó su trabajo allí, mañana vuelve», y la frase «Sofo les ha dicho que eso hemos de estudiarlo», hay siete líneas. En el centro del párrafo solo hay una información, que es real, importante: los alemanes aceptan entregar la suma (la famosa, la salvadora, la fatal). Para hacerla efectiva solo hay una condición: hacerlo por medio de un organismo internacional.

Por lo tanto, en este párrafo conocemos que el proceso (la reanimación de Albania) está a punto de iniciarse. Y todo el párrafo comienza y concluye con Sofo. La pregunta ¿quién es ese tal Sofo? resulta inevitable. R. Alia no

menciona su apellido, ni siquiera su nombre de pila completo, Sofokli, que lo tiene, sino solo Sofo. Parece un detalle accidental, pero no lo es. Esta forma de hablar demuestra que ese nombre le resulta extremadamente familiar al Buró Político, e incluso más que familiar.

Por eso volvemos a repetir la pregunta: ¿Quién es ese tal Sofo que tiene en sus manos la relación con Alemania? Que decide, que dice: Eso hemos de estudiarlo, que habla brevemente por teléfono con Ramiz Alia y después, completamente solo, ¿hace en Bonn lo que se le antoja?

¿Qué representa este hombre? ¿Qué derecho le asiste? ¿Este Estado llamado Albania tiene organismos que lo dirigen? ¿Tiene ministro de Exteriores, primer ministro, presidente, Estado, protocolo?

Con la esperanza de esclarecer algo más del acta, tras las primeras siete líneas, continuemos con el siguiente párrafo, más exactamente, con las doce líneas que completan la información de Ramiz Alia, jefe del Buró Político.

Inmediatamente después de las palabras: «Sofo les ha dicho (a los alemanes) que eso hemos de estudiarlo», Ramiz Alia, el jefe, vuelve sobre lo mismo, sin decir nada nuevo, sin la menor de las vergüenzas, nada nuevo, de un modo bárbaro, increíble, nada nuevo, como si tuviera delante un rebaño de ovejas y cabras.

Dice que los alemanes han propuesto, primero, establecer relaciones diplomáticas; segundo, conceder *la suma*; tercero, ver el modo de *entregarla* por medio de organismos internacionales. Y continúa: «Estas propuestas son de ayer a mediodía. Por la tarde han continuado las conversaciones y todavía no nos han respondido del todo; pero he hablado por teléfono brevemente con Sofo...».

Insiste en la desvergüenza y continúa sin decir nada nuevo. Vuelven a salir a relucir los organismos internacionales, e incluso que se ha añadido «por otras vías», lo que Ramiz Alia presenta como novedad.

Lo que se desprende de sus palabras es sencillamente una deslealtad. La abierta deslealtad de Albania con Alemania. Las artimañas sin igual de los sinvergüenzas políticos balcánicos. Juegos de palabras, marrullerías para disimular.

Realmente, la deslealtad más grave, antes que con Alemania, es esencialmente con Albania. Porque es Albania la que, como pocas veces en

su historia, apenas se tiene en pie. Su reloj se ha parado, como se suele decir. Los mercados están vacíos. No hay leche para los niños. Mientras que la recua de bestias con el nombre colectivo de «Buró Político» se entretiene en reuniones como esta. Hasta un rebaño de cabras, en su lugar, mostraría seguramente mayor humanidad.

Tratemos de profundizar más aún en el texto del acta. A primera vista se percibe una dificultad, un «pero». La parte albanesa busca una... pega. Un «pero» para no obtener la ayuda. El «pero» en este caso se llama Sofó. Hay que ser completamente lelo para no darse cuenta de que este hombre está allí para objetar justamente ese «pero». Y lo consigue. ¡La famosa *suma* alemana jamás la obtendrá Albania! ¿Por qué?

Continuamos la narración del día negro que, al ser opuesto al «Día del Señor», bien podría llamarse «día del demonio».

COMO SE VE, TRAS EL JEFE, el miembro del Buró Político, Foto Çami, filósofo de formación, al responder a las siguientes palabras de Ramiz Alia: «Han fijado un encuentro para finales de noviembre. Según parece, llegaremos a algo con ellos», pronuncia una de las tres frases de ese día.

*Camarada Foto Çami:* Sí, porque ellos también quieren.

La frase, por su falta de dramatismo, resulta pobre. Sin embargo, si se busca una pizca de humanidad en toda esta deshumanización, algo se encuentra. Sí, porque ellos también quieren. Es decir, los alemanes quieren que ocurra.

Tras el filósofo, de repente una perla. Es la miembro del Buró Político Lenka Çuko.

*Camarada Lenka Çuko:* También ellos tienen su propia preocupación.

No hay razón para reírse a carcajadas de la interpretación completamente grotesca que esta mujer hace de la baza alemana. (Alemania tiene una preocupación que quiere resolver sirviéndose de Albania, *pero* esta última no aceptará, por nada del mundo... etc., etc.)

Poco después habla otra vez Ramiz Alia, estableciendo un nuevo récord de falta de lógica y charlatanería. Se declara de pronto contrario a la obtención de *la suma* por medio de organismos internacionales, ¡porque se sabría!

Foto Çami, el filósofo, pronuncia su segunda frase, en esta ocasión completamente anodina.

*Camarada Foto Çami:* Habría un poco más de ruido por esa vía.

Ramiz Alia toma la palabra para decir las simplezas más sinsentido de ese día inútil. Hacia el final, alguien se acuerda del quid de la cuestión: la cantidad de *la suma* alemana.

Con voz apenas audible se pronuncia la cifra de «mil millones de dólares».

El filósofo del Buró Político dice su tercera frase:

*Camarada Foto Çami:* Tampoco la mitad estaría mal.

La mitad del montante de la época equivaldría hoy a miles de millones. Y la suma total...

Con la frase del filósofo se cierra la historia de la baza alemana. Pocas veces en la crónica albanesa un suceso ha provocado tantos rumores como aquel. Acompañado de continuo del sordo alarido: ¿Por qué?

¿Por qué se rechazó la mano tendida cuando Albania estaba al borde del precipicio? ¿A qué se debía aquella pega, aquel «pero», aquel Sofo? ¿De dónde procedía la idea, la orden, el decreto de muerte? El rumor decía que procedía, como antaño, de la misma dirección, de aquella con la que los comunistas albaneses se habían reconciliado de nuevo: Moscú. Del que, aparentemente, nunca se habían despegado. Y el cual siempre y por siempre exigía lo mismo: ¡Idos con cualquiera, pero con Europa jamás! *Nikogda*. Eso había graznado el cuervo. Y Haxhi Qamil. Y el camarada Stain. Y el *hoxha*<sup>1</sup> Enver. Los tres desde las profundidades de sus tumbas. Y los demás uno tras otro. En Budapest. En Tirana. En Ucrania en 2014.

2014

---

<sup>1</sup> *Hoxha*: clérigo musulmán, con título de tal, que viste chilaba y turbante y ejerce determinadas funciones religiosas. Aquí Enver Hoxha. [*N. de la T.*]

*El llanto de medianoche*  
*Del ciclo imaginario:*  
*Cantos y lamentos por la literatura albanesa*

I

**A**ÑO 1986. PRIMAVERA y medianoche cuando suena el teléfono.

Puesto que nunca había tenido ocasión de hablar por teléfono con alguien que llorara, al principio creí que aquel llanto se debía al mal funcionamiento de la línea. Pero pronto percibí que el llanto era real, e incluso, simultáneamente, supe quién lloraba. Era un editor de mesa de la casa editora que se ocupaba por entonces de uno de mis libros, un compendio de relatos, más exactamente de novelas cortas y reportajes, mezclada entre los cuales tenía la esperanza de que pasara desapercibida una novela corta problemática.

Nada bueno podía augurar el llanto del editor; por eso lo primero que se me pasó por la cabeza, con el temor hecho oración, fue: ¡Ojalá no se trate de la novela!

Por desgracia, se trataba justamente de la novela enmascarada de novela corta.

¿Quién le había echado el lazo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿El jefe, el director, la oficina de publicaciones del Comité Central? Resumiendo, por ahora a la novela no le habían echado el lazo. Pero sobre ella pesaba una amenaza.

¿Qué amenaza?, pregunté impaciente. ¿De quién?

El llanto al otro lado del hilo aumentó sensiblemente. Era una palabra con el significado de «amenaza», pero que aún tardo cierto tiempo en sustraer a los gemidos.

Ajá, una denuncia. ¿Pero de quién?

El llanto redobló de nuevo. Después, tras un largo suspiro de autoacusación por su negligencia e ingenuidad, escuché el nombre del

denunciante.

Pero ¿por qué él?, dije en voz baja. ¿Por qué él precisamente?

Lo conocía, era un joven callado, que justamente así, en silencio, subía y bajaba las escaleras de la Liga de Escritores sin hacerse notar.

Es amigo tuyo, ¿o no?

Claro, por eso cometí ese gran error, le di a leer el manuscrito, por nada, por gusto.

¿Y él te amenazó con la denuncia?

Exactamente. Me amenazó con escribir una carta al Comité Central oponiéndose a la publicación de *El año negro* por ser una obra antipartido, anti... esto y anti lo de más allá, en una palabra, porque contradice lo que piensa el gran jefe sobre el movimiento de Haxhi Qamil...

No lograba concentrarme mientras escuchaba las razones.

El llanto se iba calmando al fin.

¡Pero si él no parecía ser así en absoluto!, le dije. ¡Al revés, parecía... demasiado cristiano...!

Recordé que los teléfonos estaban intervenidos, de modo que alcancé a pronunciar el calificativo «liberal».

Al otro lado del teléfono, el otro continuaba pidiéndome perdón.

## II

COMO EN TODOS los periodos de incertidumbre, la semana se me hizo el doble de larga. Mis sospechas eran de lo más variopinto. La primera y más abundante recaía en el llorón mismo. Lo conocía desde hacía años, venía a nuestra casa, tenía amistad con mis hijas, a las que facilitaba libros y discos a su alcance. Una de sus tías estaba casada con un dignatario de la nomenclatura.

El barrunto de que pudiera ser él el denunciante lo rechazaba mi propio fuero interno por esa misma circunstancia: su carrera no necesitaba un empuje tal.

A la sospecha no le quedaba otro remedio que girar hacia el autor de la amenaza. Parecían darse todas las posibilidades, su brusco nombramiento

inmediatamente después del Cuarto Pleno del partido, su círculo familiar, que, contrariamente al de la familia del llorón, no solo no estaba próximo al Estado, sino que era visto con malos ojos, lo que le había impedido acceder a estudios superiores y a parecidos etcéteras.

Tan pronto me figuraba que no podía ser más que así y de ninguna otra forma cuando el pensamiento contradictorio aparecía de inmediato. Era difícil de creer que un delator refinado, como eran normalmente los que denuncian a los escritores, se despojara de la máscara de una manera tan simple y vulgar. Por más vueltas que le diera, había algo que no cuadraba en esta historia.

### III

LA SOLUCIÓN QUE SE ME ocurrió era sencilla, frívola para alguno, magnífica para algún otro y única a mis ojos: la zurra.

Tenía varias direcciones de zurradores, que conservaba desde la época de un escándalo, pero que, por fortuna, no había utilizado.

Sin decir ni una palabra a nadie, elegí a uno de ellos, pero del barrio del complejo Profarma, dado que, a diferencia de los bestias del barrio del complejo cárnico, al estar rodeados como estaban de medicinas, vendas y pomadas, algo habrían asimilado del cuidado que se ha de tener al golpear.

El encargo era sencillo: advertir al autor de las amenazas con partirle la jeta «en el caso de calumniar al famoso escritor K.».

Tras la promesa de que cumpliría el encargo de la manera debida, me sentí completamente tranquilo. Para evitar en lo posible ser descubierto, le dije al doctor X (así había bautizado en mi interior al zurrador) que no era necesario que me telefonara para hacerme partícipe «de los ulteriores acontecimientos». Lo que no me impediría pasarme al día siguiente sin falta por el Club de Periodistas para detectar alguna señal en la cara de la futura víctima.

Cuantas más horas pasaban, más me convencía de que todo acabaría por salir bien. Algunos días después, me encontraba bastante decepcionado. Cierto es que entre las dos imágenes posibles de un rostro humano: el amoratado por los golpes y el otro, el normal, prefería este último; sin

embargo, aquella prolongada situación idílica comenzaba a hartarme. La cara del otro no solo no mostraba el menor signo de violencia, sino que daba la impresión de una lisura exagerada, casi exultante, como la de aquellos a quienes a su regreso de un centro termal todo el mundo les dice: ¡Qué bien se te ve!

Ya estaba a punto de dejar a un lado las precauciones y de telefonar al zurrador para saber qué pasaba cuando ocurrió algo inesperado: la víctima de repente cambió de gafas. Mientras los demás le felicitaban por ello, diciéndole que le sentaban muy bien, yo trataba inútilmente de encontrar alguna señal de golpes o de las consecuencias de arrancárselas violentamente de la cara. Cuando comprobé que no había la menor huella de nada de eso, llamé por teléfono al llorón y afectando indiferencia le pregunté qué pasaba con mi libro. Me contestó en el mismo tono, como si no hubiera pasado nada y no hubiese sido él quien algunos días atrás había soltado lágrimas a raudales.

Tras mi segunda pregunta sobre el libro, como si lo hiciera a propósito, me respondió con la mayor de las indiferencias que todo iba como una seda, lo que, en cualquier otra circunstancia, me habría alegrado.

Casi ofendido, le pregunté si «él» había dado señales de vida.

¿Cuál él?, preguntó el llorón.

Una canción de amor, escuchada una noche a orillas del mar, intentaba enredarse en la conversación: ¿Tus lágrimas, mi dulce *korçare*<sup>2</sup>, cómo las olvidaste?

Él, pues, dije con cierto nerviosismo. El que te amenazó con...

Ajá, exclamó el otro, tras una leve demora. Ajá, repitió, se me había ido por completo de la cabeza... No, no, continuó. No se ha sabido nada al respecto.

Ahora era mi turno de exclamar ¡ajá!

No recuerdo bien cómo sigue la serenata de Korçë. Era algo sobre los ojitos y las promesas rotas.

Me sentí agarrotado cuando colgué el teléfono. A veces me parecía que lo ocurrido quizá fuera más sencillo y que era mi mente la que complicaba las cosas. El zurrador había hecho su trabajo, con violencia o sin ella, eso era asunto suyo. Atemorizado, el autor de la amenaza había dado un paso atrás.

Mi libro estaba a punto de ser enviado a la imprenta y eso era lo principal.

Pero mi tranquilidad no duró mucho. No se trataba solo, maldita sea, de que se me viniera a la mente la secuencia olvidada de la vieja canción: Tus lágrimas, oh traidora, dónde las sepultaste..., sino que ahora toda aquella historia me resultaba dudosa. La ocurrencia de telefonar al zurrador, acompañada de la palabra «idiota» dirigida a mí mismo, me pareció de lo más natural. La clave para explicar todo aquello residía allí, y había que ser un incorregible imbécil para buscarla en otra parte. Eso es lo que pensaba mientras llamaba por teléfono, antes de que desde la central me informaran de que ese número estaba de momento fuera de servicio, lo que me dejó tan alelado como una mala noticia.

#### IV

REHECHO DE MI ESTUPOR, la sospecha, exenta ahora de cualquier límite, recaía sobre todo el mundo, sin desechar a nadie. Se desplazaba como la niebla, del zurrador al autor de la amenaza, para terminar allí donde había empezado, en el llorón. Pensaba que uno de los tres había sido el traidor, y de inmediato me decía: ¿Por qué uno y no dos de ellos, por no decir los tres?

Pero sentía que había una falta de lógica en este embrollo.

¿El zurrador, el traidor? Su desaparición incitaba naturalmente a la sospecha, pero igual de natural resultaba preguntarse: ¿Por qué? Era sencillamente un matón. Y además, no había sido él quien había solicitado mis servicios, sino yo mismo. Y el porqué de su renuncia no era difícil de explicar: el miedo a arriesgarse en un trabajo tan peligroso o el consejo de alguien, un hombre o alguna instancia oficial, de que no se mezclara en peleas de escritores.

En relación con el autor de la amenaza, cuanto más sospechaba, más sinsentido me parecía la sospecha. En primer lugar no estaba seguro de si se había producido o no la amenaza. Todo lo que sabía lo sabía por el llorón. En segundo lugar, la amenaza, si bien parecía despreciable, no se podía decir que lo fuera al ciento por ciento. Incluso con algo de buena voluntad podía tomarse por un intento de evitar un mal mayor. Al fin y al cabo, se lo había

dicho a su amigo y no al Estado.

Mientras las dudas sobre el autor de la amenaza y sobre el zurrador había momentos en que palidecían, por no decir que cesaban por completo, con el llorón nunca sucedía lo mismo. Cada vez me parecía más plausible que tal vez no existiera ninguna advertencia amenazadora, y que todo se lo hubiera inventado él. Era posible que fuera presa de un pánico repentino que le hiciera creer que la obra era condenable y que la vergüenza de haberlo creído le hiciera inventar la amenaza del otro. Sería este el menor de los males. Mucho peor habría sido que, presa del pánico, él mismo hubiera hecho la denuncia y que ahora buscara una coartada. Sus estridentes sollozos eran buena prueba de ello. En realidad, era precisamente esto último y, sobre todo, la calma que siguió a continuación lo que me hacía inclinarme por la opción suave. A fin de cuentas, lo pasado, pasado, todo se había enderezado y no tenía ninguna razón para insistir en el descubrimiento de un secreto que le concernía a él bastante más que a mí.

Comencé a olvidarme del asunto cada vez más, e incluso la pregunta de cuál de los tres me había traicionado, uno, dos o los tres, había momentos en que despertaba en mí tan poca curiosidad como la que despierta una película a altas horas de la noche.

## V

TIEMPO DESPUÉS, INICIADA la caída del comunismo, cuando menos lo esperaba, el llorón de la medianoche de antaño se alzó abiertamente en la prensa contra mí, su viejo amigo y testigo de sus sollozos.

Junto con la sorpresa, pensé que, aunque tarde, descubriría, al fin, su misterio, que ahora, fuera cual fuese, se quedaba corto comparado con otras atrocidades. Con esta esperanza, pensé en el autor de la amenaza de antaño, a quien automáticamente imaginé de oponente suyo, si bien para mi sorpresa supe que no solo no eran rivales, sino que pertenecían ambos a una especie de grupo con ideas comunes. A ellos se unía un escritor antiguamente condenado, que se había autoproclamado turco en los últimos tiempos, y un cuarto más mediocre todavía que el turco como escritor, y en consecuencia

envidioso, a quien sus detractores, para hundirlo a conciencia en el oprobio, le habían puesto Liliana de mote.

Por lo que se refiere a los dos satélites que giraban en torno suyo, uno de ellos no necesitaba mote, puesto que, al apellidarse Laviro, los que lo querían mal tenían muy fácil transformarlo en Lavirja (Ramera), mientras que del otro, un arquitecto cegato, se sospecharía, tarde o temprano, que usaba su ceguera como una trampa.

El grupo daba muestras de una actividad febril. Unas veces lo encabezaba el llorón, y otras el autor de la amenaza, y cuando daba la impresión de que estaban agotados, hacía su aparición el turco, Liliana o el ciego. Una espantosa danza condenada a no parar.

---

[2](#) Muchacha de la ciudad albanesa de Korçë-a. [*N. de la T.*]

## *Un asunto que termina con perro*

LA PUBLICACIÓN DE UNA obra de juventud, de una novela de los tiempos de estudiante, que se quedó en manuscrito durante más de medio siglo, hace días que ha desatado cierto revuelo en Tirana. El revuelo, como ocurre con frecuencia, es en esencia intrascendente, por no decir grotesco, igual que el motivo que lo ha desencadenado. Una carta abierta de un escritor, que fuera viejo amigo del autor, que declara que esta novela no es del año 1958, como ha demostrado el autor con plena responsabilidad moral, sino que fue escrita más tarde.

Una declaración del editor que explica claramente que está en posesión del manuscrito, del cual se ha extraído el texto impreso, vuelve a certificar, como ha dicho el autor, lo mismo: su temprana datación. Y, por supuesto, su disposición a permitir el examen del texto.

Ahora bien, ello no impide al de la epístola publicarla.

Como sucede casi siempre, en tales casos surge la duda de si contestar o no. Son muchos los que se muestran contrarios a dar una respuesta (la historia de ir por lana y salir trasquilado), pero tampoco son pocos los que, por respeto al público, querrían una especie de aclaración del tipo: «¿No os lo creéis? Id donde el editor a examinarlo».

Tras una duda, al autor se le ocurre una solución intermedia: la respuesta, pero exenta de dramatismo. Incluso con un título completamente a propósito: «La carta de un tonto».

El título parece hiriente, pero la carta abierta tiene tan poca lógica, que llega al convencimiento de que es el único título que merece.

La falta de lógica comienza ya en la mención de dos años sucesivos, 1958-1959. A cada uno de los cuales pertenece una novela. Una, la del año 1959, *La ciudad sin anuncios*, terminada en Moscú, citada asimismo por el de la

epístola, publicada en toda Europa y datada como la primera novela del autor, es sorprendentemente desafecta al realismo socialista. La otra, la sumida en la niebla, la que siembra las dudas del autor de la epístola, tanto en lo relativo a su fecha de escritura como al desprecio del socialrealismo, data de un año antes, de 1958. Cabe una sencilla pregunta: Puesto que la novela de 1959 es verdadera, creíble, etc., ¿por qué su vecina temporal, la del año 1958, que es desde cualquier punto de vista más modesta, habría de ser falsa e increíble, ficticiamente datada, etc.? Es esta la pregunta que hay que plantearse. Si acaso el autor no se da prisa en aclararlo, ello no se debe a ninguna razón ética. Más exacto sería decir que se debe en realidad a la palabra «tonto», pero no en el sentido de evitar ofender al camarada de antaño.

Es otra cosa la que lo impide, porque el pensamiento dictatorial, junto con sus mecanismos, nunca son cuestiones tontas. Se podría decir incluso que hay mucha gente en la Albania poscomunista: antiguos verdugos, torturadores, quienes ordenaron crímenes y, sobre todo, antiguos informadores secretos, que sueñan con que no se les trate como lo que fueron, sino sencillamente como tontos.

Al parecer, el antiguo amigo del autor pertenece a esa categoría. Al llamarle «tonto», el autor es consciente de que tras el interminable aguante, a la espera de que se abran los expedientes para descubrir en ellos la verdad, le hace un pequeño favor, un favorcito, digamos: le llama tonto.

No merece siquiera ese favorcito. Poco tiempo después habría de verificarse. El revuelo levantado en la prensa no solo era ilegítimo, sino lo más rastrero posible. Y no podía ser de otra forma, con un eco que tenía como origen un imaginario enfrentamiento tragicómico. Su base era: el de la epístola se dirigía al autor con la siguiente acusación: Esta novela tú no has podido escribirla en 1958, dado que yo no lo sé, dado que tú no me lo has contado. Y la respuesta también imaginaria del autor sería: No te lo conté porque no confiaba en ti... Porque...

La continuación de la respuesta cabe suponerla, lo mismo que su cinismo. Pero es esta la única respuesta. Porque... la mitad de Tirana sabía que la desgraciadamente célebre Sigurimi albanesa tenía a muchos literatos a su servicio. Porque... el inolvidable y muy querido Drago Siliqi, antes de que muriera en un accidente aéreo, nos había advertido sobre uno de los

colaboradores de la Seguridad del Estado que con más celo rondaba a nuestro alrededor... Y nosotros, un grupo de colegas a principios de los años sesenta, Dh. Qiriazhi, D. Agolli, Dh. Xhuvani, F. Arapi y otros, lo sabíamos. Y hace unos veinte años, en el libro *El peso de la cruz*, publicado en 1991 en albanés y francés en París, se menciona con toda claridad esta advertencia.

Con su carta abierta, el de la epístola ha querido hacer posiblemente un test. Más allá de la cuestión del manuscrito (cuestión que resuelven fácilmente, en una o dos horas, los expertos), el individuo ha querido testar la suerte ulterior de todo un ejército de excolaboradores de la policía secreta, que cada día que pasa albergan más esperanzas de que ocurrirá el milagro de los milagros: el olvido de lo que han hecho.

Naturalmente, tienen una razón para estar esperanzados. Pasado un cuarto de siglo desde la caída del comunismo, Albania es el único país que no ha abierto sus expedientes secretos. Entre los innumerables expedientes están los de los literatos que traicionaron a sus colegas. Nunca en la historia de la humanidad ha habido tantos literatos soplones como en el siglo del comunismo. Y en ningún otro país comunista ha habido tantos como en Albania.

Por eso su angustia es comprensible.

PARTIENDO DE ELLO, NO CABE sorprenderse del mencionado revuelo. Sin embargo, sus dimensiones y la inquina desatada superaron toda previsión. Se utilizaron por ambas partes palabras y expresiones increíbles: troglodita, talibán, nexhmieísta<sup>3</sup>, valaco desleal, semivalaco, valaco a secas, turcófago, gran griego, miope, yihadista, arcoirista<sup>4</sup>, palurdo, felón, en cierto modo wahabita, salafista, turco-enano, turco a secas.

¿Podría decirse que era una demostración de fuerza? ¿Un intento de la tiranía derrocada de enseñar los dientes?

Visto desde la distancia, el asunto no podía calificarse sino de «historia de granujas». Un conocido escritor, como muestra de confianza hacia sus lectores, estudiosos y colegas, permite la publicación de un manuscrito de juventud, de esos que casi nunca salen a la luz por su ingenuidad o carácter íntimo. Aclara este aspecto en la publicación, a la vez que subraya su voluntad como autor de que esta creación de juventud, dadas sus evidentes

deficiencias, no forme parte de sus obras completas.

Resulta casi increíble que una muestra de confianza tal sea recibida no solo con desconfianza, sino que se abuse de ella, algo que no ocurre nunca en otro país, por poco civilizado que sea.

Me refiero a aquellos analistas que parecen estar esperando el momento de cubrirlo todo de lodo, y en primer lugar a los escritores de renombre.

Es este un regusto conocido. La irritación, el nerviosismo, la vigilancia, el odio contra escritores de renombre forman parte de la crónica comunista a lo largo del siglo xx. Ese odio se encuentra en la misma gestación del comunismo ruso. En 1905, Valeri Briúsov, señero representante del simbolismo ruso, en un inmisericorde artículo, se burla y se ríe del «señor Lenin» por su desgraciado llamamiento *dolloj svjehrpisatjeli* (¡abajo los escritores ultraconocidos!).

Este llamamiento se convirtió durante casi todo el siglo en la consigna número uno contra los escritores destacados en todo el espacio mundial comunista. Al evitar llamarlos «grandes escritores», dado que el calificativo se había granjeado una aureola imbatible, Lenin usó arteramente el sinónimo *svjehrpisatjeli*, que literalmente significa «sobre-», «super-» o «hiperescritor».

Amparados en esta consigna de Lenin, se han cometido grandes crímenes contra las cumbres de la literatura; sin embargo, su condena, hoy, ciento diez años después de Briúsov, ha sido bastante tenue si la comparamos con la de los terrores provocados.

Un inmenso ejército de denunciadores, escuchas, soplones, ayudó a los Estados comunistas y sobre todo al Estado albanés a desarrollar la consigna de Lenin. La no apertura de los expedientes demuestra que a ese ejército aún se le protege en este país.

El mal continúa en cierto modo. Son tres las fases por las que los denunciadores de los escritores están pasando, como el resto. La primera fase, inmediatamente después de la caída del régimen, fue la de arrugarse por miedo a ser descubiertos. Después, cuando comprobaron que no se ponía el menor celo en desenmascararlos, comenzó la segunda fase, la de la tranquilidad y secreción de una desconcertante comprensión y compasión en torno suyo: Míralos a los pobres cómo van humildemente en bicicleta, con su

pelo canoso, etc. Entre tanto, rara vez se recordaba que los mismos que agachaban la cabeza hoy fueron verdaderas fieras ayer. Han sometido a vigilancia a sus colegas escritores, han entrado en sus casas como verdaderos Judas.

Tras esta fase de telenovela, nadie pensaba que llegaría la tercera fase: la del orgullo. Ahora no solo no les da vergüenza haber sido Judas, sino que se sienten orgullosos. Incluso, ante la falta de oficinas de la Sigurimi, arrogantes, henchidos de nostalgia, visitan de noche a la señora X para servirle de correos y entregar sus mensajes.

El de la epístola al cual me refiero, tras haber pasado las dos primeras fases, se encuentra ahora en la tercera...

Forma parte de un ejército de celosos falsarios, y de serlo se siente... orgulloso.

POCAS VECES LA TECNOLOGÍA de la calumnia se ha desarrollado tan magistralmente como en los regímenes totalitarios.

Parte normalmente de lo que podríamos denominar base de la calumnia. En el caso que nos ocupa, la base la constituye el pensamiento de alguien de que la data de una obra no es la que ha dicho el autor, sino otra, más temprana o más tardía.

Un rebaño de analistas amorales se adhieren a la calumnia que sirve de base para repetir que existe la duda de que el autor X haya modificado la fecha. Por supuesto, esta modificación se acompaña de una zafia insinuación. Entre los analistas destacará alguno que recordará que, además de la sospecha del cambio de fecha, el autor X es sobradamente conocido como modificador de títulos. El analista pone como ejemplo la novela *El castillo*, que, ciertamente, se publicó en albanés y en otras lenguas con distinto título. Es evidente que la zafia insinuación del cambio de fecha se acentúa doblemente por esta multiplicidad de títulos. El analista no menciona en parte alguna que el cambio de títulos, sobre todo en las traducciones, es la cosa más normal del mundo. Arteramente el analista sostiene la idea de que el cambio de fecha, unido al de títulos, redobla las dudas acerca de la moralidad del autor.

Pero no contento con ello, el analista detractor, seguido ahora por dos o tres más, va más lejos en sus ataques al autor: la cuestión de los retoques.

Según ellos, el autor X, en la reedición de sus obras, introduce muchos retoques, que ¡prácticamente son juzgados de inmorales!

El lector normal puede quedarse ahora con la boca abierta ante semejante acusación. El proceso de retoque o corrección es parte constitutiva del proceso literario en cualquier época. Pero el veneno del analista y de los otros detractores va demasiado lejos. Según ellos, los retoques introducidos en este caso no forman parte del natural proceso literario, sino que tienen que ver con el cambio de régimen político. En una palabra, ¡la obra con ideas comunistas, tras la caída del comunismo, se transforma en una obra con ideas anticomunistas!

Es esta una patraña de principio a fin. Y bastante indigna, puesto que su aclaración, es decir, echarla abajo, también resultaría indigna (la historia de ir por lana y salir trasquilado). Pero, desgraciadamente, la aclaración resulta obligada. De ahí que, acompañada de una petición de perdón a los lectores, vaya a continuación:

Las dos obras más reeditadas y más retocadas del autor son *El general del ejército muerto* y *Crónica de piedra*, cada una de ellas con cinco o seis ediciones. Además, todas las reediciones, junto con los retoques, corresponden al mismo régimen político, el régimen comunista. En otras palabras: *El general*, edición de 1963. Albania dictadura. Edición de 1967. Sigue la dictadura. Edición de 1971. La dictadura *again*. La de 1974. Dict... Y así sucesivamente. Lo mismo con *Crónica de piedra*. Dictadura. Dictadura. Dict... Igual con *El gran invierno*, 1973, 1977. Dict... Dict... Es decir, el mismo régimen, el mismo terror. ¿Dónde está la adaptación? ¿Por qué y por quién? ¿Acaso el analista, e igualmente los detractores, no lo saben de sobra? Otro ejemplo nos lleva a otro régimen político, esta vez capitalista, occidental. Es una novela con reediciones, retoques y títulos distintos: *Vida, representación y muerte de Lul Mazreku* o *El actor*. Ambas versiones, escritas y publicadas en París en los años noventa. Es decir, el mismo régimen político. El régimen libre occidental. La pregunta resulta obligada: ¿Adaptación a cuál? Y lo principal: ¿Por qué?

El de la epístola y sus secuaces, buscando, de acuerdo con la consigna de Vladimir Ilich, aumentar las sospechas contra los hiperescritores, recurren a la miserable idea de que en aquel tiempo no solo nadie podía, y menos en

este caso, expresar la más mínima ironía contra el régimen, sino que ni siquiera se te ocurría ironizar. Según uno de ellos, el escritor tenía que haber estado al menos una vez en Occidente para que se le abrieran los ojos y comprendiera que existía algo sobre lo que ironizar en esta patria nuestra albana.

Una monstruosidad así solo puede ser concebida por una mentalidad de esclavo. Por no alargarme, he de decir que no cientos, sino miles y como poco media Albania eran contrarios al régimen comunista. Y lo eran no por cualquier descontento de señoritas, sino por la terrible exasperación que causaban el terror, las deportaciones y la muerte violenta. Estaban contra el régimen no por ciertos remilgos y palabras de doble sentido, sino por el dramatismo con que escuchaban Radio Londres con la esperanza de un desembarco desde el exterior que hiciera caer el régimen. Para ser sensible a este estado de ánimo no era necesario ningún viaje a Occidente. Las sordas e insensibles eran única y principalmente las familias adoctrinadas.

No creer que haya podido existir un espíritu semejante, ponerte nervioso e incomodarte hoy, cuarenta o cincuenta años después, ante la idea de que alguien, incluso cándidamente, haya podido ironizar también con candidez sobre el realismo socialista (sobre los versos de Aleks Çaçi, como en el caso de la novela en cuestión), es de lo más mezquino.

El único análisis psicótico que cabe de semejante mezquindad sería el instinto de una enfermiza lealtad a la tiranía de ayer, parte de la cual fue la tristemente célebre y miserable consigna de Lenin contra los escritores destacados.

Por lo que parece, en otro espacio y en otro tiempo, esa misma consigna necesitaría una interpretación adicional y aún más tenebrosa que la de Briúsov. Al lanzar el grito «¡abajo!» contra los escritores destacados, Lenin los sumó al grupo de los malvados que había que hacer desaparecer y liquidar sin la menor piedad, lo mismo que al zarismo, al zar y toda su familia, al capitalismo después, y a continuación al mundo occidental. En 2014, en Albania, los detractores pretendían aplicar innovada la consigna de Lenin, transmigrarla en el tiempo, como la metempsicosis de Pitágoras. Dicho de otro modo, pretendían transmigrar las escuchas y la vigilancia de medio siglo atrás; se diría que, como en un mal sueño, pretendían la protección de la

tiranía ante los hipotéticos peligros, desde sus presupuestos.

Apoyarse en la consigna de Lenin bajo una nueva tesis, como la del buen escritor, pero mala persona, que aún seguía a día de hoy difundiendo por doquier, y que no resultaría extraño que pronto se enriqueciera con su antónimo: escritor malo, pero, eso sí, buena persona.

Hechizados por tales hallazgos, los tardíos servidores de Lenin olvidaban que, en el caso de que, por supuesto, los hiperescritores tuvieran algo malo, dañino, sería el contragolpe o, digamos, el hipergolpe.

Era esta una maestría cruel que, lo quisieran o no, les otorgaba de manera natural la divinidad del arte. Heinrich Heine advertía más o menos así a sus detractores: De la cárcel donde yacéis podéis libraros, de las torturas también, pero si os halláis en los tercetos de Dante, por mil años que pasen, no tendréis salvación.

*Kennst du die Hölle des Dante nicht,  
Die schrecklichen Terzetten?  
Wen da der Dichter hineingesperrt,  
Den kann kein Gott mehr retten*<sup>5</sup>.

Toda esta lealtad genética a la dictadura derrocada, vista desde la distancia, te recuerda al relato *Los perros*, que se hizo famoso en vísperas de la caída del comunismo, sin que se haya sabido aún dónde se escribió y por quién.

El relato se desarrolla en vísperas o inmediatamente después de la caída del régimen comunista, en algún campo de deportación parecido a los de Siberia. Tras cerrarse el campo, permanecen los barracones abandonados, que no sirven para nada. Habían sido desvalijados y se habían vendido los pocos enseres que quedaban, se arrancaron y vendieron las puertas, los cerrojos de hierro, y finalmente se vendieron a los aldeanos de los alrededores los perros guardianes de los penados.

Años más tarde parecía que todo lo anterior se había olvidado y que, salvo los barracones, nada parecía quedar en el recuerdo del campo de antaño. Pero no era así. En la fiesta del Primero de Mayo, que la capital de la provincia, tras un periodo de interrupción, decidió celebrar de nuevo, el pasado volvió

de repente. En el momento en que los altos cargos se subían a la tribuna preparada al efecto y los asistentes con banderas y banderolas formaban las hileras para el desfile tradicional, como en otro tiempo, inmediatamente después de sonar la orquesta, se produjo lo insospechado. Decenas de perros rabiosos se escaparon de repente de manos de los antidisturbios y con terribles aullidos rodearon a los que se disponían a desfilar. Aterrorizados, los concentrados no entendían nada, hasta que un expreso político se dirigió a la tribuna, agarró un megáfono y pidió a los concentrados que, para evitar alguna desgracia, debían obedecerles a él y a los perros. Fue preciso un buen rato para que captaran lo que debían hacer. El expreso encabezó el desfile, y lo encaminó hacia los barracones abandonados, sin llegar a explicar la esencia del misterio. Lo que estaba muy claro para él resultaba impenetrable para los demás. Puesto que eran perros guardianes del campo, en cuanto vieron a la gente ponerse en fila, se despertó en ellos el viejo instinto de azuzar a los penados hacia los barracones, tranquilizándose en cuanto lo consiguieron, como antaño.

Los actuales detractores albaneses no se diferencian en nada de esa raza de perros...

*París, 2014*

---

<sup>3</sup> Seguidor, defensor de Nexhmije Hoxha, viuda de Enver Hoxha, también llamada lady Macbeth, según Kadaré. *[N. de la T.]*

<sup>4</sup> En alusión a la bandera arcoíris del movimiento LGTB. *[N. de la T.]*

<sup>5</sup> ¿No conoces el infierno de Dante / los horribles tercetos? / A quien el poeta mete allí, / ningún dios le puede salvar. Traducción de K. Forssman, J. Jané. *Historia de la literatura en lengua alemana*, Universidad de Barcelona (UB), 2012. *[N. de la T.]*

## Exegi monumentum

**E**XISTE EL ACUERDO CASI unánime de considerarlo el último de los poemas de Pushkin, sin que haya nada que lo demuestre. Parece compuesto adrede para la muerte del poeta, tanto que podría decirse que forma parte de ella. (Una muerte que gesta un texto semejante, o un texto que gesta una muerte.)

¿Cuál de los dos, muerte o poema, instiga al otro? Da la impresión de que el poeta cayó en la trampa entre ambos, sin saber cuál escoger. Finalmente, tras vacilaciones solo por él conocidas, le pareció mal sacrificar a uno de los dos y los aceptó a ambos.

¿Tenía la posibilidad de escapar al duelo fatal? Totalmente. Bastaba con que no retara al otro y el duelo no se produciría. Y seguiría vivo el resto de los años que le quedarán por vivir.

Ahora bien, había comenzado entre tanto su poema epílogo y es probable que lamentara dejarlo a medias.

Según el testimonio de Karamzin, Pushkin había escrito el poema a finales de agosto de 1836. Es decir, casi cinco meses antes del duelo fatal. Sin ser aún demasiado consciente, había penetrado en un territorio en el que la muerte y el arte habían pactado un funesto encuentro.

No le quedaba otro remedio que consolarse con las palabras: *njet vjes ja nje umrju*. No, no moriré del todo. *Non omnis moriar*, que como el epitafio del poema está tomado de la oda XXX de Horacio: *Exegi monumentum aere perennius*.

Naturalmente que el mayor consuelo era el propio monumento. *Un monumento que no labró la mano me erigí*.

Su monumento se alzaría orgulloso, jamás abandonado y, lo más importante, y a mayor altura que el de Alejandro.

Alejandro es el zar de Rusia y su columna se alza desde hace unos años

en San Petersburgo. Es posible que esta columna se haya convertido, queriendo o sin querer, en una fijación para el poeta.

El poeta y el zar se conocen. Pushkin ha asistido a sus bailes. En compañía de Natalia, su mujer. Incluso se dice que el zar ha bailado con ella. Aparte del bribón francés que abiertamente la ronda.

El zar. El poeta. La inmortalidad. Aquí, según se cree, comienza todo. Sobre todo para la propaganda soviética, a la cual le viene bien esta intriga para dejar en el aire la duda de si fue el propio zar quien ordenó la muerte del poeta.

La intriga comienza extrañamente tras el duelo, con otro sentido y con otro significado. Mientras Pushkin, herido, está a punto de entregar el alma, en otra de las habitaciones de la casa se procede al registro de los manuscritos, al que asiste una aturdida Natalia. Los manuscritos son remitidos a un grupo de supervisores, entre los cuales está Zukovski. Se buscaba, al parecer, el manuscrito de *Monumentum*. Aún hoy se sigue discutiendo si Zukovski hizo bien o hizo mal en tachar en el último verso de la primera estrofa las palabras «la columna de Alejandro» para escribir sobre ellas «la columna de Napoleón». Y aún se cree que fue ese retoque el que salvó el famoso poema, y que de lo contrario habría desaparecido por completo.

La polémica ha continuado incluso cuando se ha restablecido «Alejandro» y quitado «Napoleón». Pero ¿quién es este Alejandro? ¿Es realmente el zar de Rusia o una columna de la Alejandría de la época romana, u otro Alejandro?

La Rusia de Pushkin no admitía que un poeta se midiera y menos que sobrepasara al zar. La Rusia soviética, por el contrario, consideraba una ofensa al poeta su comparación con el zar. La Rusia actual no se sabe.

## *La disolución de Albania*

**S**EÑOR MINISTRO, PERMÍTAME hacerle una sencilla pregunta, y en absoluto capciosa: ¿Cuántos habitantes tiene Albania?

La pregunta se dirige al ministro del Interior de Albania, en el transcurso de una comida en casa de mi vecino, en Monte del Cautivo.

Espero que el ministro frunza el ceño, pero se contiene. Vergüenza me da decirlo, pero solo hace dos meses que me enteré de la verdadera cifra. ¡Cinco millones!

Esta conversación tuvo lugar hace tres años.

He creído que, al fin, se aclaraba uno de los malentendidos más dramáticos de Albania: la cuestión de su número de habitantes.

La esperanza no se sostuvo. Dos o tres meses después de que Albania fuera, por fin, cinco veces millonaria, la calamidad regresaba con tozudez. No cinco, sino tres. Igual que antes. ¡Igual que hace tres años! ¡Igual que hace trece! ¡Igual que treinta años atrás!

Se han citado en diversas ocasiones las palabras, o mejor la sorpresa de Jakob Fallmerayer, cuando en 1860 señalaba que la población turco-otomana del periodo inicial del imperio, en los años 1300, era aproximadamente la misma que la albanesa, un millón. Mientras que hoy, prosigue Fallmerayer, en 1860, los albaneses continúan siendo los mismos, un millón, y los turco-otomanos han crecido hasta los dieciséis millones.

Estas cifras habían sido acogidas por los propios albaneses con la mayor de las indiferencias. Surgirían toda clase de abogados para legitimar el estancamiento de la población, o, dicho de otro modo, la disolución de Albania. ¿Un millón en centenares de años? Ciertamente sorprendente, pero en cualquier caso explicable. Y las miradas de los expertos, y tras ellos las de los gobernantes, los ministros, los primeros ministros, los presidentes, se

petrifican con aquel entumecimiento característico de los ignorantes.

Un extraño deseo de que sea así.

La cifra de un millón no se separa de Albania a lo largo de varios siglos. (Inglaterra, entre tanto, por mencionar solo un ejemplo, pasa de tres o cuatro millones a cuarenta o cincuenta.) Albania, como apresada en un trampa fatal, no se mueve. ¡En los años veinte, sigue siendo un millón! ¡En los años cincuenta y sesenta, lo mismo, un millón! Todos insisten en ello. Desde Enver Hoxha, pasando por Stalin y hasta Čubrilović. ¿Por qué? Ni una explicación.

Un día, cuando la falacia está a punto de estallar, se produce un crecimiento sorprendente: de un millón, Albania pasa a tener tres millones de habitantes. ¡Ni la menor explicación de por qué se ocultó la cifra tanto tiempo! Por qué esa insistencia. ¿Qué grupo hostil estaba detrás de esta mentira? ¿Qué tendencia revisionista? ¿Qué servicio secreto extranjero? ¿Qué complot?

Nadie. La cifra de tres millones planeó sobre Albania durante casi treinta o cuarenta años. Contra toda lógica. Bajo la atolondrada mirada de altos funcionarios, sabios, ministros. En el comunismo. En el poscomunismo. Hasta el almuerzo en casa del vecino, en el Monte del Cautivo. Hasta el escándalo de hace dos años, cuando la población de Albania se equiparó al número de electores: ¡dos millones ochocientos mil! ¡Sin que nadie se escandalizara!

Albania continúa desapareciendo ante los ojos de todo el mundo.

## *A comienzos de octubre*

**D**EBERÍA COMENZAR CON octubre, pero casi nunca ocurre así. Comienza antes, en la última semana de septiembre, con independencia de cuándo caiga el primer jueves.

Cada año quiero esperar que el ruido sea menor. Quienes están al acecho están cansados, la posibilidad de escándalo es nimia, ya no hay disidentes.

Mi esperanza se desvanece. Es la calma que precede a la tempestad. Y que estalla en alguna parte... Se acabará encontrando un motivo, un periódico, una polémica medio extinguida, y todo recomenzará como cada año... El Premio Nobel esta vez...

Todos saben que las conjeturas no proceden de ninguna fuente, ni los pronósticos tampoco, y que igualmente los grupos de presión se empeñan en que los ganadores sean sobre todo mujeres, pequeños pueblos, pueblos demasiado grandes, lenguas que nunca lo hayan obtenido, naciones humilladas.

Con la invención de internet, el ruido aumenta. En Albania sobre todo.

Queremos el Nobel. Lo queremos por narices. Lo merecemos. Ni siquiera preguntamos por él. Je, je, ¿no preguntamos? No nos lo quitamos de la sesera. Nos lo darán por huevos. ¡Jamás nos lo darán! Nos lo darán, por narices. Que no, hombre, nos lo darán cuando las ranas críen pelo. Este nuestro es quien tiene la culpa, no sale a decir: ¡No lo quiero, y punto! Pero espera, señor mío, ¿cómo va a decir no lo quiero si nadie se lo da? Pues entonces que diga: Ya que lo queréis tanto, quedáoslo vosotros. Viviremos también sin Nobel. Eso decimos, sí, pero no nos lo quitamos de la sesera. No nos lo quitamos, no. Este nuestro también tiene la culpa con esa manía de o Nobel o caigo muerto. Y todo comienza desde el principio. Los mismos suspiros, los mismos «bien merecido nos lo tenemos», mereceríamos más.

Aquí y allá una rara perla aparece donde menos se espera, como aquella de imaginar al triunfador, tras el regreso de la ceremonia, parafraseando las famosas palabras de Castriota sobre la libertad... El Nobel no os lo traje yo, lo encontré entre vosotros...

*París, 2007*

## *Dos correos electrónicos*

**A**L CONTRARIO DE LO QUE generalmente se piensa, los correos electrónicos y los mensajes me parecen siempre más complicados que las cartas.

Tenía que escribir dos correos electrónicos, uno al escritor y amigo croata Predrag Matvejević, y el otro a mi traductor alemán.

Desde Roma, donde vive desde hace tiempo, Matvejević me escribe que ha aprovechado su estancia de dos días en Zagreb para adquirir la parcela de tierra de la tumba de su esposa, Mira.

Me pongo a contestarle y me atasco. Al principio no me resulta fácil, después me resulta difícil y, al final, imposible. Naturalmente, es disculpable. No es nada fácil responderle a alguien cuando te da, sin mala intención, la noticia de que ha comprado la tumba. ¿Le das la enhorabuena por el nuevo alojamiento? ¿Buscas cualquier otra fórmula? Te rompes la cabeza, pero no recuerdas ninguna. Lo único que repites son las viejas frases hechas. Por ejemplo: ¡Buena tumba...!

Por otra parte, tampoco se puede decir que el problema sea sencillo. Centenares de miles de personas tienen, seguramente, complicaciones en relación con él. El derecho de enterrar a X en ese lugar. Mezclado con la nacionalidad. Esto último con toda clase de documentos. Con los precios que fluctúan. Con las leyes de la Europa Unida, por ejemplo, donde Croacia está a punto de entrar.

EL SEGUNDO CORREO ELECTRÓNICO tiene que ver con las publicaciones en Alemania. Según mi insustituible traductor Joachim Röhm, hace casi seis meses que mi editor alemán de Zúrich no le contesta ni a las cartas, ni a los correos electrónicos. Se habla de su renuncia, de su cansancio, de su fusión con otra casa editora, e incluso de algo mucho peor, la quiebra. El traductor

me pregunta si, por mi parte, tengo alguna noticia.

Del mismo modo que me cuesta mucho responderle a Predrag M., ardo sin embargo en deseos, por no decir que me consume la impaciencia, de hacer partícipe de una noticia a mi traductor alemán. La razón es sencilla e increíble. A mi evaporado editor, el mismo del que se ignora la nueva dirección, el nuevo número de teléfono y hasta el seudónimo, si es que pudiera tenerlo, me lo he encontrado casualmente yo, su autor, que vive a mil kilómetros de Zúrich, en un lugar absolutamente imprevisto (en sueños, diréis vosotros, pero no), al contrario, en la calle, caminando por la misma acera, los dos, en el bulevar Saint-Michel, delante de la puerta de mi casa.

He aquí el texto del correo electrónico a Joachim Röhm: «Al Egon hace tiempo desaparecido me lo encontré casualmente en la calle, en París. Al contrario de lo que esperaba, tenía un aspecto bastante feliz, por lo que pensé que quizá no hubiese quebrado. Pero él, con enorme alegría, me aseguró que había quebrado del todo».

CON LOS MENSAJES SUCEDE más o menos lo mismo. Mi vecino francés del Monte del Cautivo acompaña normalmente las invitaciones, sobre todo a cenar, con textos sorprendentes. La última fue la del 13 de junio de 2013. «Hoy viene a cenar el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas. Si tenéis pensado dar un golpe de Estado, ¡es el momento! (*C'est le moment*).»

## *Dos nuevos conocidos*

**M**IENTRAS NOS DISPONÍAMOS Helena y yo a viajar a Bilbao para recibir un premio literario, me llega un correo electrónico de Ermonela Jaho: se encuentra también en esa ciudad para cantar durante dos semanas *La Traviata*.

Los carteles con su imagen están por todas partes. Hemos leído mucho sobre ella, pero no hemos tenido la oportunidad de vernos. Y, amable como es, nos ha hecho llegar las invitaciones al hotel, los horarios, facilitándonoslo todo.

A la entrada del teatro de la Ópera nos esperan. Ermonela está emocionada de que se encuentren hoy en la sala. Son esas sus primeras palabras sobre Ermonela. Hablan de ella con afabilidad y especial dulzura, como si se tratara de una muchacha bilbaína a quien sus parientes vienen a ver desde muy lejos. (Es preciso contradecirse, una muchacha vasca con la familia lejos, pero en arte, al igual que suceden cosas poco comunes, esto también sucede.)

Mientras cruzamos el teatro hacia nuestro palco, Ermonela intercambia algunos SMS con Helena. Escribe más o menos sobre lo mismo. Una tercera acompañante que se une a nosotros es aún más afable: en palabra, gesto, sonrisa.

La sala de la ópera está llena. Se alza el telón. Ermonela, sola, en la ciudad de las gentes que hablan la lengua más vieja de Europa. La sala contiene la respiración. Ha venido de lejos, invitada a una escena desconocida. El respeto hacia ella se palpa, quizá el mismo que en alguna otra parte, al parecer, le falta...

DE LUAN KRASNIQI, UN ALBANÉS sobradamente conocido como aspirante al título de campeón del mundo de boxeo, podría pensarse que la suavidad y

afabilidad de las que se habla más arriba resultarían superfluas. Su fama se la ha ganado en el ring, es decir, entre golpes y puñetazos, en una palabra, entre la brusquedad, por no decir crueldad.

Sin embargo, si recordara que he conocido al personaje no en una velada de boxeo, sino en un encuentro literario en Alemania, parecería traído a propósito. Y sin embargo, es la verdad.

Krasniqi se siente muy próximo a la literatura. En una carta expresa claramente lo que entiende por semejanza entre las maestrías de la escritura y del boxeo. El motivo es conocido, recordemos la Liga de Escritores que escriben principalmente sobre boxeo en Estados Unidos, Jack London, Hemingway, etc., pero expresado por un púgil albanés adquiere especial valor. El parecido, según él, tiene que ver con el hecho de golpear y el peligro. Siempre según él, al escritor no le resulta difícil levantarse tras los golpes, mientras que para el boxeador eso puede resultar fatal.

En una carta de no hace mucho me dice: «Mi suerte me tumbó en Hamburgo en el año 2005. Deseo que la suerte se comporte con usted de manera bien distinta por el bien de toda nuestra nación».

## *Algo que tiene relación con España*

EN MIS NOTAS ENCUENTRO algo sobre un escritor argentino, quien publica un escrito o simplemente una réplica al ensayo *La cólera de Aquiles*, que forma parte de un recopilatorio publicado por la editorial Katz.

Puesto que la nota, como de costumbre, está tomada al vuelo, aparte del nombre del escritor o estudioso, Ezequiel Martínez, no contiene ningún otro dato sobre la réplica. No recuerdo la existencia de este escritor, ni el recopilatorio *La cólera de Aquiles*, y mucho menos el ensayo que con el mismo título me adjudica.

No estoy seguro de haber escrito ese ensayo, aunque no pueda decir con certeza que no tenga nada que ver con él. Recuerdo que partiendo de un ensayo de Konica me interesé por la traducción, más exactamente por la traducción equivocada de la palabra «cólera» con la que comienza la *Ilíada*, dicho de otro modo, la literatura universal. (La historia de «la cólera de Aquiles», que realmente no era cólera, sino un malestar hondo y prolongado, una *manía* en sus acepciones albanesa y latina, o una *depresión*, como diríamos hoy.)

Pero Martínez no se refiere a eso. Por lo que he podido colegir del texto en español, lengua que no conozco, él de lo que se asombra es de la cifra de 14.500 (catorce mil quinientas) que yo habría mencionado en mi ensayo y que según yo (mejor, según él, que piensa que según yo) sería el número de guerras habidas a lo largo de la historia de la humanidad.

El argentino se pregunta de dónde ha podido sacar I. K. esa cifra, o en qué se ha basado si la ha calculado él mismo, y así sucesivamente.

A decir verdad, he de admitir que yo no estoy menos sorprendido. No tanto porque un escritor argentino, a diez mil kilómetros de distancia, escriba algo así, sino sobre todo de mí mismo. Como he dicho antes, no puedo decir

con certeza que la curiosa cifra no tenga nada que ver conmigo. Incluso, confusamente, me parece que un día me calenté la cabeza con algo así. De lo que no me acuerdo es de qué pudo inducirme a escribir o decir (según él, etc.) esa maldita cifra en algún sitio.

Todas las preguntas que se hace Martínez, incluso aumentadas, me las repito ahora a mí mismo. ¿Se puede calcular realmente el número de guerras de la humanidad? ¿Cómo es posible que los historiadores no se hayan ocupado de ello? Y mucho más los expertos en guerras de todas clases, relámpago, prolongadas, secretas, aéreas, aparte de los estrategas, cartógrafos, fundidores de bronce, orfebres de medallas, numismáticos, e incluso los grabadores de cruces en las tumbas...

En el título de su escrito *La atracción por los datos inútiles*, destacaban tanto la extrañeza como la atracción.

Volviendo al texto, advierto de repente que aquello de las 14.500 guerras lo habría dicho en una conferencia en Barcelona.

Ajá, me digo.

*(Barcelona, qué no habrán visto tus ojos...)*<sup>6</sup>.

Recuerdo que Bashkim Shehu, que fue mi traductor en aquella conferencia, algo me dijo del texto transcrito y publicado como ensayo aparte.

No consigo hablar con él por teléfono, mientras siento que el deseo de enterarme de lo que pasó empieza a palidecer. Más que tratarse de una invención, es posible que esas palabras hayan sido dichas realmente por mí.

Estoy a punto de cerrar mis notas cuando mi mirada choca con la palabra «vergüenza» en español. Creo entender lo que significa, pero no llego a creer que el argentino se refiera a mí. Leo la frase varias veces en español, después la traduzco por medio de Google al francés para encontrarle algún sentido al párrafo: *Todas las guerras que ha librado hasta hoy la humanidad, y ello para su vergüenza, ya que no han sido pocas sino alrededor de 14.500, todas esas guerras tomadas en conjunto no han generado tanta literatura como ha producido una sola de ellas: la guerra de Troya*<sup>7</sup>.

*(Barcelona, qué no habrán podido oír...)*

Es decir, se refería a la vergüenza colectiva de las catorce mil quinientas guerras que yo, ¡sabe Dios de dónde las había sacado!, había nombrado un

día en una conferencia.

Mientras cerraba mis notas, no me quedaba más remedio que concluir con una observación semifilosófica, esto es, que cuando se trataba de cosas inexactas, por no llamarlas «irresponsables», se me ocurrían normalmente en España...

La razón de ello es fácil de adivinar.

*8 de agosto de 2014*

---

<sup>6</sup> Paráfrasis de la canción popular albanesa *Janinës ç'i panë sytë* (Jánina, qué no habrán visto tus ojos). [N. de la T.]

<sup>7</sup> Conferencia pronunciada en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB) el 16 de septiembre de 2004, en el marco de *Kosmópolis*. Fiesta Internacional de la Literatura. Traducción del párrafo de Ramón Sánchez Lizarralde. Kadaré, Ismaíl, *La cólera de Aquiles*, CCCB, Katz Editores, 2010.

## *Variante femenina de* La canción del puente de la Kaaba

LLEVO TIEMPO SINTIENDO algo que se podría calificar de obligación, cargo de conciencia, por no decir impedimento (extraño impedimento que no me permite seguir escribiendo si antes no cumplo con esta antigua obligación).

¿Están en deuda las naciones del mundo con sus muchachas y mujeres?  
¿Tiene también esa obligación la nación albanesa, creadora de *La canción del puente de Kaaba*?<sup>8</sup>.

He aquí la variante de este canto dedicada a las actuales muchachas albanesas que, en silencio y llenas de tristeza, soportan lo que difícilmente los hombres podrían soportar.

*Quedé, amiga, en esta parte,  
en Italia, en una acera,  
en Western Union los dólares,  
pues yo nunca he de volver.*

*Si madre pregunta mi sino,  
decidle que esposo tomé.  
Si padre pregunta, contadle  
que con el hoyo me desposé.*

*A Bledi, compañero de escuela,  
del aula vecina, «Tercero B»,  
decidle que una pena me resta,  
que no pude besarme con él.*

Después continúa con el cortejo nupcial o de los cuervos<sup>9</sup>, que acuden al

banquete de boda en la tumba, insoportable por lo común.

*De séquito e invitados,  
polis belgas o italianos...*

*París, 2014*

---

[8](#) La más célebre y hermosa de las *këngët e nizamit* o canciones de reclutas albanesas. *Nizam* era el recluta forzoso de las levas del imperio turco. [N. de la T.]

[9](#) Dice la canción original: *Quedé, amigo mío, quedé, / allende el puente de Kaaba. / Salud a mi querida madre, / el buey negro ha de vender. / Si madre pregunta por mí / decidle que me casé. / Si pregunta qué mujer tomé / tres disparos en el pecho. / Si pregunta qué caballo monté, / al que suben el cadáver. / Si pregunta por el cortejo nupcial, / cornejas y cuervos que se lo comen.*[N. de la T.]

Título original: *Mëngjeset në Kafe Rostand, motive të Parisit*

Edición en formato digital: 2018

Copyright © Onufri, 2014

Copyright renewed © Librairie Arthème Fayard 2017,  
pour le monde entier, sauf la langue albanaise

All rights reserved

© de la traducción: M.<sup>a</sup> Esperanza Roces González, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-285-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)